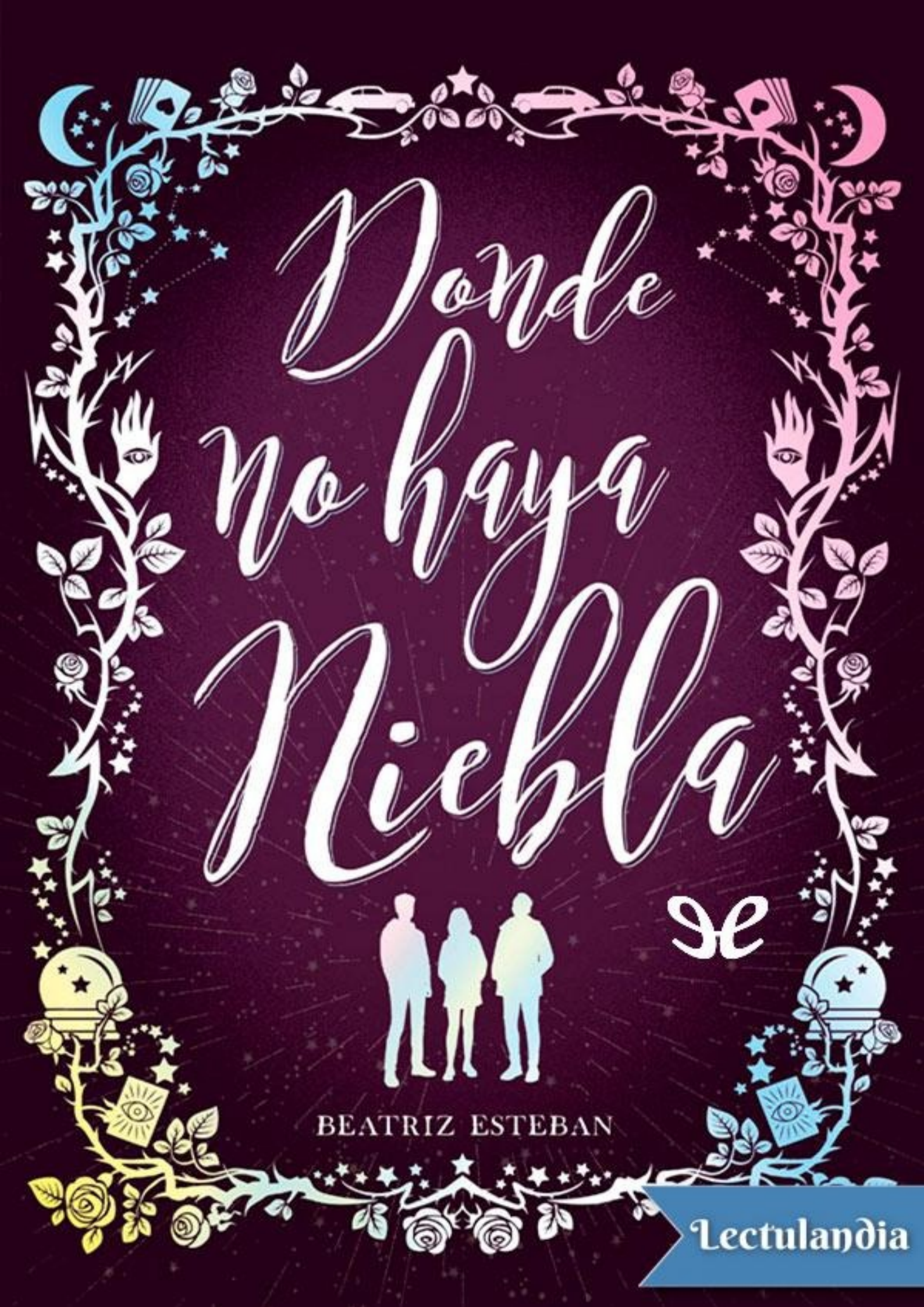


A decorative border surrounds the central text. It features a mix of blue, pink, and yellow roses, stars, and occult symbols like a crescent moon, a hand with an eye, and a sun with an eye. The background is a dark purple with a subtle starry pattern.

Donde no haya Niebla

de



BEATRIZ ESTEBAN

Lectulandia

Mistorne, 1982. En la cabeza de Nessa Favre siempre hubo Ruido de más. Su madre le explicó desde muy pequeña que llevaba la magia en la sangre, igual que ella. Pero Nessa nunca vio nada mágico en ser capaz de escuchar las mentes de los demás sin orden ni permiso, hasta sentir que le iban a explotar las sienes.

En medio de todo el caos y todo el Ruido, Nessa ve la oportunidad perfecta para escapar cuando Roy, su mejor amigo, le habla de Haney: una ciudad que no aparece en los mapas y que promete ser un refugio clandestino. Juntos, deciden emprender un viaje para encontrar la ciudad, antes de que las sombras en el pasado de Nessa les encuentren a ellos.

Beatriz Esteban

Donde no haya niebla

ePub r1.0

Titivillus 08.05.2021

Título original: *Donde no haya niebla*
Beatriz Esteban, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*Este va para Aintzane.
Hay hogares que se crean muy muy lejos de casa, y tú has sido
uno de los míos.*

El monstruito del lago Ness

Mistorne, 1982

Mi hermana Lucie murió en 1959, cuando yo no era más que un montón de moléculas desperdigadas por el universo, formando un caos que esperaba su momento de ordenarse. Me gusta pensar que antes de nacer todos somos polvo de estrellas, por mucho que suene a cliché. Que todos somos iguales, que formamos parte de un todo. Pero quizás no somos nada. Quizás Lucie tampoco es nada ahora. Pero sigue siendo mi hermana mayor, aunque tome la forma de un montón de partículas perdidas en el mundo que decidieron quedarse cerquita de mí.

Ella es la culpable de mi nombre. El segundo, claro. Nessa Lucie Favre.

Nessa tiene una historia diferente y no, no tiene nada que ver con el lago Ness, aunque eso no impidió que *monstruito* acabara siendo mi apodo durante más años de los que me gustaría admitir.

Me llamaron Nessa porque Nessa significa «milagro» en hebreo. Y Lucie porque no podían olvidarte. Tengo tanto de milagro como tú, Lucie, pero a ti no te dio tiempo a enseñárselo al mundo.

No recuerdo un día en el que mi madre —*nuestra* madre— no me hablara de ti con el cariño con el que hablaría de los ángeles, si estos existieran. Por eso tampoco recuerdo un día en el que no te viera como mi ángel de la guarda particular (uno con mucho trabajo por delante, *désolé*). A veces pienso que *maman* me habló de ti desde que era niña para que no me sintiera tan sola. Aquí, en Mistorne; y en Toulouse, Camden, Dartford y todos esos lugares a los que nunca me dio tiempo a llamar hogar.

Funcionó.

Pero, Lucie, estés donde estés, tengo un mensaje para ti: si me estás viendo ahora, cierra los ojos.

—¡Eh, pelirroja! —Me esforcé por no resoplar otra vez. Mi expresión cambió en el momento en el que me di cuenta de que la voz provenía de la chica de la barra, a la que llevaba haciéndole ojitos toda la noche. Me aparté del montón de gente que bailaba desordenado en medio de la pista justo cuando ella se inclinaba hacia delante, con una sonrisa pilla en los labios—. El rubito de la barra te invita a esta. —Empujó una bebida con la punta de los dedos—. Lo mejorcito de la casa.

No sabía si se estaba refiriendo a la bebida o al «rubito» sentado en la barra que me saludó con los ojos cargados de lujuria, engominado de la cabeza a los náuticos.

«Permíteme dudar», pensé, y le devolví la sonrisa a la camarera antes de alejarme de la barra con un vaso que tenía intención de abandonar en cualquier esquina, si no me empujaban primero. Ya había bebido suficiente y prefería no arriesgarme. Tú ya sabes por qué, Lucie. A los Favre no nos sientan bien las emociones fuertes, ¿verdad? *Maman* se encargó de dejármelo claro.

Le di la espalda y busqué a Roy con la mirada, pero hacía tiempo que lo había perdido entre la enorme cantidad de gente que aquella noche estaba en *Spectrum*, celebrando la llegada del verano. Mistorne era una ciudad pequeña rodeada de otras ciudades mucho más pequeñas, con la universidad del condado como único nexo en común. Y entre todas las discotecas de todas esas pequeñas ciudades, parecía que *Spectrum* estaba a la cabeza.

Algo de lo que estar orgullosos en Mistorne, supongo, si cuando salíamos del recinto nos tapábamos los ojos para no ver a los yonquis tirados en las aceras.

La música me taladraba los oídos. Hacía ya rato que la euforia de la fiesta había dado paso al agotamiento y sentía las piernas reventadas, como si me tocara arrastrar las cadenas para salir de allí dentro. Y no había ni rastro de Roy.

También supe que estaba cansada porque la gente empezaba a ser demasiada. Porque hacían demasiado ruido.

Porque había empezado la niebla.

—*Merde* —murmuré, pero las voces estallaron en mi cabeza antes de que pudiera hacer nada por controlarlas. El vaso resbaló de entre mis dedos y me llevé las manos a las sienes, con la mandíbula apretada.

Los cristales que estallaron al chocar contra el suelo hicieron que la gente se separara de mí. Cogí aire.

—Eh, guapa, ¿estás...? —Un chico levantó la mano.

«No me toques, no...».

Pero lo pensé demasiado tarde, Lucie. A veces estaría bien eso de que estuviéramos nosotras dos solas.

Bastó con que sus dedos rozaran mi piel para que sus voces estallaran como bombas. La suya, la de la chica que estaba tan mareada que no sabía dónde pisaba, la del chico que solo podía pensar en lo mucho que le pesaba el corazón; y alguien echaba de menos su casa y alguien echaba de menos sus brazos y alguien quería gritar pero solo cantaba y alguien reía y alguien se ahogaba y alguien necesitaba salir de allí y todos estaban conmigo, todos al mismo tiempo, todos gritando, llorando, riendo, cantando, todos dentro de mí.

Y el chico seguía aferrándome la muñeca como si aquello ayudara.

Pero estaba rodeada de niebla.

Figuradamente, claro. Lo único que me faltaba ahora era empezar a tener alucinaciones. Tenía que preguntarle a *maman* si sabía de alguien de la familia a quien le pasara o si nosotras dos éramos los únicos bichos raros que tenían que guardar secretos.

Aparté al chico con un empujón que no debió de sentarle nada bien, pero me marché antes de escuchar su queja. Necesitaba aire.

La puerta del baño me pilló más cerca que la salida. Entrecerré los ojos al entrar, cegada por la luz blanca sobre los espejos. La música seguía vibrando desde el otro lado de la pared. No sé qué fue lo que asustó a las chicas que se arreglaban frente a los lavabos, pero echaron una mirada de reojo y se marcharon antes de que me diera tiempo a cerrar la puerta tras de mí.

Me bastó dar dos pasos hacia el espejo para entender por qué. Tal y como esperaba, un hilo de sangre descendía por la nariz y llegaba hasta los labios, mezclándose con el rojo del labial.

—*Merde, merde, merde* —maldije, otra vez. Me froté la nariz con la manga de la cazadora, haciendo tintinear mis pendientes.

Si no salía del *Spectrum* acabaría desmayándome. Y todo por culpa del ruido y las voces y la gente que era incapaz de mantenerse callada dentro de mí.

Di un paso atrás al mismo tiempo que la puerta del baño se abría de nuevo, con una oleada de música tras ella. Me tapé la nariz y la boca con las manos antes de darme cuenta de que la persona que había entrado era Roy.

—Dios, por fin te encuentro —dijo, lanzándome una mirada de soslayo.

Él también se tapaba parte de la cabeza, con los dedos enredados entre sus rizos.

Tenía la respiración entrecortada y se apoyó en la rodilla con la mano libre. Me acerqué a él y le cogí de los codos antes de que fuéramos dos los que nos desmayáramos. Menuda noche.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —espeté, sin importarme que me viera la sangre en la nariz. Yo también veía la suya, deslizándose por la línea del pelo. Le sostuve con cuidado, haciendo un esfuerzo titánico para que la niebla no se disparara otra vez.

Él aún tuvo la cara dura de dedicarme una media sonrisa.

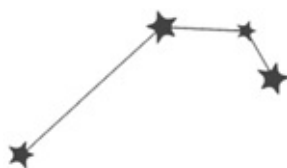
—Podría preguntarte lo mismo, señorita.

—Cállate. —Volví a limpiarme la sangre con la manga y me acerqué más a él, cogiéndole la mano para verle la herida. Tenía toda la cara hinchada y un corte en medio del labio. No necesité que dijera nada para saber lo que había pasado.

«Vuelve a tu país, panchito de mierda».

Roy se estremeció.

—Vamos, salgamos de aquí —dije.



Fuera del *Spectrum*, las calles de Mistorne estaban tan vacías como de costumbre. El letrero de neón se reflejaba en los charcos de las aceras y las farolas parecían competir por ver quién alumbraba menos y quién se alejaba más de los rincones oscuros, donde algunas bandas *punk* se dedicaban a acabar la fiesta entre caladas.

A Roy le faltó poco para derrumbarse sobre el asfalto. Le temblaba todo el cuerpo y todavía no sabía si era rabia o miedo. Se ajustó con más fuerza la gabardina, escondiendo las heridas que tenía en los nudillos. Y lloraba.

Ojalá pudiera decir que no estaba acostumbrada a verle llorar, Lucie.

Pero Roy siempre fue una de esas personas que cargan con el dolor del mundo sobre sus propios hombros.

—Estoy harto de este sitio —murmuró. Tenía la mirada clavada en la carretera, con la esperanza de que algún taxi apareciera de la nada y nos sacara de allí—. De esta gente, de esta ciudad...

—Es también tuya —le interrumpí, cogiéndole la mano con fuerza—. *Tu* ciudad. Lo sabes, ¿verdad? Me da igual lo que dijeran un par de idiotas.

Roy sacudió la cabeza, con una de esas medias sonrisas que en mi cabeza eran un signo de alarma. A la luz de las farolas, sus ojos brillaban más que nunca. Ya no parecían tan oscuros. Tan suyos. Quizás fuera cosa de las lágrimas.

—Ya, un par. Como si no me pasara todos los días —replicó, irónico.

Chasquéé la lengua y le miré las manos. Por más que ahora las escondiera bajo la gabardina, no se me olvidaban sus heridas.

—Son gilipollas. Pero no tienes que meterte en peleas solo por...

—No, Ness, no lo entiendes. —Se apartó una lágrima con rabia—. Yo no estaba haciendo *nada*, ¿vale? Nada. Ha debido escucharme decir algo en español y entonces lo ha soltado, así, sin más. Como quien habla del tiempo. Como si tuviera algún derecho. —No hacía falta que lo repitiera. Con escuchar su Ruido una vez había sido más que suficiente—. Y en ese momento he perdido la cabeza. No podía soportarlo más. Hoy no...

«Después de Liv, ya no», le escuché, pero sus labios no se movieron.

Consciente de que la niebla se estaba desatando sin mi permiso, alejé con cuidado mi mano de su piel y respiré, en un pobre intento de que mi corazón volviera a latir a un ritmo normal. Si no me calmaba, Roy acabaría dándose cuenta de que le estaba leyendo la mente.

—Solo prométeme que no dejarás que vuelva a pasar —murmuré—. Todos esos pijos blancos niñitos de papá pueden meterse en las peleas que quieran, pero contigo es distinto, Roy. No puedes arriesgarte a que un día la pasma aparezca por aquí y...

—Es fácil decirlo cuando solo ves el día que exploto y no las otras cien veces que me he tragado todos estos estúpidos comentarios. —«Estúpidos comentarios» era una manera muy amable de llamarlo. No necesité entrar en su cabeza para ver lo mucho que se estaba conteniendo para no explotar otra vez. No aquí. No conmigo—. Hoy ya no podía más. Estoy... estoy muy cansado, Ness. De todo. ¿Podemos hablar de otra cosa?

Bajó la mirada a sus zapatos, y por un momento me pareció volver a ver al niño que conocí a los doce años, con el pelo cayéndole sobre la frente pidiendo a gritos un corte y el suéter que llevaba bajo la gabardina demasiado grande para él. Ocho años después, las cosas no parecían haber cambiado mucho.

—Quizás no era tan buena idea salir hoy —dije.

—No, no es eso. También merecíamos acabar bien el curso. —Se encogió de hombros y echó un vistazo a nuestro alrededor. La calle seguía desierta, de modo que no nos importaba seguir plantados en medio de la carretera, atentos

a que nadie del *Spectrum* se acercara a nosotros. Las casas tenían las cortinas corridas y hacía horas que los establecimientos habían cerrado sus puertas—. Además, la noche no ha terminado aún —siguió Roy—. Sigo esperando nuestros gofres de camino a casa.

Abrió los labios en una sonrisa demasiado dulce en contraste con el hematoma que empezaba a nacerle junto al ojo. Me acerqué a él de nuevo y le aparté un mechón de la cara, pasando los dedos por la sangre seca que caía de la herida.

—Va a convertirse en nuestra tradición, ¿eh?

—Igual que esto, parece ser. —Me dio un suave toque en la nariz, por encima de donde la sangre no parecía haberse secado. Su expresión mudó en preocupación en medio segundo, volviéndose todavía más niño. Era yo quien le había estado protegiendo todos estos años, no al revés—. ¿Estás bien?

Una suerte que él no pudiera leer la mente, Lucie.

—Solo ha sido un brote, no te preocupes. —Intenté quitarle importancia. Alcé los ojos hacia los de Roy, que quedaban casi a mi altura, y le repasé con un dedo la curva de la mandíbula, donde el brillo del maquillaje todavía se le extendía por las mejillas. Llevaba la misma sombra de ojos que yo, pero su verde empezaba a fundirse con el color del hematoma—. Estás precioso, por cierto. A este paso vas a robarme todos mis ligues.

Él puso los ojos en blanco.

—No me cambies de tema...

—¡Pero si es verdad!

Me retiró la mano con una media sonrisa y dio un paso atrás.

—Liv se hubiera reído de mí —murmuró.

—Liv es idiota. Después de todo...

Roy me interrumpió antes de que pudiera sacar la lista de razones por las que estaba mejor sin ella.

—Ness...

Aunque doliera.

—Vale, vale, me callo.

El nombre de Liv le escocía como una herida abierta. Así es como la veía él, porque tenía un corazón demasiado bueno para darse cuenta de que la herida no podía ser la misma persona que empuñaba el arma. Porque hablar de cómo una persona te había roto el corazón era mucho más fácil cuando creías que aún podías sanarlo.

—Anda, vamos a casa y deja que te limpie esto, por favor —dije.

—Los gofres primero.

Detrás de esa sonrisa decaída se escondían muchas más palabras que Roy no quería que escuchara. Por eso hice un esfuerzo por no hacerlo, Lucie, porque lo que menos nos convenía a los dos era un nuevo brote que me dejara temblando en medio de la acera.

No sería la primera vez.

Además, le conocía demasiado bien para saber todo lo que no me decía.

Que no quería volver a su casa. Que incluso estas calles le parecían más seguras que las paredes de su propio salón. Que estaba cansado de curar heridas que seguían doliendo. Que Mistorne cada vez nos ahogaba un poquito más.

Y por mucho que me gustara picarle, ahí no podía llevarle la contraria.

De siempre



uando llegamos a nuestra calle los dos teníamos las piernas entumecidas y las comisuras de los labios manchadas de chocolate. La panadería nocturna del viejo Joe seguía abriéndonos las puertas como cada noche que Roy y yo pasábamos en el *Spectrum*. Antes éramos tres, o incluso más. Nunca me consideré muy amiga de Liv, pero ella no se lo pensaba dos veces antes de traer a todos sus amigos a la fiesta, y más si se trataba de «ese sitio tan alternativo» del que después podía alardear en la universidad, colgándose la banderita de moderna. Por suerte o por desgracia, ahora todos esos supuestos amigos habían desaparecido.

O quizás algunas de esas caras que no llegaba a recordar fueron las mismas que me lanzaban besos desde la barra del *Spectrum*. Quizás alguno fuera el que después se vio con derecho a aporrear a Roy. Quizás fuera aquel que pensaba que se ahogaba en medio de la pista, que le faltaba el aire; o el chico con los pensamientos en círculo, como un compás infinito; o aquel que tenía que pensar cada paso de baile antes de hacerlo o el que repetía las canciones con dos segundos de retraso en su cabeza. Como ves, Lucie, la niebla en el *Spectrum* solía ser un desperdicio.

Roy se terminó su gofre con un último mordisco antes de plantarnos delante de su casa. Los dos vivíamos en la zona más nueva de Mistorne, en una única avenida con casas adosadas a ambos lados y un pequeño bosque saludándonos por encima de los tejados, rodeando el vecindario. Apartados de todo. Por eso encontrarme con un Roy de doce años yendo en bicicleta, cuesta abajo y sin miedo, el día que nos mudamos a Mistorne, pareció un regalo del destino. Roy se cayó de bruces al suelo y esa fue la primera herida que le curé.

Aquel día teníamos otra entre manos.

—Podemos pasar por mi casa —dije, relamiéndome el último trozo de gofre de los labios—. Estoy segura de que mi padre ya estará despierto y...

—No te preocupes, Ness. Ya me ocupo yo.

—Roy, sabes que puedes quedarte a pasar la noche, ¿verdad? No eres una molestia.

—Pero mis padres me matarían —lo dijo frío como un témpano—. Ya me parece increíble que me hayan dejado salir hasta tan tarde siendo domingo mañana.

Puse los ojos en blanco.

—Se les olvida que tienes veinte años, no doce.

—Y tres hermanas a las que dar ejemplo. —Le quitó importancia con un gesto de la mano—. Al menos esa es su excusa ahora. Si de verdad supieran adónde vamos, me tendrían encerrado en casa hasta los cincuenta.

A nuestras espaldas el sol empezaba a teñir el cielo de rosa, como si fuera algodón de azúcar. Roy volvió a esconderse las manos en los bolsillos de su gabardina y agachó la cabeza. Por un momento, el lado de la cara que había acabado malherido quedó oculto tras sus tirabuzones, y Roy volvió a ser un joven más que volvía a casa tras una noche de fiesta. Algo más decaído, quizás. Como si arrastrara cadenas en los tobillos.

Me acerqué a él de una zancada y me puse de puntillas para darle un fugaz beso en la frente, igual que él hacía conmigo.

—¿Estarás bien? —pregunté.

En su casa no iban a recibirle como en la mía.

Él no contestó. Trazó una débil sonrisa al tiempo que el verde de los ojos se le humedecía. Antes de que me diera tiempo a decirle nada, me pasó un brazo por los hombros para acercarme a él.

—No te preocupes —repitió, su boca contra mi pelo. Le rodeé con los brazos por debajo de su gabardina. Me besó la frente y nos quedamos así, muy juntos, como si alguien estuviera esperando para fotografiar aquel momento.

—Repitiéndolo tan solo consigues que lo haga.

—Eres tú la mágica de los dos, Ness. No le des más vueltas. —Escuché su risa reverberar en su pecho. Olía a chocolate—. ¿Tú estarás bien?

Cerré los ojos un instante, disfrutando de su compañía. Del silencio. De la calma. De ser capaz de controlar la niebla con él. El nudo que llevaba arrastrando en el estómago toda la noche se deshizo de golpe, dando paso a algo un poco más agradable. *Maman* lo llamaría esperanza, supongo.

—Lo intento.

Me despedí de Roy desde la entrada de su jardín, y me marché antes de que me diera tiempo a escuchar las quejas de sus padres. Con suerte aún sería demasiado temprano para que estuvieran despiertos.

No era el caso de *papa*. Nuestra casa quedaba a cinco minutos andando, y nadie sería capaz de distinguirla de sus vecinas: el mismo adosado, la misma hiedra en las paredes, el jardín vallado, y un viejo buzón torcido con la palabra «Favre». Supe que *papa* ya estaba despierto porque el gran ventanal que daba a la biblioteca tenía las cortinas abiertas de par en par.

Aun así entré con sigilo, siseándole al tintineo de las llaves para que callara.

Papa estaba absorto escribiendo, como siempre; con las manos sobre la máquina de escribir que mi madre le había regalado siglos atrás. Se colocó las gafas sobre la nariz y siguió tecleando con una media sonrisa. Si tuviera el talento de mi madre, intentaría immortalizar aquel momento para retratarlo: la calma de la habitación, que parecía haberse quedado congelada en el tiempo para que él escribiera, el suave sonido de las teclas, la forma en que los haces de luz atravesaban la ventana hasta llegar a la alfombra del suelo. Y cómo todas las estanterías que rodeaban a mi padre parecían guardar silencio esperando que él las rellenara, una vez más.

Me quedé apoyada en el marco de la puerta, apretando con fuerza la chaqueta de cuero contra mi cuerpo. Algo en el tintineo de mis pendientes debió llamar su atención, porque *papa* no tardó más de dos segundos en levantar la mirada hacia mí. Su sonrisa no se desvaneció.

—Buenos días, *princesse* —dijo—. ¿Vienes a por café?

Que conste, Lucie, que *papa* es la única persona en el mundo a la que permitía que me llamara princesa. Sin excepciones.

La reina, por supuesto, siempre fue mi madre.

—No, creo que voy a ir directa a la cama. Ha sido una noche larga.

Suspiré, pero no me moví.

Papa se dejó caer contra el respaldo de su sillón, apartando las manos de la máquina de escribir.

—¿Ha pasado algo?

Quizás el sueño podía esperar. Me arrastré como un alma en pena a través de la sala hasta dejarme caer en un sillón, al lado de mi padre. Noté cómo todo el cuerpo se me entumecía al instante, como si no hubiera sido consciente del cansancio que arrastraba hasta ese momento.

—Roy ha vuelto a sobornarme con gofres para que crea que todo va bien. —Suspiré—. Hace ya meses que lo dejó con Liv y siento que no avanza, *papa*. Siento que yo no puedo hacer nada más por él y, además... —Me mordí el labio inferior—. Además, creo que le pasa algo. Que me está

ocultando algo, ¿sabes? Que lo de Liv es peor, o que en su casa no está bien o... Yo qué sé. Todo son teorías mías y eso es lo que más me duele.

Que no me lo cuenta, *papa*. Llevamos años compartiéndolo todo y ahora es cuando empieza a ocultarme cosas. Me asusta.

Mi padre dejó escapar una suave risa.

—¿Te asusta no saberlo todo o te asusta que no confíe en ti? Porque creo que tenemos pruebas suficientes para descartar lo segundo.

Puse los ojos en blanco y me hundí un poco más en el sillón, con los brazos cruzados.

—Me asusta que ha llegado un punto en el que quiero... quiero *escucharle*. —Hice hincapié en la palabra para que mi padre entendiera que no estaba hablando de usar los oídos, precisamente—. Y eso no está bien.

No puedo hacerle eso a Roy. No quiero romperle a él también...

Por si no quedaba claro, Lucie, puedo leer la mente de las personas.

Escucharlas, más bien. Quizás tendría que haber empezado por ahí.

Es algo que viene de familia, ¿sabes? No lo de la telepatía, concretamente, solo lo de ser... diferentes. De ahí que viviéramos en una ciudad abandonada de la mano de Dios donde ni siquiera había llegado el movimiento *hippy*.

Papa era el único de la familia que se salvaba. Y *Madame*, por supuesto. Es lo que tiene ser una gata.

Pero desde el primer momento en el que escuché algo que salía de los labios de nadie, supe que todo don tiene un precio a pagar. A veces el mío era demasiado alto. Un hilo de sangre en la nariz no era nada en comparación con todo lo que podía dañar. Todo lo que rompía.

Todas las veces que tuvimos que hacer las maletas porque dejamos de sentirnos seguros.

—Quizás solo tienes que esperar a que él te lo quiera contar —respondió *papa*—. O preguntarle si puedes escucharle, ¿lo has hecho alguna vez?

Negué con la cabeza.

—Me da miedo.

—Pero él lo sabe.

—Sí.

—Y he de suponer que tu madre...

—*Maman* no va a saber nada de esto o es capaz de coger las maletas y hacer que nos marchemos otra vez —dije, con un deje de sonrisa. Romper su primera regla no le haría ninguna gracia. Te puedo asegurar que no sería tan permisiva como *papa*.

Él me miraba a través de los cristales de sus gafas como si pudiera descifrar todo lo que callaba. Siempre he pensado que mi padre era el más mágico de la familia, porque se necesitaba mucha fuerza para entender a dos mujeres como nosotras sin ningún truco de por medio.

Y *papa* nunca necesitó leerme la mente para entenderme. Ya lo hacía.

Quería que con Roy fuera igual.

—No va a cambiar la forma en la que Roy te ve, *princesse* —dijo, como si pudiera escucharme. Trató de callar una risa entre sus labios—. No creo que haya cambiado nada desde el primer día.

—Si hubiera sido como el primer día me hubiera dejado curarle la maldita herida.

—¿Qué herida?

Sacudí la cabeza.

—Se ha metido en una pelea esta noche y yo... —Me llevé una mano a las sienes; aún notaba la presión de la música retumbando dentro de mi cabeza, como si no hubiéramos abandonado el *Spectrum*—. Da igual. Es solo eso, que no parece el Roy de siempre y estoy preocupada. Pero quizás son paranoias mías.

—No creo que exista un Roy «de siempre». —Mi padre se llevó las gafas hasta la punta de su jersey para limpiar los cristales—. Creo que existen tantas versiones de Roy como recuerdos tengas de él. Que todos esos Roy Álvarez existen al mismo tiempo, en la cabeza de cada persona que lo ha conocido. —Alzó un poco más las comisuras—. Podría decirse que tú tampoco eres la de siempre. No eres la Nessa que llama a nuestra habitación cuando tiene pesadillas ni la Nessa que baila en los recuerdos de la gente que te ha conocido hoy, ¿verdad? Eres todas ellas. Y todas esas versiones de ti viven todavía, escondidas en cada uno. Roy también.

Levanté una ceja con escepticismo.

—Guárdate la lírica para tus novelas, *papa*.

—Solo digo que quizás lo notas distinto porque has guardado en tu cabeza una imagen de Roy que no es todo él. —Se encogió de hombros, con suavidad—. Nunca terminas de conocer a nadie. Dale tiempo, *princesse*.

Suspiré y sentí algo parecido a una ola de cansancio que arremetía contra todo mi cuerpo. Con más fuerza de la que creía que necesitaría, me levanté del sillón y le di un suave beso en la frente a mi padre.

—Creo que me voy a ir ya a la cama.

—Descansa. —Me apretó las manos antes de volver a colocar los dedos sobre la máquina de escribir.

Paseé la mirada por la biblioteca preguntándome si habría lugares que también guardaran versiones de mí. Si los libros recordarían a la niña que entró con doce años en aquella casa, cansada de que no hubiera ni un solo sitio al que llamar hogar, y que acabó quedándose dormida todos los días con una novela en las manos. Si recordarían a la niña que abrió una novela de su padre por primera vez y fue capaz de leer su cariño entre líneas.

Si cada uno de los recuerdos que habíamos conservado de las otras ciudades que llamamos hogar también se acordarían de mí. El viejo baúl de *maman* que cogía polvo en el estudio, la bola de cristal de Toulouse, aquel retrato de unos ojos azules en el salón; el primer libro que mi padre publicó sin su seudónimo, editado en Dartford; las entradas de un autocine de verano en Camden y aquel mapamundi que colgaba de la pared y en el que mi madre parecía unir con hilos invisibles las vidas de artistas que no conocía. El hilo rojo siempre había marcado nuestros viajes. Los lugares donde dejamos huella.

Toulouse está marcado en rojo porque ahí fue donde no naciste, Lucie.

Pero quizás *papa* tuviera razón, ¿sabes? Todas tus versiones siguieron vivas en sus recuerdos. Todo lo que nunca fuiste.

Cerré la puerta de la biblioteca al salir.

Casiopea



Madame saltó de la cama en cuanto abrí la puerta de mi habitación. —Te he visto, listilla —murmuré. La gata me contestó con un maullido y se acercó a mí, colándoseme entre las piernas como si así fuera a perdonarla. Volvía a confirmar mi teoría de que aquella gata negra fue bruja en otra vida.

Cerré la puerta al salir y respiré hondo. No tardé más de dos segundos en desprenderme de la ropa de aquella noche y ponerme una camisa ancha a modo de pijama, estampada de estrellas que recorrían la tela sin orden ni sentido. Taché el nuevo día —ya amanecía— con una X en el calendario que tenía colgado en la puerta del armario y me acurruqué en la cama, cubriéndome los pies con las sábanas. Miré debajo de la almohada, como siempre, para encontrarme el mismo regalo de todas las noches. *Papa* me había dejado el último capítulo de su novela para seguir la tradición que nació años atrás, cuando era una niña. Me pasaba a escondidas todos los relatos que mi madre se moría por leer antes de que él los acabara, como si fuera un contrato secreto entre los dos. Yo sería siempre su primera lectora, por mucho que a *maman* la sacara de quicio.

Desde que dejé de escribir, leía más que nunca. Leía las palabras de otros por si algún día las mías se atrevían a volver.

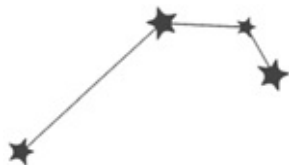
—Te dejo para cuando se me pase la resaca —prometí a aquel capítulo, y dejé el conjunto de papeles sobre la mesita de noche. *Madame* maulló antes de acurrucarse a mis pies.

El cielo de mi habitación era lo último que veía antes de cerrar los ojos.

Mi madre había pintado el techo del color de la noche, y luego lo habíamos llenado de toques blancos en un intento de imitar las estrellas. Fui muy estricta al colocar las constelaciones, especialmente Casiopea. Un día te contaré su historia, Lucie. Por ahora solo te adelanto que si le guardaba cariño era gracias a la tortuga de *Momo*.

Casiopea era una reina a la que castigaron encerrándola en el cielo por su vanidad y que quiso librarse de su castigo intentando sacrificar a su hija.

A veces me daba miedo que *maman* se viera reflejada en ella.
Y esta vez hablo por ti, Lucie.



—¡Nessa Lucie Favre!

Decimoséptima norma no escrita de la casa de los Favre: Lucie, si *maman* te incluye en mi nombre, es que he metido la pata hasta el fondo.

Hundí la cabeza en la almohada al tiempo que mi madre abría la puerta de mi habitación. Me dio tiempo a ver cómo entraba cruzada de brazos, con el pelo cayéndole en ondas a ambos lados de la cara como si estuviera rodeada de fuego.

—Buenos días a ti también —murmuré. No creía que hubiera dormido más de dos horas.

—¿Vas a explicarme esto? —Hice un esfuerzo por erguirme lo suficiente para mirarla. Levantó la mano en la que colgaba la toalla de baño con la que me desmaquillé la noche anterior.

—Es una toalla.

Puso los ojos en blanco.

—Con sangre seca.

—¿No se te ha ocurrido que esté en esos días del mes? —Ahogué una media sonrisa.

—Nessa... —*Maman* se acercó hasta mi cama, se sentó en el borde, y exhaló un largo suspiro—. Sé lo que te pasa cuando sales de fiesta. Te he dicho mil veces que tengas cuidado, que no...

—¡Agh! —Me apreté la almohada contra las orejas como si así pudiera dejar de oírla. No estaba de humor para sermones.

—Ness, escúchame...

—¡Es que ya sé lo que me vas a decir! —Me erguí de golpe, con tanta fuerza que uno de los muchos cojines que inundaban mi cama cayó al suelo justo donde *Madame* aún dormía—. Que tengo que evitar ir a lugares con mucho ruido porque no distingo lo que oigo de lo que *dicen*. Que cierre la boca. Que me acuerde de respirar... —Cogí aire de forma exagerada—. A veces se te olvida dejarme vivir.

No me pasó desapercibida la forma en la que *maman* inclinó las cejas, como si acabara de apuñalarle el corazón.

—Lo hago por ti, Nessa —dijo, firme—. Estás acostumbrada a que te sangre la nariz como si eso fuera lo peor que pudiera pasarte, pero no entiendes cómo puede afectar a tu cuerpo, no sabes cómo...

—¿Cómo te afectó a ti? —Sacudí la cabeza—. No somos iguales, *maman*. Donde tú empujas, yo... absorbo. Escucho. Está todo dentro de mí, no como tú.

—Precisamente por eso tienes que cuidarte más.

—Cuidarte para ti significa encerrarme —espeté, y me aparté las sábanas de un tirón. Me dejé caer sobre la alfombra de la habitación, con el mismo estampado de estrellas que se veía desde el techo—. Un día cerraré tu estudio con llave y veremos cómo te sientes.

—Nadie te está encerrando, Nessa.

Sacudí la cabeza. No tenía ganas de discutir.

Pero cuando fui a coger el picaporte, la puerta se cerró con un golpe brusco, como si una corriente de aire hubiera arremetido contra ella. Me di la vuelta hacia *maman*.

—¿Qué decías? —Crucé los brazos sobre el pecho. No se había dado cuenta, pero a su alrededor los cojines se alzaban un centímetro en el aire, atrapados entre dos imanes invisibles.

—Te estaba hablando —dijo ella, como si de alguna forma eso excusara el portazo.

—¡Para decirme lo de siempre! *Maman*, estoy bien, ¿vale? No voy por ahí leyéndole la mente a la gente, no soy idiota. Hace meses que no tengo brotes. Solo quería pasármelo bien una sola noche, eso es todo, solo quería...

—¿Y no creíste importante contarme esto? —Dejó caer la toalla en el aire, sosteniéndola por encima de nuestras cabezas—. ¿Qué pasó para que lo hicieras? ¿Fue a propósito?

Sabía que si contestaba que no sería peor.

—Me voy. —Pero bastó con que diera un paso hacia la puerta para que una pared invisible me frenara.

—Nessa, contéstame.

—Eres una hipócrita —espeté, volviéndome hacia ella de nuevo. A veces me daba miedo darme cuenta de que compartíamos mucho más que el color cobrizo del pelo. Alrededor de *maman*, el bajo de su falda creaba un halo como si una corriente de aire lo empujara, y los cojines que antes se elevaban a solo unos centímetros de la cama ahora flotaban por encima de su cabeza. También los libros que tenía sobre la mesilla de noche habían encontrado su forma de volar—. Te enfadas muchísimo cada vez que utilizo mi poder,

incluso cuando pasa sin querer, pero luego eres la primera en usar el tuyo a tu antojo. ¿Es que no has aprendido nada? —Apreté los puños, cargada de rabia—. Quizás el día que empieces a aplicarte tus propias reglas yo me plantearé que tengan algo de sentido.

Ella se mantuvo con el semblante serio, pero no se me escapó el brillo que cruzó sus ojos.

—Solo quiero lo mejor para ti —dijo en un hilo de voz, antes de que todos los objetos que sostenía a través de su telequinesia cayeran de nuevo bajo su propio peso.

Ella también pareció arrancarse piedras de los hombros, y trató de esconder el temblor de las manos ocultándolas entre los pliegues de su falda.

—Ya no soy ninguna niñita, *maman*. Sé cuidarme yo sola.

No le di tiempo a contestar. Al salir, cerré la puerta de mi habitación con un golpe.

Héroe de las misiones imposibles



prendí las cuatro normas de la telepatía antes que las tablas de multiplicar.

La primera fue aprender a respirar, como si necesitara un manual para saber cómo seguir viva. Tenía que anclarme al mundo. Cuando notara que los brotes se me escapaban de las manos, tenía que encontrar una forma de volver a lo que era real, a lo que salía de los labios de la gente y no de su cabeza.

La segunda norma era la más divertida: no olvidar que mi vida era mucho más que mi telepatía, para bien o para mal. Mis padres siempre me animaron a seguir mi pasión —teniendo un padre escritor y una madre artista, era difícil que no lo hicieran— y de ahí que acabara estudiando Periodismo junto a Roy. Cuando empecé, todavía escribía; dos años después, la segunda norma ha dejado de ser tan importante.

Mi madre reservó la tercera norma para cuando tuviera dieciocho años, pero habían pasado dos desde entonces y todavía no se había atrevido a decirme nada. Deduzco que tiene poco que ver con la telepatía y más con las ansias de que su niñita no se meta en líos, ¿verdad, Lucie? *Maman* me tuvo a la edad que yo tengo ahora, más o menos, después de haberte perdido a ti. Supongo que ella aprendió los peligros de nuestros dones de una forma tan dolorosa, que prefiere esperar a que lo aprenda yo sola. Y no a su manera. Le costó muchos años volver a pintar sin utilizar las manos, por miedo a que su poder también me matara a mí.

Pero yo no era como ella.

Y la cuarta norma, por supuesto, era no contar nada de lo que pasara dentro de casa —nada de lo que *nos* pasara— absolutamente a nadie. Que me llevara el secreto de mi telepatía a la tumba.

Entenderás que con Roy tuve que hacer una excepción, ¿verdad?

—Gracias por venir —murmuré, y me senté a su lado sobre el último escalón del porche. Todavía llevaba la camisa del pijama y andaba descalza,

pero a Roy no parecía importarle. *Madame* se coló entre nosotros con un maullido.

—Cualquier excusa para salir de casa es buena —dijo, encogiéndose de hombros. A juzgar por las ojeras que tenía bajo los ojos, parecía que había dormido incluso menos que yo. Los hematomas de la pelea de la noche anterior seguían floreciendo en su piel, bajo el flequillo, y deduje que no había nadie que se hubiera preocupado por cuidarlo—. ¿Qué ha pasado ahora?

Cogí a *Madame* entre mis brazos y me la acomodé sobre los muslos.

—*Maman* —suspiré. Le expliqué el encuentro de aquella mañana, que no se diferenciaba demasiado del resto de nuestras discusiones.

Roy me escuchaba con los ojos entrecerrados y el pelo cayéndole sobre la frente, tan largo que no me extrañaría que ya pudiera recogerse en una coleta. Con los labios fruncidos parecía más un joven de catorce años que uno de veinte.

—Tiene que haber una razón por la que actúe así, tan... tan preocupada —dijo.

—«Preocupada» no es precisamente la palabra que yo utilizaría.

A mí también me preocupaba que mi poder se volviera loco un día, pero gritarme y encerrarme en casa no iba a ayudarme en nada. Quedarme callada, respirar, «recordar todo lo que importa»... eran todo tonterías.

Roy se rascó la barbilla.

—¿Nunca te ha contado de dónde sacó esas normas? —Negué con la cabeza—. ¿Cómo aprendió a manejarlo ella?

—A base de ensayo y error, supongo. —Me encogí de hombros—. Sé más por mi padre que por ella. A día de hoy sigo teniendo prohibida la entrada a la sección de espiritismo de la biblioteca de la ciudad, ¿eso lo sabías?

—Como si eso te frenara.

—Aun así, no creo que fuera a encontrar una respuesta milagrosa en ningún libro. Creo que ni siquiera mi madre sabe muy bien qué es lo que nos ocurre. —Hice una pequeña pausa—. O ya buscaré las respuestas por mi cuenta.

Tragué saliva, con los pies descalzos clavados en la hierba del jardín, pero con la cabeza en el interior de la casa, cruzando el umbral de la puerta del estudio, a través de los lienzos, de los periódicos esparcidos por el suelo y las sillas de mimbre que se bañaban bajo el sol de la ventana, justo debajo del gran mapamundi y el mapa de Estados Unidos lleno de nombres y marcas e incógnitas: ahí estaba el dichoso baúl que había sobrevivido a cada mudanza.

Papa siempre arrugaba la nariz cuando me acercaba, como si quisiera advertirme. *Maman* nunca le puso un candado pero se encargó de darme un golpe en las manos cada vez que me daba por curiosear.

«Solo son papeles», decía. «Cosas de negocios».

Y bueno, si algo había comprobado es que *sí* eran papeles. De lo segundo no estaba tan segura.

Sacudí la cabeza. A mi lado no tenía un baúl, pero sí un amigo que fingía estar demasiado concentrado escuchándome cuando su cabeza también estaba muy lejos. Y no necesitaba la telepatía para darme cuenta.

—¿Cómo van las cosas en casa? —pregunté, casi en un murmullo.

Roy rio entre dientes, y se pasó una mano por entre los rizos del flequillo.

—¿No estás usando tu magia para saberlo?

—Si te estuviera leyendo lo notarías, Roy —dije, seca. Los dos estaríamos temblando, con una fuerza invisible apretando nuestras sienes y el corazón desbocado a punto de salir del pecho. Si le leyera, le haría daño. Con la duda, era él quien me lo hacía a mí. Sabía que bromeaba, pero no pude evitar sentirme dolida—. Además, tengo una regla de oro contigo. Si te conté todo esto fue para prometerme a mí misma que tú serías mi gran excepción, que contigo no pasaría. Que me daría la oportunidad de conocerte de verdad. Como tú me conoces a mí. Sin trampas.

—Tu Gran Excepción —repitió Roy, con una sonrisa que no parecía reflejarse en los ojos—. Suena al título de una nueva balada de Elton John.

Puse los ojos en blanco.

—Aún me sorprende que no salieras huyendo cuando te enteraste de todo esto.

—Solo me hiciste tener una pequeña charla con Dios y que me viera *Carrie* tres veces seguidas en una semana. Mis padres casi llaman a un exorcista.

—Uf, mi madre odia *Carrie*. Dice que es demasiado bestia para su gusto.

—Conseguí arrancar una sonrisa de los labios de Roy—. Cuando hagan una peli sobre alguien con telepatía ya será mi turno de juzgar.

—Pareces ilusionada y todo.

Dejé escapar una risa que no acabó de sonar real. Como si toda aquella conversación en el porche fuera una farsa, un montaje; como si una nube negra estuviera persiguiendo a Roy. Conocía demasiado bien la sensación de cargar el miedo sobre los hombros como para no reconocerla en él.

—No me has contestado —dije. Roy levantó una ceja con suavidad—. Antes, cuando te he preguntado por...

—Está todo bien, Nessa, como siempre. Las gemelas se pelean todo el tiempo, mis padres se pelean todo el tiempo, Elena se pasa el día encerrada en su habitación, y cada domingo aparecemos en misa como la familia feliz que fingimos ser. —Soltó todo el aire que contenía—. Como ves, hay cosas que me dan más miedo que ver cómo me lees la mente, Ness.

Sentí una punzada en el corazón.

—Sigo sin hacerlo.

—Lo sé.

—Y sigo preocupada.

Roy sonrió.

—Lo sé. —Me pasó un brazo por detrás de los hombros y me arrimó más a él—. No pasa nada, Ness. Es solo que a veces siento que necesito escapar, ¿sabes? Mistorne me ahoga. Mis padres me ahogan. —Tragó saliva—. Y Liv...

—Liv acabó por estrangularte. —No me hizo falta darme la vuelta para sentir su mirada de soslayo—. Pero habíamos quedado en que no se hablaba de ella, ¿verdad?

—Aunque hizo bien una última cosa antes de que lo dejáramos —dijo Roy—. Me habló de Haney.

Levanté una ceja.

—¿Se supone que ese nombre tiene que sonarme?

—Si supieras lo que es no tendría sentido nada de lo que me dijo Liv. —Roy sonrió.

—Tampoco es que mucho de lo que dijera tuviera sentido —repliqué, pero él fingió no escucharme.

—Haney es una ciudad escondida cerca del Gran Cañón. Bueno, no precisamente escondida, pero pasa desapercibida para todo aquel que no la busque. O al menos eso es lo que cuentan. No está marcada en los mapas.

Arrugué la nariz.

—Suen a leyenda.

—Unos amigos de Liv nos hablaron de la ciudad. Parece que es un pueblo joven, liberal, un festival constante. Y está al lado del Gran Cañón.

Las vistas deben de ser increíbles. —Sus labios se curvaron en una suave sonrisa. Seguía con la mirada clavada en el suelo, como si parte de la magia de Haney le estuviera llamando entre las briznas de hierba—. La gente no va a Haney a buscar una vida mejor; se van a *vivir*.

Lucie, voy a adelantarte algo sobre esta historia: no me di cuenta de lo que significaba aquello para Roy hasta que fue demasiado tarde.

—Suenan demasiado bonito para ser real.

—Quizás por eso nadie se atreve a ir. Quizás eso es lo que la protege, que nadie se crea que exista. —Roy se volvió hacia mí, mirándome casi por primera vez desde que le había preguntado por su familia—. Podríamos buscarla.

Parpadeé. Roy Álvarez siempre había sido uno de los héroes de las misiones imposibles, un cabezota siempre dispuesto a ayudar a los demás.

A los doce años ganó el récord del instituto de Mistorne vendiendo galletitas para ayudar a los pobres y luego pasó todo el verano encerrado en su jardín porque sus padres no podían permitirse llevarlo a ningún campamento. Dejó que su abuela muriera en su habitación porque a su cerebro demente le gustaba el color amarillo y a Roy no le importó pasar los meses de antes durmiendo en el sofá y los meses de después durmiendo con un fantasma. Y a pesar de todo, el niño que era quiso vender todos los juguetes que le quedaban para comprar flores para su tumba.

Pero sus misiones imposibles nunca eran para él. Él no era el que huía; él daba y daba y daba hasta quedarse seco.

—¿Eres consciente de que el Gran Cañón está como poco a 4.000 kilómetros de aquí, verdad? —dije.

—Eres una exagerada.

—Y que es una locura buscar algo que no sabes si existe.

—Sí que existe.

—¿Porque Liv lo dijo?

Si Roy pudiera matar con la mirada, ahora mismo yo estaría hablando desde la tumba.

—Allí seguro que no pegarían a nadie por hablar en español, Ness.

Quise decirle muchas cosas. Que si huía de Mistorne, ellos ganaban.

Que no debió de hacerles caso, que no debió dejar que le doliera. Que marcharse en busca de una ciudad idílica no haría que las heridas que cargaba desde su ruptura con Liv sanaran de pronto.

Pero no quería ser la chica que le diera la espalda otra vez.

Siempre habíamos sido nosotros dos. Otras personas venían y se iban a lo largo de los años, usando nuestra amistad como si fueran huéspedes en un hotel, hasta que se cansaban. Hasta que se daban cuenta de que Nessa Favre hablaba demasiado alto y Roy Álvarez era un rarito con la cabeza en las nubes.

Entonces no me extrañó que Roy quisiera encontrar un lugar en el que ser Roy solo significara ser Roy.

Antes de que yo pudiera decir nada, se puso en pie con un suspiro.

—Creo que me esperan para comer en casa.

—Te acompaño —dije, poniéndome en pie yo también.

—¿En pijama y descalza?

—Por verme las piernas cinco minutos no va a morir nadie, Roy, por mucho que a tus padres les espante.

—No hace falta que vengas —insistió, pero no podía borrar la media sonrisa de sus labios—. No soy ninguna damisela en apuros, Ness.

—He dicho que te acompaño. —Me enganché a su codo antes de que le diera tiempo a replicar y di un paso hacia delante. *Madame* maulló a mis pies, como si quisiera quejarse del poco caso que le hacíamos.

—Eres lo peor —resopló Roy, aunque yo sabía que quería decir todo lo contrario.

Antes de marcharnos, le pedí a Roy que esperara y fui a calzarme con lo primero que encontré por casa. Cuando volví a salir, el chico había desaparecido.

—*Merde* —murmuré, pero *Madame* fue la única que me oyó.

Salí del jardín y atravesé corriendo el vecindario, justo a tiempo de encontrarme a Roy en la puerta de su casa, cabizbajo, con una mano todavía sobre el timbre. Me apoyé sobre las rodillas para recuperarme y coger aire, no sin antes lanzarle una mirada asesina a Roy.

—He dicho que... te acompañaba —dije, casi con un jadeo. Roy se volvió hacia mí y por un momento me dio la sensación de que todo su rostro palidecía.

—Ness, vete a casa.

—Lo dices como si fuera a aparecer tu madre con una escopeta —reí, pero Roy no me acompañó en la risa. La expresión se me crispó al instante—. Ahora es cuando te ríes y me dices que no diga tonterías, Roy.

Abrió la boca para contestar, pero el chirrido de la puerta al abrirse hizo que los dos nos quedáramos helados por un momento. No fue su madre quien apareció.

—¿Te crees muy gracioso por largarte sin avisar?

El señor Álvarez parecía vivir todos los días en la guerra de Vietnam, y aquel día no era una excepción. Se plantó frente a su hijo con la cara dorada por el sol, el pelo cortado al uno y los hombros anchos ocultos bajo lo que parecía más un uniforme que ropa de andar por casa, si exceptuábamos el sudor bajo las axilas y la ausencia de armas. La postura erguida le hacía parecer todavía más grande. Más duro.

Era todo lo contrario a Roy, y por eso lo odiaba tanto.

Con personas como él, echaba de menos no ser como *maman* y poder patearle fuera de aquella casa sin tener que tocarle.

—Padre, yo... —Roy empezó a hablarle en español, pero su padre levantó la mano antes de que le diera tiempo a acabar la frase.

Di un paso hacia él inconscientemente.

—Buenos días, señor Álvarez. —Su padre frenó la mano en el aire al darse cuenta de mi presencia. Sentí como si una soga dejara de aprisionarme el cuello.

A juzgar por la forma en la que Roy apretaba los puños, él no sentía lo mismo.

—Ah, Nessa —saludó su padre—. ¿Qué haces aquí?

—Le he pedido a Roy que me echara una mano con... con el motor del coche —mentí—. Hace tiempo que al viejo Ford de mi padre le cuesta arrancar y he pensado que su hijo sabría arreglarlo.

—¿Es un Cortina?

—De tercera generación, sí.

El padre de Roy frunció los labios.

—La próxima vez, dile a tu padre que hable conmigo. Conozco un taller donde pueden echarle un ojo.

—Sí, señor —murmuré.

Se volvió hacia su hijo con tanta brusquedad que casi me pareció ver cómo el cuerpo de Roy se estremecía. Esta vez solo levantó un dedo en señal de advertencia.

—Te quiero dentro en dos minutos, ¿entendido? Despídete de la señorita. —Él lo hizo con una leve inclinación de cabeza; nos dio la espalda y dejó la puerta entreabierta.

Roy me tiró del brazo antes de que a mis piernas les diera tiempo de responder, me empujó hacia la salida del recinto y casi trastabillé con mis propios pies.

Me zafé de él para mirarle a los ojos.

—¿Qué coño acaba de pasar? —solté.

Roy se apartó el flequillo con una mano y, por si no podía ser peor, me dio tiempo a ver las marcas que la última pelea en el *Spectrum* le habían dejado en las sienes.

Aunque quizás eran heridas que ya arrastraba de antes.

—Está bien —dijo. Pero no, nada de esto estaba bien—. Ya sabes cómo es.

—Si no llego a estar aquí te hubiera pegado, Roy. Le he visto. *Mon Dieu*, ni siquiera te ha dado la oportunidad de explicarte. Y tú...

—Nessa, deja de preocuparte.

—He visto cómo te levantaba la mano...

Seguía negando con la cabeza, como si tuviera un tic, y todavía no se había atrevido a mirarme a los ojos.

—Está todo bien, de verdad. —Pero le costó acabar la frase—. Vuélvete a casa, Ness. Te llamaré más tarde. —Clavó sus ojos en los míos—. Por favor.

Antes de que pudiera contestarle, dio media vuelta y cerró la puerta, sin darme tiempo a reaccionar. Me pareció escuchar los gritos de su padre y de sus hermanas al verle llegar.

Y no pude hacer nada por él, Lucie.

Mujer de fuego



olví a casa muy cansada, lo que se tradujo en una ración extra de Ruido para la cena. Ruido con mayúsculas, Lucie.

Una de las primeras lecciones de *maman* fue explicarme cómo la telepatía era vulnerable a cualquier clase de emoción, agradable o no, así que el hecho de no ser una piedra me convertía en una máquina de Ruido constante. El miedo, la tristeza, la rabia, el sexo —que no era una emoción *per se*, pero también lo había comprobado— y todos esos sentimientos que a uno le cuesta entender cuando tiene veinte años eran los desencadenantes perfectos de un brote de telepatía.

Y precisamente eso era lo que a Roy más le costaba entender: que no estuviera escuchándole no significaba que no estuviera oyendo Ruido todo el santo rato. Pero esa era la cuestión: que el Ruido era solo ruido. Era caótico; una mezcla de murmullos y sonidos y pensamientos que a veces parecían suaves como susurros y otras veces, aquellos días en los que apenas podía levantarme de la cama, se volvían huracanes dentro de mi cabeza. Un vértice de lo que era real y lo que no, de lo que los demás imaginaban y lo que pensaban, de lo que creían y lo que hablaban, de todas esas palabras sin dueño.

Estaba segura de que si hicieran una película sobre la telepatía, se olvidarían de incluir el pequeñísimo detalle de que era un dolor de cabeza constante. Sobre todo si no eras una piedra y te decidías a tener sentimientos.

Maman me advirtió de ello, pero tampoco supo cómo solucionarlo. Ella siempre dijo que las dos andábamos con el diablo atado a los tobillos, pero en su caso el diablo desapareció al llegar a Mistorne. El mío se hizo grande.

Porque mi madre necesitaba un lugar lleno de paz para evitar sus brotes, y aquí lo había encontrado. Cuando el caos vivía dentro de ti, el asunto se complicaba un poco más.

—Podría haber venido con manual de instrucciones, ¿verdad? —le dije a *Madame*, la única que me saludó al llegar a casa. *Papa* estaba preparando la

comida en la cocina, y estaba segura de que *maman* se encontraba en su estudio.

—¿Me hablas a mí?

Mi madre asomó la cabeza por la puerta, con el pincel estratégicamente colocado detrás de la oreja. Con la melena suelta y una mancha de pintura sobre la mejilla no me extrañaba que en los círculos más bohemios la llamaran «la mujer de fuego». Un mote bastante vago, en mi opinión, pero conocía a *maman* lo suficiente como para saber que el fuego que ardía dentro de ella no tenía nada que ver con el color de nuestro pelo. Además, a veces pienso que la crítica tenía parte de razón. Donde yo tenía el pelo cobrizo y apagado, ella ardía. Donde yo tropezaba, ella parecía caminar en el aire sin rozar el suelo.

—No, hablaba con *Madame* —contesté, y supe sin verla que había puesto los ojos en blanco—. Sabe más de lo que crees.

Los haces de luz atravesaban el ventanal del estudio, bañando de dorado los resquicios de la madera del suelo que se dejaban ver entre los periódicos. En el centro, *maman* seguía pintando con las manos en el aire, como si imitara al director de una orquesta. La pintura sobre el lienzo se deslizaba sin pinceles que la guiaran.

Y así era como la galería Favre-Larue se llenaba de cuadros que nadie sabía que casi se pintaban solos. Si lo supieran, el plan de vivir en Mistorne para huir del agobio de la prensa —es lo que tiene que *papa* sea un escritor superventas desde que se deshizo de su seudónimo, Lucie— se hubiera ido a la mierda. Igual que la regla de oro de *maman* acerca de nuestros poderes, esa que yo rompí con Roy sin pensarlo dos veces. *C'est la vie*.

—¿Otro jardín? —pregunté mientras entraba en el estudio, curiosa.

—Son los rosales que tu abuela y yo teníamos en Arcueil.

Suspiré. Ya ni me sorprendía.

—Dieciocho años desde que te fuiste de Francia y todavía no has pasado página.

—Esas cosas no se las dices a tu padre, ¿verdad? Por lo que sé, no ha dejado de escribirte cuentos en francés.

Me mordí la lengua.

—Perdona. Es solo que... —Me deslicé a través del estudio hasta la pared contraria, donde los lienzos a medio pintar habían sido sustituidos por un enorme mapamundi. *Papa* había marcado con chinchetas los lugares donde habíamos vivido. El problema es que con cuatro, siete, once años, no

recordaba nada más que las cajas de cada mudanza. Suspiré—. Habéis visto tanto mundo solo para acabar condenándome a quedarme aquí.

—Nessa...

—Un día cogeré las maletas y me iré. No muy lejos, no mucho tiempo.

O sí, no lo sé. Pero me iré. —Me volví hacia ella a tiempo para ver cómo se cruzaba de brazos, con la pintura aún bailando a sus espaldas—. Seré una gran periodista y viajaré por todo el mundo para escuchar todas las historias.

—Sin trucos —replicó. Ahora resulta que escuchar la mente de las personas era solo un truco.

—Sin trucos, por supuesto. Además —sonreí—, así me echarías un poco de menos.

Puso los ojos en blanco, pero vi cómo intentaba contener una sonrisa antes de darme la espalda y volver al lienzo.

—No seas tonta.

Quise pensar que con esas palabras estaba enterrando el hacha de guerra, después de la discusión de la noche anterior.

Maman dio un respingo (y *Madame* otro) cuando el teléfono empezó a sonar por toda la casa. Se limpió las manos en el delantal con un suspiro.

—Seguro que es la señora Riley otra vez...

—No puede vivir sin ti, ¿eh? —bromeé. *Maman* me sacó la lengua antes de salir.

Creí que volvería pronto, o que me gritaría desde el pasillo que era Roy quien me llamaba, como había prometido. Pero la risa que escuché indicaba lo contrario.

Así que nos quedamos solas en aquel estudio: tú, yo, una gata y un baúl cargado de respuestas. Quizás curioseando podría quitarme a Roy de la cabeza.

—Ni una palabra de esto a *maman*, ¿me oyes? —le susurré a *Madame* cuando maulló a mi lado.

El cerrojo gruñó al abrir el baúl, que dejó a la vista un montón de papeles amontonados unos sobre otros, sin orden ni sentido, apilándose como si se hubieran reproducido en la oscuridad. La capa de polvo que se levantó me hizo estornudar.

«Cosas de negocios».

Qué decepcionante fue darme cuenta de que, por una vez, mi madre no mentía.

—*Merde*.

Dejé caer sobre mis rodillas facturas con las esquinas rotas y los *royalties* de *papa* sobre el papel. Un poco más abajo, el contrato de la última exposición de mi madre. Periódicos recortados con noticias de los dos.

Cosas de negocios.

Incluso en esto mi vida era decepcionante.

El baúl se cerró con un golpe brusco, haciendo saltar los papeles que había dejado apoyados sobre las piernas. Tardé un segundo más en darme cuenta de que había sido cosa de *maman*, que me miraba con el ceño fruncido desde la puerta. Olvida lo del hacha de guerra, Lucie.

—¿Se puede saber qué haces?

—Curiosear. —Los periódicos que cubrían el suelo flotaban un centímetro por encima del suelo, señal de que la telequinesia de mi madre seguía latente—. No tenías por qué ponerte así.

—Te he dicho mil veces que dejes ese baúl en paz.

—Son solo facturas y...

—Precisamente por eso. —Dio dos zancadas hacia delante y me quitó uno de los papeles de las manos—. No sé por qué te empeñas tanto en...

—¿Porque llevas toda la vida ocultándome cosas, quizás? Perdona que hasta el más pequeño detalle me haga sospechar.

—¡No te he ocultado nada, *mon Dieu*!

—Ah, ¿no? —Me puse de pie de un brinco. Todavía notaba la presión de la telequinesia de mi madre retumbándome en las sienes, manteniéndome en el suelo—. ¿Por qué nos marchamos de Toulouse, entonces? Yo era solo una cría. No aguantamos ni cinco años en la siguiente ciudad, y luego la siguiente, y luego otra más. Te empeñas en decirme que fue vuestra elección, pero no soy tonta, *maman*. —Fruncí los labios—. Llevas toda la vida actuando como si lo que nos pasa fuera *normal*, como si fuera tan fácil como callar y seguir con nuestra vida, cuando lo único que pido es que, por una vez, te sientes conmigo y me cuentes por qué...

—Te he dicho todo lo que sé. —Se mantuvo con los labios fruncidos, como si así no se le pudieran escapar más mentiras—. Estás empeñada en que todo esto es un juego, en que nunca te va a pasar nada, y...

—Y a ti sí te pasó, ¿verdad? Pero no vas a contármelo. No vas a contarme nunca nada porque eres una cobarde.

Los ojos le ardieron.

—Vete.

—¿Ves? Una cobarde.

—¡He dicho que te vayas!

A su grito le acompañaron un par de lienzos descolgándose de la pared.

La conocía lo suficiente como para saber cuándo su poder se le estaba yendo de las manos.

—¿Y si no lo hago? ¿Me harás volar por los aires a mí también?

Casi podía notar cómo nuestros corazones se aceleraban al mismo tiempo, intentando contener unos poderes que nos controlaban como títeres.

Yo también podía jugar a su juego.

Entre nosotras se expandía una ciudad de átomos llena de químicos invisibles, de microorganismos, de polvo de estrellas, de fuerzas que ella movía y ondas que solo yo escuchaba. Los pensamientos de mi madre flotaban por encima de ella, invisibles para el mundo. Pero yo podía oírlos.

Podía oír su Ruido, aunque no lo viera.

Mi madre se dobló por la mitad con un grito, hasta que las rodillas tocaron el suelo.

Y la oí. Oí el caos inconexo que cruza la mente de todos nosotros, un Ruido que toma forma pero que no deja de ser ruido. Gritaba mi nombre.

Gritaba que parara. Pensaba en el tío Nathan, en mi padre, Jem; y en su cabeza se repetía la imagen de nuestra familia marchándose de la casa de Toulouse maletas en mano. Vi a un hombre que no reconocí y escuché cómo mi madre seguía gritando, cómo sus voces se entremezclaban unas con otras, pensamiento sobre pensamiento, ruido y caos.

Una mano me agarró de la muñeca, cortando el hilo que nos unía como si de pronto me hubieran dejado sin aire.

—¡Nessa, para!

Abrí los ojos y me encontré con mi padre que, sin soltarme la muñeca, sostenía a mi madre con la mano libre. Ella estaba de rodillas en el suelo, temblando como un animalillo asustado.

Temblando casi tanto como yo.

Las rodillas me fallaron y me dejé caer en el suelo. Sentía que el aire no me llegaba a los pulmones, que los restos del Ruido de mi madre se habían quedado incrustados en mi mente. Me llevé una mano a la cara solo para confirmar que, efectivamente, la sangre había empezado a correr desde la nariz hasta la boca.

Pero no era la única.

Mi madre tenía una lágrima sobre la mejilla y un hilo de sangre sobre los labios. Apretaba la mandíbula, como si le estuvieran martilleando la cabeza.

—No se os puede dejar solas —suspiró mi padre. Me soltó para rodear a *maman* con los brazos y alzarle con cuidado el rostro, cogiéndole la barbilla.

Por la cara que los dos ponían, supuse que las heridas de mi madre no se las había provocado ella.

Quizás mi telepatía no era tan inocente como me hacía creer.

Di un paso hacia atrás, torpe.

—*Papa...*

—Sube a tu habitación, Nessa —dijo mi madre, sin dejar que él hablara. Su voz sonó rota, como si tuviera un cuchillo atravesándole la garganta—. Ahora mismo.

No dijo nada. No iba a decirme nada. *Papa* levantó la mirada una única vez y me miró a través de los cristales de sus gafas.

—Haz caso a tu madre, Ness.

Apreté los puños.

—*Papa*, es ella la que se ha puesto histérica por un puñado de papeles.

¿Por qué no puedo tener secretos con nadie pero ella sí? ¿Por qué tenemos que quedarnos callados siempre? —Di una patada al aire que solo sirvió para hacerme perder el equilibrio durante un segundo—. Podríamos hacer grandes cosas, ¿sabes? Podríamos hacer mucho más que pelearnos como dos crías. Si no hablamos de esto... De lo que podemos hacer, de lo que nos está pasando... *Maman*, si no nos hacemos ver nadie lo hará por nosotras.

—Mi madre no me miraba, *papa* sí. Se limitó a fruncir los labios, con las cejas inclinadas.

—Esto no es hacer grandes cosas, Nessa —dijo *maman* con un hilo de voz. Se levantó como pudo, dejándose caer sobre mi padre—. Sube a tu habitación.

Miré directamente a los ojos de *papa*, suplicándole con la mirada que me sacara de aquí, que me apoyara, que me acompañara, que me espantara las pesadillas como cuando no podía dormir. Él me escucharía. Él siempre lo hacía, Lucie.

Él me veía como algo más que tu relevo.

Y, sin embargo, lo único que hizo fue darme la espalda.

Una bofetada hubiera dolido menos.

Tanto ruido



Madame se asustó cuando cerré mi habitación de un portazo.

Tuve ganas de lanzarlo todo por la ventana: cada estrella de aquel techo que mi madre había pintado conmigo, esperando con miedo que un día lo pintara sin usar las manos; cada póster de cantantes cuyas canciones escuché mucho antes en las cabezas de otros. El día que *maman* se dio cuenta de que le estaba respondiendo preguntas que ella no había dicho en voz alta, me encerré en mi cuarto para no oírla llorar. Como ahora. Pero claro, una vez se despertó mi telepatía, eso de no oírla se volvió imposible.

Las mentes de las personas nunca descansan, Lucie. La mía tampoco.

No hay ningún lugar, ninguna habitación, ninguna casa que me permita darme un respiro; no existe un solo momento en el que el Ruido no se escape de la cabeza de la gente, incluso cuando duermen, incluso cuando yo estoy dormida. Los humanos caminan rodeados de una bruma de pensamientos que no entienden ni ellos mismos. No sé cómo lo soportan.

No sé cómo puedo soportarlo yo.

Supongo que cuando no conoces el silencio, el Ruido se vuelve la banda sonora de tu vida. Y después de todos estos años, mi madre seguía sin entender que a veces quisiera deshacerme de él.

Pasó el día y llegó la noche y no esperé a que me llamaran para cenar.

Me hice una bola sobre la colcha de la cama y esperé a que mis padres se fueran a dormir para saquear la cocina. Pero después de la tensión de aquel día, el Ruido parecía estar especialmente sensible.

Y odiaba tener que admitir que solo había una habitación en aquella casa que me permitía descansar un poco de él: su estudio.

Odiaba que mi madre también ganara en eso. En poder crear algo bello a partir de lo que la maldecía. Y quizás fuera esa conexión, el hecho de que esos cuadros estuvieran creados con la misma magia que no me dejaba dormir, lo que hiciera que mi mente se calmara un poquito más cuando los miraba.

A oscuras, el estudio parecía contener una obra distinta. Los lienzos creaban sombras sobre las paredes, los pinceles se esparcían desordenados por el suelo, y los enormes ventanales alumbraban la estancia con una luna tan brillante que el sol no tendría nada que envidiarle.

El dichoso baúl no se había cerrado bien.

Con más apatía que rabia, me agaché para poner bien el cerrojo y dar por zanjado el tema de las malditas «cosas de negocios» que no habían resultado ser más que eso: cosas de negocios. Pero el baúl se tambaleó sobre sus patas cuando fui a cerrarlo. No recordaba que estuviera cojo.

Me quedé en cuclillas y tanteé la zona de las patas: todos los periódicos que antes cubrían la habitación habían acabado por los aires; la alfombrilla en la que reposaba la pintura fresca se había volcado, un par de lienzos se habían quedado tirados en el suelo. Los aparté del baúl con cuidado. Una de las tablas del suelo también se había levantado por culpa de la telequinesia.

No le di importancia hasta que me di cuenta de que bajo ella, donde se suponía que tenía que encontrar los cimientos de la casa... había un espacio hueco.

Justo debajo del dichoso baúl.

Pesaba más de lo que esperaba, pero lo aparté lo suficiente para terminar de levantar la tabla de madera. Un halo de polvo me invadió la cara cuando me agaché para meter la mano por el hueco, y tuve que hacer un esfuerzo para no estornudar. Tanteé el espacio a ciegas hasta que encontré... más papeles.

El corazón parecía jugar a ver quién me delataba primero: si sus latidos o el crujido de la madera.

Cogí todo lo que pude, sin pensar, y me lo puse en el regazo. Por un momento sentí la desilusión de encontrarme con más recortes de periódicos, como los que se utilizaban para no ensuciar el estudio o los que ya había visto en el baúl. Quizás se habían escapado por culpa de *maman*.

Pero no había ninguno que hiciera referencia al debut de mi padre o a la inauguración de la galería de mi madre. Parecían noticias comunes, sin más; casi todas del *New York Times*. Pero todas coincidían en el año y el tema.

1974; ocho años atrás.

«Se reabre la investigación sobre la causa de la muerte en un caso de LSD».

«Los detectives afirman que el reconocido científico sufría psicosis grave».

Tragué saliva. No era lo único que *maman* había escondido bajo el baúl: junto a los periódicos había media docena de sobres descoloridos. El corazón

se me detuvo un instante al reconocer la letra del remitente. No hacía tanto que aquellas cartas iban dirigidas a su sobrina...

—*Oncle* Nate —murmuré.

Te hubiera encantado conocerlo, Lucie. Le perdimos de vista cuando nos fuimos de Toulouse, porque él se quedó en Francia y nosotros volamos hasta Inglaterra. Yo solo tenía cuatro años entonces, pero sus cartas fueron las primeras palabras que aprendí a leer, junto con los cuentos de *papa*.

No se parecían en nada a estas.

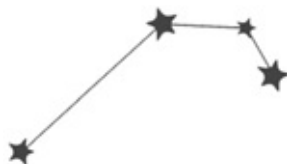
Las cartas estaban fechadas desde 1964 hasta la más reciente, cuyo sello era de 1980. Curioseé el interior de las primeras solo para encontrarme frases en francés escritas con prisa y firmadas con una simple N.

La última solo tenía dos palabras: «Sigue aquí».

—¿Qué...?

Bajo las cartas había un puñado de fotografías antiguas, con los bordes desgastados y las caras cubiertas de polvo. Había un hombre caminando de espaldas junto a la ribera de un río; dos hombres con gabardinas en otra fotografía; un recorte de periódico con la cara seria de lo que parecía un político en portada. Me dio tiempo a leer su nombre al pie de la imagen: «J.

Turner».



La misma cara que había visto en el Ruido de *maman* aquella misma mañana.

—Mentirosa...

Pero no tuve mucho tiempo más para maldecirla. Me pareció escuchar el crujido de unos pasos bajando las escaleras. Cogí todo lo que me cupo en las manos y me lo escondí en el regazo como buenamente pude, antes de volver a poner en su sitio la tabla de madera y el baúl.

Por suerte, una vez de vuelta en la habitación pude comprobar que el ruido no era más que una *Madame* hambrienta vagando por la casa.

Me dejé caer sobre la cama con un suspiro.

«¿No querías respuestas, Nessa?», me pareció que decías. «Todas tuyas».

Siempre supe que habíamos acabado en Mistorne porque huíamos de algo. Y supe que mi madre estudiaba en secreto nuestros secretos, que apuntaba cada brote, cada nueva norma, como si pudiera crear leyes alrededor de algo

que ni siquiera nosotras entendíamos. Buscaba las respuestas y ahora sabía que encerraba todas sus preguntas en aquel escondite.

Lo que nunca me contó es que quizás las hubiera encontrado.

Saqué uno de los recortes de periódico arrugados que había logrado esconder bajo el pijama. El rostro de J. Turner me miraba con una media sonrisa, el pelo oscuro y engominado echado hacia atrás.

—A ti no voy a poder sonsacarte quién eres, ¿verdad, cabrón?

Quizás no fuera nadie. Quizás fuera la solución a todo.

Me contuve para no estrujar su foto entre las manos.

En mi cabeza le dije que no me llamara demasiado tarde, Lucie.

Roy y yo dejamos de llamarnos por teléfono cuando nos dimos cuenta de que el mal humor de mi madre y los gritos de sus hermanas cada vez que sonaba a altas horas de la madrugada no compensaban los pocos minutos que robábamos a la noche. Así que decidimos rescatar los juguetes de nuestra infancia y buscar pilas nuevas para nuestros *walkie-talkies*. No podía compararse con la calidad del teléfono, pero habíamos aprendido a utilizarlo para las emergencias que solían traducirse en un «sácame de casa».

Aquella vez sonó bien entrada la noche, cuando *Madame* y yo ya llevábamos un rato dormidas entre una montaña de cojines. Me levanté de un salto, haciendo que la pobre gata negra saltara de la cama al suelo en medio segundo. El corazón me palpitaba con fuerza contra el pecho, como si acabara de tirarme al vacío en sueños.

—*Putain* —maldije, buscando con la mirada el *walkie-talkie* entre todos los trastos de mi habitación.

Todavía me balanceaba entre la vigilia y el sueño y los ojos no se me habían acabado de acostumbrar a la oscuridad. Tanteé a ciegas la ropa del suelo hasta encontrar el aparato bajo uno de mis petos vaqueros.

—¿Roy? —pregunté. Creí escuchar mi nombre al otro lado de la línea, pero era difícil reconocerlo con tantas interferencias—. Roy, *merde*, estaba durmiendo, ¿qué...?

Pero su llanto me cortó de golpe.

—Tengo... Tengo que irme, Ness, tengo que... —Su voz fue apagándose hasta ser sustituida por el zumbido de la máquina. Le di un golpe, como si así pudiera escucharle mejor.

—Roy —repetí, pero no respondió nadie.

Y entonces escuché uno de esos gemidos que desgarran la garganta, esos que empiezan cuando ya no puedes dejar de llorar, cuando es todavía peor, cuando quieres llorar hasta arrancarte los ojos o romper una pared, cuando ya

no puedes soportarlo. Es ese gemido que te rompe cuando viene de otros. Cuando no puedes hacer nada.

—¿Qué ha pasado? —Me aferré al aparato como si fuera la mano de mi amigo—. Roy, ¿qué ha pasado?

—No puedo... No... —La maldita comunicación no dejaba de cortarse.

Madame me miraba desde el suelo, tensa y erguida como una reina egipcia, y ni siquiera se inmutó cuando empecé a rebuscar con la mano que me quedaba libre entre la ropa del suelo.

—Vale, Roy, escúchame. Voy a ir a por ti, ¿me oyes? —Más ruido. Ruido dentro y fuera de mi cabeza, golpeándome cada vez con más fuerza—. Te espero en cinco minutos en la puerta de tu casa; en cuanto me veas, métete en el coche. Llevaré el de mi padre. Puedes quedarte ahí conmigo, ¿me estás oyendo? Roy, estoy contigo. Voy a por ti. Voy a por ti —repetí, porque lo único que oía era su llanto.

Y la voz de su padre, difusa, gritando desde lejos.

La comunicación se cortó de golpe.

Hubo un segundo de silencio que se mantuvo en el aire hasta que cayó la bomba de ruido. Los latidos en las sienes, los maullidos de *Madame*, el murmullo constante que nacía de cada casa, los gritos del padre de Roy, el roce de la ropa mientras la arrastraba por el suelo, el tintineo de los cristales cuando busqué con el tacto mis gafas sobre la mesilla de noche. Me calcé con las primeras deportivas que encontré, me puse una banda en el pelo como si quisiera desprenderme del sueño, y busqué una chaqueta vaquera para cubrirme el pijama.

Bajé las escaleras con miedo a que mis padres se despertaran, pero aún podía oírlos soñar. Mi casa parecía ajena y despierta, con cada tabla del suelo, cada cuadro y cada clavo rociados por la tenue luz que la luna colaba por las ventanas. Era como si lo viera todo por primera vez. Como si me estuvieran viendo a mí.

Como si tuviera miedo.

Tropecé con *Madame* justo al cruzar el vestíbulo, y tuve que agarrarme al marco de la puerta para no caer. La gata maulló, como si me estuviera pidiendo que la llevara conmigo.

—Volveré pronto, prometido —murmuré, cuando me hice con las llaves de la entrada.

Menos mal que ella no era la que podía leer la mente.

El último éxito de Survivor

El motor del Ford de mi padre rugió como un malnacido en cuanto lo encendí. Aparqué de malas formas frente a la casa de los Álvarez, pero no vi a Roy por ninguna parte. Las cortinas seguían corridas.

Dejé el motor encendido y salí del coche.

—¡Roy! —Me puse las manos en la boca para que hiciera de megáfono. Mi voz sonaba ronca de lo mucho que la había forzado entre fiestas y discusiones—. ¡Roy!

Miraba a la ventana de su habitación, la que tenía las mismas cortinas de cohetes y planetas de cuando era niño, como si en cualquier momento fuera a asomarse con una sonrisa, como Julieta. Pero su voz vino de mucho más cerca.

—¿Ness?

Me pareció ver con el rabillo del ojo cómo los arbustos que había junto a la casa se removían. Entrecerré los ojos hasta que fui capaz de discernir una figura en la oscuridad, encogida y temblorosa. Roy se acercó lo suficiente como para que las luces del coche le iluminaran; tenía todo un lado de la cara tintado de los colores de los hematomas y también sangre seca en el labio.

—Roy, ¿qué...?

«¿Qué haces aquí, qué ha pasado, qué te han hecho?». Pero al verle me dio miedo saber las respuestas. Roy empezó a respirar cada vez más rápido y se sujetó la cabeza con las manos, temblando. Fui hacia él y le tendí una mano con cuidado.

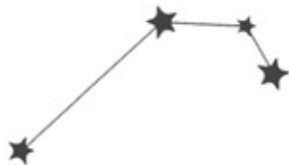
—Roy. —Pero no me miró; siguió temblando y solo entonces me di cuenta de que estaba llorando—. Roy, vamos al coche. Te voy a sacar de aquí.

Empezó a llorar con más fuerza, con más ansia, como si le faltara el aire, y le abracé para mecerle. Todo su cuerpo se sacudía contra el mío, y aun así supe que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para que nadie le oyera llorar.

No sabía qué más hacer, así que simplemente le sostuve.

—¿Qué ha pasado? —murmuré, seguramente muchas más veces de las que recuerdo. Pero él solo respondía agarrándome con más fuerza.

—Lo siento... —dijo—. Lo siento mucho...



No sé cómo conseguí que los señores Álvarez no salieran dando gritos, pero quince minutos después Roy lloraba con un poco más de calma, con la frente apoyada contra la ventana del copiloto, mientras en la radio ponían el último éxito de *Survivor*.

Dejé el coche aparcado en una de las gasolineras que quedaban más cerca del barrio y bajé un segundo a la tienda. Volví cargada de gofres y batidos de chocolate.

—No tenían rollitos de canela —dije al entrar, con una mueca—. Sé que son tus favoritos, pero quizás un gofre te siente bien. No se pueden comparar con los del viejo Joe, pero...

Me encogí de hombros con una sonrisa, a la que Roy fue completamente inmune. Le quité una pequeña ramita que tenía enredada en el pelo.

—Algo me dice que has vuelto a escaquearte desde el tejado —dije, por si su aparición entre los arbustos no me había dado suficientes pistas.

—No podía salir por la puerta como si nada. Mi padre me hubiera estado esperando con la escopeta en mano —lo dijo con una media sonrisa, pero no supe hasta qué punto estaba bromeando.

Le pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja, con cuidado de no rozarle los hematomas. Un poco más a la derecha y hubiera aparecido con un ojo morado.

—Ha sido él, ¿verdad?

Roy se limitó a asentir.

—Está bien —dijo, y se apartó una lágrima con la mano. Pero no estaba bien—. Es... Son las cosas que hace cuando se enfada, no pasa nada. —Se encogió de hombros de forma inconsciente, como si esperara que fuera a golpearle otra vez—. Dice que no soy un buen ejemplo para mis hermanas.

—¿Un buen ejemplo según qué? —Apreté los puños—. Roy, no puedo creer... No pueden...

—Tú siempre te estás quejando de tu madre. Es lo mismo.

—No, no lo es.

Un pinchazo en el corazón me recordó que yo fui la que acabó hiriéndonos a las dos en aquella discusión. *Maman* nunca me pondría la mano encima.

Me dejé caer sobre el asiento del conductor, con el ronroneo del motor lo suficientemente alto como para no poder oír nada más.

—¿Y tu madre no dice nada? ¿No le importa?

—No *les importo* —murmuró, con la sonrisa más triste del mundo. Una lágrima se le deslizó hasta la comisura de los labios—. Pero tengo que volver antes de que... Antes de que se den cuenta de que me he ido. No quiero que las cosas vayan a peor.

—No creo que puedan hacerte nada peor, Roy.

Él solo apretó los puños, que todavía temblaban.

—Se lo puede hacer a mis hermanas. A mi madre.

No necesité que dijera nada más. Puse una mano sobre la suya, suave, porque en el fondo yo entendía que quisiera volver con su madre, que a pesar de las veces que le había dado la espalda ahora él quisiera protegerla.

A una madre que quería a un hombre de piedra, no a un ser humano.

Pero supongo que las madres crueles siguen siendo madres, Lucie. Nos convirtieron en hijos de la guerra y en hijos de la revolución. Nos enseñaron verdades que duelen antes de tiempo, y nos ocultaron otras.

Las madres también son humanas. Y supongo que las nuestras en lugar de dar a luz a niños, dieron a luz su dolor. *Maman* siempre vio en mí lo que tú no fuiste, y la madre de Roy vio en él lo que nunca llegó a ser.

Pero las madres rotas siguen siendo madres.

Con un suspiro, aparté la comida y me coloqué las gafas sobre la nariz.

Roy volvió a limpiarse una lágrima y me miró con una media sonrisa.

—Nunca te he visto con gafas.

—Porque no me quedan bien.

—Mentira. Te quedarían mejor si no tuvieras los cristales tan sucios, eso sí.

—*Idiot*. —Le saqué la lengua y puse las manos sobre el volante—. Solo las llevo por absoluta necesidad. No esperarás que conduzca medio ciega, ¿verdad?

—¿Hasta tu casa? Bueno, no creo que sean más de...

—Podríamos largarnos a Haney —le corté, con una media sonrisa y las manos sobre el volante.

Roy se incorporó en su asiento para mirarme.

—¿Estás loca?

—Te han pegado una paliza en tu propia casa, Roy; la locura sería que volvieras a tu habitación y le dieras las «buenas noches» a tu padre al pasar por su puerta. —Subí el volumen de la radio en un intento de escapar de su mirada de inquisidor—. Es verano, estamos cansados de la rutina de siempre y de pronto aparece una ciudad de la que te han hablado maravillas.

Creo que nos merecemos una escapada. Podemos pasar unos días allí, ver qué se cuece y volver.

Él parpadeó.

—Creía que pensabas que no existía.

—También pensaba que en tu casa no se atreverían a ponerte un dedo encima.

Roy tragó saliva y vi cómo aún intentaba encontrar una forma de defender la falsa disciplina de sus padres. Al final, acabó por rendirse y se hundió todavía más en su abrigo. Él por lo menos había sido más inteligente que yo y había salido de casa vestido de calle.

—Estoy demasiado cansado para decirte que es una locura —murmuró, al tiempo que cerraba los ojos.

—Tampoco te lo iba a desmentir. —Con una sonrisa, alargué el brazo por delante de él para abrir la guantera y saqué un mapa doblado de los estados. Se lo dejé encima de las piernas antes de volverme de nuevo hacia el volante—. Estoy a la espera de indicaciones, copiloto. Aún puedo conducir un par de horas hasta que encontremos un motel. Llevo dos cafés en vena.

Mentira, a no ser que el batido de chocolate de aquella gasolinera contuviera cafeína encubierta.

Roy miró el mapa como si acabara de darle la primera versión del Quijote.

—Pero, Ness...

—Dos cafés, he dicho —insistí—. Y no querrás verme cuando me dé el bajón.

—Tampoco cuando nos quedemos sin comida. —Puso una mano sobre la mía antes de que me acelerara—. Si de verdad quieres hacer esto, pasa antes por casa. No puedes marcharte así sin más, en medio de la noche y en pijama.

—Parece que no me conozcas.

Aun así tuve que darle la razón. Sobre todo porque la maleta que improvisé en quince minutos, con el coche robado esperando en la puerta y los dedos cruzados para que mis padres no se despertaran, acabó cargada con más papeles que billetes. Cogí todo lo que había reunido bajo la cama y me

pregunté qué era exactamente lo que había provocado que mi madre escondiera todo eso. Quizás fueran las cartas. Quizás fueran las fotografías.

Quizás ya se había encargado de quemar todo lo que no quería que viera, y ahora era demasiado tarde.

Pero si tanto miedo tenía, no entendía por qué no se había deshecho de todo eso antes.

Dejé una única notita sobre mi cama.

«¡Nada de preocuparse! Me he ido de vacaciones, volveré pronto. Así me echaréis de menos.

P. D.: Papa, te devolveré el coche sano y salvo, ¿vale?».

Salí de casa con algo más decente que un pijama, arrastrando la maleta en silencio y con los cordones de las deportivas sin atar. *Madame* se despidió con un maullido antes de que cerrara la puerta. Al otro lado del jardín, Roy esperaba en el viejo Ford con las luces encendidas.

Aún me pregunto cómo conseguí que Roy aceptara una escapada a las tantas de la noche, pero lo hizo. Confió en mí con la misma confianza ciega con la que había crecido toda su vida. Porque Roy era el héroe que creía que todas las historias tenían que acabar bien y que en todos los viajes se llegaba al destino con vida, Lucie. Pero las dos sabemos que hay muchas formas de morir con el corazón latiendo. Y muchas formas de vivir cuando ya no lo hace, ¿verdad?

Roy señaló Haney en el mapa, cerca del Gran Cañón, y se secó las lágrimas una última vez antes de mirar de nuevo hacia la carretera.

—Coge la primera salida hacia Missouri.

Interludio

En la cabina 014, Dolores llevaba tres días durmiendo. En la cabina 015, un niño llevaba tres noches sin dormir. Y a John le daba la sensación de que él llevaba tres milenios observándoles a los dos a través de los cristales.

Por fortuna, unos golpes en la puerta hicieron que se diera la vuelta. Su compañero entró en la habitación con la mirada clavada en la libreta que llevaba entre las manos. Solo levantó la vista un segundo hacia los cristales, como si quisiera asegurarse de que ni la mujer ni el niño habían desaparecido por arte de magia. Tampoco le hubiera preocupado mucho si lo hacían.

—Traigo buenas y malas noticias —dijo—. La primera, Thomas sigue empeñado en que llevemos los dichosos anillos. Empiezo a sospechar que es un efecto más de la droga.

John sonrió.

—¿Esa es la noticia buena o la mala?

—La neutra. —Se colocó frente a los cristales y cerró el puño detrás de su espalda. John se dio cuenta de que tenía los botones de la bata mal abrochados, de forma que uno se quedaba bailando sin ojal, pero a Henry no parecía importarle. Se preguntó quién de los dos llevaba más horas sin ver la luz del sol—. Esta mañana hemos confirmado una nueva baja en la planta dos. Pero, por otra parte, han llegado nuevos sujetos. Parecen muy motivados. Tres vienen del sanatorio de Westwood, dos desde el centro penitenciario de Kingman y una es prostituta. Tienen entre veintitrés y cincuenta y dos años.

—No está mal. ¿Te encargas tú de ellos?

—Como quieras. —Henry apartó la mirada de las cabinas para apuntar algo más en su libreta—. Sabes que no tienes por qué quedarte aquí todo el día, ¿verdad? Tenemos cámaras por algo.

—Solo quería descansar un rato. Suponía que a nadie se le ocurriría buscarme aquí.

—Suponías mal.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Ha habido algún avance, al menos?

—¿Desde que se despertó Dolores? No, nada nuevo. —Una pequeña sonrisa nació en los labios de John mientras miraba hacia el catre donde la mujer descansaba—. Pero funcionó, Henry. Todavía no me lo creo.

Él hizo una mueca.

—No diría que funcionó si lleva setenta y dos horas durmiendo como una marmota. ¿Le habéis puesto la cinta que corresponde?

—Lleva nueve reproducciones, sí.

—¿Y nada?

—Henry, esa mujer llevaba años encerrada en su casa por culpa de su miedo a las armas y hace una semana era ella quien empuñaba una.

Disparó tres veces, sin cargamento. Y no solo eso, sino que logramos que no recordara nada al despertarse.

—Y que tardara siglos en volverse a despertar, también. —Se colocó las gafas sobre el puente de la nariz y volvió a mirar sus apuntes—. Y tampoco habéis comprobado hasta dónde se ha producido una alteración en la memoria. Ni cuánto durará. Hay todavía muchos cabos sueltos, John...

—Pero también hay cambios. —Sentía que el corazón se le aceleraba solo de pensarlo—. Ten en cuenta cuántas cosas cambiarían si hubiéramos sido capaces de aplicar esta técnica a los soldados de Vietnam, Henry.

Estarían yéndose a dormir tranquilos cada noche. Lucharían sin miedo.

Volverían a sus casas como si no hubiera cambiado nada. Y no... No tendrían miedo de luchar por la patria. No habría nada que los frenara. Ni el miedo ni su pasado. —Miró de nuevo a Dolores, que dormía de espaldas a los cristales—. Tú lo ves como un fracaso, pero verla así me da esperanza, Henry. Si no podemos evitar que los maten, que al menos los que sobrevivan lo hagan con la conciencia tranquila.

Henry no parecía tan convencido.

—Esa mujer está muy lejos de ser un arma humana, John.

—Ya. Por ahora.

—¿Y el otro qué? —Señaló hacia la cabina 015 con el mentón—. ¿La cinta ha funcionado?

John miró a su compañero con una media sonrisa en los labios.

—No sabría decirte. No para de preguntar por ti. —Se puso en pie y se acercó a uno de los paneles que había bajo las ventanas—. Escucha.

Presionó el botón que conectaba con el micrófono del interior de la cabina, donde el niño seguía encogido sobre sí mismo, jugando a balancearse hasta que el sueño le venciera.

Su voz era solo un susurro por encima de la grabación que sonaba de fondo.

—Papá...

Henry dejó escapar un suspiro y presionó el botón de nuevo para apagarlo.

—Ya veo —dijo—. Detén la prueba por ahora. No creo que esté dando resultados.

Dio medio vuelta y abandonó la habitación con la misma expresión que cuando entró.

El brillo de Sirio



legamos a salir de Mistorne pero no llegamos a ningún motel.

Roy me obligó a parar en cuanto se dio cuenta de que estaba parpadeando demasiado, así que aprovechamos la soledad de los alrededores de Mistorne para dejar aparcado el Ford en un descampado donde la vegetación aún intentaba ganar terreno a la carretera. Tumbamos los asientos delanteros y saqué una pequeña manta del maletero para que Roy descansara.

Casi me sorprendió abrir los ojos y darme cuenta de que ya no era de noche. El cielo se había tintado de rosa y parecía estar desperezándose también, dejando su capa negra pero sin llegar a rozar el día. Aún había pequeños destellos de estrellas esparcidos por el cielo, y la luna compartía espacio con los primeros rayos de sol.

A mi lado, Roy había dejado la manta revuelta, la puerta abierta, y el paquete de gofres tirado sobre el asiento.

Cuando me erguí, todos los músculos de la espalda se quejaron. Antes de salir del coche busqué las gafas que había dejado sobre la guantera; la brisa fresca del verano me erizaba el vello de la piel.

Roy estaba abrazado a las rodillas en medio de los hierbajos y miraba la arboleda que se extendía a aquel lado de la carretera. Se había deshecho de su abrigo y tenía un gofre a medio comer en las manos.

Me senté a su lado y estiré los bordes de la camisa por encima de las rodillas para protegerme de la brisa. Apoyé la mejilla sobre ellas para mirarle.

—Buenos días —murmuré. Él terminó el último bocado de su desayuno. No se me escapó el trazo de las lágrimas que todavía se deslizaban por su piel —. ¿Estás bien?

—Supongo que si quisieras podrías saberlo.

—Ya te dije que contigo no... Yo no... —Sacudí la cabeza; las palabras se me enredaban en la lengua como si aún no hubieran acabado de despertarse —. Además, ni siquiera funciona así.

—¿Así cómo?

—No puedo oírte como si me estuvieras hablando, Roy, así que si estabas pensando algo absurdo para ver si te escuchaba ya puedes ir ahorrándotelo. — Alzó las comisuras de los labios en un intento de sonrisa que murió al segundo—. Todo lo que oigo es... Es ruido. Como si fuera una radio, ¿sabes? Las ondas de las transmisiones están en todas partes aunque no las veas, y solo cobran vida cuando enciendes la radio. Pero eso no significa que no estuvieran ahí antes. Con los pensamientos ocurre lo mismo. Están ahí, pero la gente normal no puede escucharlos a no ser que alguien hable. Tener telepatía es como llevar una radio encendida a todas partes. —Me reí bajito—. Captas todas las ondas, pero hasta que sintonizas bien, lo único que oyes es ruido. Y escuchar como te escucho a ti... No es tan fácil. Y no siempre sale bien.

Suspiré. A veces todavía me sorprendía que Roy me escuchara sin amenazarme con meterme en un manicomio.

—Bueno —dijo—, supongo que es un alivio para los dos. No creo que escucharas nada demasiado interesante.

—No suele serlo. —Me acerqué un poco más a él, hasta que mi codo rozó el suyo—. Los humanos somos todavía más cansinos de lo que parecemos, créeme. Nunca olvidaré cuando me metí en la cabeza de Adam Finn y me pasé toda la clase de Comunicación oyéndole quejarse del hambre que tenía.

—Fascinante.

La sonrisa volvió a morir en sus labios.

—Pero no estás bien —murmuré.

—No has tenido que leerme la mente para adivinarlo.

—¿Quieres volver?

—No. No, claro que no —dijo, pellizcándose los nudillos. Levantó la mirada al cielo, donde las estrellas seguían aferrándose a sus últimos minutos de luz—. Además, esto no lo tenemos en Mistorne.

—¿Gofres de dudosa calidad y hierbajos que acabarán provocándonos sarpullidos? No, la verdad es que no.

Pero Roy no rio mi broma; siguió mirando al cielo con las manos entrelazadas.

—Me da la sensación de que aquí hay muchas más estrellas —dijo.

Seguí su mirada hacia los puntitos incandescentes que empezaban a fundirse en el rosa del día.

—¿Ves esa de ahí? —Señalé el puntito más brillante de todos, con un ojo cerrado para apuntar mejor—. Creo que es Sirio. Así llamaron a la estrella más brillante de todas, por eso todavía la vemos. Es una de las estrellas que

mejor conocen los astrónomos, además, porque se han encontrado escritos de hace muchísimos siglos que hablan de ella. Egipcios, mayas, griegos, indios... Todos se referían a la misma estrella, aunque le pusieran otro nombre. —Me volví para mirarle—. Así que seguramente también la tendrías en Mistorne. Eso, o todo mi discursito se va a la *merde*.

Roy sonrió, y por primera vez me dio la sensación de que su sonrisa era genuina, real. Se mantuvo con los labios tensos y los pequeños hoyuelos asomando entre los hematomas.

—No sabía que te gustaba la astronomía.

—¿No? ¿Es que no te acuerdas de mi habitación o qué?

—Bueno, tienes que admitir que pintarse el techo de estrellas es bastante típico. Yo tengo todos los trofeos de natación de cuando tenía siete años y eso no cambia que fuera una de las épocas más traumatizantes de mi vida —bromeó.

—*Touché*. —Me encogí de hombros, volviendo la vista otra vez al cielo—. Recuerdo que de pequeña pensaba que las estrellas se me habían quedado pegadas a la piel, hasta que *papa* empezó a hablarme de..., de todo. Del cielo, de la historia, de los libros. —Me miré el hombro y bajé el cuello de la camisa hasta que empezó a verse la constelación de pecas que recorría mi espalda—. Y, bueno, estas siguen aquí.

Roy volvió a colocarme la manga de la camisa.

—¿Piensas ir en pijama todo el tiempo?

—No lo pensé demasiado cuando salí de casa. He traído un par de mudas de más, eso sí, para ti y para mí. —Me acomodé un poco más entre la hierba y me abracé las rodillas con más fuerza—. ¿Qué pasó anoche, Roy?

Quise rozarle las heridas como si fueran manchas que pudieran borrarse si frotabas lo suficiente. Quise entrar en su cabeza solo para arrancarle cada mal recuerdo y volver a la noche en la que me llené los dedos de purpurina para pintarnos los dos antes de salir.

—Lo de siempre —replicó, y soltó el aire por la boca como si le pesara toneladas en el pecho—. Yo les... Les decepcioné. Solo eso.

—¿Por salir de fiesta conmigo?

—Por existir, supongo. —Se echó hacia atrás con un suspiro y estiró las piernas sobre la hierba—. No... No suele ser así, te lo prometo. No quiero que te preocupes.

Tarde, campeón.

—Pero tampoco quieres volver.

Él arrugó la nariz, como un niño al que han pillado con el caramelo en la boca.

—No creo que fuera bien recibido. Me hubieran echado de casa igualmente si no llegas a aparecer tú, seguro. Si no lo han hecho antes ha sido por no darle el susto a las gemelas. —Volvió a suspirar—. Siempre he sido demasiado inútil para ellos, ¿sabes? Y Liv fue lo único que hice bien, lo único de lo que estaban orgullosos. Por fin me estaba comportando como un buen católico, puro y correcto, sin todas esas parafernalias tontas que «mis amiguitos» me habían metido en la cabeza. Tenía que casarme, llevar dinero a mi familia, ir a misa cada domingo y no llamar la atención. Sobre todo eso: no llamar *nunca* la atención. A mis padres les costó demasiado sentirse bienvenidos en América como para que yo lo echara todo por la borda. Pero ahora...

—Que Liv te engañara no fue tu culpa, Roy.

—Para ellos el que les ha estado engañando todo este tiempo he sido yo. —Tragó saliva—. No puedo volver, Ness. No... No quiero. Ya no.

—Bueno, aún estamos a tiempo de casarnos en Las Vegas, mandar dinero del *Monopoly* a tu familia e ir a misa como buenos feligreses, si eso es lo que quieres.

Roy rio bajito, como si aún no se viera capaz de bajar la guardia.

—Creo que Las Vegas no nos pilla de paso —dijo, con una media sonrisa.

—Una pena, *mon chéri*. Una francesa y un mexicano de segunda generación seguro que no hubieran llamado *para nada* la atención.

Sonrió, pero no dijo nada más y dejó que la mirada se le ensombreciera de nuevo. Por un momento estuve tentada de rozarle la mano y romper la maldita promesa que me había hecho. Quería conocer a Roy como él me conocía a mí, sin trampas ni máscaras, pero desde que puso fin a su relación con Liv cada día lo veía más lejos. Como si hubiera empezado a construir un muro entre nosotros y no dejara de poner más y más piedras.

Roy no parecía dispuesto a decir nada más.

—¿Qué plan tienes ahora? —pregunté, dándole un suave codazo para espabilarle. Él arrugó el ceño.

—Has sido tú la que me ha secuestrado.

—Es un secuestro consentido —repliqué—. Además, fuiste tú quien me habló de Haney.

—No pensaba que lo dijeras en serio. Creía que solo querías convencerme para que no volviéramos a casa y que me dejarías tirado en el primer motel que encontráramos.

Le miré con ternura; aún me sorprendía que Roy se sorprendiera.

—Bueno, todavía estoy a tiempo de hacerlo.

—¿De verdad quieres que vayamos? —dijo, como si no me hubiera oído—. ¿A Haney?

—¿Por qué no? Tampoco tengo ningún otro lugar adonde ir. Y he de decir que la idea de ir hasta el Gran Cañón por la vieja Ruta 66 tiene parte de encanto. —Reí para mis adentros—. Bastante más que casarnos en Las Vegas. Además, tendremos que parar en algún sitio si no quieres cansarte de comer gofres de dudosa calidad.

Quise creer que lo que volvió a trazársele en los labios fue una sonrisa, aunque solo durara medio segundo. Con un suspiro, apartó los restos de lo que había sido su desayuno y se incorporó para ponerse en pie.

—Entonces voy a ir recogiendo esto. Son muchas horas...

Hizo una mueca al levantarse y temí que los golpes hubieran llegado mucho más lejos de lo que quedaba a la vista. Me dolía que cada día Roy fuera más enigma y menos... menos *él*.

—Escucha, Roy... —Le paré, antes de que se marchara hacia el coche. Titubeé un segundo antes de seguir—. Si hay algo que te preocupe, cualquier cosa, sabes que puedes confiar en mí, ¿verdad? No... No te miento cuando te digo que no te leería nunca. Y tampoco cuando digo que no me voy a marchar. —Suspiré, pero él se mantuvo en silencio—. No sé, siento que a veces parece que esté siempre de broma, pero puedes confiar en mí. Puedes confiar en mí, Roy, de verdad —repetí—. Para todo, no solo para quejarte de tus padres y mirarme mal cuando hable de Liv. Si quieres decir algo, yo...

Quería escucharle para que todo lo que guardaba dentro dejara de pesarle tanto.

Quería que me mirase, que se riera conmigo, que me tendiera la mano para levantarme de aquel campo y me dijera que todo estaba bien. Incluso habría agradecido que no dijera nada pero que respondiera con una sonrisa y volviera a sentarse conmigo, como una forma de decirme que mi compañía bastaba.

Pero solo mintió.

—No hay nada que contar, Ness.

Se fue hacia el coche sin decir nada más, arrastrando una pena que no dejaría que yo conociera.

Ecós de maman

Fui la encargada de llevar el mapa sobre el regazo mientras Roy conducía hacia nuestra primera parada, Cuba. No la isla, por supuesto.

—¿Estás seguro de que es por aquí?

Se encogió de hombros. Si era cuestión de estar seguros, ni siquiera sabíamos si Haney era el lugar que Liv le había prometido. Por suerte lo que quedaba de la Ruta 66 seguía encantando lo suficiente a los turistas como para que pudiéramos seguir sus pasos.

—Espero que te acordaras de coger dinero —dijo Roy, lanzándole una mirada al indicador de la gasolina del coche.

—No te preocupes. —Ya lo haría yo por los dos, Lucie. Había cargado mis bolsillos de más recortes de periódico que de billetes, aunque, en mi defensa, tampoco es que tuviera mucho dinero a mano en mi pobre habitación—. Además, aún nos quedan un par de gofres si te entra hambre.

Roy levantó las cejas con sarcasmo.

—Maravilloso.

—Perdona que una dieta equilibrada no sea ahora mismo mi prioridad, *monsieur*.

—Eh, mira. —Dio un cabezazo hacia la carretera; en la lejanía empezaban a asomar motas de pequeñas casas, cada vez más hacinadas, y un cartel que todavía quedaba muy lejos para leerlo—. Podemos parar a ver si en alguna tienda tienen algo para comer.

—Ya veo cuáles son tus prioridades. —Le saqué la lengua, burlona.

Cinco minutos después detuvimos el Ford en medio de un pueblo perdido en Ninguna Parte, donde la población no parecía bajar de los sesenta años y los establecimientos tenían lo justo para alimentarles.

Decidimos invertir los pocos ahorros en algo que llevarnos a la boca.

La pequeña tienda de ultramarinos («abierta 24 horas», decía, y no mentía) nos dio la bienvenida con unas cortinas de canutillo en la puerta.

No es que pasáramos muy desapercibidos: dos jóvenes con ojeras que les llegaban hasta los pies; ella con los tirabuzones enredados creando una aureola sobre su rostro, con las pecas recorriendo la nariz y las gafas empañadas; él con un abrigo demasiado grande y demasiado caluroso para aquel tiempo y el flequillo lo suficientemente largo como para que nadie viera sus heridas.

Una mujer que rondaría la edad de mi madre, quizás un poco más, leía una revista del corazón tras el mostrador. Se sobresaltó cuando escuchó la campanilla que sonó al abrir la puerta.

—Buenas tardes —dijo Roy. No se me escapó el esfuerzo extra que hizo para que no se marcara demasiado su acento.

La propietaria levantó un segundo la mirada de la revista pero no contestó, como si fuéramos dos motas de polvo.

No podía decirse lo mismo de ella. Nada más entrar en la tienda sentí que todos los sonidos se reducían al mismo tiempo solo para estallar en mis oídos un segundo después; la música suave procedente de la radio, el roce de las páginas de la revista al pasarse, el taconeo impaciente de la dependienta y su voz, un murmullo cada vez más molesto y más alto y más roto.

Me enganché al brazo de Roy con fuerza e hice una mueca.

—Hace mucho Ruido —dije, lo suficientemente bajito para que la mujer no nos escuchara.

—Yo no oigo nada.

—Ese es el problema.

Cruzamos la tienda a zancadas, Roy por delante de mí a modo de escudo y yo con la mirada fija en la dependienta. Podía escuchar retazos de lo que pensaba como si estuviéramos en una casa con goteras.

«Domingo. Gracias a Dios. Solo hoy. Ya no. Ya no...».

Y aquel rezo que cada vez lo parecía menos se iba repitiendo una y otra vez.

«El único puto día. George tiene que. Tengo que...».

—Oh, joder. —Me llevé las manos a las sienes y Roy frenó de golpe.

—¿Ness? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Coge algo para comer y larguémonos de aquí. Me duele un poco la cabeza...

La voz de la dependienta me taladró el cerebro cuando nos acercamos, aunque ella no hubiera apartado la mirada de su revista.

«Gracias a Dios por fin es domingo, señor. Esta tarde toca ir a la iglesia, con George... Y al menos ahí se mantiene lo suficientemente sobrio como

para no decir tonterías. Que si tengo muchas ojeras, que soy una vieja vaga, que los números van mal... No, hoy todo será maravilloso.

Sonreirá a los vecinos y todos me recordarán la suerte que tengo, pero luego llegará a casa y... A veces me da más miedo que cuando bebe.

Porque cuando no está bebiendo, está enfadado. Muy enfadado. Y yo estoy cansada, tan cansada...».

Quise pensar que era la cercanía, o que aquella mujer era un copo de nieve especial que rompía todas mis barreras, porque oía su Ruido como si estuviera gritándome al oído.

Roy dejó la comida en el mostrador y, una vez pagada la compra, agarró las bolsas y se despidió con una sonrisa cordial. Se enganchó a mi brazo para que saliéramos de allí, pero solo llegué a dar dos pasos antes de volverme de nuevo hacia la dependienta.

—Espera —le dije a Roy, zafándome de su brazo.

Carraspeé y me planté frente al mostrador.

—No esperaba encontrarme una tienda abierta en domingo, y menos las 24 horas al día. Eso sí que es dedicación, sin duda. ¿Se acercan muchos turistas por aquí?

La mujer levantó una ceja, como si acabara de fijarse en mí por primera vez. El arrullo de su Ruido se vio interrumpido por el mío.

—Menos de los que quisiéramos, tesoro.

—¿No tiene a nadie que la ayude? Quiero decir: estar aquí tirada un domingo puede ser algo muy solitario. Quizás con turnos más cortos lo llevaría mejor. Tengo entendido que así funcionan en otros establecimientos...

—De esos asuntos se encarga mi marido —replicó, tensa—. No se preocupe por eso, señorita.

Su Ruido no decía lo mismo.

—Bueno, perdone si tiendo a pensar que él no se preocupa demasiado. —Me encogí de hombros—. Su marido también podría encargarse de velar por usted. Dejarla descansar, ¿sabe? Apuesto lo que quiera a que él está ahora tirado en casa rascándose el ombligo, y lo estará también cuando llegue a casa esta noche. Podría recibirla con una buena cena para compensar todo esto.

—Ay, qué cosas dices...

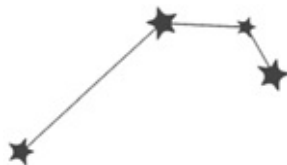
—Verdades, Virginia. —Se quedó tiesa sobre la silla al escuchar su nombre—. Seguramente a estas alturas ni siquiera se atreva a contar las horas de trabajo que le debe su marido; horas que después caen en un saco roto porque usted no verá ni un dólar, ¿me equivoco? No me parece justo que se

convierta en la chacha de su marido. —Me incliné hacia delante y le hablé en un susurro—. Y estoy segura de que hablarlo con sus amigas puede ayudarle a salir de esto.

—Yo no...

—Espero que tenga un buen día —dije, con una sonrisa y una inclinación de cabeza, antes de volver a coger a Roy del brazo para salir de allí. Ella se limitó a balbucear una despedida, mirándome como si fuera un fantasma.

Gajes del oficio, supongo.



—¿Se puede saber en qué estabas pensando? —El rostro de Roy había pasado de pálido fantasma a rojo cereza. Me miraba como si acabara de atracar la tienda con una pistola bajo la camisa.

—Si no te gustaban los pepinillos en vinagre solo tenías que decírmelo.

—Nessa, es en serio. Le has leído la mente, ¿verdad? A la dependienta.

—Me lo ha puesto en bandeja. No lo entenderías. —Intenté quitarle importancia con un gesto de la mano.

—Ella es la que no entiende nada —dijo, señalando en dirección a la tienda—. Ness, no puedes ir haciendo eso por ahí. No es... No es normal.

He visto la cara que ha puesto cuando has dicho su nombre.

Roy dejó caer los brazos y por primera vez sentí que su voz se teñía de miedo.

Miedo de mí. Miedo por mí.

Ni siquiera parecía tan preocupado cuando hablaba de su padre, como si aquello fuera un hecho que tenía que aceptar, sin más, y la verdadera aberración fuera utilizar mis poderes para dar consejos que podría haber sacado de cualquier revista del corazón.

—No podía *no* escucharla —dije, cruzándome de brazos sobre el pecho—. Ella... Hacía mucho Ruido, ¿vale? No lo he hecho aposta. —Entrecerré los ojos e intenté descifrar cuál era el miedo que escondía en los suyos—. ¿Te asusta que también te escuche a ti?

Frunció los labios.

—Me dijiste que yo sería tu excepción —lo dijo suave, bajito, como un niño que teme que rompan su promesa—. Si no confiara en ti después de

tantos años, ya no me quedaría nada. Además, si me escucharas dudo que siguieras aquí.

—¿Tan mal te caigo?

Quise camuflar en esa broma el miedo a que las palabras de Roy fueran reales.

Se suponía que lo conocía, Lucie. Pero desde lo de Liv, sentía que con cada palabra añadía un ladrillo más al muro que nos separaba.

Roy ni siquiera contestó; se limitó a sacudir la cabeza, con la mano todavía alzada hacia el pueblo.

—La he ayudado a sentirse mejor —dije—. Estoy segura de que esa mujer ni siquiera se había planteado que su querido George la estuviera tratando como si fuera basura.

—Te recuerdo que no sé de qué narices estás hablando porque no voy por ahí leyendo mentes, Ness. No como otras.

Suspiré. Aquella discusión cada vez se parecía más a una pelea entre críos.

—¿Has acabado ya de regañarme?

—¿Por qué lo has hecho? —espetó—. Esa mujer se va a hacer preguntas, ¿sabes? ¿Y si piensa que la estás espiando? ¿Y si habla de nosotros a alguien o va a la policía o...?

—Parece que tengas miedo de que alguien nos encuentre, como si fuéramos criminales.

—Parece que a ti no te importe que te encuentren *a ti*.

Sus palabras fueron estocadas.

—Hablas como mi madre —dije, frunciendo la nariz—. He pasado toda la vida oyendo y callando, Roy, con *maman* a mi espalda apretándome la mano cada vez que se me ocurría preguntar cosas que nadie había dicho en voz alta. Y era solo una niña. No sabía qué me pasaba. —Tragué saliva—. Si por primera vez en veinte malditos años voy a poder vivir sin miedo a sentir de más, no voy a frenarme. En aquella tienda, yo... *Necesitaba* hacer algo, ¿lo entiendes? —Señalé hacia la carretera que daba al pueblo, como había hecho él minutos atrás—. Por una vez quería dejar de tragarme todo ese Ruido y poder escupírselo a la cara. Pero sabía que tú no lo entenderías.

No me atreví a decirle que quizás la razón por la que había decidido robarle el coche a mi padre no era tan altruista como Roy creía. Quise creer que tú sí que me comprendías, Lucie. Vives más en mi madre que en mí, y de alguna forma eso siempre te ha protegido de ser una decepción para ella.

Supongo que eso es lo que nos separa: tú moriste, yo nací. Tú fuiste ángel desde el primer día, yo fui todo lo contrario.

Nunca tuve la oportunidad de tropezarme. De equivocarme. *Maman* hizo que tuviera miedo de mí misma, de todo lo que podía llegar a pasar.

Por primera vez, quería demostrarle que podía vivir sin su miedo.

Que mi poder no mataba.

Que no seré ella.

Roy se había quedado callado, todavía con los brazos cruzados y el flequillo cayéndole sobre la frente. Tenía la vista clavada en el suelo.

—No eras la única que tenía miedo a *ser*, Ness —murmuró.

De pronto sentí que la adrenalina de toda aquella escapada nos abandonaba para dar paso al cansancio. Bajé los hombros con un suspiro.

—Volvamos al coche —dije, porque era la única forma de pedir que volviéramos a casa ahora.

Y Roy pareció rendirse conmigo.

La ciudad de la manzana roja

Todo recto? —pregunté para asegurarme. Roy llevaba media hora mirando el mapa que llevaba sobre las piernas como si contuviera todos los secretos del universo.

—Enseguida llegaremos a Cuba. —Hablabaja bajito, con la voz cansada. Apuntó a una línea ilegible desde donde estaba—. «La tierra de la gran manzana roja».

—¿Eso va en serio? —Reí. A aquellas alturas cualquier cosa me daría risa—. Suenaa al paraíso de Blancanieves.

—Al parecer se llama así porque en sus inicios era una ciudad de granjeros. Y supongo que siguió así hasta que en 1931 llegó la Ruta 66 y empezó a llenarse de negocios.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Has sacado este mapa de la guantera, ¿no? —Asentí con la cabeza—. Está llena de folletos de carreteras del estado, una guía sobre la Ruta 66 original... Lo único es que nosotros la estamos haciendo un poco a la inversa y... —Roy se detuvo de golpe, escrutando el folleto que tenía entre las manos—. La verdad es que no sabía que a tu padre le gustaba tanto conducir.

Arrugué la nariz.

—No le gusta. Es mi madre la que suele coger el coche. —Suspiré, con la vista clavada en el cielo que anochecía por el horizonte—. Antes de llegar a Mistorne vivimos un par de años en Camden, en la costa oeste, pero por entonces apenas veía a mi madre y pasaba demasiado tiempo con mi padre. Su primera novela en América ganó mucho reconocimiento en muy poco tiempo... Y creo que esa fue la razón por la que tuvimos que irnos de Camden, para buscar un lugar más... tranquilo, supongo.

Aburrido. La palabra que me vino primero a la mente fue «aburrido».

Nunca sentí que Mistorne fuera el lugar donde vería a mis padres envejecer, y, por supuesto, no iba a permitir que aquella fuera la ciudad que me viera crecer a mí. Y a pesar de mis quejas, ya se había llevado casi diez años de mi vida y media carrera en la universidad.

—¿Y tu madre? —dijo Roy.

—¿Hm?

—Has dicho que apenas la veías.

—Viajaba. —Me encogí de hombros—. Por temas de trabajo, supongo, no lo recuerdo bien. Con siete años no hacía demasiadas preguntas.

Roy ahogó una risa.

—Ahora tampoco, ¿verdad? ¿No te has preguntado si estarán preocupados por ti?

—Siempre están preocupados por mí. —Puse los ojos en blanco, pero Roy seguía mirándome con las cejas inclinadas, casi con pena. Supuse que las diferencias entre nuestras familias eran demasiado grandes. Que él todavía no podía entender que no estuviera huyendo de mis padres, sino de todo lo que significaba quedarme allí con ellos.

Después de todo, no era él quien leía mentes.

Si no, no hubiera dicho nada de lo que dijo.

—Podemos volver a Mistorne, Ness. No estamos tan lejos. Puedo... —Le corté antes de que siguiera.

—No, no podemos —dije—. No *puedes*. No después de la paliza que te pegó tu padre, yo no...

—Pero tú sí. —Roy sonó cortante, casi más enfadado de que le llevara la contraria que de las heridas de su padre—. Tú tienes a dos padres preocupados que estarán preguntándose dónde narices se ha metido su hija y no tengo ningún derecho a pedirte esto, ¿lo entiendes? Cuando te hablé de Haney, yo... —Suspiró, y todo su cuerpo pareció desinflarse al mismo tiempo—. No pensaba que tendríamos que hacerlo así. Saliendo a escondidas a medianoche como dos fugitivos.

—¿Ah, no? A mí no se me hubiera ocurrido otra forma. Parece que no conozcas a mi familia. Nada les hubiera hecho más felices que tenerme encerrada en mi cuarto todo el verano.

—Y quizás tengan una razón para ello.

—No empieces tú también. Por favor —añadí con un hilo de voz. No quería escucharle, ni siquiera si una parte de lo que decía tenía sentido—. No aprendí a conducir para quedarme dando vueltas a la rotonda de Mistorne, y si tenemos que cruzarnos medio continente para olvidarnos del mundo unos días, lo haremos. Te dije que confiaras en mí, Roy.

Él sacudió la cabeza, con la mirada perdida, clavada en el mapa, y los hombros caídos. Podía oír el eco de mis palabras reverberando en su cabeza, pero no las suyas.

—No merece la pena —murmuró, tan bajito que por un momento creí que había confundido su voz y su Ruido.

Me rompía verle así.

Ojalá pudieras meterte en su cabeza, Lucie, y de alguna manera susurrarle al oído todo lo que yo aún no me atrevía a decirle. Que lo que decía no era verdad. Que era todo fruto de sus heridas, las que no podía tapar porque nadie veía.

Se había pasado la vida entre gritos hasta que decidió rebelarse. Ponerse maquillaje aunque le llamaran nenaza. Defender a sus amigos a riesgo de ser juzgado él también. Escribir ese artículo que el catedrático nos había prohibido. Volver tarde a casa y levantarse temprano para hacerle el desayuno a sus hermanas. No quería hacer daño a nadie; quería *ser él*.

Pero así solo conseguía que en casa aumentaran los gritos. Con el silencio también; pero al menos así nadie más saldría herido. Al callar, Roy había sellado un trato invisible con su padre: que serían solo gritos y no golpes, que serían para él y para nadie más.

Así que vi cómo Roy aprendió a cerrar la boca. A tragarse las lágrimas.

A besar a Liv como si ella también le quisiera. A llorar sin hacer ruido. A excusarse detrás de cada «ha sido solo una mala noche».

Hasta que aparecí en la puerta de su casa con él, con los restos del maquillaje y la purpurina y el peso de una pelea a nuestras espaldas. Le di razones a su padre para que se hartara.

Quería decirle que yo también era culpable. Que también caí en el silencio y quise creer que todo estaba bien, porque veía a su familia cada domingo yendo a la iglesia y su padre siempre sonreía, también a él; y no oía que Roy le gritara a nadie que él no se merecía tanto odio, que no se merecía que fingieran que no pasaba nada, que no se merecía que olvidaran todo su dolor como si no importara.

Así es como mi mejor amigo aprendió a callar. No podía culparlo si arrastraba todo su duelo en silencio. Era la única opción que conocía.

—¿Te quedarás más tranquilo si llamo a mi madre? —murmuré, con la vista en la carretera para no ver la incredulidad en sus ojos—. No les diré a dónde vamos. No quiero que tus padres sepan nada. Solo... Le diré que esté tranquila, ¿vale? Que estamos bien.

Dejó escapar una risa entre los dientes.

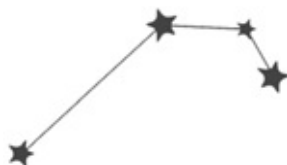
—¿Y piensas que te creerán?

—Sí, pero solo porque me he ido contigo. —Deslicé los labios en una sonrisa—. Pueden estar todo lo enfadados que quieran conmigo, pero con lo

mucho que te quieren no van a dejar que vuelvas si tu padre...

—Te dije que no me daba miedo que me hiciera daño a mí.

Tragué saliva. Era horrible estar conduciendo hacia Ninguna Parte cuando lo único que quería era abrazar a mi amigo hasta que el apretón le dejara sin aire ni daños. Dejaría el coche tirado en medio de la carretera y pararía el mundo entero para que Roy empezara a creerse que aquel viaje acabaría en Haney, que no volveríamos atrás. No si él no quería.



Entonces sería yo la heroína de las causas perdidas.

Roy no me dejó ver nada de Cuba, por mucho que le hiciera pucheritos. Si no llamaba a mi madre no había trato. Lucie, nos hubiera venido bien alguna señal divina de tu parte para darnos cuenta de dónde nos estábamos metiendo. De la vida que estábamos perdiendo por el camino. Quizás la señal que no veíamos era el indicador de gasolina rozando peligrosamente el límite.

—Te das cuenta de que es dinero que podríamos invertir en más gofres, ¿verdad?

Roy me atravesó con la mirada antes de empujarme hacia la cabina de teléfono.

—Va, es solo una llamada. Por favor.

Habíamos aparcado a la entrada de la ciudad, si podía llamarse así; hasta ahora no se diferenciaba mucho del resto de los pueblos que habíamos encontrado varados en la carretera, con las casas de techos bajos diseminadas y las aceras de hormigón dándole un tono gris y decaído a cada calle. Cuba, por lo menos, tenía el verde de las granjas que se extendían por detrás de los edificios. Habíamos pasado de la vegetación moribunda que intentaba florecer en medio de la carretera nacional a una ciudad que por lo menos contaba con un par de prados y un par de parques.

Y no, para mi decepción no vi ninguna gran manzana roja. Solo una cabina de teléfono con los cristales sucios y el anuncio de un gato desaparecido en la puerta. Roy se quedó apoyado en el viejo Ford, con los brazos cruzados sobre una camisa de Queen.

«Por favor», vocalizó, sin llegar a alzar la voz. Puse los ojos en blanco y le saqué la lengua, como si llamar a mi madre fuera una molestia y no estuviera muerta de miedo. La gente sabía teme la furia de sus madres, sobre

todo cuando tienen telequinesia y podrían estampar el teléfono contra la pared en cualquier momento.

—*Allô?*

Apreté el teléfono con más fuerza al escuchar su voz.

—*Maman? Je suis...*

—Por Dios, Nessa. —Mi madre no tardó nada en pasarse al francés; el idioma que utilizaba conmigo cada vez que se enfadaba. Esperé a que dijera algo más, pero parecía que solo quería eso; soltar mi nombre como si así se aferrara a mí, con la voz trémula, no sabía si por el enfado o por la pena. No quería saberlo—. ¿Se puede saber dónde estás? ¿Qué...?

—Deja que te lo explique, por favor. Te llamo desde Cuba. —Escuché una exclamación ahogada al otro lado del teléfono—. Cuba en Missouri, mamá. Pero... Estoy solo de paso. —Miré a Roy de reojo, que cada día parecía palidecer un poco más. No quería ponerle en peligro—. Escucha...

—Nessa, no me puedo creer que hayas hecho esto —dijo, con la voz firme como una losa—. No puedes largarte con el coche a la primera de cambio sin decir nada. ¿Te das cuenta de lo preocupados que estamos?

Creíamos que... Que...

—¡Te dejé una nota! Por favor, dime que no tengo a la policía pisándome los talones.

—No, Nessa. —En su tono no había rastro de la jovialidad con la que yo intentaba suavizar el tema. Y no mejoró para nada con la siguiente frase—. Hablé con el señor Álvarez.

Tragué saliva. Eso era casi peor que la policía.

—Mamá, él es el problema. No sé qué te habrá dicho, pero...

—Que mi hija se habrá largado con Roy a cualquier fiesta de pueblo, que son jóvenes. Pero mi hija no se iría de fiesta en medio de la noche sin dar explicaciones. Quiero pensar que eres mejor que eso, Nessa.

Bufé hasta hacer flotar uno de los tirabuzones que tenía junto al flequillo. Por primera vez, las agujetas que tenía en la espalda eran de dormir hecha una bola en el asiento del copiloto, no de pasarme la noche bailando con Roy.

—No me he ido a ninguna fiesta —dije, y apreté el auricular del teléfono con más fuerza—. Tenía que llevarme a Roy lejos de su familia, *maman*, al menos por un tiempo. Es solo una escapada, te lo juro.

Volveremos pronto. El padre de Roy...

—Nessa, por Dios, escúchame. No puedes marcharte sin más. Si vinimos a Mistorne fue para protegerte, para *protegernos*. No tienes ni idea de lo que

puede pasarte si tu poder se descontrola. Ni siquiera yo lo sé. ¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—¿Protegerme de qué, mamá? —Mis palabras fueron más afiladas de lo que pretendía, pero estaba cansada. Demasiado cansada—. Llevas toda la vida diciéndome lo mismo: que tenga cuidado con la gente, con el miedo, con *sentir*. No puedes convertirme en piedra. No puedes envolverme en plástico de burbujas como si estuviera hecha de cerámica. Estoy cansada de esconderme con la excusa de que me estás protegiendo de nada. De mí, en cualquier caso. —Cogí aire—. Déjame elegir por una vez.

«No pienso volver a una casa donde la respuesta a cada secreto es mantenerme encerrada», pensé, pero olvidé que la gente mundana no podía leer la mente.

—No sabes lo que hay ahí fuera, Nessa. —Ya no quedaba rastro de furia en su voz, como si fuera un globo que se hubiera deshinchado. Ahora solo parecía cansada.

—Por eso quiero descubrirlo. Solo es una escapada de unos días, *maman*, no me voy a largar del país. No tienes que preocuparte, ¿vale? Sé que todo este tiempo has tenido miedo de que descubrieran lo que puedes hacer, pero no soy tan tonta de ir gritándolo a los cuatro vientos.

Se oyó un suspiro al otro lado del teléfono.

—Nessa, estoy preocupada por ti, no por mí.

—Ya. A veces cuesta ver la diferencia.

De pronto el peso del silencio se hizo más fuerte sobre mis hombros.

Sentía cómo el corazón me palpitaba en las sienes, cada vez más agresivo, como si la telepatía estuviera golpeando con rabia un portón invisible para que la dejara salir.

Mi madre habló con la voz teñida de dolor.

—Lo estoy haciendo lo mejor que sé, Ness. —La oí tragar saliva—. Cuando perdí a tu abuela, todo lo que me quedó fue una casa en la que nunca me sentí segura. Y tu bisabuela no es que fuera el mejor ejemplo de una figura maternal que estuviera ahí para ti. —Cogió aire, como si estuviera confesando el mayor de sus delitos—. Siempre quise tener una hija para no ser como ella, Ness. Quería ser la madre que siempre te esperara con los brazos abiertos cuando lo necesitaras. Pero siento que nunca llegamos ahí, ¿verdad?

—*Maman...*

—Da igual. No sé por qué digo nada. —Suspiró—. Tu trabajo nunca fue ayudarme a sentirme mejor, Ness. Ese es el mío. Es estar ahí para ti,

esperando el día que me necesites. Y si no llega nunca, te querré igual.

Porque creo que eso es lo que significa ser madre, *ma chérie*. Dejar que tu hija se escape de casa y esperar a que vuelva sin perder los nervios por el camino. —Su voz se fue apagando poco a poco, aunque ya no sabía si era la conexión telefónica o la verdad—. No quiero que creas que no estoy enfadada por lo que has hecho, Ness, porque lo estoy. Pero una parte de mí también te entiende.

No pude evitar extender los labios para esbozar algo parecido a una sonrisa.

—Técnicamente, no me he *escapado* de casa. ¿No viste mi notita? —Hice una pausa—. Ahora es cuando *papa* te diría que tienes que dejar que me tropiece.

Ella rio.

La regla número uno de *maman* (o quizás la número veintiocho, porque esta mujer parecía regirse por normas y leyes invisibles) era no temer romper las cosas, pero yo siempre había sido su Gran Excepción. A mí no podían tocarme. No podían dañarme.

Y no se daba cuenta de que era imposible protegerme de ello.

—Tienes que prometerme que volverás —dijo ella, esta vez con un tono un poco más jovial—. No quiero a mi hija de juerga un mes entero.

—*Maman*, a estas alturas tendrías que saber que no pienso dejar a *Madame* a vuestro cargo mucho tiempo. Eso sí que es un peligro. —Mi risa sonó extraña, como si aún no me acostumbrara a ella—. Además, puedes aprovechar y tomarte unas minivacaciones con *papa*, que últimamente lo veo demasiado inmerso en su novela.

Oí el eco de su risa, leve.

—Lo sé. La estoy ilustrando.

—¿En serio? ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Tendrás que volver para verlo, *ma chérie*.

Puse los ojos en blanco. El contador del teléfono empezaba ya su cuenta atrás hacia cero, así que no nos quedaba mucho tiempo.

—Solo una última cosa, Nessa.

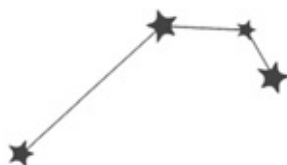
—Dime.

—Prométeme que no... Que no te has ido a buscarle.

—¿Qué? ¿Buscar a quién?

La única respuesta que recibí fueron los pitidos que anunciaban el final de la llamada. Colgué el teléfono con un suspiro.

Putain, Lucie, para estas cosas el destino sí que era eficiente.



Roy y yo decidimos avanzar un poco el camino y atravesar Cuba para poder llegar a un motel antes de que se hiciera tarde, o quedarnos en la ciudad hasta que supiéramos qué hacer. Hasta ahora la idea de llamar a mi madre era lo que más me aterrorizaba, porque evitaba mirar el contador de la gasolina como si así pudiera volver a llenarse por arte de magia. El miedo estaba en hacernos a la idea de que podíamos quedarnos plantados en medio de la nada, sin transporte y sin dinero, pero con al menos un par de frascos de pepinillos en vinagre como tentempié. Ahora me sentía estúpida.

Roy intentaba tranquilizarme con mentiras piadosas.

—Aún nos queda algo de dinero. Podemos repartirlo entre la gasolina, algo para comer y...

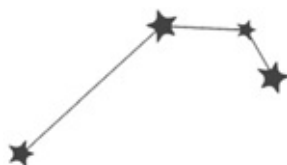
—No cogí suficiente para llegar a Haney, ¿verdad? —Suspiré—. Soy idiota. Además, no quiero que una mañana de estas te pegues el susto de tu vida, así que quizás debería ir avisándote de que también tendríamos que añadir compresas a la lista de la compra.

Roy rio.

—Entendido. —Puso las manos en el volante (le tocaba conducir a él) y se acomodó un poco más en el asiento—. Ahora quédate tranquila. He leído algo en uno de esos folletos que quizás nos puede animar un poco.

—¿Va a darnos dinero?

Él contestó poniendo los ojos en blanco.



Aparcó el Ford en otra callejuela de la ciudad que no conseguí distinguir del resto hasta que puse los pies sobre la acera. En las esquinas de cada calle todavía podían verse letreros pequeños que marcaban la Ruta 66.

—He leído que Cuba es una ciudad conocida por sus murales —dijo Roy, al tiempo que bajaba del coche y se hacía sombra con una mano sobre los ojos—. Están por toda la ciudad, pero pensé que te gustaría verlos.

No tardé en encontrar el primero. La fachada de uno de los edificios estaba pintada de forma que todo el tejado imitaba el cielo y bajo él se

dibujaba la figura de una tienda. Se veía a las personas paseando en la pared, vestidos como a principio de siglo, las ventanas con los falsos reflejos de los coches y el toldo de rayas verdes y amarillas en dos dimensiones. Unas lámparas (estas de verdad) alumbraban el letrero plano donde se anunciaba el nombre de la supuesta zapatería, «Hayes». Era como si alguien hubiera encerrado en la pared un trocito de lo que un día fue aquella ciudad.

Aunque seguía sin entender todo el rollo de las manzanas rojas.

—Vaya —dije, justo cuando Roy se colocó a mi lado, de cara al mural—. A mi madre le hubiera encantado todo esto. Pero para verlo tendría que haberme sacado de Mistorne y no creo que eso le hubiera hecho demasiada gracia. —Reí entre dientes, tan débil que mi risa pareció falsa.

Roy me cogió de la mano, hombro contra hombro. Pero algo en aquel gesto era distinto. No se parecía a la forma en la que le cogía de la mano cuando bailábamos, con fuerza; ni a cómo jugaba a trazarme líneas invisibles sobre la palma de la mano cuando se ponía nervioso mientras me oía hablar. Por primera vez, Roy me cogía la mano como si esperara encontrar algo de fuerza en ella para levantarse. Como si esperara que tirara de él. Con un cuidado y una intimidad que no esperaba encontrarme en medio de la ciudad de los murales.

—Sigue por aquí, mira —dijo, bajito, y me condujo hacia el lateral de la calle, con aquellas personas de principios de siglo mirándonos desde la pared.

Señaló con la mano libre hacia un muro que se alzaba delante de nosotros. Este ya no parecía tan acogedor; ilustraba una legión de soldados llegando a la ciudad, algunos montados a caballo y otros con las bayonetas en alto y los rostros sonrientes que anunciaban la victoria. Por encima de sus cabezas ondeaba la bandera americana, en tonos más claros debido al desgaste de los años.

Roy me soltó y sentí que ahora era yo la que perdía fuerzas. Se sentó en el bordillo de la acera con un suspiro. No le dio tiempo a abrazarse las rodillas, porque mi mano llegó antes para volver a encontrar la suya.

Él ni siquiera pareció inmutarse. Llevaba unos días en los que parecía más zombi que persona.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Un poco pretencioso para mi gusto. —Arrugué la nariz—. Entiéndeme, estoy acostumbrada a las acuarelas de mi madre y a encontrarme fragmentos de novela debajo de mi almohada. Siempre me ha gustado más el arte en formato pequeño. Como esa gente que pinta en granos de arroz. —Junté el

dedo pulgar y el índice con la mano libre, dejando un espacio diminuto entre ellos—. Es adorable.

Roy rio, haciendo reverberar todo su cuerpo. Sacudió la cabeza.

—Hablabas de esta escena, Ness.

—Ah, eso. Bueno. —Me encogí de hombros. No le había puesto nombre todavía a ese hueco que había dejado la imagen en mi cuerpo, pero con Roy podía compartirlo—. Cuando veo todo esto no siento que estén hablando de mi país. Me recuerdan que no nací aquí, que esta no es mi historia ni mi guerra. Y no debería importarme, pero llevo trece años en Estados Unidos y todavía siento que la gente me mira por encima del hombro, como si no me dejaran pertenecer a este lugar.

Roy no me miró, pero noté el apretón que le dio a mi mano.

—Nací aquí y puedo asegurarte que esa sensación no va a desaparecer por mucho tiempo que pase. —Suspiró—. Cuando era niño no lo sentía tanto, claro; pero llega un día en el que vuelves a casa y le cuentas a tu madre qué tal ha ido en el colegio, le cuentas que tus amigos te han puesto un mote nuevo, que se ríen contigo. Y entonces tu madre te dice «eso no es un mote, cariño. Es un insulto». —Sacudió la cabeza, con más rabia en la voz que pena—. Y de pronto eres un poco menos niño y te sientes un poco más solo.

Hubiera sido un buen momento para dejar caer una broma que le hiciera reír, para abrazarle y llenarle la cara de besos hasta que se picara, para decirle que yo quería ser la persona que le pegara un golpe a la soledad que se le quedó incrustada. Pero algo me decía que no era una soledad que pudiera combatirse con compañía.

Por eso solo le apreté la mano un poco más.

—Es horrible —murmuré.

—Podría ser peor. —No lo dijo como quien bromea y se encoge de hombros, sino como si fuera una verdad absoluta. Miraba todavía el dibujo del mural pero sentía que su mente estaba mucho más lejos—. Sé que podría.

—¿Es por eso por lo que quieres ir a Haney? ¿Crees que allí será distinto? —pregunté con curiosidad, no con sorna—. Dijiste que la gente de allí era mucho más liberal, así que...

—Solo quiero alejarme de Mistorne —dijo. Pero fue débil, casi un susurro, como si tuviera un metal atravesándole la garganta.

El Roy que yo conocía podía estar muy harto de nuestro pequeño pueblo, pero una parte de él siempre lo había considerado un hogar. Ahí estaban nuestros amigos, estaban sus hermanas, estaba el autobús que cada mañana nos llevaba a la universidad y en el que habíamos jugado tantas veces a

adivinar las vidas de otros. Mistorne siempre había sido un lugar seguro. Lo suficiente, al menos, para que mi familia y yo lleváramos ya casi más tiempo en él que en Toulouse, la ciudad donde nací. Al menos eso parecía.

—Siento que hace tiempo que no eres el mismo, Roy —dije—. Y no puede ser todo culpa de Liv, seguro. Estoy preocupada.

Con cuidado, casi con miedo, Roy apartó los ojos del mural para fijarlos en el suelo, evitando mirarme a mí.

—Hay... Hay algo que no te he contado, Ness, yo... —Un suspiro en vez del final de la frase. No necesitaba que lo jurara. Sacudió la cabeza y se aferró con más fuerza a la mano que le sostenía—. Supongo que no quería preocuparte.

Levanté una ceja.

—Llegas un poco tarde para eso.

—En el fondo creía que ya lo sabías, que lo habías escuchado, que estaría en los pensamientos de alguien... Y si no lo habías hablado conmigo era para no hurgar más en la herida. O porque no querías hablar de ello.

Nadie quiere, después de todo. —Contuvo una media sonrisa. Hice una pequeña pausa en la que le invité a que siguiera—. ¿Recuerdas a Mark?

Mark Davies, un amigo mío unos cuantos años mayor, que vivía cerca de la facultad. Era... uno de los de la asociación, ya sabes.

—Sí, yo... —Hice memoria mientras jugaba a trazar líneas sobre la palma abierta de Roy—... Nos hemos cruzado con él un par de veces, en *Spectrum*, ¿verdad? Tienes que presentarme en condiciones a tus amigos, porque a estas alturas, yo ya...

—Murió hace dos semanas.

Lo dijo en un susurro, con la boca pequeña, como si en realidad no importara nada. Como si fuera un comentario más en medio de una conversación sin importancia a la que prefería no darle más vueltas.

—Dios... —murmuré. No sabía qué más decir—. No lo sabía, yo...

—Tenía sida, Ness.

Había oído las noticias. Era el nuevo nombre que le habían puesto hace poco al GRID, la inmunodeficiencia asociada a los gays. El año pasado las siglas del GRID estaban en todas partes: en los periódicos, en las televisiones, en la radio. Había oído los casos, pero nunca se me había ocurrido que pudiera pasar aquí. Que pudiera pasarnos a nosotros.

—Estuve visitándole en el hospital un tiempo —siguió él—. Él ni siquiera quería decírnos lo que le pasaba, pero yo no estaba ciego. Lo sabía.

Lo sabíamos todos. —Roy me apretó con rabia la mano, frenando los trazos que estaba escribiendo en su piel—. Los médicos se negaban a tocarle, y cuando murió lo metieron directamente en un saco de basura. Su familia ni siquiera nos dejó despedirnos. Estaban avergonzados. —Tragó saliva—. Ni siquiera me sorprende que no te hayas enterado.

Sentía que toda la sangre me había desaparecido de las mejillas.

—Pero... ¿no hubo un funeral, no hubo manera de que...?

—Sus padres pensaban que si le tocaban se contagiarían, incluso muerto. Así que no. No hicieron nada. Los de la asociación hicieron un acto de despedida poco después, pero... —Se apartó las lágrimas con prisa, para que no las viera—. Mark hubiera necesitado morir en un sitio como Haney.

Y yo necesitaba escaparme para digerirlo.

Sentí un dolor agudo en el corazón. Ahora entendía la razón por la que Roy se había guardado esta historia tanto tiempo: por miedo a que yo también apartara la mano. Se la apreté todavía con más fuerza.

Y también entendí por qué Roy seguía con la niebla en su mirada.

Porque incluso cuando él se había intentado convencer de lo contrario, no existiría ningún sitio lo bastante alejado, lo bastante escondido, lo bastante bueno para huir de lo que sentía.

—Lo siento mucho, Roy, de verdad —murmuré, pero ya alzaba los brazos antes de acabar la frase. Se aferró a mí tan fuerte como pudo.

Por primera vez no encontré palabras. Dejé que llorara un poco más, haciendo un esfuerzo imposible para que el contacto no desencadenara un brote de telepatía. Esperé hasta que los latidos de su corazón y el murmullo de su cabeza se ralentizaron. Casi parecían normales. Casi.

—Llegaremos a Haney —prometí.

El abrazo se estrechó un poco más. Tenía miedo de que cuando Roy me soltara volviera a desplomarse, que descubriera que no había servido de nada. Pero él se fue enderezando poco a poco, como un animal herido, hasta que nuestras miradas se encontraron.

—Todavía no me has dicho por qué quieres ir tú.

Contuve una sonrisa.

—Por ti. Y ahora con más razón.

Pero mentía, Lucie, al menos un poco.

Porque en mi casa había respuestas a preguntas que se mantenían latentes, pero no había manera de alcanzarlas. Porque quizás lejos de mi madre podía empezar a entender el rompecabezas que involucraba a mi tío Nathan, al señor Turner, a aquellos titulares de periódicos sin sentido.

Roy cogió aire y estiró la espalda, con una mano apretando todavía con fuerza la mía y la otra apartándose una última lágrima. Miraba el mural de Cuba como si pudiera atravesar la pared.

—En el fondo me alegro de que no utilizaras tu poder conmigo. —Parecía que quisiera quitarle peso al asunto, pero los labios todavía le temblaban—. No son imágenes agradables.

—Contigo no lo haría, ¿recuerdas?

Y anda que no me estaba costando.

Una idea me cruzó por la cabeza con la velocidad con la que se enciende una bombilla y me puse en pie de golpe. Roy se sobresaltó, con la mano que me sostenía todavía en el aire.

—Pero... —Levanté el índice como una maestra que empieza su lección —, quizás sí que podría hacerlo con otros. Quizás *debería* hacerlo.

Roy levantó una ceja.

—¿Qué?

—¿Recuerdas lo que hice con la dependienta, verdad? Sé que te horrorizó, pero sigo pensando que la ayudé, al menos un poco. Sigo pensando que esa mujer estaba pidiendo a gritos alguien que le aclarara todo el barullo que tenía en la cabeza. Y como ella hay cientos y cientos de personas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Él solo parpadeó, como si todavía estuviera acostumbrándose al hueco que había dejado al levantarme.

—¿No...? —dijo.

Me puse en cuclillas frente a él.

—Puedo ser esa persona que les guíe. Una especie de... vidente. No es que vea el futuro precisamente, pero tampoco soy un absoluto fraude, ¿no?

Podríamos crear un centro de adivinación ambulante y ofrecer sesiones con una pitonisa —dije, señalándome— a cambio de dinero.

Roy se quedó mirándome fijamente, con la boca entreabierta y el trazo de una lágrima todavía marcado sobre la mejilla. Sacudió la cabeza.

—Pero, Nessa, ¿de verdad crees que alguien va a creerse el cuento?

Necesitamos dinero suficiente para gasolina y comida, como mínimo, y no sé si...

—Subestimas a la gente. Y si no lo probamos nunca lo sabremos. —Le cogí los codos con las manos—. Vamos, Roy. Siempre se ha dicho que las pelirrojas somos unas brujas, ¿no? Por una vez quiero darles la razón.

Conseguí trazarle una sonrisa que, por pequeña que fuera, bastó para derribarme todas las barreras. Roy suspiró de forma exagerada, hasta que el

aire le levantó parte del flequillo. No me pasó inadvertido el contraste de su sonrisa contra los colores de sus hematomas.

Sacudió la cabeza, otra vez, y se puso en pie.

—¿Y bien? —pregunté.

—No puedo creer que esté a punto de aceptar esto. —Puso los ojos en blanco y amplió la sonrisa—. Quizás sí que eres bruja después de todo.

El escondite de Bonnie y Clyde



abrí la maleta y me encontré cara a cara con el misterioso señor Turner. Miré por encima del hombro para asegurarme de que no había visto nada, pero Roy estaba demasiado distraído comprobando que las ruedas delanteras del coche no hubieran sufrido el ataque de ningún animal después de otra noche en un descampado.

Agrupé en un montón todos los papeles que había traído conmigo y los escondí bajo una manta gruesa que pensé que con el calor de aquel verano no utilizaríamos. Sin embargo, no pude evitar que la letra de *oncle* Nathan volviera a llamar mi atención. Los objetos no tenían Ruido y no podían murmurarme nada acerca de sus creadores, pero aun así sentía que todos aquellos papeles me llamaban. Todos los días, a todas horas. Como si hubiera dejado una tarea pendiente.

Roy seguía en cuclillas en el suelo cuando abrí una de las cartas, fechada en junio de 1967. Llevábamos un año en Dartford, Inglaterra.

En ella, mi tío volvía a ser tan escueto como en la de 1980 («Sigue aquí», decía. ¿Se referiría a Turner? ¿A una de las personas de las fotografías, al hombre de pelo rizado?). Había incluido una postal de Toulouse y un recorte de periódico que ya se deshacía por los bordes. Esta vez se trataba de una esquela que anunciaba el fallecimiento de *monsieur* Nicholas Chardin.

Suspiré, exasperada. «*Mon Dieu*, más nombres no, por favor».

Le di la vuelta a la postal.

Queridos Jem y Ari:

Ayer encontré esto en el periódico y pensé que os gustaría saberlo.

Arielle, espero que ahora consigas descansar. Quiero creer que se os ha quitado un peso (o un miedo) de encima.

Y Jem, ya era hora de que dejaras a «C. Dela» de lado y empezaras a escribir sin seudónimo, que tenía ganas de alardear de amigo. Y no te preocupes: Claire estaría más que

orgullosa de ti a estas alturas. De los tres. Enhorabuena por el éxito de tu última novela.

Cuidaos mucho. Os mantendré informados (pero Ari, respira un poco, mujer).

Os quiere,

Nate

Quería llamar a Nathan y exigirle que me aclarara todo aquel embrollo con los ojitos de niña buena que le ponía cada vez que visitábamos su casa en Francia y veía el bote de galletas tan alto en la estantería. Pero ahora estaba muy lejos. Habían pasado quince años de aquella carta y era la primera vez que oía (leía) el nombre de Nicholas Chardin.

No pude evitar sentir un nudo atravesándome la garganta ante la duda más evidente.

¿Tenía *maman* algo que ver con la muerte de aquel hombre?

Me dio tiempo a meter la postal y la esquila en el sobre y a esconderlo de nuevo bajo la manta justo antes de que Roy llegara y se colocara a mi lado. Nos miramos casi al mismo tiempo.

—¿Y bien? —dijo.

—¿Hm?

—Creía que estabas mirando si teníamos algo... útil.

—Hombre, útil sí. —Volví la vista al interior del maletero: aparte de tener pruebas inconexas de un misterio en el que me había metido sin permiso, también contábamos con un paraguas demasiado pequeño para dos, una linterna a la que pronto le fallarían las pilas, las últimas bebidas que habíamos comprado y dos de las mantas con las que nos habíamos cubierto para dormir —. Útil para promocionar a una vidente ambulante, un poco menos.

Roy miraba nuestras pobres provisiones con el ceño fruncido. Antes de que le diera tiempo a quejarse, saqué la cartera del bolsillo.

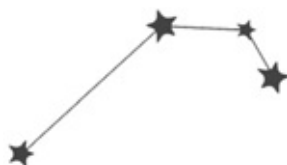
—Pero, antes de que te desespere, creo que tenemos suficiente dinero para comprar alguna monería. Y comida, también. Nunca pensé que diría esto pero empiezo a cansarme de los gofres. —Me encogí de hombros—. Míralo como una inversión.

No pudo evitar que se le escapara la sonrisa.

—Prefiero no mirar nada, la verdad. Encárgate tú de esto. Yo me dejo llevar.

—No sabes en qué lío te estás metiendo, Roy.

—Hacemos un trato, ¿vale? Tú las decoraciones, yo la ruta. Creo que conozco el sitio perfecto para empezar esta locura.



No puse ninguna pega a su plan, y gasté casi todo lo que llevaba encima en comida preparada, una tienda de campaña de segunda mano que había visto tiempos mejores, y la ropa más hortera que encontré en toda Cuba, para Roy y para mí. En un estanco de aspecto destartado encontré unas cartas de tarot con dibujos infantiles que con suerte pasarían desapercibidos. Para el espanto de Roy, también cayeron unas velas dignas de un ritual demoniaco y unas guirnaldas de cumpleaños. Conseguí que se quejara un poco menos chantajeándole con helado de postre.

El atardecer nos pilló en la carretera, y él se encargó de bañar de dorado los oscuros ojos de Roy. Yo conducía y él llevaba el mapa y los miles de folletos sobre las piernas. Había cogido una de las tiaras doradas que pensaba engancharme en el pelo para adornar mi disfraz de pitonisa, y jugaba con ella.

—No veo muy inteligente esto de conducir a ciegas, Roy —dije.

Llevábamos ya un rato en marcha, él escuchando el silencio y el ronroneo del motor; yo con el susurro de su Ruido y las canciones que se repetían en su cabeza como banda sonora.

—Solo sigue la Ruta 66. Te prometo que no vamos a salir de Missouri, tú confía en mí.

—No me queda otra. ¿Es esto un secuestro a la inversa?

Roy rio entre dientes.

—Vendría que ni pintado, la verdad. ¿Conoces a Bonnie y Clyde?

—¿La pareja de ladrones?

—La misma. Ellos también recorrieron parte de la Ruta 66 en 1933.

Cuando llegaron a Joplin alquilaron un apartamento para esconderse, pero la policía acabó encontrándoles. Hubo un tiroteo y escaparon, dejando tras ellos una cámara llena de fotos personales, un collar, y un escondite en Joplin que se ha convertido en una atracción turística muy interesante.

Eché una mirada de reojo a Roy con un silbido.

—Guau, Roy, quizás deberías plantearte lo de ser periodista y volverte un guía turístico.

Él contuvo la sonrisa.

—No soy yo quien tiene la guantera llena de folletos de publicidad —replicó—. Si todo esto es de tu madre, cualquiera diría que es una fugitiva

perseguida por la ley con mucho interés por el Gran Cañón y las rutas de Colorado.

—Pues para serlo no lleva bien eso de llevar provisiones en el maletero.

No pido mucho, vaya. Con una maleta llena de billetes me hubiera bastado —bromeé. La risa de Roy fue menguando hasta apagarse—. Entonces, ¿vamos a Joplin?

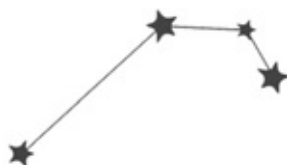
—¿Se te ocurre un lugar mejor? Al menos nos aseguramos de que Joplin no será un pueblo fantasma y que habrá alguien curioseando ese apartamento. Futuros clientes.

—Me gusta cómo suena. —Sonreí a Roy, pero él miraba al frente.

Sentía que algo había cambiado desde aquella conversación en los muelles de Cuba. Que algo en el aire era un poco más ligero, y no era la ausencia de Ruido. Los hombros de Roy parecían haberse destensado y, aunque todavía parecía un niño demasiado pequeño para la camisa que llevaba y demasiado herido para serlo, había empezado a combinar sus miradas al vacío con sonrisas de soslayo.

En ese momento, después de la ruptura de Liv y la muerte de Mark, después de tanto miedo, dentro y fuera de su casa, era todo lo que podía pedirle.

—Sigue recto y en un rato giraremos a la derecha —dijo—. Ya queda poco.



Si no fuera por el escondite de los ladrones, Joplin pasaría sin pena ni gloria como una ciudad más atravesada por la Ruta 66, con casas de techos bajos y moteles de dudosa calidad. Quizás no era una ciudad fantasma como tal, pero tampoco le podías pedir mucho más. Aparcamos muy cerca del apartamento de Bonnie y Clyde y, para que te hagas una idea de la situación, Lucie: no nos costó mucho aparcar. Encontramos unos cuantos turistas curiosos, sí, pero la mayoría no pasaban más de quince segundos mirando la casa.

Porque era una casa, sin más. Con sus paredes de ladrillo y su garaje de puertas blancas. Pasaría desapercibida si no fuera porque dos criminales habían decidido pasar una temporada por aquí, como si no tuviéramos criminales y ladrones en todos los pueblos.

Sentía que nuestro plan se tambaleaba como una torre de naipes.

—Más nos vale que esto funcione —dijo Roy tras mirar lo que indicaba el marcador de gasolina.

Me cambié de ropa en el coche mientras Roy montaba la tienda de campaña, de color azul eléctrico, junto a la ventana. En el interior apenas había espacio para dos personas, así que nos conformamos con cubrir el suelo con las mantas del coche y encender un par de velas. Quizás la oscuridad ayudara a que se nos viera un poco más convincentes.

Salí del coche con la tiara brillante en la cabeza y los labios pintados de rojo, a juego con mi pelo. Más que una vidente parecía que hubiera salido de una despedida de soltera.

Me abracé un poco más los codos, cubriéndome el pecho con la chaqueta. Todo el cuerpo de Roy tiritaba, pero él no parecía querer refugiarse del frío. Ni siquiera parecía que lo sintiera.

—¿Crees que vendrá alguien? —murmuré. Tenía un poco miedo de escuchar un «no» por respuesta.

—Eres tú la que adivinas el futuro, Ness.

—Ya, ya. Si nadie me da la oportunidad de demostrarlo vamos a tenerlo complicado. —Hice un mohín con la boca—. Aunque supongo que siempre podemos buscar alguna tienda en la que podamos devolver todo esto.

Quizás puedo vender algo de más valor, mis pendientes o...

—Funcionará, Ness. Tiene que funcionar. —Suspiró. Quería parecer confiado, pero no podía ocultar la forma en la que se cruzaba de brazos, como si buscara protegerse de sus propios miedos—. Nos haremos oír, de boca a oreja, y diremos que durante una temporada estaremos recorriendo la Ruta 66. Los pueblos pequeños no tienen mucho más con lo que entretenerse, así que... —Apartó la mirada de golpe y se irguió sobresaltado. Se ajustó el cuello de la camisa como si vistiera de traje antes de carraspear y volver a mirarme—. Parece que tenemos una clienta.

Era una joven de nuestra edad, quizás un poco menos, que llevaba la bolsa de la compra colgada del hombro y miraba hacia nuestra tienda con una ceja levantada. Parecía curiosa.

No le di tiempo a que se nos escapara.

—¡Hola! —La saludé con la mano y la mejor de mis sonrisas—. ¿Te gustaría saber qué te depara el futuro? Si no sales satisfecha te devolvemos el dinero, prometido.

La chica pareció dudar durante una milésima de segundo, como si no estuviera segura de si le hablaba a ella. Pero fue menos de un segundo.

No quiero adelantarme a los acontecimientos, Lucie, pero una parte de mí hubiera agradecido que me quitaran el miedo de un plumazo. Así que lo diré:
No hizo falta devolver ni un solo dólar.

Vivir sin aire



o sabía quién de las dos estaba más nerviosa: si Violet o yo.

Supuse que era la primera vez para ella y para mí.

—Así que Violet, ¿eh? Por aquí no se oye mucho ese nombre.

Saludarla por su nombre fue la primera sorpresa de la noche, pero también la más sencilla. Era una de las palabras que más se repetía en el Ruido de la gente, porque era superflua, porque no costaba, porque no era un secreto.

Las llamas de las velas bailaban y hacían temblar las sombras de nuestras siluetas sobre la lona. Violet levantó la mirada en el momento en el que dije su nombre, con las mejillas teñidas de rojo. Era más joven de lo que en un principio pensé.

Con un suspiro y una pequeña sonrisa, tendí las palmas de las manos hacia ella.

—Dime, ¿qué es lo que te preocupa?

Con esas palabras parecía más una terapeuta que una pitonisa, pero a Violet pareció convencerle. Puso las manos sobre las mías con suavidad. Le temblaban los dedos y apartó la mirada otra vez.

—Estoy preocupada por mi familia, ¿sabes? —Se rio de sí misma—. Qué tontería, seguro que lo sabes, ¿verdad? —Sonreí para mis adentros. No hacía falta ponérmelo tan fácil, Violet, querida—. Mis padres... Ellos...

Sus pensamientos sonaron más altos que su voz. Los dedos dejaron de temblarle en cuanto le agarré de la muñeca, con cuidado, haciendo un esfuerzo para que no se notara el latigazo con el que la telepatía se había abierto camino en mi cuerpo. Como si tuviera que dar algo a cambio de sintonizar la dichosa radio.

Pero al menos funcionaba. Podía oír cómo repetía una y otra vez la historia que iba a contarme; en unas versiones, con risas de por medio y quitándole importancia; en otras, con rabia; en otras, con miedo. La voz de Violet se multiplicaba en mi cabeza, con el ruido de los pensamientos nuevos cubriendo los más antiguos. Ruido y palabras que hablaban tan alto que por primera vez quería entenderlas.

Cogí aire.

—Veo que no están en su mejor momento, ¿verdad? —decirlo así no era más que un eufemismo—. Que cada día van a peor. Que los gritos han dejado de ser entre ellos para ir hacia vosotros. Culpan al dinero. Tu padre dice que con la televisión ya nadie escucha la radio y que su programa se va a ir al garete, ¿verdad? Que dentro de un año no tendréis para comer como no espabiles. —Me dolía tanto escucharlo como decirlo—. Pero tú... Tú...

Pero la historia iba mucho más allá. Nunca era tan sencillo como una pelea entre papá y mamá.

Violet me miraba con los ojos abiertos, esperando a que continuara.

—Temes que en el fondo la culpable seas tú. Crees que si hubieras sido la hija que esperaban que fueras —continué— hubieras evitado las discusiones, que tu hermano no deje de tener pesadillas, que tu padre se marche de casa semana sí y semana también. Y para colmo, te culpas de sentir alivio cuando no está. Cuando tienes que dejar que fingir.

Por supuesto que mis palabras le llegaron al corazón. Eran las suyas.

Dejé de tocarla, como si ardiera. Sentía que si seguía escuchándola acabaría quedándome sin aire.

—¿Cómo...? ¿Cómo lo has sabido? —Violet parpadeó y se llevó una de las manos al pecho. Supongo que una parte de ella se esperaba un fraude un poco más evidente.

—Siempre es la familia. —Sacudí la cabeza y empecé a ordenar las cartas del suelo para distraerme. Aún me costaba escucharme por encima de todo su Ruido—. Ahí están las personas que más daño pueden hacernos y a las que inevitablemente echaremos de menos, porque nos han enseñado a quererlas. Los problemas empiezan cuando no se nos corresponde. Porque sí que decidimos meternos en problemas, pero no podemos elegir quién comparte nuestra sangre, no podemos elegir que nos quieran. Y a veces sientes que no puedes salir de ahí, ¿verdad? Que la familia es una condena.

Que no debería ser así.

Violet asintió con la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—No puedo llorar con ellos —dijo, como si se estuviera dando cuenta por primera vez—. No puedo... No puedo ser *tan* débil. —Se apartó una lágrima con celeridad—. Por eso... Por eso me he callado.

Y lo vi tan claro que no necesité ni escucharlo.

—Es como si a su alrededor te quedaras sin aire. Que cuando estás con ellos no hay aire ni espacio para respirar, no hay tiempo para llorar. No hay espacio para fallar, ¿verdad?

Sentí como si una daga me atravesara el pecho. Ya no sabía a cuál de las dos niñas de aquella tienda le hablaba, Lucie.

—Y crees que cuando las cosas fallan es por tu culpa —acabé, con un suspiro. Violet no dejó de asentir.

Me dio la sensación de que ni siquiera se estaba dando cuenta de que en ningún momento había tratado de adivinarle el futuro. Solo estaba esclareciendo todo lo que sentía en aquel momento. Y, Lucie, permíteme decirlo, pero sacar ideas claras de un barullo de voces con el cuerpo tan débil como si te hubieran pegado una paliza tenía su mérito.

Lo malo era que no tendría fuerza para mucho más.

—No sé qué hacer ahora —dijo la chica.

Dejé de ordenar la baraja justo cuando la carta de la estrella encabezaba el resto. Solo esperaba que Violet supiera tanto del tarot como yo —es decir, nada— y que no le extrañara que interpretara aquella carta a mi manera. De estrellas sí sabía.

—¿Sabes de qué color son las estrellas más frías? —pregunté.

—No lo sé, yo... Supongo que azules, ¿no? ¿Blancas?

—Las estrellas azules son las más calientes en el universo, las que más masa tienen, las que más arden. Y, paradójicamente, las estrellas más frías son rojas. —Alargué la mano para tenderle la carta—. A veces el mundo nos enseña lecciones como verdades absolutas que nunca lo han sido. No te culpes por no verlo, Violet. Nada de lo que ha pasado es por tu culpa, ¿entiendes? —No le di tiempo a contestar aunque, a juzgar por la forma en la que contenía las lágrimas, tampoco creía que fuera a decir nada—. Tenemos una idea de lo que es la familia, de lo que debería ser, que a veces nos obliga a creer que el frío no puede quemar. Pero lo hace.

Ya no le hablaba a Violet, Lucie.

Le hablaba también a Roy.

Y luego estaba nuestra familia, Lucie. Una en la que a veces no quedaba aire suficiente para los tres, porque tu ausencia aún marca cada día la vida de mis padres. Aprendí que los secretos tenían casi tanto poder como mi telepatía. Que compartirlos significaba dañarme a mí misma, dañar a *papa* y a *maman*. Si le contaba nuestro secreto a una sola persona, por importante que fuera, le cambiaría para siempre. Y así fue cómo le puse mis esposas a Roy.

De *papa* aprendí que a veces escribir nuestros secretos era todavía peor, porque dejaban de ser solo nuestros. Pero necesitaba descargar todo aquel peso. Necesitaba explotar, necesitaba una catarsis para dejar de sentir tanto.

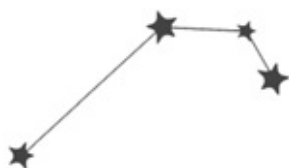
Necesitaba que la voz de Violet dejara de llorar en mi cabeza, que mis pensamientos dejaran de entremezclarse con el murmullo de todos los demás, que los latidos de mi corazón dejaran de reverberar en mi mente.

En medio de aquel caos, me dio tiempo a despedirme de Violet, que todavía se limpiaba las lágrimas de los ojos. Me preguntó cómo me llamaba.

Estaba demasiado cansada para pensar en otra mentira.

—Nessa. Me llamo Nessa.

Dos segundos después de que se marchara, me desplomé sobre el suelo de la tienda. Todavía tenía la sombra de su Ruido en la cabeza.



No sé cuánto tiempo estuve luchando para mantenerme consciente, pero en medio de la niebla, los brazos de Roy me sostuvieron y me ayudaron a salir de la tienda de campaña. Recibí la brisa nocturna como el abrazo de un viejo amigo.

Roy me limpió el reguero de sangre que me caía de la nariz, como tantas otras veces. Me sentó en el suelo junto al coche para que pudiera apoyarme en él sin que dejara de correr el aire. Se colocó frente a mí y me pasó un par de tirabuzones caoba por detrás de las orejas, con cuidado.

—Ness, ¿estás bien? —murmuró, bajito.

Casi me dolieron las comisuras al sonreír.

—Creo que me faltaba ensayar un poco más. Quizás te sorprenda, pero no acostumbro a meterme en las cabezas de la gente a propósito.

Él siguió acariciándome la línea de la mandíbula como si fuera a romperme en cualquier momento.

—Pues para ser una novata has dejado a nuestra clienta muy satisfecha.

Sacudí la cabeza hasta que cada tirabuzón volvió a su sitio.

—Ni siquiera le he dicho nada sobre su futuro. Se creerá que soy un fraude o algo.

—Su propina no dice lo mismo, Ness.

Alcé la mirada y me encontré con los ojos de Roy haciendo chiribitas como si fuera Año Nuevo. Como si la ilusión hubiera escapado de entre sus labios y estuviera inundando todo su cuerpo. Su expresión se crispó en cuanto empecé a toser. Me limpié la sangre de la nariz con la manga de la chaqueta —«mala idea, Ness»— e intenté incorporarme.

Roy se quedó en cuclillas a mi lado.

—¿Te encuentras bien?

Asentí.

—Solo me falta un poco de práctica, ya te lo he dicho. Me recuperaré.

Nos levantamos al mismo tiempo; él poniéndome las manos por debajo de los codos para sostenerme. No se me escapó la mirada furtiva que lanzó al otro lado del coche, donde quedaba la tienda de campaña.

—¿Lo suficiente como para otra tanda? —Me acercó a él con una mano y señaló la tienda con el mentón—. Me parece que Violet ha traído a sus amigos.

Costaba distinguir sus rostros con la escasa iluminación de aquella calle, pero el cartel que señalizaba la casa de Bonnie y Clyde ayudaba un poco.

Las luces alumbraban la piel morena de los dos jóvenes que acompañaban a Violet mientras ella gesticulaba hacia nosotros con una sonrisa de oreja a oreja.

—Tienes que estar de coña.

Pero los amigos de Violet, a juzgar por su expresión, no lo estaban.

Me armé de valor para contener la telepatía al límite una noche más. Lo suficiente para embelesar a aquellos chicos y para que Roy durmiera tranquilo aquella noche, con la certeza de que mañana tendríamos algo que desayunar.

Coloqué mi tiara en su sitio, limpié la manga de la chaqueta como pude, y dejé a la Nessa asustada de sí misma detrás del coche para convertirme en la Nessa vidente.

Abandonamos el escondite de Bonnie y Clyde diciéndoles a los chicos de Joplin que nos encontrarían si seguían la Ruta 66.

El resto fue cosa de ellos.

Momentos



o quería tener que confesarle a Roy que nunca había hecho lo que les hice a Violet y sus amigos.

Nunca había dejado caer las barreras a conciencia, nunca había escuchado la niebla como si de verdad pudiera entenderla. Nunca me había esforzado tanto por romper los muros que protegían la mente de otra persona.

Maman no supo que tenía telepatía solo porque contestara a preguntas mudas; lo supo porque una mañana me encontró desvanecida en el patio, con la piel pálida como la de un muerto y un reguero de sangre bajando hacia los labios. Cuando desperté, escuché a *maman* llorar dentro y fuera de mi cabeza. Se apartó las lágrimas en cuanto vio que abría los ojos y me envolvió las manos entre las suyas. Estaba tan débil que me costaba sostener los bracitos en alto.

—¿Recuerdas qué ha pasado, cariño? —preguntó—. ¿Estabas jugando?

Solo recordaba estar escuchando a unos niños. Unos niños que al día siguiente faltaron a clase porque les dolía mucho la cabeza.

Tenía apenas seis años. Tardé unos cuantos en entender que ese dolor de cabeza podría haber ido a más, y que si no lo había hecho era porque toda la presión de la telepatía había reverberado en mí.

Me pasé años envidiando el poder de mi madre y la manera en la que podía alzar objetos en el aire, casi sin esfuerzo. Porque ella podía ver cuándo algo iba mal y parar a tiempo. Domar la niebla y acallar el murmullo era distinto.

Por eso dejé de hacerlo.

Me conformé con que los brotes fueran algo fortuito que casi se me escapaba de la punta de los dedos. A veces el Ruido estallaba en medio de una discusión o en medio de un beso; a veces un roce fortuito se convertía en una cascada de secretos. Pero se deslizaba por mi mente sin quedarse, sin darme tiempo a entenderlo.

Con Violet había sido distinto. Con Violet había destruido todos mis muros, y todavía no estaba segura de cuáles serían las consecuencias.

Apoyé la cabeza en el cristal de la ventana mientras veía cómo dejábamos atrás el estado de Missouri. Roy dio un pequeño golpecito contra el volante cuando terminó la canción y se volvió para mirarme.

La sonrisa se le quedó congelada en los labios al verme tan derrotada.

—Ya queda menos —dijo, como si tuviera a su lado a una niña pequeña que se quejaba demasiado.

—¿Para Haney?

Soltó una pequeña carcajada que, por muy corta y suave que fuera, parecía más sincera que muchas de sus predecesoras.

—Para Haney también, claro. Pero creo que ya te dije que quería parar en Vinita.

—Ah, sí. —Sacudí la cabeza; mi memoria tampoco estaba para tirar cohetes—. La ciudad esa de Oklahoma.

—Exacto. Es una parada obligatoria en la Ruta 66; al parecer tienen mucha historia cheroqui detrás. He pensado que sería un buen punto donde volver a montar la tienda, ¿no te parece?

Solo de pensarlo sentí que me desvanecía otra vez. Aunque quizás el mareo de pasar tantas horas en el coche también tenía algo que ver. Suspiré y me apoyé contra la puerta del coche.

—Sabes que cuanta más gente vea, más probabilidades habrá de que empiecen a considerarme un fraude, ¿verdad?

Él puso los ojos en blanco.

—Pero es que no lo eres, Nessa. Resulta que *tú* sí que puedes leer la mente.

—Pero no el futuro. Es distinto. La gente no espera que le digan lo que ya saben, esperan otra cosa.

—Pues ayer me pareciste muy convincente.

—Es complicado. —Hice un gesto con la mano. A veces me costaba verlo incluso a mí—. No veo ni *leo* el futuro, eso está claro.

Normalmente... normalmente lo que escucho ni siquiera es una transcripción literal de lo que están pensando. A veces son pensamientos, canciones; incluso poemas. A veces me da la sensación de que escucho colores. Recuerdos, momentos. —Solté una pequeña carcajada, nerviosa. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Era Roy. Le había confesado cosas mucho peores y no me había sentido tan desnuda como en aquel momento—. *Mon Dieu*, debo parecerte loca de verdad.

Él negó con la cabeza, y esbozó una sonrisa conciliadora.

—A estas alturas ya nada me sorprende. Imaginaba que las cosas no serían tan fáciles como...

—¿Como en *Carrie*? —Me adelanté—. Ya viste que el componente de la sangre lo tenemos las dos.

—Es verdad. —Esperé a que dijera algo más, pero solo tragó saliva. No se me escapó el modo en el que se le ensombreció la mirada en un segundo—. Aunque espero que tu historia acabe mucho mejor.

—Anda, calla, que nos quedan por lo menos ochenta años más de dar por saco.

Hizo un mohín con los labios, pero no escuché la carcajada que esperaba de él.

—Pero hay algo más, ¿verdad? —dijo. Entornó los ojos como si la carretera fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Es... Es todo más desconocido de lo que creía —empecé—. Nunca había escuchado a nadie *a conciencia* y con tanta fuerza, Roy, y me asusta no saber hasta dónde puedo llegar. Porque a veces siento que el Ruido es el que me controla a mí. Y la sangre, los mareos... —Suspiré—. Me gustaría pensar que tiene que ver con no beber agua o que me mareo cuando vamos en el coche, pero no soy tan tonta. He visto a mi madre derrumbarse demasiadas veces como para quitarle importancia ahora. —Me abracé los codos con fuerza—. No he tenido tiempo todavía para entender cómo va todo esto. Creía... Creía que sería más fácil.

Roy buscó mi mano y me dio un suave apretón, como si intentara inyectarme fuerza.

—¿Sabes lo que vamos a hacer ahora? Vamos a ir al motel más increíble que encontremos para que descanses. Y porque nos lo hemos ganado, qué narices. Ya va siendo hora de dormir en un colchón en condiciones. —Esbozó una sonrisa—. Y mañana, si eso, ya llegaremos a Vinita.

No me soltó la mano.

—No me importa dormir en el coche si...

—Quiero que descanses, Ness. Lo mereces de verdad. —Se detuvo un momento y acercó mi mano a sus labios, con los dedos aún entrelazados con los suyos y la mirada fija en la carretera. Sentí que el mismo calor que me había recorrido el cuerpo ahora se acumulaba en las mejillas y aparté la mirada, cohibida.

Mon Dieu, quizás sí que necesitaba descansar. Mi cuerpo ya no distinguía entre Roy, *mi* Roy, y cualquier tío del bar.

Aparté la mano antes de que se diera cuenta.

—Tú también —murmuré—. No me fío de un Roy que conduce con sueño.

—Además, se me ocurre que un motel puede ser un buen lugar para practicar.

—¿Practicar el qué? ¿Conducir con sueño?

—Tu telepatía.

Lo dijo como si fuera lo más obvio del mundo. Abrí la boca para contestarle, pero las palabras parecían haberseme quedado atrapadas en la garganta.

—Yo no... —empecé, pero enseguida se me trabó la lengua—. No...

No sé cómo...

—Por eso tienes que practicar. Para saber *cómo*. ¿No decías que tenías miedo a no saber hasta dónde podías llegar? Practica conmigo. No me importa dejar de ser tu Gran Excepción —bromeó, pero no se me escapó el tono de miedo que escondía su voz.

—No... No puedo hacerte esto, Roy.

—Te estoy pidiendo que me leas la mente, no que me claves un cuchillo. —Rio—. Es practicarlo conmigo o cruzar los dedos para que la próxima vez salga tan bien como salió con Violet. Tú decides.

No quería hacerle daño, Lucie. Pero el daño hacía tiempo que ya estaba hecho, ¿verdad?

Por eso no le puse ninguna pega cuando se desvió de la carretera en dirección al único motel que aparecía en el mapa antes de llegar a Vinita.

Cuatro estaciones

Decir que el motel Cuatro Estaciones era el «más increíble que podíamos encontrar» cuando era el único que aparecía indicado en el mapa era engañarnos a nosotros mismos, pero nos bastó con que la habitación tuviera ducha y un precio bastante asequible para convencernos. Crucé los dedos para que tuviera también una mosquitera, porque mi piel no aguantaría ni una sola picadura más.

El motel era uno de esos edificios con los pasillos al aire libre y los letreros torcidos que yo creía que solo existían en las películas. Nuestra habitación estaba en la segunda planta. Entramos en ella con lo puesto, con el cansancio pesándonos sobre los hombros y la luz dorada del atardecer intentando atravesar las cortinas.

Roy fue directo hacia la cama de matrimonio y se dejó caer sobre ella con un suspiro. Sonreí mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

—Supongo que desear una noche sin tus ronquidos en mi oído era mucho pedir —dije, y señalé la cama con el mentón.

—Si tanto te molesta dormir conmigo, Ness...

—Anda, calla —le corté, antes de que soltara cualquier tontería. Me descalcé y me tiré a su lado, con el sonido de los muelles rechinando bajo nuestro peso. Cerré los ojos—. *Mon Dieu*, no me acordaba de lo cómodos que eran los colchones.

—Nunca te has ido de acampada, ¿verdad?

Reí ante la idea.

—Te recuerdo que mis padres no me dieron permiso para salir de fiesta hasta los dieciocho, Roy. Si me hubieran dejado a la intemperie una sola noche les hubiera dado un chungo.

—¿Hasta los dieciocho? Si antes ya salíamos juntos a...

—Porque no les hice caso. —Me encogí de hombros y noté cómo todo el colchón reverberaba cuando Roy reía.

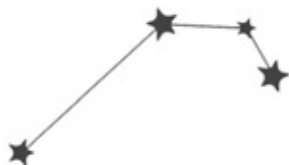
Él se colocó de lado para mirarme y se sujetó la cabeza con una mano.

A juzgar por los rizos que empezaban a colarse en su flequillo, pronto necesitaría un corte de pelo. Solo esperaba que no me lo pidiera a mí.

—Anda, ve a ducharte y luego practiquemos, ¿te parece?

—Menuda propuesta más indecente.

Me dio un golpecito en el hombro. Su sonrisa era demasiado bonita para alguien a quien estaban a punto de destriparle cada uno de sus secretos.



Uno no sabe lo bien que sienta una ducha fría hasta que tiene que compartir coche y tienda de campaña con su mejor amigo durante tres días. Salí del baño con una camisa de Roy a modo de pijama y la toalla todavía enrollada en el pelo. Solo se escapaban un par de mechones cobrizos.

—¿Estás seguro? —pregunté. Asintió.

—¿Tengo que hacer... algo?

Parecía un niño aprendiendo a coger el lápiz por primera vez y no pude evitar sonreír. Notaba la caricia de una gota de agua deslizándose por la mandíbula.

—Solo tienes que pensar. ¿Crees que podrás hacerlo?

Roy puso los ojos en blanco. Sin embargo, a los dos se nos rompieron las corazas en cuanto nos cogimos de las manos, cara a cara y de rodillas sobre el suelo de madera. Cerró los ojos y yo apreté sus manos entre las mías.

En un instante toda la habitación pareció oscurecerse detrás de mí. Si nunca has leído la mente, Lucie, no puedes imaginar lo que es que la oscuridad de otros coja forma dentro de ti. Es como si fueras a subir un escalón y de pronto desapareciera bajo tus pies. Por un momento, esa ingravidez y ese vértigo te vuelven incorpórea; y solo recuperas la sensación de estar viva cuando chocas contra el suelo.

Eso fue lo que sentí cuando entré en la mente de Roy.

Oía que no paraba de repetirse la misma frase, «todo irá bien», como si fuera el rezo de cada noche. Escuché el tictac del reloj de su habitación y los gritos de su padre en el piso de abajo. Hablaba de él, pero les gritaba a otros. Vi cómo Roy hacía un esfuerzo por intentar apartar ese recuerdo de su cabeza, pero parecía enquistado.

Pensé que si intentaba ir más allá, un poco más lejos, hacia los pensamientos más inconscientes, quizás Roy no se sintiera tan atacado.

Busqué los murmullos que quedaban más atrás. Era como deslizarse entre arenas movedizas, pero llegó un punto en el que el Ruido de Roy dio paso a una voz que no era la suya.

—*Odio las putas despedidas* —decía. Reconocí la voz, pero no podía ponerle nombre. Debía de ser parte de la asociación con la que Roy colaboraba en la facultad.

Se conocieron cuando Roy se dio cuenta de que todo lo que sentía él cuando le rechazaban por «extranjero», lo sentían ellos, también, cuando los tachaban de «maricas». Roy llevaba ya un tiempo con Liv por aquel entonces, y, aunque a ella no le hiciera ninguna gracia, Roy no dudó nunca en ayudarlos en lo que hiciera falta. Si algo tenía claro es que no sería él quien les diera la espalda. Creo que fue uno de los primeros en escucharles, en ayudarles a pintar carteles y a manifestarse frente a la universidad, en acompañarles al *Spectrum* con el pecho hinchado y sin miedo en los ojos.

La escena ahora era muy distinta.

—*Las odio* —repitió el chico. También oí el gemido de Roy, muy cerca—. *Odio los entierros. Odio este mundo y odio lo que le ha pasado y odio que esto sea todo, que Mark...* —Su voz se apagó durante un segundo. Se oía con tanta nitidez que me pregunté cuántas veces había revivido Roy esta escena; cuántas noches le había tenido en vela—. *Me dijo que este verano quería largarse por Europa. Que fuéramos con él. Pero ahora... Ahora...* —Hizo una pausa, lo suficientemente larga para que se oyera el eco y los llantos de la sala—. *Ahora estamos improvisando el funeral que no han querido darle.*

La voz del chico acabó por romperse.

Como si el recuerdo se hubiera apoderado de toda la mente de Roy, al Ruido se le unió el chirrido de un micrófono que no funcionaba bien, de un joven llorando, de un ataúd hueco y cerrado; el eco de las palabras de su amigo en una iglesia demasiado pequeña, demasiado apartada, demasiado vacía.

—*Mark era tan bueno. Tan jodidamente bueno...* —Las manos de Roy temblaron entre las mías, cada vez con más fuerza—. *Estoy muy enfadado, chicos. No, joder, estoy... estoy cabreado. No paro de pensar: «¿Por qué?», ¿por qué nos dejan morir? ¿Por qué nadie nos ayuda?*

Roy no pudo soportarlo más.

Retiró las manos como si de pronto estuviera ardiendo y el Ruido empezó a diluirse. Las voces se mezclaron con la de Roy, y empecé a oír gritos, rezos y llantos y ecos. Pasaron muchos segundos antes de que me diera cuenta de que parte de ese ruido venía de fuera.

—Roy —murmuré, acercándome más a él. La toalla que llevaba en el pelo se cayó al suelo—. Roy, yo...

Pero no me dejó terminar. Ocultó su rostro en el hueco de mi cuello y me abrazó con mucha fuerza, hasta que sus temblores se unieron a los míos.

—No tenías por qué ver eso... —dijo. Parecía que cada palabra le costara una puñalada.

El Ruido se había vuelto niebla, Lucie.

—Lo siento —dije. Tampoco sabía si serviría de algo—. No pretendía...

Yo no...

A Roy no le quedaban fuerzas para contestarme. Los brazos se le habían aflojado rodeándome la espalda y había dejado apoyada la mejilla en mi hombro, aunque seguía temblando. Seguía llorando. En su Ruido solo entendía el nombre de Mark.

Y entonces supe que Roy no lloraba porque hubiera invadido su recuerdo; lloraba por tenerlo. Lloraba porque lo que para mí no eran más que palabras, para él había sido real.

Sus amigos se estaban muriendo.

Esa era la razón por la que caminaba taciturno. Esa era la razón por la que la traición de Liv no le sorprendió. Esa era la parte de Roy que estaba muriendo con ellos.



Era difícil contar el tiempo cuando habíamos dejado todos los relojes atrás, en Mistorne, y el reloj de madera de la habitación hacía tiempo que se había quedado estancado en las siete y diez. Encontramos una vieja radio que sirvió para diluir lo que quedara de Ruido. Y llegó un momento en el que el último exitazo del verano también consiguió calmar las lágrimas de Roy.

Aun así, cuando volví de buscar algo para cenar en el bar del motel, me encontré a Roy encogido en el sillón, abrazándose las rodillas. Se puso en pie nada más verme y se frotó los ojos con rabia.

—Tarde —dije—. He traído un par de hamburguesas porque era lo que mejor pinta tenía. —Dejé la bolsa con la cena sobre la mesilla de noche—. Hasta me han hecho un dos por uno. Creo que les he caído bien.

Roy sonrió.

—Quizás Violet ha corrido la voz y tu fama ha llegado hasta aquí.

—No digas tonterías.

Me dejé caer de nuevo sobre la cama.

Fuera hacía ya tiempo que había anochecido. El cielo estaba muy oscuro, todo lo oscuro que podía estar en medio de Ninguna Parte. Casi podía imaginar cómo el firmamento se abría sobre nuestras cabezas, a través de aquel techo, salpicando el negro de constelaciones. Con todas las grandes estrellas escondiendo a las más pequeñas con su luz. Con la capa de oscuridad que quedaría bajo ellas, fundiéndose justo donde el cielo termina y empezaba el valle.

Si de algo podía presumir Cuatro Estaciones era de su silencio.

—Siento mucho lo de antes. —Dijo Roy. Noté el peso de su cuerpo hundiéndose en el colchón. Se quedó sentado en el borde de la cama y estiró el brazo para alcanzar su cena—. Al menos... Al menos todo ha salido bien, ¿no?

—¿Bien? ¿A eso lo llamas «bien»? —Me apoyé en los codos para mirarle.

—Llamo «bien» a que estés entera y con energía suficiente para estar de pie. ¿No era eso lo que querías?

—También quería tenerte entero a ti.

Sacudió la cabeza.

—No has sido tú, Ness. Supongo que... Supongo que no estaba tan preparado como creía. No quería que me vieras así. No hacía falta que vieras... Que...

Bastó un segundo para que su rostro se ensombreciera. No quería volver a tener que sostenerle entre mis brazos hasta que dejara de llorar, no quería que volviera a pensar en sus padres, en su casa, en las hermanas que dejaba detrás, en Liv, en los amigos que había perdido. Quería protegerlo.

—Venga, vamos a olvidarnos de esto —dijo. Estiré el brazo hasta la radio y subí el volumen—. Adivina qué está sonando.

Cómo no, era una balada de Elton John. Podría jurar que escuchaba cómo a Roy se le aceleraba el corazón.

—Me encanta esta canción —dijo. Lo sabía.

Empezó a cantar para sus adentros, casi sin darse cuenta. Fue la primera vez que sentí que su voz era más fuerte que su Ruido.

Y había algo diferente en aquel momento. Algo que solo verías tú, Lucie.

Porque solo tú verías que cuando Roy empezó a cantar, la niebla que me seguía a todas partes se disipó. Solo tú verías cómo fuera, la noche parecía guardar silencio con nosotros y cómo la brisa parecía moverse al son de la

voz de Roy; cómo la madera de la habitación vibraba bajo nuestros pies como si quisiera seguir el ritmo de nuestros latidos.

Puedes considerarte afortunada.

Haz que pare

Haz que pare —decía una Nessa de doce años demasiado asustada para escuchar nada más—. *Maman*, por favor...

No dormí en toda la noche por miedo a no despertarme nunca. Porque, en sueños, el Ruido desaparecía y el monstruo real despertaba.

A *maman* la despertó un grito que rompió toda la casa e hizo que una diminuta *Madame* empezara a maullar desde la balda de mi estantería. A mí me despertó el frío recorriéndome el cuerpo y la sangre deslizándose hasta la almohada.

Después de tantos años, ya estaba acostumbrada a ser la rarita a la que le tocaba salirse de clase cada vez que le sangraba la nariz, porque, como *papa* decía, «a tu magia no le gusta pasarse tanto tiempo encerrada, *princesse*». Pero nunca había sido tanta. Nunca había dolido tanto.

Ahora *papa* esperaba con un tazón de leche caliente en la puerta mientras *maman* me pasaba las manos por el pelo, intentando calmarme.

Pero desde que me había despertado el Ruido no hacía más que aumentar.

Y ni siquiera estaba escuchando pensamientos. Lo escuchaba todo.

Escuchaba la radio, cada televisión de aquel barrio, escuchaba cada voz y cada grito y cada conversación y cada latido. Sentía que me estaba volviendo loca.

Maman me cogió las manitas con cuidado para que dejara de apretarme las sienes con ellas.

—Ness, escúchame —decía—. ¿Puedes escucharme? —Asentí y ella se acercó más a mí hasta que pude apoyar la cabeza en su pecho—. Estamos aquí, *ma chérie*. No va a pasarte nada malo, ¿me oyes?

Pero ya me estaba pasando.

—¿Cuándo fue la última vez, Ness? —Siguió *maman*—. No vamos a reñirte. No es bueno que contengas tu telepatía por mucho tiempo, pero tampoco es bueno que uses demasiada, ¿lo entiendes? Es como si llenaras un vaso con tanta agua que se desbordara, o como si lo vaciaras. Tienes...

Tienes que tener cuidado, cariño.

Maman hacía un esfuerzo inhumano por fingir que ella tampoco tenía miedo.

—Solo quiero que pare... —murmuré—. Es... Es...

—Lo sé, mi amor.

Me aferré con más fuerza a su camisón.

—Ojalá fuera como tú y no tuviera que escuchar todo esto. Ojalá pudieras verlo, *maman*.

Ella tragó saliva.

—Ojalá no tuviéramos que pasar por esto ninguna de las dos.

Si en algún momento rompió a llorar, Lucie, solo lo viste tú. De alguna forma el frío y el miedo se disiparon cuando encontré sus brazos.

El lugar más feo del mundo

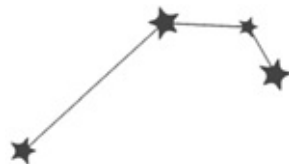
Tendría que haber aprendido la lección. Que jugar demasiado con fuego también quemaba.

Aquella única noche en el motel, Roy y yo nos acostamos pronto, después de un bailoteo rápido al son de la música de la radio y de llenarnos el estómago con las hamburguesas. A la mañana siguiente nos esperaban unas cuantas horas en la carretera hasta llegar a Vinita.

Me gustaba dormir porque en mis sueños solo había silencio, sin murmullos ni niebla. Pero aquella noche las pesadillas se volvieron insoportables. Roy se vaciaba de vida y yo acababa viviendo la suya; todo el cuerpo me dolía y los rostros de los muertos se aparecían en cada esquina. Desperté con lágrimas secas en los ojos, el cuerpo encogido y un frío inhumano recorriéndome cada centímetro de la piel.

—Eh. —Giré la cabeza hacia Roy en cuanto oí su voz, pero no me volví—. Está todo bien, Ness —dijo, y a juzgar por su voz deduje que una parte de él seguía encerrado en el sueño.

Me rodeó por la espalda hasta que mi cuerpo quedó protegido por el suyo. Cogí los brazos que me abrazaban y cerré los ojos hasta que el sueño nos volviera a vencer.



No debería haberme sorprendido que Roy siguiera abrazándome cuando los primeros rayos de sol comenzaron a colarse por la ventana del motel.

Sabía que era Roy, el mismo Roy Álvarez que conocí con doce años cuando se cayó de su bicicleta frente a mi casa y escuché en su Ruido cómo intentaba evitar una palabrota. El mismo de siempre. Y, sin embargo, era la primera vez que estar tan cerca de él me revolvía el estómago. Pero no era desagradable, Lucie. Era diferente.

—¿Te encuentras bien? —dijo Roy. Después de recoger la habitación y sorprenderle con un par de cruasanes para desayunar, habíamos bajado al aparcamiento para despedirnos del motel.

—Me duele un poco la cabeza, nada más. —Le sonreí.

—Entonces conduzco yo.

—Estoy bien, Roy...

Sacudí la cabeza con un suspiro mientras abría el maletero del coche.

Mi corazón se saltó un latido al darse cuenta de que había dejado abierta la maleta, seguramente con las prisas de colocar la ropa sucia, y uno de los papeles que había rescatado del escondite de *maman* quedaba totalmente a la vista. Intenté taparlo antes de que Roy lo viera, pero me dio tiempo a leer el titular de aquel recorte de periódico.

«LA RESISTENCIA DEL PROYECTO MK ULTRA».

—¿De dónde has sacado eso? —Roy cogió el periódico de entre mis manos y se lo acercó para leerlo.

—Roy, no...

Ya era tarde.

—«En una audiencia celebrada por el Comité Senatorial Selecto de Inteligencia para profundizar en el proyecto MK Ultra, la CIA ha revelado que en sus últimas investigaciones se han encontrado un conjunto de registros, de más de 20.000 páginas, que sobrevivieron a las órdenes de destrucción de 1973. La policía sospecha de...». —Roy dejó de leer de golpe y levantó una ceja—. Eh, esta cara me suena. ¿Has cogido esto de la guantera?

Sentía que me faltaba el aire.

—¿Qué?

—Este tío —giró el recorte de periódico hacia mí, donde una cara conocida miraba hacia la cámara mientras se ajustaba una bata a la altura del pecho— es John Turner, ¿no?

J. Turner.

No entendía cómo su nombre había llegado hasta los labios de Roy.

Tenía todo el cuerpo en tensión, esperando el momento perfecto para abalanzarme sobre Roy y quitarle el periódico. Pero ya ni siquiera sabía por qué. Se suponía que llevándome todos aquellos papeles estaba descubriendo el secreto de mi madre, pero no debía de ser tan secreto si Roy sabía quién era.

—¿Cómo...? —Empecé, pero ni siquiera supe formular una pregunta.

Roy rio al ver mi cara de desconcierto y me devolvió el papel.

—He leído sobre él en los folletos sobre Montauk que tu familia tenía en la guantera. Si pretendes que nos desviemos a *Camp Hero* lo tenemos un poco complicado, ¿eh, Ness?

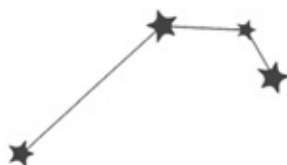
—Te juro que no tengo ni idea de lo que me estás diciendo. Yo... —Sacudí la cabeza y volví a meter el recorte de periódico en la maleta, con cuidado de que no se viera ni una de las cartas de mi tío Nathan. Aún no entendía qué tenía que ver *maman* con todo esto—. Encontré el periódico en el maletero, pero pensé que a mi padre se le había olvidado tirarlo o algo.

Esto es cosa suya.

Bueno, era una media verdad.

—Lo suponía. Tienes más panfletos en la guantera, si quieres curiosar.

La verdad es que es interesante. —Se encogió de hombros con una sonrisa—. ¿Ves? Al final te irá bien que yo conduzca y todo.



En la guantera no encontré más que un folleto de publicidad sobre el que parecía el lugar más aburrido del mundo, en Long Island. Era lo que Roy había llamado *Camp Hero*.

Pero en él aparecía la misma foto de Turner que había encontrado en el baúl, y eso fue lo único que me animó a seguir leyendo.

«A día de hoy Montauk no es considerada una ciudad; por su escasa población no podría considerarse más que una aldea. Fue elegido como el escenario idóneo para la reactivación de Camp Hero en los años sesenta, una base militar con el objetivo de investigar nuevas armas y procedimientos que posteriormente se utilizarían en los interrogatorios llevados a cabo por el ejército y las fuerzas especiales. El programa Montauk fue sancionado en 1953, pero no detuvo sus actividades hasta veinte años más tarde. Ahora Camp Hero se presenta como un punto de interés turístico, en el que se encuentra uno de los monumentos más emblemáticos de la historia del proyecto Montauk: la torre radar SAGE.

Para protegerse de las señales de radiofrecuencia, se sospecha que Lashbrook, Price, Turner y sus colegas realizaban sus investigaciones bajo tierra».

—¿Algo interesante?

Roy interrumpió mi lectura. Me dolía el ceño de tanto fruncirlo.

—Intento entender qué hacía mi madre con todo esto.

—Bueno, ¿no es obvio? —Roy me miró de reojo, con las manos pegadas al volante—. Si yo tuviera lo vuestro también intentaría informarme sobre la gente que va por ahí jugando a controlar la mente.

—¿Cómo?

—¿No lo has leído? —Miró el folleto por encima—. Se suponía que ese enorme radar podía penetrar en la conciencia de la gente y hacerlos más vulnerables a la hipnosis. Por eso investigaban bajo tierra. Querían saber si podían provocar poderes psíquicos en las personas, lo suficientemente fuertes como para convertirse en armas humanas. —Se encogió de hombros—. Pero muchos piensan que solo eran un par de locos diciendo por ahí que podían viajar en el tiempo y cosas así. No se ha comprobado que nada de eso sea real.

Arrugué la nariz.

—Si yo puedo leer la mente no sé por qué sería una locura que ellos viajaran en el tiempo.

—Nos hubiéramos enterado. Va a hacer diez años que la CIA cerró sus laboratorios... —Alargó la mano hacia mí y me obligó a girar el folleto para ver la parte de atrás—. Al parecer se dieron cuenta de que un hombre había muerto porque le habían drogado con LSD hasta las cejas.

Sentía que el nudo en la garganta apretaba más a cada segundo.

Había leído la noticia de aquel hombre, en Mistorne, entre las cartas de Nathan y las fotografías sin nombre.

No podía ser casualidad.

«Sigue aquí».

No sabía dónde me estaba metiendo pero quería pensar que *maman* no estaba involucrada en todo aquello, Lucie. Que era lo que Roy decía y no eran más que un par de locos a los que mi madre tenía puesto el ojo encima.

Quizás el tal Chardin también fuera uno de ellos. Quizás ese fuera el único secreto, uno que podía leerse desde cualquier folleto de Nueva York.

—Entonces me alegra que lo cerraran —dije, y guardé el folleto en la guantera con más brusquedad de la que pretendía.

Roy subió el volumen de la radio y me miró de reojo con una media sonrisa. Cada día se notaban menos los recuerdos de aquella fatídica noche sobre su piel.

—Cuando te vi con ese periódico pensé por un momento que me ibas a hacer dar media vuelta hasta Montauk.

—¿Qué? No, ni de broma. —Apoyé la cabeza contra la ventana e intenté que mi mente pensara en cualquier otra cosa—. Además, seguro que Vinita mola más.

Él rio.

—No te hagas muchas ilusiones.

—Creo que es el lugar más feo que he visto nunca —dije—. Y he viajado mucho, Roy. Aquí no hay... No hay nada.

Ni siquiera habíamos salido del coche. El cielo ya empezaba a oscurecerse, tomándose su tiempo y dejando que disfrutáramos de todos los tonos naranja y añil desde detrás de los cristales del viejo Ford. Solo un par de estrellas se habían atrevido a asomarse.

Roy había dejado aparcado el coche en la explanada que daba la bienvenida a la ciudad, entre un par de árboles desnudos. Cuando decía que no había *nada*, Lucie, lo decía en serio. Desde el coche solo se veían un par de edificios grises y una gasolinera que parecía abandonada desde hacía siglos. El único coche aparcado en las cercanías era un Chevrolet cubierto por una capa de polvo que había vivido tiempos mejores.

—No seas tan dura, Ness —dijo Roy—. Tiene que ser un lugar bonito para algunos. Aquí vive bastante gente y no todo el mundo puede pensar que es feo.

Cogió aire y se apartó un mechón rebelde de la cara. Las ojeras se habían quedado como invitadas permanentes en nuestro rostro, pero algo en el de Roy parecía haber cambiado. Y no me refería al color de sus hematomas.

—Estás distinto al otro día.

Me miró de refilón, los ojos entrecerrados.

—Es la luz.

—*Idiot*.

Le di un suave golpe en el hombro y él giró la cabeza para defenderse.

Se quedó mirando hacia Vinita, o hacia lo poco que veíamos de ella.

—¿Te apetece dar una vuelta?

—*Oui*.

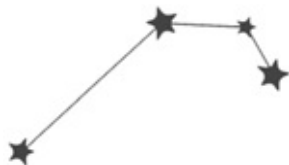
Abrió la puerta del coche.

—Mira, además está empezando a aparecer gente —dijo. Se ajustó la chaqueta vaquera que yo le había prestado, pero a él también le quedaba grande—. No, espera, ¿esa gente...? ¿Esa gente nos está mirando, Ness?

Asomé la nariz por encima del coche.

—¿Pasa algo?

—Escúchalos. Creo que están buscando un coche azul y a una chica pelirroja.



Aquello era una locura, Lucie. Y quizás había subestimado el poder de la palabra y los rumores en los pueblos pequeños, más cuando la historia de la Ruta 66 los conectaba.

Violet y sus amigos habían hecho bien su trabajo, y nos llegaron noticias de que en Joplin esperaban nuestro regreso solo para comprobar que éramos (que *era*) tan buena vidente como Violet prometía. La chica aprovechó el tirón para hablar de videntes, de poderes psíquicos y del Más Allá en el programa de radio de su padre, y los pueblos vecinos lo escucharon también. Y los vecinos de los vecinos. Y de algún modo se supo que había una vidente pelirroja siguiendo la Ruta 66 que salía muy barata.

Una niña morena con dos coletas fue la primera en acercarse a mí.

Aparentaba menos edad de la que seguramente tenía.

—¿Eres tú la vidente de la Ruta 66? —dijo mientras jugaba con el encaje de su vestido—. ¿Podrías ayudarme?

Y no pude decirle que no.

Chocolate y estrellas



ómo te encuentras?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima.

Me dejé caer sobre el capó del coche con un suspiro. Solo habían sido unas pocas personas curiosas, la mitad niños que tiraban de las mangas de sus padres al ver todas las guirnaldas que colgaban de la tienda.

Quería pensar que parte de mi cansancio lo explicaba el haberme vuelto una niña más para jugar con ellos.

Sorbí el chocolate hasta que me dejó un bigote sobre el labio superior.

Roy se acercó un poco más a mí para cubrirme los hombros con la chaqueta vaquera.

—Esto está buenísimo, por cierto —dije—. ¿De dónde lo has sacado?

—Una madre me ha traído dos tacitas mientras estabas con su hija, la segunda. La situación le ha hecho bastante gracia, la verdad. Aunque creo que a ella no la engañas. —Esbozó una sonrisa y dio un sorbo rápido a su chocolate.

—Podríamos sustituir lo de «vidente» por «niñera ambulante» y creo que nos hubiera salido igual de rentable.

—Quizás para la próxima.

Antes de que nos diésemos cuenta los dos estábamos riendo, como siempre. Como si fuéramos tan libres y tan ligeros como nuestra risa.

Sentí que se me deshacía el nudo que se había mantenido en mi estómago desde que había salido de la tienda de campaña. Cuando la risa se perdió, moví una rodilla para chocarla con la de Roy. En realidad quería mover todo el cuerpo, Lucie. Quería dejarme mecer y descansar con él, a pesar de todos los años en los que tanta cercanía me había parecido prohibida. Era otra de las cosas que se estaban sumando a mi lista de miedos.

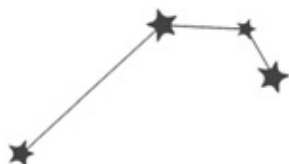
Entonces la expresión de Roy cambió un poco. Su sonrisa perdió fuelle y los ojos se le fueron directos a la rodilla que rozaba la suya y que ahora temblaba como si un terremoto se abriera paso bajo mis pies.

—¿Seguro que te encuentras bien?

—Sí, yo... —Me mordí el labio—. A veces el Ruido se carga y necesito desconectar. Solo tengo que quedarme tranquila un tiempo y puede que...

A juzgar por la mueca de Roy, no debía de tener muy buena cara. Bajó los pies al suelo de un salto, sin soltarme la mano.

—Ven, tengo una idea.



Como Roy me obligara a dar un paso más, acabaría desvaneciéndome. Pero me esforcé por enseñarle la mejor de mis sonrisas y fingí que la telepatía no me estaba martilleando toda la cabeza. No entendía qué estaba pasando.

Antes no hubiera sido así. Se suponía que estaba alejada de la gente y del Ruido, se suponía que hacía horas que este dolor tendría que haber pasado.

Maman me dijo que solo tenía dos opciones: llenar o vaciar el vaso de agua. Ahogarme en Ruido o alejarme de él. Pero parecía que la segunda opción había dejado de funcionar.

Hubiera bastado con entrar en la cabeza de alguien más para que la carga de la telepatía no pesara tanto, pero ya era tarde. El Ruido de Roy era difuso y no *podía* escucharlo. Era mi excepción. Era su vida, su cabeza. Me prometí a mí misma que no volvería a entrar en un lugar que no me pertenecía.

Roy parecía convencido de que me encontraría mejor conforme más lejos estuviéramos del ruido que él conocía: de los murmullos de los bares y los motores de los coches. Y no podía decirle la verdad, Lucie.

«Me ahogo en la niebla de todas las palabras que no dices, Roy».

—Es aquí —dijo Roy, cuando ya nos habíamos alejado lo suficientemente de la carretera de Vinita y parecía que el paisaje empezaba a variar.

Llegamos a una explanada verde, rodeada de arbustos y pequeños árboles que fundían sus ramas con la oscuridad de la noche. Aunque era la primera vez que parecía que tuviera menos sentido llamar «oscuro» a aquel cielo.

Seguí la mirada de Roy; tenía los ojos clavados en el techo de estrellas que nos cubría.

—Vaya —murmuré—. Quizás Vinita no sea tan fea después de todo.

Los dibujos que decoraban mi habitación no podían hacer más que envidiar a sus modelos. En aquel rincón perdido en medio de la nada las estrellas parecían haberse multiplicado. Las más escondidas luchaban por brillar siempre un poco más fuerte que sus hermanas.

Roy se sentó en el suelo y me ofreció su mano.

—Pensé que un sitio así podría ayudarte a... A desconectar. —Dijo—. Puedes hablarme de todo lo que sepas sobre las estrellas.

Sonreí, embelesada.

—Eso es mucho.

—Tengo todo el tiempo del mundo, Ness.

Me tumbé a su lado y sentí el cosquilleo de cada brizna de hierba rozándome la piel. La mano de Roy buscó la mía en cuanto empecé a hablar. Y ninguno intentó disimular que aquella escapada, lo que empezó siendo una locura, nos estaba cambiando.

Y quizás de eso trataba este viaje, Lucie: de confiar en lo que no conocíamos, de encontrar tesoros en las pequeñas cosas, de hacer un trueque con el miedo para que no nos impidiera crecer.

Así es como se ve

La siguiente ciudad en la que paramos fue Catoosa, aún en el estado de Oklahoma. Seguía el estilo austero de sus vecinas, con los techos bajos, los ladrillos rojos y los banderines de Estados Unidos asomando por las ventanas. La gente empezó a asomar la nariz por detrás de las cortinas en cuanto comenzamos a montar la tienda en una de las plazas de la ciudad.

Roy acabó de colgar una guirnalda sobre el toldo y se acercó hasta colocarme la mano en la frente.

—Solo vas a encontrar sudor, no fiebre —le dije, con una media sonrisa—. Puedo hacerlo, Roy.

Él no parecía tan convencido.

—Lo único que quiero es que estés bien. No te preocupes por el dinero, yo...

—¿Estás de broma? Roy, quiero poder invitarte a gofres para cenar y no tener que mirar el monedero con carita de pena. Si esto nos lo permite, bienvenido sea.

Muy a su pesar, esbozó una sonrisa.

—Eres una cabezota.

—Eres tú quien me está arrastrando a Haney, que lo sepas.

—Y no te he visto quejarte todavía.

No sabía si lo que asomaba por nuestras mejillas era rubor o que estábamos a punto de sufrir una insolación, pero no le di tiempo a mi cabeza para pensarlo.

Era Roy. Era el mismo Roy de siempre.

—¿Tienes agua? —pregunté, haciendo sombra con una mano sobre los ojos.

—Tenemos aún un par de refrescos en el coche. ¿Quieres uno?

—¿Te importa si te acompaño? Necesito estirar un poco las piernas.

Dejamos la tienda a medio hacer con la esperanza de que en cinco minutos nadie se molestara en robar un par de velas y unas guirnaldas de

cumpleaños. Me di cuenta de que Roy caminaba a mi lado con los brazos cruzados sobre el pecho, como si de pronto le hubiera sacudido una ola de frío. Tenía la mirada clavada en sus pies, al menos hasta que tropezaron con un cartel publicitario que se había descolgado de la pared.

Roy no dedicó ni un segundo a leerlo. Frunció el ceño y arrugó el cartel con rabia antes de lanzarlo lejos de nosotros.

—Roy, ¿qué...?

No sabía qué había visto pero le bastó para acelerar el paso y aguantarse las lágrimas. Me di la vuelta a tiempo para ver cómo la pelota de papel se alejaba calle abajo. Y solo entonces me di cuenta de que era el mismo cartel de colores que llenaba cada muro de la ciudad, que colgaba de las ventanas de las tiendas y que se anunciaba en los tabloneros públicos.

Fui al muro más cercano como una polilla que busca la luz.

CÁNCER GAY

¡¡ALGO HORRIBLE ESTÁ PASANDO AHÍ FUERA!!

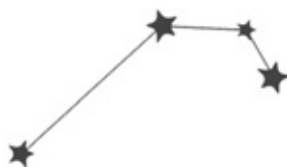
ASÍ ES COMO SE VE...

- * HEMATOMAS NEGROS, COMO MANCHAS, NO PICAN,
NO
DUELEN.
- * HEMATOMAS COMO DECOLORACIÓN DE LA PIEL.
- * PUEDEN APARECER EN CUALQUIER PARTE DEL
CUERPO.

Tragué saliva.

Cáncer gay. La razón por la que Roy no podía llorar a sus muertos.

—Ness, vamos. —Su mano me rodeó el brazo con fuerza, y supe que no era una orden. Era una súplica.



Acabé con la última chica cuando las gotas de lluvia empezaron caer con demasiada fuerza sobre el toldo de la tienda. Había oscurecido antes de tiempo y el fuego de las velas amenazaba con volverse humo. Soplé la llama en cuanto la chica se fue y Roy entró, cerrando tras de sí la puerta de lona. Me permití respirar de nuevo al oír el último «zip» de la cremallera.

Últimamente leer la mente se parecía demasiado a aguantar la respiración bajo el agua.

Roy también estaba cansado. Acercó las manos a mi pelo y me quitó con cuidado la tiara, sin poder evitar que los polvos de purpurina me cayeran en la nariz y me hicieran estornudar. Con una sonrisa, me tendió la chaqueta vaquera para que pudiera cubrirme. Había empezado a refrescar.

—¿No queda nadie más? —pregunté, al ver que Roy se acomodaba a mi lado y empezaba a recoger las cartas de tarot.

—Nadie, señorita. Fin de la jornada. Anda, quítate todos esos anillos, que deben de pesar un quintal —dijo. Sonreí mientras me dejaba cuidar por Roy, que me quitó cada uno de los anillos como si fueran astillas.

Me di cuenta de que lo había echado de menos. En momentos tan tranquilos como aquel, casi olvidaba la razón por la que nos estábamos marchando, Lucie. Casi olvidaba a Turner y a Liv, al padre de Roy y a *maman*. Casi.

—¿Sabes una de las cosas que más disfruto? —dijo Roy, con el ceño fruncido por el esfuerzo de separar cada anillo de mi dedo sin arrancármelo—. Fijarme en la gente cuando sale de la tienda después de hablar contigo.

Parecen distintos a cuando entran, ¿sabes? Todos son completos extraños, pero ahí están, siempre con la misma expresión, compartiendo un mismo sentimiento.

Sonreí.

—¿Y cuál es?

Acabó de quitarme el último anillo y colocó su mano sobre la mía.

—Eso tendrías que decírmelo tú. Es todo cosa tuya.

Levantó la mirada y se sonrojó un poquito —de verdad, Lucie, no era cosa del calor— al darse cuenta de que yo ya le miraba. El golpeteo de las gotas de lluvia sobre la lona se hizo un poco más fuerte y me obligué a salir de mi ensimismamiento.

—Creo que deberíamos irnos —dije—. No sé si me apetece mucho conducir mientras llueve, Roy, pero quizás encontremos algún motel y...

El estridente grito de una señora me hizo callar de golpe. Miré a Roy para asegurarme de que no formaba parte de los restos del Ruido, pero, a juzgar por su ceño fruncido, él también lo había oído. La mujer seguía gritándole a alguien, pero nadie respondía.

—¡BLASFEMIAS! —Oí—. ¡Son todo blasfemias!

—¿Es a nosotros? —murmuré. Alguien golpeó la lona con lo que parecía la punta de un paraguas, así que me di por contestada.

—Ya tardaban —dijo Roy mientras me cogía de la mano y me sacaba de allí.

En la entrada nos esperaba una señora mayor que se cubría el pelo con un pañuelo y nos miraba con un brazo en jarras y la otra mano empuñando un paraguas. Escuchaba briznas de su Ruido, en el que, sin duda, no nos dedicaba ni una sola palabra bonita.

—Señor mío y Dios mío, perdona a estos ingratos que no saben lo que hacen...

—¿Podemos ayudarle en algo? —murmuró Roy, acercándose a ella con una sonrisa conciliadora.

—¡Idos al infierno!

—Ya estábamos de camino, señora —resoplé, poniendo los ojos en blanco. Roy me dio un codazo para que callara, lo que hizo enfurecer todavía más a aquella amable señora.

—¿Cómo os atrevéis a ofender así al Señor? ¡Y tan jóvenes, por el amor de Dios! Sois unos pecadores, eso es lo que sois, y os atrevéis a traer el pecado a las puertas de nuestras casas con vuestras infamias...

La mujer estaba provocando tal estruendo que vi cómo los pocos vecinos que aún vagabundeaban por la plaza, protegiéndose de la lluvia bajo los balcones de los edificios y los toldos de las tiendas, empezaban a murmurar y a acercarse para ver el espectáculo que hasta entonces no habíamos ofrecido con nuestra extravagancia.

—Señora, escuche... —empezó Roy, pero ella seguía rezando en voz alta, de forma compulsiva, mientras nos apuntaba con el paraguas como si fuéramos el diablo.

Me mordí la lengua. No sabía qué era peor: si explicarle que esto no era más que un montaje y que se me echaran encima por fraude, o que siguiera creyendo que éramos un par de endemoniados.

Si ella supiera.

—Mi pobre nieta ha caído en vuestras garras y eso no os lo voy a perdonar. ¡Herejes, sois unos herejes! Estáis profanando las mentes jóvenes con vuestros trucos y abriendo la puerta al mismísimo Demonio y aún os atrevéis a llenaros los bolsillos con nuestros ahorros. Mi pobre niña...

Ya tenía suficiente Ruido en la cabeza como para escuchar más sandeces. Di un paso al frente, dejando a Roy a mis espaldas.

—Perdone, señora, pero nadie ha obligado a su nieta a...

—¡Fuera! ¡NO TE ACERQUES, BRUJA!

Ni mi intención era acercarme ni creo que la intención de aquella señora fuera hacerme daño, pero me empujó con el paraguas como si empuñara una lanza e hizo que me tambaleara hacia atrás. Caí de culo al suelo, al borde de la plaza, con la mala suerte de que acabé con los pies y las manos hundidos en un charco de barro que se había formado junto a los arbustos.

El barro me salpicó los ojos y echó a perder la única muda de pantalones del día.

—¡Eh, eh! Señora Delton, ¿hay algún problema?

Me aparté un mechón de la cara, arrastrando el barro conmigo. Entre todos los curiosos, un chico de piel morena se había acercado a nosotros y se dirigía a la supuesta señora Delton con los brazos extendidos, como si buscara apaciguar a la bestia.

Y resultó que funcionaba.

—Eric, cielo, hazme un favor y llama a la policía. Estos dos zopencos se han atrevido a plantarse aquí...

—¿La policía? Señora Delton, cálmese. Estoy seguro de que ha sido un malentendido. ¿No se acuerda usted de la compañía de teatro que nos visitó hace un par de años? —Ella frunció el ceño, pero no contestó—. Por lo que sé, esto forma parte de su último espectáculo ambulante, ¿no es así?

El chico me miró directamente a mí y por un momento sentí que me quedaba sin aire. Hizo un gesto con las cejas que me dio a entender que quería que le siguiéramos la historia. Pero el Ruido de la mujer seguía inundándolo todo, dejándome sin espacio para pensar. Roy se adelantó y asintió con la cabeza.

—Pero mi nieta... —murmuró la anciana. Tenía la mirada perdida; el Ruido difuso—. Mi nieta...

—Su nieta hace ya muchos años que no vive en Catoosa, señora Delton. —El joven se acercó a ella y la sostuvo por el brazo. Abrió con cuidado su paraguas para cubrirles a los dos—. ¿Ha salido sola de casa? ¿Necesita que la acompañe de vuelta?

—No, yo... Está bien. —Le dio unas palmadas suaves al chico para que se separara—. Perdona, yo... —Levantó la barbilla e hinchó el pecho, recuperando todo el orgullo de golpe—. A la próxima díles a tus amigos que dejen las cosas más claras. Nunca he sido una gran entusiasta del teatro, para ser honesta. —Arrugó la nariz—. Y menos si sus obras ofenden al Señor.

—Es pura actuación, señora Delton. No se preocupe. Estoy segura de que son tan buenos feligreses como usted. —Me dirigió un guiño rápido.

—Entonces más les vale tener todo este esperpento recogido antes de que el pastor Chris se pase por aquí.

—En ello estamos, señora —se atrevió a decir Roy, con una inclinación de cabeza. Algo en su tono de voz debió conseguir calmar a la anciana, que se retiró con las manos firmes alrededor de su paraguas.

—Ya me vuelvo a casa yo sola, Eric, muchas gracias. —Se despidió de él con un gesto rápido—. Que Dios esté contigo.

—Lo mismo digo, señora Delton.

Sentí que un peso se me quitaba de encima en cuanto la mujer se marchó por donde había venido. Nuestro joven salvador esperó a que se alejara lo suficiente antes de dirigirse hacia mí y tenderme una mano para que me levantara.

—Os habéis tenido que encontrar con la mujer más devota de toda Catoosa, ¿eh? —dijo.

Me puse en pie yo solita; ya había tenido suficiente Ruido como para tocar a nadie más.

—No sé si es devoción o que le faltaba un tornillo —murmuré, mientras intentaba quitarme el barro de la tela a sacudidas. La lluvia no ayudaba.

—¿Y lo dice una «vidente» de... cuántos? ¿Dieciséis años?

Le atravesé con la mirada.

—Son veinte.

—Perdone la confusión, señorita —replicó, irónico—. No estoy acostumbrado a tratar con videntes en apuros.

Algo en su postura y en la forma en la que sonrió hizo que me fijara un poco mejor en él. Por mucho que dijera, no parecía mucho mayor que nosotros. Llevaba una chaqueta de cuero negro y el pelo azabache se le había pegado a la cara por culpa de la lluvia. Casi sentí vergüenza al sentir sus ojos sobre los míos, como si esperara encontrar algo diferente en ellos.

Tuve que contener el impulso de llevarme una mano a la cara para asegurarme de que el barro no había llegado ahí también.

—Soy Eric, por cierto. *Enchanté*.

Parpadeé.

—¿Sabes francés?

—No mucho, pero a juzgar por tu acento he supuesto que tú sí. ¿Canadá o Francia?

—Francia. Pero hace mucho que no vivo allí.

Roy se acercó un poco más a mí y entonces me di cuenta de qué era lo que no tenía sentido en aquel chico. Cada vez que Roy estaba cerca escuchaba el

murmullo lejano de su cabeza, pero Eric... Eric no tenía *nada*.

Solo silencio.

Nunca había escuchado el silencio.

—Muchas gracias por cubrirnos las espaldas —dijo Roy; al tiempo que se quitaba su chaqueta para protegerme del frío y la lluvia—. En serio. Es la primera vez que nos pasa algo así.

—Ya, es que... Lo de la señora Delton es... un caso especial. Cuando la oí gritar ya imaginé por dónde irían los tiros. —Miró al cielo y se cubrió los ojos con una mano—. Yo de vosotros iría desmontando la tienda antes de que esto vaya a más. Tiene toda la pinta de que se acerca tormenta, una de las fuertes. ¿Tenéis el hotel cerca?

—El hotel, dice. —Reí para mis adentros—. Cerquísima. Es ese coche de ahí.

—Así que estáis solo de paso. —Frunció los labios y se aferró a su chaqueta—. Dejad que os invite a cenar, entonces. Es lo mínimo que puedo hacer después del espectáculo que os ha montado la señora Delton. Además —me miró con una sonrisa—, no quiero ofenderte, pero creo que te sentaría bien una ducha antes de marcharte.

No pude evitar ruborizarme.

—Roy es el que manda —murmuré. Oí la risa de mi amigo reverberar en su Ruido mientras me rodeaba con un brazo, con cuidado de no mancharse de barro él también.

—Yo también agradecería poder secarme un poco antes de volver a conducir, Ness. ¿Te parece bien? ¿Seguro que no molestamos?

—Para nada. Vivo cerca, solo a una manzana de aquí.

Y cuando creíamos que lo más extraño de aquel viaje sería el puesto de vidente ambulante que nos habíamos montado con una vieja tienda de campaña y un tarot para niños, llegó Eric Price con su silencio, sus chaquetas de cuero, sus ojos en negro y su pasado, para azotarnos con la realidad de que nada sería lo mismo a partir de aquella noche.

La vieja casa de los Delton



maman le encantaba reprocharme lo desordenada que era, pero creo que ver el piso de Eric la hubiera ayudado a replantearse su concepto de «caos». Vivía en un segundo piso sin balcón y con las ventanas llenas de macetas y de libros apilados que ya no le cabían sobre las mesitas. Lo primero que hizo cuando llegamos fue disculparse, apartar los restos de comida del salón, y saltar por encima de un par de cojines tirados por el suelo hasta llegar a la diminuta cocina.

—No suelo recibir visitas —dijo, ruborizándose hasta las orejas—. Pero puedo prepararos los mejores macarrones con queso de toda Catoosa si me dais veinte minutos.

Fui la primera en entrar a la ducha, con cuidado de no manchar de barro ningún mueble. Salí con una toalla en la cabeza y la camisa un poco empapada por la espalda, justo a tiempo de ver cómo Roy y Eric discutían sobre un par de cómics mientras el agua hervía.

—¿*Marvel*? —pregunté, sentándome a su lado en el sofá de cuero.

Eric asintió con una sonrisa hinchada de orgullo.

—Tiene una colección bastante impresionante —dijo Roy.

—Bueno. —Hice un mohín con los labios—. A mí me gusta más *La guerra de las galaxias*. —Eric hizo una mueca, como si le acabaran de atravesar con una estocada. No pude evitar sonreír—. ¿Los has leído?

—Me temo que no. Todo esto es heredado, del hijo de la señora Delton.

—Cuando mencionaste que era tu vecina no pensé que estaríais tan unidos —dije, mientras Roy se levantaba camino a la ducha. Se despidió con un gesto antes de cerrar la puerta tras de sí.

A mi lado, Eric miraba los cómics que tenía sobre las piernas como si fueran su mayor tesoro.

—La familia Delton lleva cuidándome prácticamente toda mi vida. Es una larga historia. —Se encogió de hombros—. ¿La ducha bien? Sé que el baño es un poco estrecho, pero...

—¿Por qué nos has ayudado?

Detuvo el tamborileo nervioso de sus dedos sobre los cómics de golpe, pero por lo demás la pregunta no pareció pillarle desprevenido. Respiró despacio, como si estuviera atesorando la respuesta.

Aunque no tenía forma de comprobar si eso era lo que hacía. Aún no entendía por qué donde deberían escaparse palabras y murmullos, solo se escuchaba el zumbido de la ausencia de Ruido. No entendía en qué momento el cansancio había nublado tanto nuestro juicio como para acabar cocinando macarrones con queso en el piso de cuarenta metros cuadrados de un desconocido.

«No sabes lo que hay ahí fuera», había dicho *maman*. Hubiera hecho explotar todos los cristales de la casa de haberme visto ahora.

—Porque conozco a la señora Delton y no es la primera vez que hace una de estas cosas. Y porque soy el primero al que se le caería la cara de vergüenza de estar en vuestro lugar. —Eric se acomodó y cruzó las piernas sobre el sofá. Se oía el burbujeo del agua hirviendo en la cocina, pero a ninguno pareció molestarle—. También admito que te echaba menos edad...

Primera vez que me pasaba, Lucie, y no sabía si sentirme halagada u ofendida.

—¿Y pensabas que mis padres estarían esperándome para volver a casa? —dije, levantando una ceja. Me quité la toalla de la cabeza y me peiné el pelo con los dedos, todavía húmedo.

Eric sonrió, aún sin mirarme.

—No, qué va. Ya había oído hablar de ti, pero no sé por qué me imaginaba que serías una adolescente más a la fuga. —Me contuve para que mi cara no reflejara mi sorpresa—. Escucho mucho la radio y el otro día mencionaron de pasada que había una vidente pelirroja recorriendo la Ruta 66. No es que por aquí se vean muchas pelirrojas plantando tiendas de campaña en medio de la calle. —Cuando sonreía se le achinaban los ojos—. Entonces es cierto, ¿no? Lo que dicen de vosotros.

—Supongo que dirán cosas buenas si has acabado abriéndonos la puerta de tu casa —murmuré. Él se levantó hacia la cocina mientras hablaba, como si de verdad fuéramos dos invitados más que esperaba para cenar. Del sofá a la puerta de la cocina había tres pasos, una alfombrilla y un paraguero que no hacía más que estorbar—. No... No tenías por qué hacer esto. No nos conoces y...

—Ya, bueno. No sueles conocer a nadie hasta que lo haces. —Eché los macarrones en el agua, y el sonido de las burbujas se juntó con el del grifo al otro lado de la pared—. Y a veces se agradece un poco de compañía.

No me hubiera creído sus palabras si no fuera porque el peso de la soledad parecía presionar cada mueble, cada libro lleno de polvo, cada cuadro torcido, cada resquicio de aquella casa que parecía gritarnos que no pertenecíamos a ese lugar. Que Eric tampoco.

—Además —siguió, mientras removía la pasta en la olla—, estabas llena de barro, Nessa. No hubiera sido nada caballeroso por mi parte dejarte ahí tirada y esperar que te las apañaras tú sola.

—¿Te he dicho cómo me llamo?

Él sonrió.

—Ya lo sabía. Roy y yo hemos estado hablando un rato.

—Ya. —Me removí en mi asiento, un poco incómoda—. Entonces, ¿vives solo? —dije, solo para cambiar de tema, aunque la respuesta era obvia. Me llegó un «sí» ahogado por el ruido del fuego desde la cocina—. ¿Y dónde están tus padres?

Eric sacó un macarrón del agua para probarlo.

—Te he dicho que es una larga historia.

Lo bueno de tener que guardar secretos es que era fácil reconocer cuándo alguien esquivaba uno.

—Tengo todo el tiempo del mundo. Y algo me dice que tú también, ¿verdad?

—Parecía que teníais prisa por volver al coche.

—La teníamos hasta que alguien muy caballeroso nos invitó a cenar. —Sonreí—. Y, a juzgar por tu cara, creo que a esos macarrones todavía le quedan unos minutos.

—¿Quieres probarlos?

Me levanté del sofá y salté por encima de un cojín para entrar en la cocina. Mi estómago saludó a nuestro anfitrión con un rugido mientras cogía la cuchara para remover la pasta.

—Mis padres murieron cuando yo era muy joven —dijo él, con los ojos fijos en el agua—. Los Delton eran amigos de la familia y no se lo pensaron dos veces antes de acogerme con ellos. Cuando la señora Delton se hizo mi tutora legal ya era bastante mayor. Hace un par de años que su nieta mayor se marchó a la costa este, así que me dejaron este piso para mí. Lo tenían alquilado para estudiantes antes de que estuviera ella. Creo que se aprecia. —Se encogió de hombros. Hizo una pequeña pausa, como si esperara que dijera algo, pero me pilló con un macarrón ardiendo en la boca. Retomó la historia con una sonrisa—. En los últimos años, la vejez ha empezado a pasarle factura a la señora Delton y, bueno... De vez en cuando la veo salir de casa y

aprovecho para dar un paseo también. Solo por si acaso. No le gustan los cambios. Se queja hasta de los turistas, así que no me sorprendió nada pillarla despotricando sobre vosotros. —Sonrió para sus adentros—. Una cena era lo mínimo para compensarlo.

Me tragué lo que quedaba de macarrón, con la lengua ardiendo, y me acerqué sutilmente a él. Quería escucharle mejor. Quería saber si sus murmullos decían lo mismo que sus palabras, si era alguien en quien se podía confiar.

Pero no oía nada más que el agua hirviendo a nuestro lado.

—Siento mucho lo de tus padres...

—Está bien, de verdad. También tengo a mi abuela. —Sonrió para sí—. Es viuda y está muy mayor y por eso no pudo hacerse cargo de mí, pero vive en Clovis, a unas ocho horas, así que intento visitarla al menos un par de veces al año. Estoy deseando poder comprarme un coche para largarme de Catoosa cuanto antes.

—Creo que justo Clovis es una de esas ciudades que veremos desde la carretera. —No supe en qué momento Roy había salido de la ducha, pero su voz nos contestó desde el salón—. Depende de la salida que cojamos para llegar a Albuquerque.

—¿Estáis recorriendo la Ruta 66 por placer, entonces?

Ah, la ironía.

—Es otra larga historia —corté yo—. Me parece que la pasta ya está.

Eric asintió y sacó el colador de uno de los cajones de la cocina.

Aproveché para deslizarme de nuevo al salón, donde Roy esperaba sentado.

Mi mano buscó la suya casi inconscientemente.

—Y eso de ser vidente... —tanteó Eric, alzando la voz desde la cocina—. ¿Qué? ¿Es algo que os viene de familia...?

Si él supiera.

—Más o menos. Mi familia estaría espantada si supiera lo que estoy haciendo, aun así.

—Entonces es cierto. —El joven asomó la cabeza con una ceja inclinada—. Puedes ver el futuro.

—¿Quieres que lo pruebe contigo? —Roy me soltó y colocó la mano sobre mi muslo, como si quisiera frenarme. Por su mirada de advertencia supuse que no le hacía demasiada gracia que jugáramos con fuego. Pero él no lo entendía. Era la oportunidad de acercarme más, conocerle más.

Escucharle más.

—Oh, no, gracias. Prefiero descubrir mi futuro por el camino. —*Merde.*

Me tenía que tocar un escéptico.

Volvió a centrar su atención en nuestra cena. Me hacía gracia la torpeza sutil con la que se desenvolvía en la cocina, como si no acabara de acostumbrarse a cómo funcionaban las cosas pero no quisiera que nos diésemos cuenta. El aroma de la salsa de queso llegó hasta el salón y me abrió el estómago.

—Me cae bien —susurró Roy, en un momento en el que el fulgor del fuego dio espacio para que Eric no nos oyera.

—Eso lo dices porque te ha ganado con lo de los cómics.

—Y a ti con los macarrones con queso.

—Eso todavía está por ver. —Sonreí.

Tenía la piel erizada, y aún no sabía si se debía al pelo húmedo sobre los hombros o a la mano de Roy todavía sobre mi muslo. Él había sido más inteligente y se había cubierto los hombros con la toalla. Le notaba muy cansado, como si le costara cargar con el peso de su propio cuerpo. Los escalofríos parecían haber saltado de mi piel a la suya.

Eric regresó al salón con un mantel entre las manos.

—¿Y lo de la Ruta 66 es por alguna razón en especial? —comentó mientras preparaba la cena en la diminuta mesita que quedaba frente al sofá—. Supongo que es una de esas cosas que te dicen que tienes que hacer antes de morir, pero...

—En realidad es solo porque nos pillaba de camino —dijo Roy, mientras le ayudaba a ordenar los cubiertos—. Queremos ir a Haney.

Sentí que el corazón me daba un vuelco. Miré a Roy de reojo, que no parecía nada preocupado acerca de hablarle de una ciudad supuestamente secreta al primer chico que se nos cruzaba por el camino. Aunque, bueno, no podía culparle. Yo era la primera que había tardado medio segundo en sugerirle que si quería que le leyera la mente.

Para mi sorpresa, Eric respondió con la serenidad con la que hablaría del mal tiempo de aquella noche.

—Ah, sí, he oído hablar de esa ciudad. La señora Delton la llamó «el caldero del demonio» o algo así. —¿Por qué no me sorprendía?—. Pero creía que era solo propaganda.

—Eso es lo que vamos a comprobar —dije.

Quizás Haney no era tan secreta como Liv le había hecho creer a Roy, si hasta el lobo solitario de Catoosa había oído hablar de ella. Viniendo de la

boca de Liv, no me extrañaría. Pero no era una conversación que a Roy le gustaría tener.

—Pinta guay —dijo Eric. Se apartó un par de mechones azabaches de los ojos antes de meterse de nuevo en la cocina para acabar de servir los platos—. Lo peor que os puede pasar es que tengáis que dar media vuelta, así que...

Sentí que a mi lado todo el cuerpo de Roy se tensaba de golpe.

Teníamos que volver a casa tarde o temprano, sí, pero entendía que a él la idea no le hiciera ninguna gracia. Quizás para cuando volviéramos, a *maman* ya se le habría ablandado el corazón lo suficiente como para dejar que Roy se quedara con nosotros un tiempo. Una vida entera, quizás.

Aún no sabía cómo iba a proteger a Roy de una casa en la que entraba cada día con más miedo. Pero él seguiría entrando, seguiría aguantando, una y otra vez, con tal de que sus hermanas y su madre estuvieran bien.

Me removí en mi asiento, un poco incómoda. No me había dado cuenta hasta ahora de que también le había separado de ellas. De lo preocupadas que estarían, de cómo... De cómo iban a recibirle a la vuelta.

Especialmente el señor Álvarez.

Tragué saliva.

—Entonces, ¿habéis pensado en parar en Clovis? —dijo Eric cuando volvió a entrar en el salón, haciendo equilibrios con los tres platos de pasta entre los brazos. Roy se encogió de hombros—. Es que... Me habéis recordado que hace mucho que no tengo noticias de mi abuela. No se aclara muy bien con el teléfono. —Miró fijamente los macarrones con queso que nos tendía, aún calientes, como si no se atreviera a preguntarnos directamente—. ¿Creéis... creéis que tendríais espacio para un pasajero más?

Si me hubiera dado tiempo a pinchar un solo macarrón, me hubiera atragantado con él. Sentí cómo la mirada de Roy saltaba directamente de Eric a mí.

—¿Sería un problema? —Siguió él—. Es que se me ha ocurrido de pronto y, bueno... Pero si no os gusta la idea, olvidaos de lo que he dicho, de verdad. Y menos si se trata de un viaje de pareja, o si tenéis prisa, yo...

—No, no, no —respondí enseguida—. *Mon Dieu*, no somos pareja. Roy y yo... —Me volví hacia él, esperando que añadiera algo más, pero el rostro de Roy se había ruborizado hasta las orejas. Sacudí la cabeza—. Lo que quiero decir es que no... no molestarías, solo faltaba. Somos nosotros los que te debemos a ti el favor. —Tamborileé los dedos sobre las rodillas—. Si a Roy le parece bien...

Roy parecía tener la mente muy lejos, quizás en el plato de macarrones que nos íbamos a zampar.

—Clovis no está tan lejos...

—Podéis pasar la noche aquí si preferís salir por la mañana. Entiendo que ya es un poco tarde —siguió Eric, levantando la mirada hacia los dos—. Solo puedo ofreceros el sofá, pero puedo sacar unos cuantos cojines y...

—Hemos dormido la mayoría de los días en el coche, Eric, dormir en un sofá sería una bendición —dije, con una sonrisa.

—Y por supuesto, os pagaría la gasolina y todo lo que hiciera falta —dijo él, y vi cómo a Roy se le iluminaban los ojos—. De verdad que lo último que quiero es ser una molestia.

Como siguiera refiriéndose a lo de la «parejita», mi corazón acabaría saltando del pecho.

—Está bien —insistí—. Muchas gracias por la cena, por cierto. Y por la ducha. Y por calmar a la señora Delton.

Él sonrió.

—De nada. —Se sentó sobre las rodillas, en el suelo, e hincó el tenedor en su plato—. Me gusta pensar que son las casualidades así las que empiezan las mejores historias. Pienso hablarle a mi abuela de todo esto.

Algo en su voz hacía que fuera fácil escucharle. Y eso era lo más peligroso: que ni siquiera era consciente de que alrededor de Eric solo parecía haber silencio. Paz. Oía el golpeteo de la lluvia contra los cristales, la radio que sonaba en el piso de arriba, el runrún de los pensamientos de Roy saltando de su plato a Haney a mí y a palabras que no llegaba a entender. Pero tenía a Eric contra mi hombro y no escuchaba nada más.

No estaba acostumbrada a personas así.

No creo que acabara de acostumbrarme.

Fe

La lluvia seguía azotando los cristales cuando nos fuimos a dormir, pero amainó conforme pasaron las horas. Por mucho que aquel sofá fuera mil veces mejor que el asiento del copiloto reclinado, todavía había algo en aquella casa que me quitaba el sueño.

Sabía lo que era, pero no quería confirmarle al mundo que me había vuelto una loca paranoica como mi madre. Tampoco a ti, Lucie.

Salté por encima de Roy que, después de mucho insistir, había acabado durmiendo en el suelo, rodeado de cojines y una manta, para dejarme espacio en el minúsculo sofá. Toda la luz que iluminaba el salón entraba desde la pequeña ventana de una de las paredes. Daba justo al lateral del edificio, a un pequeño callejón sin salida que el vecindario utilizaba como aparcamiento. Solo quedaba un coche al lado del nuestro: un Chevrolet que me recordaba demasiado al que habíamos dejado atrás en Vinita. En aquel momento hubiera agradecido no saber tanto de coches y que pasara desapercibido como uno más.

Pero quizás era uno más. Desde el piso de Eric no se distinguía muy bien el color, y las horas leyendo la mente podían haberme pasado factura...

—¿No puedes dormir?

Un Roy todavía adormilado se apoyó sobre los codos para mirarme desde el suelo. Tenía el pelo revuelto en todas direcciones, como un niño que acudiera a la cama de sus padres después de una pesadilla.

—Le estoy dando demasiadas vueltas a las cosas. Pero puedes dormir, tranquilo. Aprovecha y coge el sofá.

Él soltó un gruñido y volvió a hundirse en su cojín.

—Prefiero que duermas tú —murmuró—. Y si no vas a hacerlo, puedes dar vueltas a las cosas conmigo.

Regresé al sofá con una sonrisa y estiré la mano, una vez tumbada, para peinarle el pelo que le caía sobre la frente.

—Eres un cabezota.

—Supongo que al final todo se pega. —Sonrió, con los ojos todavía cerrados—. ¿En qué pensabas?

—En Eric. ¿Crees que es buena idea llevarlo con nosotros? No podía...

No lo he pensado mucho cuando he dicho que sí. Quizás es una locura.

—Ya es una locura que estemos durmiendo en su salón, Ness —dijo, bajando un poquito más la voz—. Además, no creo que pase nada. No hemos firmado ningún contrato con él, ¿sabes? Si nos molesta, podemos dejarle a mitad camino y seguir el viaje. Sabrá volver. Clovis no nos desvía tanto, ¿verdad? ¿Cuántas horas dijo que eran? ¿Ocho?

—No esperaba que te convencieran tanto los macarrones con queso.

—Era a ti a la que tenían que convencerte.

Reí. No quería sugerir que quizás Roy estuviera aceptando a Eric como excusa para alargar un poco más el viaje. Para no volver a casa, aunque una parte de él aún la echara de menos. Lo intuía por la fuerza de su Ruido cada vez que mencionábamos algo sobre Haney.

—Bueno. Tengo telepatía y tú te has fugado de casa, no creo que añadir Eric a la ecuación sea mucho peor. Y siempre le puedo decir que me ha dado una bajada de azúcar si me paso con el Ruido. —Escuché la suave risa de Roy en medio de la oscuridad, aunque chasqueó la lengua después—. Además, esa es otra. Eric... es diferente. Y todavía no sé si para bien o para mal.

—¿Tan rápido te enamoras?

—Oh, cállate. —Alargué la mano para darle un suave golpe en el hombro—. Hablaba de su Ruido. No... No logro escucharlo, da igual lo cerca que esté. Hay algo, como un zumbido, pero... No lo sé. Es la primera vez que ocurre y una parte de mí pensó que, quizás, si viniera...

—¿Quieres usarlo como conejillo de indias?

Puse los ojos en blanco.

—Quiero *entenderlo* —clarifiqué—. Además, parece un buen chico. No tenía por qué ayudarnos.

—Me pregunto qué diría su querida señora Delton si supiera que ha acogido a los dos herejes de la plaza en su casa.

Intenté que mi risa no se escuchara tan alto como para despertarle y me volví hacia Roy, tumbada de lado en el sofá. Él ya me estaba mirando, con una sonrisa en los labios y la mirada algo más despierta.

—Oye, Ness... —dijo, pero la última «s» pareció alargarse más de la cuenta.

—¿Sí?

—Lo que Eric ha dicho antes, eso de que... De si... Si estábamos juntos y eso. No quiero que estés incómoda si él...

No pude evitar reír de una forma que se acercaba peligrosamente al nerviosismo. Seguiríamos culpando al calor, Lucie.

—¿Por qué piensas que estoy incómoda?

Él sonrió.

—Porque veo cómo me miras.

—*Mon Dieu*, eres increíble. —Cogí uno de mis preciados cojines y se lo lancé a la cara, pero él esquivó el ataque con el codo.

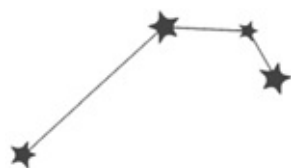
Mi cabeza empezó a funcionar a mil por hora. Porque escuché cómo los muelles del sofá rechinaban contra mi peso, cómo la lluvia aún llamaba a los cristales, y a su lado el murmullo en la cabeza de Roy parecía un poco más vivo y más mágico. Porque me di cuenta de que el corazón se me aceleraba casi como lo haría el viejo Ford. Despacio pero con ganas.

—Además —aclaré, por si no había quedado lo suficientemente claro—, si me gustaras no tendrías el privilegio de verme con estas pintas de vagabunda casi a diario.

—Verte con pintas de vagabunda es mi cosa favorita del mundo. Y el barro le daba un toque especial. —Mi risa se fundió con la suya. Roy se hizo un ovillo, abrazó un cojín y volvió a cerrar los ojos—. Pero, vale, vale, entendido. Por si te quedas más tranquila, que sepas que tú tampoco me gustas. Nada de nada.

Aún no había dejado de sonreír.

—Ya lo sé, ya. Yo también he visto cómo me miras.



Para mi alivio, quienquiera que condujera el dichoso Chevrolet lo hizo desaparecer a la mañana siguiente, cuando bajamos cargando con la mochila de Eric y con los estómagos llenos del mejor desayuno que habíamos tenido en semanas. Eric, además, tuvo la cortesía de traerse unos cuantos cómics consigo para entretenernos por el camino.

Nos pusimos en marcha un poco más tarde de lo esperado. No se me escaparon las miradas furtivas que Roy me lanzaba de vez en cuando, como si quisiera poner a prueba la teoría de Eric.

No llevábamos mucho tiempo en la carretera cuando Eric asomó la cabeza desde los asientos traseros para preguntar:

—Solo por curiosidad, después de Clovis, ¿sabéis ya cuál será vuestra próxima parada?

Me encogí de hombros con un suspiro.

—Donde la carretera nos lleve, supongo.

—Esa es su manera de decir «donde Roy me diga» —dijo Roy, lanzándome una mirada de reojo desde el asiento del conductor. Subió un poco más el volumen de la radio; y me pregunté si era una forma de protegerse del Ruido que sabía que yo podía oír, aunque no lo entendiera—. Iremos en dirección a Albuquerque.

—Hay unos paisajes preciosos en esa zona —dijo Eric—. Y me sé algunos buenos hoteles que os pillan de camino, si os interesa.

Miré hacia atrás y apoyé un brazo en el asiento.

—Parece que conoces bien la carretera, ¿eh?

Eric rio.

—Mi vida social en Catoosa es más bien reducida, así que tengo tiempo de sobra para entretenerme. Te dije que en cuanto pudiera pensaba comprarme un coche para largarme. Uno tiene que estar preparado. —Se encogió de hombros y se echó atrás en el asiento—. No sabéis lo tedioso que es coger el bus para ir a Clovis. Hay que hacer transbordo, esperar unas horas al siguiente... En las gasolineras y las estaciones de servicio de la zona hay un montón de guías de carretera, así que las devoraba todas. —Sonrió. El traqueteo del coche sobre el asfalto hacía que algunos mechones de pelo rebeldes botaran sobre su frente—. Si os puedo ayudar en algo, aquí estoy. Aunque no negaré que me gusta esa actitud de ir donde la carretera nos lleve.

Me guiñó un ojo con picardía, como si acabara de salir de un anuncio de dentífrico.

—¿Y no conoces a nadie con coche en Catoosa o qué? —pregunté—. Me suena raro que todo tu círculo social se redujera a la señora Delton y su familia. Voy a empezar a sospechar que tu idea de invitarnos a cenar era un plan secreto para embelesarnos.

—Qué ataque más gratuito. —Se llevó una mano al pecho, falsamente ofendido—. Tengo algunos amigos. Otra cosa es que los vaya a echar de menos. —Se encogió de hombros otra vez, con esa actitud de que no había nada lo suficientemente importante como para afectarle—. La mayoría se marchó a estudiar fuera, además.

—¿Y tú no? ¿No conoces a nadie de la uni?

—¿La uni imaginaria, dices? —Se cruzó de brazos con una sonrisa—. No, no entré en ninguna universidad. Tampoco es que me hiciera ninguna ilusión invertir el dinero de la familia que lo ha dado todo por mí a cambio de algo que no me aseguraría nada. No sé, siempre he tenido la sensación de que no pertenezco a ese mundo, ¿sabes? A esa gente. Que mi vida ya se torció lo suficiente como para esperar que acabe siendo un abogado perfecto, casado y con hijos antes de los treinta. —No se me escapó el tono triste que intentó esconder detrás de una sonrisa cuando se volvió hacia mí—. Me esperaba mejores dotes de deducción por parte de una vidente.

Arrugué la nariz. Qué ganas me dieron de soltarle un «no es mi problema que seas la primera persona con la cabeza hueca que me encuentro», pero me contuve, Lucie.

—Leer el futuro no es lo mismo que leer el pasado —repliqué, como una niña pequeña. Pillé la sonrisa de Roy con el rabillo del ojo.

—Oye, sobre eso... —siguió Eric—, hay algo que todavía no me ha quedado claro. ¿De dónde salió lo de ser... vidente? No quiero ofenderte ni nada pero... Me pareces una chica demasiado normal para esas cosas.

«Demasiado normal», ojalá pudiera poner eso en el currículum. Me recliné hacia atrás en el asiento antes de contestarle, mirándole a través del espejo retrovisor.

—Te dije que venía de familia.

—¿Puedo preguntar cómo lo haces? —Ladeó la cabeza, curioso—. Ya sabes, lo de... Lo de leer el futuro y todo eso.

—Bueno, a ver... —Tragué saliva. Sabía que iba a odiarme por decir aquello, después de tantos años corrigiendo a la gente, pero lo dije de todas formas—. Siempre me ha fascinado el cielo y las estrellas, desde que era muy pequeñita. Una cosa llevó a la otra y hace un par de años descubrí... bueno, descubrí el mundo de la astrología. —Ahí estaba—, los horóscopos, las constelaciones, el tarot... Todo eso. —Le sonreí a través del espejo y, a juzgar por el leve movimiento de cabeza, a Eric pareció convencerle—. En realidad lo que más disfruto es la lectura de manos y cartas. Sobre todo lo segundo. No es como si fuera capaz de ver el futuro en cualquier momento o como si guardara una bola de cristal debajo de la falda.

El coche se tambaleó por un segundo cuando Roy rio, pero enseguida se aferró con más fuerza al volante. Atrás, Eric seguía asintiendo, con una mano bajo la barbilla, pero no parecía del todo convencido.

—Así que astrología... —dijo—. ¿Sabes entonces por qué la gente pide deseos a las estrellas? ¿O no tiene nada que ver?

—Porque es la vía fácil, por supuesto. Porque si crees que hay algo capaz de darte la felicidad, te lanzas como un loco a por ello. Da igual si son estrellas o monedas o santos. Al final los deseos no son más que sueños que nos contamos a nosotros mismos para soportar el día a día. —Me encogí de hombros—. Porque la gente aún piensa que de verdad hay Algo ahí fuera que puede interferir.

—Nunca pensé que una vidente diría eso.

Levanté una ceja.

—Que no se pueda interferir no significa que no se pueda *saber*, listo.

Es distinto.

—¿Y si crees que lo que predices va a ocurrir, por qué no creer que lo que pides también? ¿Qué les hace creer?

Eric me recordaba demasiado a esos compañeros que seguían debatiendo con el profesor una vez finalizaba la hora de clase. Abrí la boca para contestarle, pero Roy fue más rápido:

—La fe —dijo, mientras contemplaba la carretera como si nada.

En aquel coche, Lucie, solo tú y yo entendíamos lo que significaba aquella palabra para Roy. Y sin embargo, para Eric no era nada. Soltó una carcajada, cortante.

—¿En qué? ¿En las estrellas? ¿En Dios?

—Tal vez —contestó Roy, sumido en sus pensamientos. Notaba cómo su Ruido se enredaba cada segundo un poco más—. Para algunos. Para otros es la fe en sí mismos, en sus seres queridos, en el futuro.

—Cada vez sueñas más a un poeta de tres al cuarto —dije, con una sonrisa, y le di un suave codazo en el costado para intentar quitarle un poco de seriedad al asunto. Lo último que quería era iniciar una discusión filosófica con tantas horas de conducción por delante.

Los ojos de Roy pasaron de la carretera al espejo interior del coche. Él no parecía cansarse de aquello.

—¿Qué necesitarías tú para creer, Eric?

El chico bufó y se recostó en el asiento. Por un momento pensé que Roy había logrado dejarlo mudo.

—Hechos, siempre. Dejé de creer en cuentos de hadas hace mucho tiempo.

—Entonces ya no hablaríamos de fe.

Se encogió de hombros.

—Algunas personas no la necesitamos.

—Otras sí.

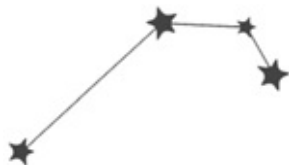
Y otras, como yo, se encontraban siempre en el punto medio, siguiendo las respuestas de cada uno como si fueran la pelota de un partido de tenis.

Otros querían creer en sí mismos y creer que no estaban solos, también.

Querían creer que todo aquello tenía un sentido. Pero les costaba ver que lo bello y lo letal compartieran dueño.

Roy alzó la mirada hacia el horizonte. Se me rompió un poco el corazón al oírle hablar con la voz tan trémula.

—Me pregunto cuál de los dos grupos necesita más valor —murmuró.



Ocho horas eran muchas cuando tenías que convivir con el Ruido, dos fanáticos de *Marvel* a los que les encantaba discutir qué superhéroe caería primero, y una falta grave de pepinillos en vinagre para sobrellevar el hambre. Paramos a comer en un sospechoso y solitario restaurante de carretera que nos dejó con dolor de estómago y más visitas al baño de la estación de servicio de las que nos gustaría. Cuando volvimos al coche ya se nos había hecho un poco tarde.

El cielo acabó de tintarse de añil y Roy se empeñó en seguir conduciendo. No me gustaba conducir de noche. Me daba la sensación de que todas las cosas malas ocurrían cuando estaba oscuro, y, por mucho que condujera, nunca me había fiado demasiado de la carretera. Y mucho menos de los otros coches.

Siempre me preguntaba adónde iban. Por qué en aquel momento, por qué a esa hora. De dónde huían.

Sonreí al pensar que nadie acertaría a adivinar el estrambótico trío que en aquel momento ocupaba el viejo Ford de mi padre. Me imaginé que tú también sonreías conmigo, Lucie, allá donde estuvieras.

Conseguí convencer a Roy de que paráramos en una gasolinera antes de cruzar al estado de Texas. A veces me sorprendía el tiempo que Roy se podía pasar sin comer, porque yo me convertía en el monstruo de las galletas cada vez que el hambre atacaba.

Las luces blancas de la gasolinera me provocaron chiribitas en los ojos y tardé un par de segundos en acostumbrar la vista. Roy salió del coche y dio la vuelta hasta venirse a mi lado.

—Míralo, parece todo un bebé —dije, mirando a Eric a través de la ventana.

Se había quedado dormido con la cabeza apoyada sobre un hombro y un cómic desgastado sobre las piernas. Tenía la boca entreabierta y la forma en la que el pecho subía y bajaba cada vez que respiraba era hipnotizante.

—Solo espero que no ronque.

—Como si tú no lo hicieras. —Roy me lanzó una mirada asesina, pero yo le ignoré.

Volvió la vista hacia Eric y frunció los labios.

—Me recuerda un poco a Liv —dijo.

—Oh. —Pasé la mirada de Roy a Eric, de Eric a la imagen mental que tenía de la exnovia de Roy. Quizás el sueño le estaba pasando factura—. ¿En serio?

—Lo veo tan seguro, tan decidido, tan... —Suspiró—. A veces me cuesta creer que existan personas tan satisfechas con el mundo que no nos estén mintiendo, ¿sabes? Porque yo sería tan tonto de creérmelo otra vez.

No creía lo que estaba a punto de hacer, Lucie, pero en aquel momento mi primer impulso fue defender a Olivia Campbell.

—Roy, Liv no... No fingía contigo, ¿vale? —No tenía pruebas pero tampoco dudas. Era Roy. Roy, el chico más atento del mundo, el héroe de las causas perdidas. Y Liv fue una de las primeras—. Hizo... Hizo algo horrible, sí, pero no dudes que te quería. Que te quiso. El problema es que no supo querer bien.

Roy se rio, aunque no había ni rastro de gracia en su gesto.

—Ya. Quizás se le pasó eso de «no ocultarle a tu pareja que le pusiste los cuernos nada más empezar a salir» cuando leyó el Manual Para Querer Bien —bromeó, aunque me dio la sensación de que se clavaba estacas a sí mismo. Solté el aire por la nariz, despacio. Cuando me miró le brillaban los ojos—. Y lo peor es que creo que ni siquiera me molestó que lo hiciera, Ness. No me sorprendió, al menos. Lo que más me dolió es que no la creí, no la creí cuando me dijo que solo fue esa vez y que se arrepentía. No me atrevo todavía a comprobar si fue verdad, porque no... Supongo que no quiero saberlo. A veces me asusta pensar que todos pueden ser como ella. —Se mordió el labio—. Si me mintió y lo ocultó tantos años, nada me asegura que cada «te quiero» no fuera otra mentira. Y tú tampoco puedes hacer nada para asegurarlo. Así que no me digas que me quiso, Ness. No lo sabes.

Antes de que pudiera contestarle, se dio media vuelta y empezó a caminar hacia la estación de servicio. Le alcancé en un par de zancadas y le detuve

cogiéndole del brazo.

Se apartó de mí como si quemara.

—Oye, Roy... —titubeé—. Tienes razón, ¿vale? No debería haber dicho eso. No... —Bajé el brazo, despacio—. No puedo imaginar lo que sentiste, de verdad. Lo siento mucho.

La expresión de su cara fue suavizándose, y pasó del enfado a la sorpresa.

—No tienes que sentir nada, Ness.

—Pero a veces se me olvida que lo que Liv te hizo no es solo una historia. Que es normal que todavía duela. Perdona si he dicho algo que...

—Está bien.

«O lo estaría». Eso es lo que quería pensar, Lucie. Una cosa era encontrarte a tu novia con otro y otra descubrir que quizás hubiera un *otro* cada noche, justo después de la cena con tus suegros. Roy no había elegido enamorarse de la chica que le rompiera el corazón. Pero elegir desenamorarse no era más fácil.

—¿Por qué Eric? —dijo de pronto, con la mirada clavada en el coche.

—¿Hm?

—Quiero decir que... —Se mordió el labio y estrechó los párpados—. No sé... ¿Por qué no pareció importarte que viniera con nosotros?

—Dijiste que te parecía bien. —Parpadeé. No me esperaba aquella pregunta—. ¿Te molesta?

—No, no. Es majo. —Deslizó los labios en una sonrisa que se desvaneció enseguida—. Pero a veces me pregunto qué te dijo que podíamos confiar en él, sin ni siquiera... Ya sabes. *Oírle*.

—Supongo que vi algo en él que no podía dejar tirado en Catoosa. —La respuesta me llegó más rápido a los labios que a la cabeza—. Cuando nos acogió en su casa, me dio la sensación de que lo hacía más por él que por nosotros. Para no sentirse tan solo. —Suspiré—. Pero no lo sé, quizás me dio ternura que tuviera una abuelita a la que querer visitar.

Roy rio. Se volvió para mirarme, con los ojos tan oscuros como el cielo.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti, Ness? Que tienes fe en las personas. Que eres valiente, y cabezota a más no poder. —Sonrió. A juzgar por la risa que le siguió, él también debió darse cuenta de cómo se me teñían las mejillas—. Pero que no se te suba a la cabeza, que te veo.

—*Idiot*.

El ambiente parecía estar cargado de electricidad. Tenía la sensación de que si alguien encendía una cerilla, el aire, el coche, la gasolinera, Roy y yo explotaríamos al instante.

—Pues, ¿sabes lo que más me gusta de ti, Roy Álvarez? —Hice una pequeña pausa y me deleité en la forma en la que nos mirábamos. Como si no hubiera un lugar mejor que aquel en el mundo—. Todo. Absolutamente todo. Así que se te puede subir a la cabeza si es lo que quieres.

—Juraría que dijiste claramente que no te gustaba, Ness.

Enarqué una ceja.

—No tienes remedio.

Soltó una carcajada, suave, como si también temiera que fuéramos a explotar.

—No, puede que no.

Y algo en su tono de voz me dio a entender que quizás hablábamos de cosas distintas.

Las ruinas de Clovis

Los tres coincidimos en que quizás no era buena idea aparecer en la pequeña casa de la señora Price, la abuelita de Eric, a altas horas de la madrugada. Así que, después de asegurarnos de que no había un plan B, decidimos pasar la noche en un aparcamiento cercano y retomar los últimos kilómetros que nos quedaban ya por la mañana.

—¿Y no se te ocurrió llamar a tu abuela para avisar de que ibas? —pregunté, mientras sacaba un par de mantas del maletero.

—No suele coger el teléfono, no se aclara. Dice que es un alma libre, que si quiero saber de ella que me plante allí. —Sonrió para sus adentros. Por primera vez, me daba rabia no ser capaz de captar ni un retazo de nostalgia en su Ruido—. Siempre hemos tenido una relación un poco rara...

Se despegó mucho de mí cuando murieron mis padres. Supongo que porque le recordaba a su hijo. —Se encogió de hombros—. Le gusta que vaya a visitarla, pero igual que le gusta que de vez en cuando llamen a la puerta un grupo de *scouts* para venderle galletas. Y a mí me vale.

No sabía qué contestarle a eso, así que me quedé callada. Roy había salido a que le diera un poco el aire, después de pasarse toda la tarde conduciendo, y me encontré echando de menos el runrún lejano de su Ruido. Se había convertido en mi nana particular.

—Lo único que voy a echar en falta es no verte trabajar en acción, señorita Favre —dijo Eric, que me hablaba desde el interior del coche con la ventanilla bajada. Desde que le había dicho mi apellido había intentado pronunciarlo con acento francés. Sin mucho éxito, pero era divertido verlo.

—Quizás a tu abuelita le apetezca que le echen las cartas.

—No sé si una señora de noventa y cuatro años querrá saber algo de su futuro.

Bufé e hice un gesto con la mano.

—*Touché*.

—¿Volveréis a Catoosa en algún momento?

Le tendí la manta que tenía entre las manos con una sonrisa y cerré el maletero con más fuerza de la que pretendía. Aún me daba la sensación de que en cualquier momento mi maleta se abriría por arte de magia y dejaría al descubierto todos los papeles que le había robado a mi madre. ¿Se habría dado cuenta ya, Lucie? ¿Qué pasaría cuando volviera a casa?

Había estado evitando pensar en ello como si fuera tocar fuego.

—Supongo que algún día tendré que volver a casa, así que quizás sí.

Volveré si quiero los mejores macarrones con queso del condado, eso seguro.

Eric rio, y Roy se acercó de vuelta al coche, y la radio de pronto sonaba un poco más fuerte y la noche parecía un poco menos segura. Me llevé una mano al pecho e intenté que no se me notara en la cara que me sentía a punto de desvanecerme.

Ni desbordar el vaso ni vaciarlo, había dicho *maman*. Y cuando viajabas con un chico sin Ruido y con el único chico al que habías prometido no escuchar, la segunda opción se volvía un poco más complicada.

Tragué saliva. De pronto tenía muchas ganas de llegar a Clovis e intentar leerle la mente a una señora de noventa y cuatro años.



Salimos sin prisa, a la mañana siguiente, después de media hora insistiéndole a Roy en que prefería conducir y dejar que él descansara un rato. No podía decirle que mi mente también se relajaba un poco cuando tenía un objetivo y no vagaba ella sola por ahí, como una radio desintoxicada intentando pillar una señal.

A mediodía ya habíamos cruzado el primer cartel que anunciaba la distancia hasta Clovis. Si no fuera por las indicaciones de Eric y el mapa que Roy tenía sobre las piernas, probablemente la ciudad hubiera pasado desapercibida.

Clovis daba la bienvenida a sus visitantes con un pequeño tablón de madera que resumía la historia de la ciudad en un párrafo. Me quedé más tiempo del que debería releendo las mismas frases con los ojos haciendo chiribitas.

—Eh, ¡no sabía que tenían un yacimiento arqueológico cerca!

¿Podemos...?

—Creía que lo tuyo era la astrología —dijo Roy, acercándose a mí para darme un golpecito con el codo—. Nunca pensé que escucharía la palabra «horóscopo» salir de tus labios.

—Eso es porque eres todo un sagitario, escéptico por naturaleza.

—Te lo acabas de inventar.

—¿Puedes comprobarlo? —Separé la mirada del cartel de Clovis para sonreírle.

A nuestras espaldas, Eric se estiraba junto al coche. Le vi darse media vuelta y empezar a rebuscar en su mochila como si fuera un mapache hambriento.

—¿Has perdido algo? —pregunté al aire. Con la radio y el motor todavía encendidos no debía oírme bien, así que me acerqué a él para apagarlo. Su mochila parecía estar a punto de explotar—. *Mon Dieu*, ¿no tenías una mochila más grande? ¿Qué llevas ahí dentro?

—Dos pares de calcetines, el cepillo de dientes, dos camisetas de más, una cantimplora... Los cómics, por supuesto. Eso de ahí es jabón casero; imprescindible. Y un poco de tabasco porque creo que mi abuela no tenía en casa. Un juego de cartas, caramelos de miel...

—Creía que solo ibas a traerte lo absolutamente necesario.

Eric asintió con ánimos.

—Exactamente.

—Dime que al menos no te has traído *toda* la colección de cómics...

—Casi toda. Es como mi amuleto de la suerte.

—¿Así que no crees en las estrellas pero sí en que un montón de papel te dé suerte?

Supe que Roy se estaba acercando al escuchar su risa y la mía reverberar en su Ruido. Eric se rindió y me sacó la lengua, como si de pronto los dos tuviéramos diez años otra vez. Tenía curiosidad por saber su edad. Estaba segura de que tenía unos veinticinco, un poco menos, quizás; a veces hablaba como si tuviera siete años y a veces parecía cargar con el peso de siete décadas sobre los hombros.

Durante el viaje, el humor de Eric se había afinado, como si hubiera tenido que dejar atrás la faceta de «chico soltero solo y responsable que acoge a dos peregrinos en su casa» y empezara a ser más «veinteañero perdido en la vida como todos sus compañeros». Nos estaba permitiendo conocerle, máscara tras máscara, y solo ahora empezábamos a ser conscientes de que teníamos que despedirnos.

Me llevé una mano al cuello de la camisa para intentar aflojarme el nudo de la garganta. Por unas horas, unos días, había olvidado que el maletero de nuestro coche llevaba algo más que la mochila de un inquilino y unas cuantas latas de conserva desperdigadas: los papeles de mi madre seguían latiendo como si a una parte de mí no se le permitiera no pensar en ellos.

—Supongo que ha sido un placer, Eric —dijo Roy, alargando una mano para despedirse. Para sorpresa de los dos, Eric le dio un abrazo.

—Gracias por traerme hasta aquí —respondió mientras se separaba—. Pero, por favor, no hagamos de esto una despedida... ¿Habéis visto los carteles? Esta tarde inauguran una obra de teatro en la ciudad. He pensado que, quizás, si seguís por aquí, mi abuela y yo podríamos invitaros...

—Oh, no hace falta, de verdad —insistí. Nos había dado dinero de sobra ya no solo para la gasolina de los últimos kilómetros, sino para toda la que nos quedaba por gastar hasta Haney.

—Creía que no teníais prisa —replicó. Sonreía, pero en el fondo nos miraba como si fuera un niño abandonado por sus padres—. Puedo incluir una cena de macarrones con queso si eso te apetece más, Ness.

No recordaba que me hubiera llamado así antes.

Tragué saliva y busqué a Roy con la mirada. Intuí por la forma en la que su Ruido se enredaba, lleno de palabras inconexas que no lograba escuchar, que él también se debatía entre seguir nuestro viaje o sacudirle la soledad a Eric una vez más.

—Son solo unas horas... —dijo Roy. Se acercó a mí y me cogió de la muñeca, escondiéndola tras la espalda.

Roy podría pedirme que escalara el monte Everest y lo haría si seguía poniéndome esa carita.

—Está bien —suspiré—. Pero nada de decirle a tu abuela cómo nos conociste. No quiero otra señora mayor mandándonos al infierno.



Eric se marchó en dirección a la casa de su abuela, que vivía en la zona más industrial de la ciudad, casi a las afueras, y Roy y yo decidimos esperarle en uno de los parques que rodeaban el centro. Encontramos abierta una pequeña cafetería con mesas de forja en el exterior que me recordaba mucho a los paseos de domingo que *papa* y yo solíamos dar por Toulouse, cuando era

niña. Al volver a casa, siempre acababa intentando esconder el chocolate que se me había quedado pegado a las comisuras de los labios, para que *maman* no se diera cuenta de que *papa* me había comprado algo dulce antes de cenar.

Precisamente por eso me pedí un cruasán aunque faltara poco para la hora de la cena. Roy y yo casi parecíamos una pareja normal y corriente, sin telepáticas ni padres que dieran miedo a nuestras espaldas. Las horas pasaban sin que apenas nos diésemos cuenta.

—No nos dijo una hora, ¿verdad? —dijo Roy, mirando el poso que había dejado su café—. ¿Y si teníamos que ir al teatro y por eso no ha vuelto todavía?

—Roy, estará poniéndose al día con su abuela. Déjalo que disfrute un rato. —Me incliné hacia él con una mano bajo la barbilla. Ahora Eric era lo último en lo que me apetecía pensar—. Oye, ¿te acuerdas de Turner? John Turner, el de los folletos.

—¿El de Montauk?

—El mismo. ¿Sabes si sigue vivo? No sé si ponía algo en lo que leíste, pero...

—¿Por qué te importa tanto?

Me encogí de hombros. La verdad es que todavía no lo sabía. Pero si a *maman* le había importado tanto como para esconderlo, tendría que haber una razón.

—Me pregunto qué le llevó a hacer lo que hacía. Todo el tema de los experimentos de los que me hablaste... —Tragué saliva—. ¿Crees que habría alguien como yo? ¿Crees que consiguió... crearlo?

—Se necesita mucha paciencia para crear algo como tú, de eso estoy seguro. Dios se pondría de los nervios si viera que alguien se atreve a quitarle su trabajo.

—*Idiot*.

—Pero no —siguió—. No creo que hubiera nadie especial. No creo que hicieran nada más que hipnotizar a la gente.

—Eso pensaron de los experimentos nazis durante la Segunda Guerra Mundial, y luego...

—Nessa, no me compares a un grupo de *hippies* con LSD hasta las cejas con los nazis, por favor. —Se encogió sobre sí mismo—. No creo que tenga más importancia. Es solo un detalle anecdótico para atraer más turistas a Montauk. Lo hacen mucho. Mira Alcatraz, la Ballena Azul...

—Vale, vale, tienes razón.

«Pero los detalles anecdóticos no se esconden debajo del suelo, Roy».

Suspiré; aquella conversación no iba a llevarnos a ninguna parte. El reflejo dorado de los últimos rayos de sol bañaba las copas de los árboles que nos rodeaban pero, en medio de la quietud y la calma de aquella escena, el Ruido de Roy se escuchaba demasiado alto. Y no podía escucharle.

Roy seguía encogido, pero se ocultó un poco más bajo su chaqueta cuando vio que le miraba. Aún me sorprendía que llevara la chaqueta hasta el cuello con el calor que hacía esos días.

—¿No tienes calor?

Él sacudió la cabeza.

—Estoy un poco destemplado.

—Podemos volver al coche, si... —Pero Roy se levantó de golpe, como si fuera un tigre a la caza de su presa. Seguí la dirección de su mirada—. ¿Es Eric?

Hacía solo unas horas desde la última vez que nos habíamos visto pero parecía que quien se acercaba a nosotros era una persona totalmente distinta. Caminaba despacio, como si tirara de unas cadenas, con los hombros caídos y arrastrando los pies. El pelo le caía sobre la frente y por eso no nos dimos cuenta de lo mucho que lloraba hasta que estuvimos solo a un palmo de él.

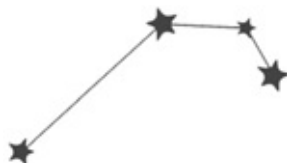
—Eric, ¿qué...? —dijo Roy, pero antes de que al chico le diera tiempo a responder nada, Eric se aferró a su chaqueta y rompió a llorar en su hombro.

Me encontré pensando egoístamente que me hubiera gustado que me abrazara a mí. Que me hubiera dejado desatar la telepatía y permitir que me vaciara, porque la sentía tan viva en mi mente que acabaría por vaciarme a mí.

Pero las palabras que salieron de los labios de Eric me sirvieron para darme cuenta de lo egoísta que estaba siendo.

—Mi abuela..., mi abuela no... —Era la primera vez que sentía que a Eric Price le faltaban las palabras, y cuando por fin las encontró pareció derrumbarse con ellas—. Se ha ido.

Y, aunque en una historia perfecta la señora Price se habría marchado del condado para vivir una mejor vida, el significado de sus palabras se alejaba mucho de esa versión.



Hizo falta que anoheciera para que Eric dejara de llorar.

Al parecer, la señora Price se había marchado del mundo de la misma forma en la que vivió en él: por su cuenta, en solitario, con la barbilla en alto y sin preocupar a nadie más. Cuando vio que se acercaban sus últimos días, advirtió a los vecinos de que no quería que nadie preguntara por ella.

Que nadie supiera nada de ella. Eric había hablado de que su abuela era muy despegada, pero no me esperaba que llegara a ese punto.

Se encontró la casa cerrada a cal y canto y tuvo que llamar a los vecinos hasta que uno se atrevió a romper el silencio. Eric llevaba más de siete meses sin recibir noticias de ella por una razón. Mientras nos lo contaba, su expresión iba cambiando de la ira a la pena y a la rabia, hasta que se quedó sin energías ni ganas de sentir nada más. Vacío como una marioneta, dejó que el chocolate caliente que en algún momento habíamos pedido se enfriara sobre la mesa.

Por supuesto, ver la obra de teatro que se estrenaba aquella noche ya no entraba en nuestros planes.

—Lo siento mucho —dijo Roy, alargando la mano hacia delante por si Eric quería cogerla. Era el vigésimo tercer «lo siento» en el último minuto, pero quizás así compensáramos el vacío con el que Eric miraba hacia el suelo—. Sabes... ¿Sabes qué vas a hacer ahora?

Miré a Roy. Nunca había visto morir a nadie, Lucie; yo tampoco sabía cómo funcionaban estas cosas. No sabía si Eric tendría que haberse enterado, si ahora tendría que ocuparse de la herencia, si volvería a Catoosa como si no hubiera pasado nada. Y él parecía tan perdido como nosotros.

Pero no parecía importarle.

—Sé que no voy a quedarme ni un día más en este pueblucho de mierda —dijo, con una expresión a medio camino entre la risa sarcástica y la pena—. Ya no... Ya no tengo nada que hacer aquí. Ya no queda nadie, así que... —Se encogió de hombros. Tenía los ojos rojos de tanto llorar—. Hacía ya un tiempo que «mi familia» había dejado de sentirse como una familia real, pero mi abuela era lo único que quedaba. Aunque para ella yo no significara mucho. No lo suficiente como para hacer que me avisaran de su muerte, supongo.

—¿Sabes si hubo funeral...? —pregunté—. Quizás, si hicieras alguna ceremonia para despedirte...

—Es igual —cortó él—. No me importa. Pillaré algún bus hacia Catoosa que salga mañana temprano y ya está. Creo que en la calle Mabry hay un motel y...

—¿Nos disculpas un momento? —Me levanté de la mesa de golpe, arrastrando a Roy conmigo. Él miró el brazo que le aferraba con los ojos abiertos como platos, y no cambió su expresión hasta que nos alejamos unos pasos de donde estaba Eric, dándole la espalda.

—Ness, ¿a qué viene esto? —dijo mientras se zafaba de mi brazo. Se cubrió con la manga de la chaqueta como si mi piel le hubiera hecho arder—. ¿De verdad te parece buena idea venir a susurrarme secretitos *precisamente ahora*?

—Justo por eso tenía que ser ahora, *idiot* —bufé. Me mordí la lengua antes de seguir hablando—. Escucha, he estado pensando... ¿Del uno al diez cómo de loco te parecería decirle que se viniera a Haney con nosotros?

—¿Qué?

Ni que le hubiera pedido matrimonio.

—Míralo, Roy. No podemos dejarle aquí tirado. Se acaba de enterar de que su abuela ha muerto y estoy segura de que se está haciendo el fuerte delante de nosotros. No necesito leerle la mente para saber eso. —La expresión de Roy se suavizó un poco—. Sé que en cualquier otra situación tú serías el primero en ofrecerle compañía... No se te da bien dejar tirada a la gente.

El chico pareció titubear. Echó un vistazo a Eric por encima de mi hombro, como si temiera que en nuestra ausencia hubiera vuelto a derrumbarse.

—Pero todo el plan de fingir ser vidente, y llegar luego a Haney...

—Todo seguirá igual, te lo prometo —le interrumpí, antes de que fuera a más—. Si nos vemos justos de dinero, plantamos la tienda y esperamos a que algún curioso se acerque. Toda esta locura sigue siendo una escapada de unos días, y antes de que nos demos cuenta estaremos de vuelta, y entonces podremos dejar a Eric otra vez en Catoosa. Y con suerte habremos conseguido que volver a ese piso en miniatura, con amigos «que no echa de menos» y una familia a la que tiene que vigilar cada vez que sale a la calle, no parezca un plan tan deprimente. Así se distraerá un poco...

Roy frunció los labios y entrecerró los ojos.

—¿Todo esto es porque quieres distraerle? ¿O es que te molesta que aún no haya querido que le leas la mente?

Cerré el puño y le di un golpe suave en el brazo.

—Roy Álvarez, si no te conociera diría que estás celoso de ya no ser el único hombre en mi vida.

—Ah, eso ya lo acepté cuando conocí a tu padre. Ese sí que es el verdadero hombre de tu vida. Además —enarcó una ceja, divertido—, quizás eres tú la que debería estar celosa. Te recuerdo que aquí la única que no se ha leído ni un mísero cómic de *Marvel*...

—Que sí, que son maravillosos y todo lo que digáis. Háblame cuando leas el primer número de *La guerra de las galaxias*. —Conseguí sonsacarle una carcajada que, en medio de la situación en la que nos encontrábamos, me hacía sentir un poco culpable. Pero solo un poco, Lucie. Por una vez, quería ser yo la heroína de misiones imposibles—. ¿Eso es un sí? ¿Nos lo quedamos?

Suspiró. Algo en la forma en la que aleteó las pestañas debió surgir efecto.

—Supongo que eso tendrás que preguntárselo a él. Estoy demasiado cansado para replicarte nada. —Sonrió.

—Genial. —Le di un fugaz beso en la mejilla antes de darme la vuelta, cogerle de la muñeca y caminar de nuevo hacia la mesa en la que nos esperaba Eric—. Entonces esta noche conduciré yo.

—Eric...

—¿Sí?

—Tú sabes que Haney no es ningún caldero del demonio ni nada por el estilo, ¿verdad?

—Bueno, eso tendrías que debatirlo con la señora Delton. Yo...

—¿Te gustaría ir a comprobarlo?

Interludio



John no le gustaba que le cambiaran los planes. No le gustaba que las cosas fueran mal, que las pérdidas superaran las ganancias. No le gustaba que su eterna búsqueda por ese remedio contra la conciencia se viera amenazada por una jovencita aburrida con ganas de pelear.

El hijo de Henry seguía preguntando por su padre de vez en cuando, pero ahora sus preguntas iban encaminadas hacia momentos de su vida en los que no quería entrar. Preguntaba por los anillos rojos de algunos de sus compañeros, por el contenido de las probetas y por los nuevos inquilinos.

Por eso le pidió a Thomas y a los demás que se encargaran de él. Quizás el chaval podía echarles una mano. Era lo que Henry hubiera esperado de él, al fin y al cabo.

—Tenemos más información acerca del Fénix. —Robert, uno de sus colegas más jóvenes, entró en el despacho sin preocuparse por llamar a la puerta. Dejó caer un puñado de papeles sobre la mesa que John ni siquiera se dignó en mirar—. Nos contactan desde Francia.

—Estoy ocupado ahora, Robert.

Habían estado tan cerca.

Cerca de borrar el dolor, de librarse de los recuerdos. Cerca de que desde arriba comenzaran a cambiar las amenazas por halagos. John ya no sabía si actuaba por miedo a las consecuencias o por amor a los resultados. Desde que estaba él a la cabeza —junto a Thomas, que cada vez parecía más fuera de sí, que cada vez tenía más ganas de mandarlo todo a tomar por saco —, el peso de todo aquel proyecto se había vuelto demasiado pesado.

Pero no podía parar ahora. No le permitirían parar ahora.

Y el dichoso Fénix no era más que otro mosquito molesto en medio de su investigación.

Pero tenía que mantenerse tranquilo. Tenían las espaldas cubiertas.

—Creo que es algo que te interesa, John —insistió su compañero—.

Mira su historial.

—No eres la primera persona que me lo enseña, Robert, y ya te he dicho...

—De acuerdo, entonces mira el de su hija. Está actualizado.

—¿Qué más dará...?

—Hazme caso. —Habló con tanta seriedad que John no pudo evitar levantar la mirada—. Puede que sea precisamente lo que necesitamos para acabar de encajar las piezas.

Estaba cansado, y estaban muy cerca, así que por un segundo decidió dejar de luchar y empezó a curiosear los datos que Robert le ofrecía.

Al final, el Fénix consiguió tenerle toda la noche en vela.

Siempre tuviste miedo

No hizo falta insistir mucho para lograr convencer a Eric. Había dejado claro que «tenía todo el tiempo del mundo» y el duelo por su abuela parecía haber desaparecido de un plumazo. Solo se arrepintió de no haber cogido una mochila más grande, pero nos tranquilizó al ver todo el dinero que traía consigo. Tal cantidad de billetes solo se explicaba entendiendo que todo el cariño que no le había dado su abuela, se lo había dado la señora Delton cuidándole como un hijo más. Me pregunté cómo había sido para él ver envejecer de esa manera a la única persona que había actuado como una madre al faltar la suya.

Si algo tuve claro, a juzgar por la forma en la que se quejó de dolor de lumbares ante la idea de volver a dormir otra noche en el coche, es que habíamos tenido infancias muy distintas.

—Deduzco que no fuiste a muchos campamentos de niño, ¿verdad? — dije, con las manos en el volante. Le vi resoplar desde el espejo retrovisor.

—Una cosa es irse de campamento y otra es dormir en el coche.

¿Cuántas veces has tenido que dormir tú en el coche, eh? Porque al final el cuerpo se resiente, eso te lo puedo decir yo...

Roy me lanzó una mirada de complicidad desde el asiento del copiloto, y no pude evitar sonreír.

—Ah, si tú supieras...

»Si supieras las noches que nos escapábamos a festivales de grupos que no conocíamos, solo para escuchar algo que no fuera Ruido. Si supieras las veces que Roy tuvo que escapar de su casa y no se atrevió a llamar a la mía.

»Si supieras todos los días en los que preferíamos pasar la noche en la biblioteca de la facultad, turnándonos entre ratos de estudios y ratos de risas, únicamente porque llegar a casa nos hacía sentir un poco más solos.

»Si supieras lo que estoy dejando atrás, Eric, quizás me ayudarías a entender por qué temo tanto lo que viene.

»Porque no lo conozco. Porque es la primera vez que estoy eligiendo yo, por mí.

Eric siguió con su retahíla de quejas.

—Acordaos de comprar protector solar en la próxima gasolinera. Y crema para las picaduras de mosquitos. ¿Cómo podéis ir por ahí sin protector solar en pleno julio?

Roy echó un vistazo al exterior y arqueó una ceja.

—Oyes eso, ¿verdad? —Bajó la ventanilla un segundo, lo suficiente para que el rugido del viento entrara y revolviera todo el pelo de Eric. No más de lo que lo haría dormir en el coche, claro—. No creo que ahora sea momento de preocuparnos del sol. Parece que va a llover.

Subí la mirada a las nubes negras.

—¿Llover? Parece que nos vayan a mandar a Oz de un plumazo.

—No seas exagerada —dijo Eric. Se echó hacia delante para asomar la cabeza entre los dos—. Esto es solo una tormenta de verano y...

Un trueno le hizo callar. Vi con el rabillo del ojo cómo Eric encogía los hombros de un sobresalto, y cómo Roy sonreía a mi lado.

—Vale, olvidad la crema por ahora —reculó Eric—. Pero decidme que lleváis paraguas.



La noche cayó antes de tiempo. Un torrente de niebla y nubes fue abriéndose paso desde el horizonte hasta acampar sobre nosotros, y lo que empezó siendo un concierto suave de gotas sobre el cristal acabó en el rugido de una tormenta. Me bastó con echar un vistazo por el espejo frontal para ver cómo todo el cuerpo de Eric se tensaba. Tenía los ojos fijos en el movimiento del parabrisas.

—Creo que voy a esperar a que amaine un poco —dije, reduciendo la velocidad.

—¿Por qué? Ness, si te da miedo conducir con lluvia, yo puedo... —dijo Roy.

—Yo conduzco, yo mando —le corté—. Y me da a mí que esto va a ser un poco más que lluvia. Como siga lloviendo así no voy a ser capaz de ver nada. —Le puse un dedo sobre los labios antes de que le diera tiempo a replicar—. Y puedes ahorrarte los chistes sobre mi miopía.

Se apartó el dedo de los labios con una sonrisa.

—Sigo pensando que las gafas te quedan muy bien. Deberías llevarlas más a menudo.

—Chicos, si mi voto vale de algo, a mí tampoco me importaría parar —pidió Eric. Seguía encogido en el asiento de atrás, mirándonos con ojos de corderillo degollado—. No me fío de la carretera cuando el tiempo está así.

Parecía que tuviera miedo.

Si su querido Ruido hiciera el favor de aparecer, podría confirmarlo, Lucie. Pero seguía en silencio. Como si fuera un muñeco hueco.

Estábamos atravesando una carretera bastante solitaria, rodeada de árboles a ambos lados que no dejaban ver nada más que oscuridad a través de los troncos. Dejé el coche aparcado en un arcén y recé a quienquiera que me escuchara allá arriba para que la lluvia cesara pronto. Me sentía encerrada. Roy cambió de emisora hasta dar con una canción más animada, pero la radio no tardó en fallarnos.

—Y yo que me quejaba de los mosquitos... —murmuró Eric.

El tiempo solo fue a peor. La lluvia se dejó caer sobre el coche como un manto hasta que los parabrisas se volvieron inútiles. A los pocos minutos, decir que nos había pillado la tormenta no era más que un eufemismo: el coche empezó a mecerse por el viento y el rugido de la lluvia fue tan brusco que apenas me dejaba espacio para escuchar el Ruido. El murmullo que nacía de la cabeza de Roy ahora era apenas inaudible. Y el de Eric seguía siendo inexistente.

El chico se había encogido sobre sí mismo como un niño de cinco años.

Se abrazaba las rodillas, con la montaña de cómics a un lado, y no dejaba de mirar a través del cristal como si temiera que un rayo fuera a atravesarlo.

Me coloqué en el hueco entre los asientos delanteros y estiré un brazo para rozarle.

Eric pegó un brinco en cuanto le rocé la mano. Se volvió hacia mí con los ojos oscuros. Con la tormenta también dentro de él. Retiré el brazo, cohibida.

—Está bien —dije. Mi voz sonó como cada vez que intentaba que *Madame* se bajara de la estantería más alta de mi habitación—. Mi padre siempre decía que si la tormenta llegaba rápido también se marcharía rápido.

—¿Y le creías? —Eric contestó con más dureza de la que esperaba. Se acomodó un poco más en su ovillo—. Estoy bien. Es solo que... Bueno, no me gustan las tormentas.

Asentí y estiré la mano, que se quedó a medio camino. No sabía cómo ayudarle. No sabía si quería que le ayudara, siquiera. Había apartado la mirada de nuevo hacia la ventana y, a juzgar por la forma en la que se

estremecía con cada trueno, deduje que sus palabras eran solo medias verdades.

A mí tampoco me gustaban las tormentas. Por eso *papa* me enseñó a no esconderme cuando sucedieran.

No parecía el caso de Eric.

—Por lo que se ve no somos los únicos locos que viajan con este tiempo —dijo Roy, con la mirada fija en la parte trasera del coche—. ¿Eso que se ve al fondo son los focos de un coche, no?

—No lo sé, no pienso ponerme las gafas.

—Te quedan bien, Ness.

Le dediqué una media sonrisa y volví a colocarme de frente a la carretera.

—Lo que tú digas.

Por el espejo delantero llegué a ver cómo Eric se deshacía de su ovillo y se agazapaba, dándome la espalda. Apoyó las manos sobre el respaldo del asiento y miró atrás, hacia las supuestas luces que Roy había visto.

—Nessa, arranca.

Por un momento el tono de su voz me heló la sangre.

—Creía que te daba miedo conducir con tormenta —bromeé—. ¿Se puede saber por qué ahora...?

—Hazme caso y mueve el coche. *Ya*.

Roy me miró como si a Eric acabara de poseerle un demonio. Ni siquiera se había dado la vuelta para hablarnos.

—Hay espacio de sobra en la carretera —dijo—, no creo que...

—Van a chocar contra nosotros. —Eric le cortó de pronto, se dio la vuelta y se inclinó hacia delante, con el rostro pálido como un muerto.

No oía su miedo, ni tampoco el Ruido que tendría que acercarse si aquel coche lo condujera alguien. No oía más que el murmullo constante de Roy, que ya se había hecho tan cotidiano como si estuviera escuchando mi propia respiración, y el incesante rugido de la lluvia.

Pero, por primera vez, no necesité escuchar el Ruido de Eric para ver su miedo.

—No seas tonto —dije, aun así—, no van a...

Pero el Ruido se hizo más fuerte. Todo. La lluvia, los rayos, y de pronto también el chirrido de las ruedas sobre el asfalto. Eric casi se puso en pie desde su asiento.

—¡Arranca, AHORA!

El viejo Ford de mi padre no estaba preparado para que le diéramos esos sustos, pero en menos de dos segundos se puso en marcha y aceleré hasta

alejarnos del arcén, mientras el zumbido del coche que nos pisaba los talones no hacía más que aumentar. Eric me instó a aumentar la velocidad y sentí que en cualquier momento derraparíamos, que aquello era una locura.

Ni siquiera llevaba las gafas puestas.

Y aun así llegué a ver cómo el coche negro se desvió de la carretera en el último momento hasta acercarse al arcén donde estábamos hacía dos segundos. Giró bruscamente de nuevo a la calzada y aumentó la velocidad hasta que pasó de ser una sombra a ser real. Sentía el corazón desbocado.

Nos estaban siguiendo. Cada vez los veía más cerca, cada vez iban más rápido, cada vez la carretera se estrechaba más y apenas veía las curvas por culpa de la lluvia.

Teníamos el coche demasiado cerca y en cualquier momento nos embestiría.

Roy sollozó en el momento en el que el coche cambió la ruta y se deslizó a nuestro lado, tan cerca que casi arranca el retrovisor. Solo cuando vi que nos adelantaba y después desaparecía bajo el manto de lluvia, me permití volver a respirar.

Detuve el coche en el primer arcén amplio que vi.

Me llevé las manos a la cara. No me había dado cuenta de que había estado llorando.

—Merde —murmuré.

—Eso digo yo —dijo Eric desde atrás. A él también le faltaba el aire—. Sea lo que sea eso.

Sentía una presión en la cabeza que no desaparecería hasta hacerme explotar. Quería creer que todo aquello estaba dentro de mí pero, a juzgar por el estruendo y el miedo en el Ruido de Roy, no era la única que lo pensaba.

—¿Iban a por nosotros? —murmuré.

Solo contestó el rugido de un trueno.

Eric siguió encogido en su asiento, y no se me pasó inadvertida la forma en la que le temblaban las manos.

—Quiero creer que no —dijo, sin mirar adelante—. La tormenta debe de haberlos confundido o...

—¿Los has visto? La cara, la matrícula, algo. Yo no llevaba las gafas pero...

—No le des más vueltas —dijo, sacudiendo la cabeza. Hablaba con una tranquilidad que no correspondía para nada con su gesto—. No somos criminales a la fuga, ¿recuerdas?

—¿Era un Chevrolet? —insistí. El corazón me bombeaba con tanta fuerza en el pecho que sentía que en cualquier momento lo desgarraría.

—Había un Chevrolet debajo de la casa de Eric y pensé...

—Ese era el coche del señor Delton, Nessa... —Eric hablaba con nerviosismo, las manos temblando, como si aún intentara encontrarle un sentido a todo lo que estaba pasando—. ¿A qué viene eso?

Tragué saliva, pero no contesté.

—Larguémonos de aquí —dijo entonces Roy, sin soltarme la mano—. Ness, puedo conducir hasta el siguiente pueblo. No te preocupes.

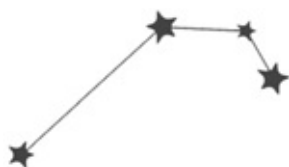
—No. —Eric sacudió la cabeza—. Sigue en el carril de la derecha y acabaremos llegando a un hotel; lo vi marcado en el mapa antes de salir de Clovis. No... No creo que a ninguno de los tres nos apetezca pasar la noche en el coche. Y menos a ti, Nessa.

—Estoy bien —repliqué, pero hasta mi voz se escuchó débil—. Es solo que por un momento pensé que... Que...

Que *maman* había tenido razón todo aquel tiempo. Que si me habían mantenido en Mistorne, en Dartford, en todas aquellas ciudades perdidas en las que la mayoría de gente ni siquiera conocía mi apellido, era porque el mundo no quería a alguien como yo ahí fuera. Alguien jugando con fuego.

Cualquiera diría que era pura casualidad. Que era un coche cualquiera.

Pero aunque lo fuera, Lucie, algo me decía que la Tierra seguiría moviendo sus hilos para hacerme desaparecer.



Después de tantas noches huyendo del calor entre los asientos traseros del coche, con el aroma del ambientador y el ulular de los búhos creando una nana para ayudarnos a dormir, una parte de mí casi se sentía culpable por gastar dinero en una noche de hotel. Se trataba de un hostel pequeño, a un par de kilómetros de la siguiente ciudad, pero contaba con muchos más lujos de los que Roy y yo estábamos acostumbrados.

Entre ellos, por lo menos, una cabina de teléfono.

Dejé a los chicos en la recepción, con Roy todavía mirando hacia atrás como si en cualquier momento fueran a atracarnos y Eric con un manojito de billetes en la mano.

—No te preocupes, Roy —dijo Eric. Desde que habíamos salido del coche había hecho un gran esfuerzo por sacudir todo el miedo que también le había embargado a él—. Aquí en Nuevo México la gente va pegándose a los coches de los demás todo el tiempo. Es casi como un apretón de manos.

No llegué a escuchar la respuesta de Roy, pero sí a ver su media sonrisa.

Entré en la cabina de teléfono, marqué el número de casa de memoria y *maman* no tardó más de medio segundo en cogerlo.

—*Maman*, soy yo.

Te ahorraré el momento que le siguió, Lucie, porque no sé quién de las dos tenía más pena y más orgullo dentro. No sé quién de las dos tenía más miedo de decir que nos echábamos de menos. No sé cómo la conversación se volvió un tira y afloja entre querer colgar y marcharme y querer atravesar el teléfono y abrazarla. Escucharla sin su Ruido de por medio lo hacía todavía más diferente.

Me hacía darme cuenta de lo lejos que estábamos. Y no siempre en el sentido literal, Lucie.

—No sé si me convence eso de que vayáis recogiendo a gente por ahí, Nessa.

Puse los ojos en blanco.

—Eric es un buen chico, *maman*. De verdad. Si no fuera por él esta noche volvería a dormir masacrada por los mosquitos.

—En mi época a esa clase de hombres los llamábamos...

—¡*Maman*! —Siseé, antes de que le diera tiempo a terminar la frase. Apreté con más fuerza el teléfono contra mi oreja—. Estate tranquila, ¿vale? A mí también me hubiera gustado que hicieran esto por mí. Ya es suficiente que nos está pagando... Vaya, casi todo —dije, echando un vistazo hacia atrás. Vi a Roy y a Eric reírse a través del cristal—. Ni siquiera me ha dejado pagar el hotel.

—Por eso lo digo, *ma chérie*.

—Confía en mí. Esto de escaparme de casa se me está dando mejor de lo que creía.

Casi pude ver cómo mi madre ponía los ojos en blanco al otro lado.

—Ni siquiera me has dicho adónde vais. O cuando volverás. —Chasqueó la lengua—. Nessa, tienes que recordar que lo que te ocurre...

—¿Crees que no lo recuerdo cada día? —Me mordí la lengua—. Soy yo la que tiene el runrún constante en la cabeza, *maman*.

—No me refiero solo a eso. No es eso lo que me preocupa. No eres tú quién me preocupa —recalcó. Hizo una breve pausa que se me hizo eterna y

esperé a que contestara, pero se mantuvo tan callada como lo había estado durante los veinte años de mi vida.

Y lo peor es que ambas sabíamos que había una conversación que teníamos pendiente. Ella sabía que aún recordaba la razón de nuestro último enfado. *Papa* sabía que su coche estaba lleno de esas guías turísticas que nunca utilizamos. Yo sabía que nadie me iba a hablar de quién era el dichoso Nicholas Chardin que murió, ni qué tenía que ver con el tío Nathan, ni por qué le importaba tanto a mi madre, ni la razón por la que ella se empeñó en recortar todas esas noticias sin sentido sobre científicos suicidas y campos militares cerrados.

¿Por qué no me querías fuera de Mistorne, *maman*? ¿Por qué nunca me hablaste de esta gente? ¿Por qué son tan importantes? ¿Por qué lo escondes?

¿Qué tienes que ver tú con el proyecto Montauk?

—Volveré si es eso lo que te preocupa, *maman* —dije—. Pero antes le prometí a Roy que visitaríamos Haney. —Apreté con fuerza el teléfono—. No se lo digas a la familia de Roy, por lo que más quieras. ¿Sabes cómo están sus hermanas? ¿Sabes si el señor Álvarez...?

La respuesta de mi madre fue cortante como un filo.

—Nessa, no creo que Roy esté siendo del todo sincero contigo.

Me dieron ganas de reír. Y de colgarle, también.

—No debería haberte dicho nada. Está claro que aún no soportas que me haya ido, ¿verdad? Sigues queriendo tenerme pegada a ti como si tuviera cinco años.

—¿En serio piensas que todo esto es solo un capricho de madre? Nessa, si supieras la de gente que...

—Si supiera qué, ¿eh? ¿Todo lo que no me has contado? ¿Todo lo que escondes debajo de tu puñetero baúl? —Hice un esfuerzo por respirar. No quería volver a colgar de mal humor, solo quería respuestas—. No es culpa mía no saberlo, *maman*. Es culpa tuya, es culpa de tu maldito secretismo y de haber convertido Mistorne en una cárcel. No habría querido marcharme si no me lo hubieras prohibido.

—¿Prohibido? Nessa, *mon Dieu*, nadie te estaba apuntando con una pistola para que...

—Ah, no, pero sí con un par de libros en el aire. —Puse los ojos en blanco—. No intentes excusarte ahora. Voy a irme con los chicos antes de que...

—No, espera. —Me pareció notar el abatimiento en su voz. Como si ya no le quedaran más palabras que decir a excepción de aquellas que se empeñaba tanto en ocultarme—. Sé que fui yo, Ness. Sé que por mi culpa

siempre temiste que acabarías atrapada en esta ciudad, sé que siempre has querido irte. —Cogió aire y suspiró, como si tuviera que llenarse de fuerza para seguir hablando—. Te veía con tanto miedo a quedarte, Nessa... Y no quería tener que decirte adiós.

—*Maman*, no me he ido a la guerra.

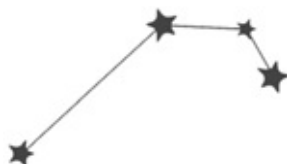
—No todas las guerras se ven, *ma chérie*. Solo quería protegerte.

Tragué saliva.

—Has estado otra vez escuchando a *papa* recitar, ¿verdad?

Y, Lucie, te ahorraré también lo que vino después, porque si *maman* y yo éramos expertas en algo, era en escaquearnos de las cosas que nos dolían.

Quizás por eso nunca acababa de hablarme de ti.



Roy y Eric decidieron compartir una habitación doble y dejaron una individual para la señorita. Nunca pensé que acabaría siendo la aguantavelas del grupo.

La conversación con *maman* me había dejado con una sensación agridulce. Sentía que el fuego que siempre había ardido en mi pecho, el mismo que me había mantenido viva en los días más fríos, ahora quemaba cada membrana de mi cuerpo hasta dejarme hecha humo y cenizas. Quizás nunca fui tan dura como creía.

Y fue ese mismo fuego el que me mantuvo en vela toda la noche. Hacía tanto calor que casi me fundía con las sábanas y, aunque me costara admitirlo, ya no sabía dormir sola. En Mistorne siempre tenía a *Madame* buscando un hueco a mi lado. Y, por mucho que me quejara de los ronquidos de Roy (que no eran tan horribles como yo le decía, Lucie), me había acostumbrado a escuchar cómo su Ruido se difuminaba en el aire antes de quedarse dormido. Aproveché que sería seguramente la única noche que pasaríamos en aquel hotel y me calcé para escurrirme hasta la piscina interior del edificio. Había oído que estaba abierta hasta las tres de la madrugada, así que aún tenía un margen de tiempo de dos horas.

El techo que cubría la piscina era de cristal. Ya no llovía. Como si no fuera más que un mal recuerdo, el cielo parecía burlarse de nosotros con su noche salpicada de estrellas.

Sonreí al darme cuenta de que no estaba sola.

Vi el cuerpo moreno de Roy desaparecer bajo la superficie del agua, que se llenó de burbujas, y por un momento temí que no volviera a salir. Pero sacó la cabeza del agua, se sacudió los rizos y cruzó la piscina hasta apoyar los brazos en el bordillo de azulejos.

—¿Vas a quedarte mirando toda la noche? —dijo, cerrando los ojos—. Te he visto llegar.

Me deslicé hasta el borde de la piscina y metí las piernas en el agua.

Llevaba una camiseta ancha a modo de camisón.

—Para ser una vidente de renombre —continuó, abriendo una rendija en los ojos para mirarme—, al final eres bastante predecible.

—¿Eso es que me esperabas? —Sonreí y levanté un pie para salpicarle, mientras él empezaba a nadar hacia mí—. Quizás deberías bucear un rato más. No recuerdo cuándo fue la última vez que te diste una ducha.

Arrastró una mano por el agua para mojarme y chillé al notar el contacto del agua helada con mi piel. Antes de que me diera tiempo a quejarme, me cogió una pierna y tiró de mí.

Me zambullí en el agua con otro grito y noté cómo toda la camiseta se hinchaba a mi alrededor. Emergí con todo el pelo pegado a la espalda y chapoteé hacia él. Roy levantó las manos en un gesto de rendición, pero entonces rugió tanto como su Ruido, me agarró por la cintura y me hizo una ahogadilla.

Mi risa se fundió en el agua.

Durante unos instantes fuimos ingrátidos, atrapados bajo el agua con los ojos abiertos, con el halo de mi camisa arremolinándose a nuestro alrededor y todo su cuerpo hundido en una corriente de burbujas blancas.

Nunca me había dado cuenta, pero bajo el agua la niebla desaparecía. Solo quedaba el silencio y el eco de nuestras risas. Mi pelo flotaba en torno a los dos como si fuera seda hecha de fuego, y sus manos seguían aferradas a mi cintura.

Roy plantó los pies en el fondo de la piscina y nos dio impulso hacia arriba. Cuando salimos, cogió una bocanada de aire y agitó la cabeza para apartarse el flequillo mojado de la frente. Flotamos en silencio sin separarnos ni un centímetro.

Llevaba años mirándole y solo ahora parecía estar conociéndole por primera vez. Veía todas las pecas que no sabía que estaban ahí, tan oscuras que se camuflaban como lunares en su piel, le veía las manos finas, la poca fuerza con la que parecía sostenernos a los dos. El agua le chorreaba por las

mejillas y los labios hasta gotear bajo la mandíbula. No pude evitar apartarle un mechón de pelo de la frente, y enroscármelo en el dedo antes de soltarlo.

—¿Qué estamos haciendo, Ness? —susurró.

No hablaba de nadar, ¿verdad, Lucie?

Fui incapaz de responder. No me fiaba de mi voz, y por un momento agradecí no ser capaz de escuchar mi propio Ruido. Ni siquiera yo lo hubiera entendido. Roy bajó la frente y la apoyó en la mía, y todo lo que se escapaba a esa piscina y a ese momento dejó de existir.

Quizás el amor sobre el que mi padre escribía se camuflaba un poco mejor en la vida real. Quizás no había que esperar a que ninguna flecha te atravesara el corazón. Quizás el amor se colaba entre dos pieles que se rozaban y dos miradas que duraban más de la cuenta. Era casi imperceptible, como el paso de las estaciones.

No te das cuenta de cómo o por qué sientes que todo ha cambiado, pero algo dentro de ti deja de ser lo mismo.

—No lo sé —murmuré—. Pero tampoco quiero que pares.

Lo último que vi fue una media sonrisa.

Pero si me hubieran preguntado hace un mes, Lucie, nunca hubiera pensado que estaría perdida en medio de Nuevo México, en busca de una ciudad de leyenda y a muchos kilómetros de casa. Nunca hubiera imaginado que un coche se volvería mi hogar.

Y, definitivamente, nunca hubiera pensado que alguien me besaría en una piscina de un hotel cualquiera. Desde luego, no Roy.

No fue un beso de los que harían que te taparas los ojos, Lucie. Fue solo una leve presión, suave, con una sonrisa a mitad de camino y el corazón de los dos latiendo con tanta fuerza que casi me hizo olvidarme del Ruido que nos molestaba. Roy se apartó de pronto, como si hubiéramos sido dos niños jugando a escondidas.

Nuestros ojos se encontraron, con los rostros todavía cerca. Podía contar cada gota que todavía se deslizaba por su piel.

Quizás ahí estaba el amor que se me había escapado, el que mi padre no contaba en sus historias. En la cercanía de cada noche, en cada apretón de manos cuando el miedo se hacía demasiado grande, en la forma en la que los ojos le brillaban cada vez que me veía reír.

«No creo que Roy esté siendo del todo sincero contigo», había dicho *maman*. Si ese beso no era un trozo de verdad, ya no sabía lo que era.

—Se suponía que no te gustaba —murmuré, algo atontada.

Él se encogió de hombros.

—Puede que necesitara comprobarlo —bromeó.

Me aparté de él para salpicarle y le saqué la lengua. No me dio tiempo a decirle mucho más porque la puerta de la piscina se abrió de golpe y nos sobresaltó a los dos.

Cómo no, el tercero en discordia.

—En todo el maldito hotel —dijo Eric, cerrando la puerta después de entrar— va y decidís que la piscina es el mejor lugar para quedar a las tantas de la noche. Llevo horas buscándote, Roy...

Roy chasqueó la lengua y ladeó la cabeza, moviendo los brazos para seguir a flote.

—¿No podías dormir sin mí? —dijo.

—La verdad es que este plan me parece mejor que dormir.

Y sin pensárselo dos veces, se deshizo de la camisa de su pijama y se lanzó en bomba a la piscina. El agua se levantó a nuestro alrededor creando pequeñas ondas y el eco de nuestras risas se fundió con el chapoteo de Eric emergiendo de la piscina. Meneó la cabeza como un perro y fue directo a atacar a Roy, que fue más rápido y se hundió en el agua antes de que le diera tiempo a alcanzarle.

Y así, como si no hubiera pasado, un beso dejó de tener importancia.

Hasta que la tuvo otro.

El que Roy me plantó en los labios cuando nos despedimos en la puerta de la habitación dos horas después.

Santa Rosa



Eric no pareció importarle que dejáramos mi habitación medio abandonada. Cogí un par de toallas para secarme, dejé la camiseta tendida en la ventana y, cuando encontré otra muda que pudiera servirme de pijama, me escaqué a la habitación de los chicos. Sus sonrisas me saludaron en la semioscuridad.

Me escurrí entre las sábanas, en el hueco que se había formado al juntar las dos camas. Acabé abrazando el sueño mientras escuchaba a los dos chicos hablar sobre cabinas de teléfono, máquinas del tiempo, planetas y estrellas un poco diferentes a las que yo conocía. Quería quedarme eternamente en el limbo entre el sueño y la vigilia, entre sus palabras y el murmullo de su Ruido apagándose hasta desvanecerse. Solo sentí un pequeño pinchazo cuando recordé la conversación que había tenido con *maman*. El instante que nos había separado de ser aplastados por aquel coche. Las ojeras bajo los ojos de Roy.

Busqué su mano bajo las sábanas antes de quedarme dormida.

¿Y si la vida pudiera ser así, Lucie? ¿Y si pudiéramos recortar lo malo y conservar lo bueno? ¿Quedarnos solo con las partes felices, aquellas en las que te gustaría habitar siempre?

Era lo que quería hacer con Roy cuando le hice subir a aquel coche: darle todo lo bueno, mantener alejado lo malo, para que olvidara a Liv, a Mark, a sus padres. Para que consiguiera escapar. Para que no lo hiciera solo.

Cuando sus pesadillas le sacudieron en medio de la noche, me pregunté si lo estaba consiguiendo.

Con suerte, con besos furtivos y más noches así, conseguiría ahogar la duda. Haría que se deshiciera de todo aquel polvo en su garganta, del agua en sus pulmones. Teñiría su Ruido de color hasta que dejara de ser niebla.



A Eric parecía sobrarle el dinero.

Esa fue la sensación que me dio cuando, después de habernos pagado la noche de hotel (y teniendo en cuenta que apenas habíamos utilizado mi habitación) se empeñó en aprovechar la tienda del recinto para «renovar mi armario».

—¿No te va el amarillo? —dije, y di una vuelta sobre mí misma para que la falda de mi vestido se balanceara en el aire.

—A quien no le va es a una vidente. No quiero meterme con vuestro estilo, pero si pretendéis seguir con vuestro circo ambulante...

—Pues claro que sí —refunfuñé—. No... No voy a esperar a que lo pagues tú todo, *mon Dieu*. No eres mi *sugar daddy*.

Roy soltó una carcajada.

—¿Perdona? —dijo, pero Eric ya nos estaba arrastrando a los dos al interior de la tienda.

Salí con una bolsa cargada de mudas, un camisón de pijama y ropa de lo más extravagante para realizar mi función.

Eric no solo eligió mi ropa y la de Roy (negra, como si ahora se pudiera permitir el luto), sino también nuestra próxima parada: Santa Rosa, una ciudad que a Roy le encantó y que a mí me recordó al rosal de rosas blancas que *maman* siempre cuidó con esmero en el jardín.



El paisaje iba cambiando al otro lado de la ventana, de la llanura a las montañas, hasta que, de pronto, todo se convirtió en desierto.

Pero no era el tipo de desierto que habíamos visto en Colorado. No había rocas tintadas ni pilares de cactus, solo matorrales estériles y dunas doradas de arena. A lo lejos se veía la silueta de las montañas teñidas de azul. Y algo en ese paisaje debió enamorar a Eric, que no paraba de bajar la ventana para que el aire entrara en el coche.

Una vez en Santa Rosa, Roy empezó a hacer correr el rumor, entre los locales, de que había llegado una joven vidente al pueblo, mientras Eric y yo montábamos nuestro pequeño circo ambulante.

—No sé cómo haces eso de leer las cartas, Nessa, pero sospecho que no es tan fácil como haces que parezca. Algún día tendrás que enseñarme tu secreto —bromeó Eric, mientras me ayudaba a colocar las guirnaldas sobre la lona—.

Y me dará igual que sea lo más extraño que haya oído en mi vida. No eres lo bastante intimidante para hacer que salga huyendo, *mademoiselle*.

Contuve una sonrisa.

—Me alegra oír eso.

Y de verdad lo hacía. Porque de alguna forma Eric me estaba prometiendo que no huiría si algún día descubría lo que era. Que mi secreto no era tan horrible como *maman* me hacía pensar.

El tiempo parecía pasar de forma diferente en el interior de la tienda. Y cuando hube terminado con la clientela, la plaza ya estaba casi vacía, a excepción de unas cuantas terrazas de los bares donde la gente hablaba y se dejaba bañar por el dorado de los últimos rayos de sol.

Eric estaba apoyado sobre el tronco de un árbol, no muy lejos de la tienda, y se irguió nada más verme. Sacó una bolsa de pastelería de detrás de la espalda.

—Pensé que saldrías con hambre. Es un cruasán de chocolate.

Contuve una sonrisa antes de darle el primer mordisco.

—¿Dónde está Roy?

—Le he perdido de vista hace un rato. Supongo que habrá ido a refrescarse y se habrá liado con algún vecino. —Me lanzó una mirada fugaz de reojo—. Liado a hablar, digo.

—Te he entendido a la primera —dije, y me senté con piernas cruzadas sobre el asfalto de la calle. Los aros de mis pendientes tintinearón en cuanto me acerqué el cruasán a la boca.

Eric se sentó a mi lado con un suspiro y me ajustó la tiara que llevaba sobre el pelo. Parte de su purpurina se había desprendido hasta llenarme los hombros de brillo.

—Algo te preocupa, ¿verdad? —dijo.

—Creía que la que leía la mente era yo.

Quería que Eric se lo tomara a broma, porque tardé un segundo más de la cuenta en ser consciente de lo que acababa de decir. Me asusté de lo fácil que era abrirse con él, cuando su cabeza parecía todavía cerrada a cal y canto.

—Eres tan transparente que no me hacen falta superpoderes para ver eso —contestó, trazando una sonrisa con los labios—. Es Roy, ¿verdad?

—Ugh.

—Tampoco tenía mucho más dónde elegir, no me mires así.

—Es que... ¿No crees que tiene mala cara? ¿Y si se constipó la otra noche en la piscina y no nos dice nada porque es demasiado orgulloso?

Eric soltó una carcajada.

—Vamos, ¿de verdad es eso lo que te preocupa? ¿Un resfriado?

Ojalá, Lucie.

¿No crees tú que tiene mala cara? ¿No sientes que lleva demasiado tiempo arrastrando algo que ni siquiera me deja ver a mí? ¿No te sentirías utilizada si detrás de un beso solo hubiera silencio?

Seguía como siempre. Como nunca. Como si nada hubiera pasado.

Seguía jugando a intercalar miradas, a rozarme la piel con los dedos, para luego estremecerse cada vez que yo le devolvía el gesto. Daba dos pasos atrás con cada paso adelante. Como si me temiera. Como si esto fuera a rompernos.

De esto *papa* tampoco hablaba en sus historias.

—No sé. —Me encogí de hombros—. Desde que hablé con mi madre estoy rara, también. No es culpa suya.

—Eso ya lo sabía.

Imaginé que Eric estaría poniendo los ojos en blanco, pero no le vi hacerlo. Mi mirada estaba clavada en los últimos trazos de sol que se expandían por detrás de las casas, en el horizonte que se teñía de añil y naranja.

—¿Te echa de menos? —preguntó Eric, con una delicadeza que me encogió el corazón—. Oh, bueno, ¿la echas de menos?

—Es complicado.

—Ya. —Suspiró—. Siempre cometo el error de creer que existen las madres perfectas solo porque no llegué a conocer a la mía. No de verdad.

No creo que los recuerdos de un niño de seis años se acerquen mucho a la realidad.

Me encogí de hombros.

—Todos los recuerdos tienen una parte de verdad.

—Y si lo dices así es porque también tienen algo de mentira, ¿no?

Quizás la conversación con tu madre no fuera tan mal como recuerdas. Es difícil saberlo cuando no la tienes delante.

—Ya, bueno. No sé. No sería justa si me quejara, la verdad, y menos sabiendo que tú... Bueno, yo...

—Eh, no seas tonta, no me importa hablar de mis padres. —Me dio un suave codazo en el costado—. Además, tampoco es que se me haya dado la oportunidad. Pero no te esperes una historia de aventuras. Aquí la que se ha montado un circo ambulante con veinte años eres tú.

Puse los ojos en blanco.

—No es un circo ambulante...

—Porque tú eres la única especial. Si Roy tuviera una guitarra y yo alguna tela de la que colgarme, lo sería. O una cuerda floja. Algo así.

Me mordí el labio en un intento de no reír.

—No conocía esa faceta circense tuya.

—Tampoco es algo por lo que me pregunten mucho. —Se encogió de hombros—. Supongo que cuando te rompen los sueños de niño acabas arrastrándolos de adulto.

Pero el runrún de mis pensamientos hacía tiempo que había dejado de lado el sueño de Eric de formar parte de un circo (fuera real o no).

—¿Es por eso por lo que te quedaste en Catoosa? —Eric levantó una ceja ante mi pregunta—. Dijiste que todos tus amigos se marcharon a estudiar fuera, pero tú no. Aunque no quisieras estudiar, tampoco te marchaste.

—No creo que fuera por una única razón. En Catoosa... Supongo que nunca sentí que perteneciera a ese lugar. Pero tampoco pertenecía a ninguna parte, así que, ¿qué más daba? Quizás un día acabara encontrándome entre toda la gente que me rodeaba. Porque eso nunca me ha faltado, ¿sabes?

Siempre he conocido a gente, siempre. Pero no sé cuánta gente acabó conociéndome a mí.

—Conozco esa sensación —admití. Y Roy siempre había sido mi Gran Excepción. Aparté su cara de mi cabeza y fruncí el ceño—. ¿Sabes algo que no soporto de ti?

Eric parpadeó.

—¿No?

—Siempre sabes qué decir.

—¿Y es algo que no soportas?

—He visto cómo cambias de... de personaje según te convenga. El Eric que le hablaba con ternura a la señora Delton, el Eric que nos invitó a cenar, el Eric que hace que Roy ría como no le había oído reír nunca... El Eric que pareció romperse un poco cuando empezó la tormenta, en el coche. —Tragué saliva. No era una escena que quisiera recordar—. Siempre eres la persona que los demás necesitan que seas. ¿Dices que no pertenecías a ninguna parte porque es verdad, o porque así le gustarás un poco más a la pobre chica rarita?

—Nessa... —empezó, pero no parecía que fuera a terminar la frase.

Parecía un intento por cambiar de tema. Por volver a controlar la situación.

—No sé, a veces parece que sé mucho de ti y otras siento que no te conozco en absoluto, ¿sabes? —solté—. Como si fueras... Yo que sé, una

cebolla. Exacto. Quitas una capa y te encuentras otra debajo, y otra, y luego otra, y nunca estás segura de si lo que ves es real o si vas a encontrar una capa más.

Esbozó una sonrisa que esperé que no se me contagiara.

—¿Una cebolla, en serio? Es el peor cumplido que me han hecho.

—Pero tampoco lo niegas.

Bajó la mirada y por un momento temí que no fuera a decir nada más.

Que, de nuevo, mis intentos por entenderle, por descubrir por qué su Ruido apenas existía, por qué quiso venirse con un par de desconocidos, por qué era tan fácil quererle... Todo se evaporaba en cuanto parecía estar un poco más cerca de descubrirlo.

Era como hablar con una pared.

Con un fantasma.

Pero por lo menos aquella vez habló, Lucie, aunque no fuera para darme respuestas.

—Tampoco es que yo sepa mucho de ti, *mademoiselle*.

Puse los ojos en blanco.

—Oh, venga.

—A veces me recuerdas a Artemisa.

El cambio de tema me pilló por sorpresa.

—¿La diosa griega?

—Es lo primero que pensé cuando te vi en el parque, en Catoosa.

Parecías sacada de un mito, como si lo que tocaras a tu paso cobrara vida solo porque estabas ahí. Y me vino a la cabeza que eras el amanecer. Que estabas tocada por el sol, como Artemisa cada vez que volvía de una noche de caza en medio de la tormenta. —Sacudió la cabeza, avergonzado de pronto. Pero la que tenía las mejillas ruborizadas era yo—. No sé, sé que es una comparación muy extraña. Perdona.

Negué con la cabeza.

—Es bonita. Tú eres un poco más parecido a Hades —dije, y le di un suave codazo.

—Oh, vaya, gracias. Muy amable.

Bastó el mínimo contacto para que el fuego dentro de mí volviera a arder. La telepatía seguía ahí, en la punta de mis dedos, como si no hubiera sido suficiente con todos los visitantes de aquella tarde.

Si escuchaba bien, quizás pudiera oírle.

—¿Ves? A esto me refiero —dije. Con cuidado, deslicé los dedos de la mano desde el suelo hasta rozar el brazo de Eric. Él ni siquiera pareció darse

cuenta—. Nunca hubiera imaginado que el mismo chico que me haría ahogadillas en la piscina también sería capaz de ver el mundo de esa manera. Eres... eres una persona muy interesante, ¿sabes?

Él bajó la mirada con una sonrisa.

—Bueno, vas mejorando en eso de los cumplidos.

—Me gustaría conocerte un poco más, Eric Price.

En la tienda no había estado tan nerviosa como en aquel momento.

Quizás porque Eric era el único que me había conocido más allá de mi faceta de vidente, y el único también que creía que todo se reducía a hablar sobre astros e hilar mentiras.

Me concentré en acompañar mi respiración con los ritmos de mi pulso.

El corazón me dio un vuelco de golpe y la plaza de Santa Rosa se llenó de ruido. Un ruido que sabía que solo yo escuchaba dentro de mi cabeza.

Me acerqué un poco más.

Al principio tan solo oí una cacofonía inconexa, retazos de pensamientos que tocaban mi mente, chocaban los unos contra los otros y luego se desvanecían. La voz de un vendedor quejándose de los turistas, el burbujeo en el estómago de la pareja de enamorados que paseaba de la mano y, por debajo de todo, como si llevara años escondiéndose, el eco de la voz de Eric. Fruncí el ceño hasta que poco a poco el barullo comenzó a tener sentido. Como si apartara la niebla con la mano, empecé a distinguir palabras, frases enteras, personas.

Un hombre con los ojos negros atrapado en el recuerdo de Eric que le tendía las manos. Y no era para acogerle.

Una palabra. No, una súplica.

Me esforcé en captar más y más pensamientos, para entender por qué la voz de Eric sonaba tan aguda y por qué los bordes de aquel recuerdo parecían teñirse de negro, con los rasgos difuminados de aquel hombre. No podía ser su padre. Era un recuerdo muy reciente para que lo fuera.

Quizás ni siquiera era un recuerdo.

Sentí que todo mi cuerpo empezaba a temblar por el esfuerzo y atrapé la mano de Eric con fuerza. Solo sería un momento, y él nunca sabría que no era un gesto de cariño sino que necesitaba su cercanía para leerle la mente en profundidad. Para derrumbar ese muro invisible que parecía haber surgido de la nada.

Oí su voz. Sonaba apagada, lejos pero inconfundible, con ese tono que hacía que hasta los momentos más serios parecieran parte de una broma. El

último recuerdo que pude rozar apareció en mi mente con un fogonazo, justo en el momento en el que Eric apartó la mano de un tirón.

Me doblé hacia delante como si me hubiera partido en dos.

—Nessa, ¿qué estás haciendo? —Se había llevado la mano al pecho en un gesto defensivo, con los ojos muy abiertos y las cejas inclinadas.

Me miraba como si fuera un monstruo.

—Yo... —Apenas me salía la voz. Me puse las manos en los labios al notar el sabor salado de la sangre—. Oh, *merde*.

La expresión le cambió del pánico al miedo en medio segundo.

—¿Estás bien? ¿Qué...?

—Sí, sí, perdona. —Sonreí antes de apartarme la sangre con la mano—. Me pasa a menudo. Es que... Hacía mucho calor ahí dentro y a veces...

Eric sacudió la cabeza y se puso en pie, me colocó las manos bajo los codos y me ayudó a levantarme.

Casi no nos dio tiempo a dar un paso cuando la figura de Roy se perfiló en el horizonte. Iba acompañado de un hombre alto y esbelto, demasiado arreglado para una tarde cualquiera de verano. Demasiado joven para tener la edad de nuestros abuelos, pero no tanto como para llegar a la de nuestros padres.

Roy acabó de reírle algo que iba diciendo antes de girar la cabeza hacia delante y verme. Quizás yo tenía peor cara de la que pensaba, porque corrió hacia mí sin despedirse de aquel desconocido.

—Ness, ¿estás bien? —Echó una mirada rápida hacia Eric y yo negué con la cabeza. Él no tenía por qué entender esto.

—Es solo un bajón de azúcar.

—Pero el cruasán... —empezó Eric.

—O un golpe de calor. Enseguida estaré bien, chicos, de verdad. —Me quité la tiara de la cabeza con un gesto brusco y aproveché para desenrollarme el pañuelo que llevaba anudado a la cintura. Me apoyé en los brazos de Eric y Roy, escuchando el silencio de uno y el Ruido del otro.

La telepatía se escapaba a brotes, lanzándome destellos perdidos de pensamientos. Los de Roy estaban protagonizados por Eric y los últimos retazos de la conversación con aquel hombre.

Muchas gracias, doctor. Hacía tiempo que nadie me hablaba así. Como si fuera...

Y luego caía el telón del Ruido.

—¿Quién era ese hombre, Roy?

—Oh, él es... —Se volvió para presentarle, pero hacía un rato que se había desvanecido. Roy chasqueó la lengua—. Ah, bueno. Se me ha acercado en la plaza para preguntar por ti y luego me ha... enseñado un poco la ciudad. Al parecer fue guía turístico de la zona cuando era joven, ¿sabes? Se me ha pasado el tiempo volando, perdonad.

Fruncí el ceño. No se me ocurriría llamar a alguien doctor si no lo fuera, pero Roy no parecía querer añadir nada más.

Eric se separó de mí en cuanto vio que podía sostenerme sola. Parecía asustado.

—No creo que sea buen momento para que te subas al coche —murmuró—. Podemos ir a tomar algo hasta que te encuentres un poco mejor. Me han hablado muy bien de un bar que está...

—Eric, de verdad, estoy bien.

—Insisto. Nessa, por favor, no... No nos vayamos aún. No te veo bien...

Roy me miró y luego desvió la mirada hacia Eric, como si hubiera adivinado por dónde iban los tiros. Debió de pensar que un Eric tan asustado de golpe significaba que no estaba tan bien como yo decía.

—No se te puede decir que no, ¿verdad? —Suspiré, pero tuvieron que sostenerme para que no se me doblaran las piernas.

Arde



Sabía que Eric lo hacía con buena intención, que suponía que era de verdad un golpe de calor y que algo fresquito y un poco de tiempo me ayudaría a reponerme, pero me dieron ganas de estrangularle en cuanto se le ocurrió llevarnos a aquel bar. Al ruido de las conversaciones se le unió el murmullo constante de todos aquellos trazos inconexos de pensamientos, los ecos de la emisora que sonaba desde alguna esquina, ahogada por todo el barullo, y las risas de aquellos que llevaban unas cuantas copas de más. Por lo menos el bar era lo suficientemente amplio para que pudiéramos refugiarnos en una esquina.

Roy me dejó caer sobre una silla. Me llevaba cogida como si fuera a desvanecerme en cualquier momento, pero no llegaba a rozarme.

—Voy a pedir a la barra, que creo que por aquí tienen mucho lío. Me ha parecido oír que estaban celebrando el inicio de las fiestas —dijo Eric, una vez nos sentamos—. ¿Tú quieres algo, Roy? ¿Una cerveza?

Él negó con la cabeza.

—Hoy conduzco yo.

—Trae agua, por favor. Para los dos —murmuré. Eric tensó los labios en una sonrisa y asintió antes de marcharse. Todavía parecía afectado. Por un momento temí haber volcado demasiada magia en él.

Maman me lo había advertido: nunca sabré lo lejos que puedo llegar hasta que sea demasiado tarde. Tú lo sabías mejor que nadie, Lucie.

Nos habíamos sentado al lado de una gran ventana cubierta por la seda translúcida de las cortinas. Los últimos brotes de luz intentaban escaparse de la tela y bañaban nuestra mesa de color dorado. Las gotas de sangre todavía me brillaban en las manos.

Roy también se dio cuenta. En silencio, cogió una servilleta de la mesa y me limpió los restos de la sangre seca que aún tenía en los labios.

—Hay mucho ruido aquí. ¿Estás bien?

Se me encogió el corazón. Quizás amar eran menos «te quiero» y más «¿estás bien?».

—Ha sido culpa mía —dije, cogiéndole la mano para apartármela de la cara—. No debería haberlo hecho pero, cuando he terminado, yo... He...

He intentado leerle la mente a Eric.

Arqueó una ceja.

—Creía que decías que él no...

—No parecía tener Ruido, no. Pero eso no significa que no piense, que no tenga recuerdos. No puede ser una cáscara vacía. Quería... quería entender de dónde salía esa barrera invisible, pero entonces... —Tragué saliva. La habitación empezó a darme vueltas y sentí la bofetada de todo el cansancio que llevaba arrastrando en las últimas horas—. Bueno, lo encontré. Lo que sea que guarda dentro. Lo vi. Y creo que ya he pagado el precio.

Roy se acercó un poco más para escucharme. Distinguí la espalda de Eric junto a la barra, donde un par de chicas jóvenes cuchicheaban mientras le miraban por encima del hombro.

—Estoy acostumbrada a leer pensamientos, Roy, pero los de él estaban sellados. Y en su lugar, yo... —Los latidos empezaron a retumbarme en las sienes—. Creo que vi un recuerdo. Supongo. Tenía que serlo. Uno tan vívido en su mente como si lo reviviera cada día. Y no es nada que nos haya contado antes.

—¿Tengo que asustarme?

No, quise decirle. De él no.

—Había un hombre que... Bueno, no he llegado a escucharlo bien, pero Eric estaba muy asustado. Mucho. Y no sé qué le estaba haciendo, Roy, pero no era nada bueno.

Él también volvió la mirada hacia Eric y se dejó caer sobre la silla.

—¿Y si fuera el señor Delton? Nos ha hablado mucho de su mujer, pero él...

—No quiero pensar que vivía con alguien que le daba tanto miedo, Roy.

—No sería tan raro.

Si me quedaba algo de corazón, Roy se encargó de volver a hacérmelo pedazos. No debería considerarse «suerte» crecer dentro de una familia que te quiera. Con las últimas fuerzas que me quedaban, me incliné hacia él para darle un beso suave en la mejilla. Noté que todo su cuerpo se tensaba.

—¿Vas a seguir fingiendo que no ha pasado nada? —murmuré.

—Ahora no es el momento, Ness.

Su expresión se crispó en lo que duró un suspiro. Se mordió el labio, se encogió sobre sí mismo y apartó la cara para mirar cómo Eric se acercaba a nuestra mesa.

Quise zarandearle hasta derrumbar ese muro invisible que se empeñaba en seguir construyendo. Yo no era Liv. Yo no iba a engañarle, yo...

—He pedido cerveza sin alcohol por si acaso te animabas —dijo Eric al llegar junto a nosotros. Dejó las bebidas sobre la mesa, pero no le dio tiempo a sentarse.

Creía que el ruido era cosa del ambiente. Que el portazo y los primeros gritos eran solo un par de borrachos que estaban celebrando de más.

Pero entonces se oyó el disparo.

La lámpara que alumbraba el centro del bar se estrelló contra el suelo creando un mar de esquirlas. Por un momento solo vi las chispas y el cúmulo de gente que empezó a apartarse a empujones. Roy se puso en pie de un salto y me cogió la mano. No me había dado cuenta de lo mucho que temblaba.

—¡TODO EL MUNDO QUIETO! —Dos hombres vestidos de negro alzaron las armas en medio de la multitud.

Armas.

Aquí, ahora, en una ciudad cualquiera, en un momento cualquiera, en un bar cualquiera, donde decenas de vidas habían decidido pasar la tarde esperando volver a casa cuando cayera la noche. Y tres de ellas éramos nosotros. No podía ser real, ¿verdad? Estas cosas no pasaban, Lucie. No a nosotros.

El barullo de voces se detuvo de golpe. El silencio quedó suspendido en el aire hasta que se oyó un gemido y el siguiente disparo retumbó en el aire.

La mitad de los cuerpos que corrían hacia las esquinas se agacharon, algunos cayeron directamente al suelo, y Roy volcó la mesa que teníamos delante y se puso en cuclillas tras ella antes de tirarme del brazo para que me refugiara con él. Mi cuerpo no respondía.

Asomé la cabeza al escuchar un nuevo grito, pero el sonido de otra bala y el estallido de las botellas estrellándose al otro lado del bar hicieron que me encogiera. Eric me tiró del hombro hasta que me senté. Le sudaba la frente y no dejaba de mirar a los intrusos.

Yo no quería ver nada. No quería oír nada. No quería sentir nada.

Pero mi telepatía no pensaba lo mismo y, con cada grito, el eco de las balas se repetía una y otra vez en mi cabeza. Oía gemidos fuera y dentro, rezos y súplicas, tan alto que apenas podía oír mi propio corazón. Por un momento me pregunté si todavía latía. No iba a poder diferenciar un disparo junto a mi oreja de un Ruido.

Uno de los hombres armados se quedó junto a la puerta mientras el otro se dirigía hacia la barra, con la pistola en alto. La gente les abría paso,

temblando, apiñándose unos sobre otros.

Con un movimiento rápido, Eric se deshizo de su chaqueta y me la colocó sobre la cabeza. Me obligó a agacharme todavía más. El cuerpo de Roy quedaba oculto detrás de mí.

—Escuchadme —murmuró, sin apartar los ojos de lo que sucedía en el bar. Pero me costaba oírle por encima de todo el Ruido, de los gritos dentro de todas las cabezas, de las súplicas y los llantos y los cristales y el dolor y la sangre y los latidos que intentaban desgarrarme el pecho—. Tiene que haber una puerta trasera por algún lado, seguramente cerca de los baños.

Hay gente que se ha marchado. Cuando yo salga, agachaos, escondeos de mesa en mesa e id hasta allí.

Roy me cogió del brazo.

—¿Cuando qué...? —empecé, pero Eric me tapó la boca con su mano.

—Hazme caso, Nessa. Idos. Ahora.

«No. Ahora no».

No me dio tiempo a replicar. Eric salió de nuestro escondite y lo siguiente que vi fue el cuerpo de Roy sobre el mío, obligándome a tumbarme. El caos volvió a desatarse en el bar.

Todo parecía pasar a fogonazos frente a mis ojos: las astillas de la madera cuando una bala rozó la mesa, la multitud moviéndose en oleadas para intentar salir de allí, los dos intrusos levantando las pistolas y apuntando a todas partes. A todos. Las balas empezaron a acompañar los gritos. Ya apenas podía escucharse nada más.

Los dos hombres armados hablaban, pero no se les oía. Estaban recargando las armas. Sentía que las fuerzas se me escapaban a cada segundo, pero aun así me esforcé por intentar alcanzar su Ruido en medio de todo el barullo. No podía rozarles, pero quizás, si me concentraba lo suficiente...

Me apoyé sobre una rodilla, pero las fuerzas me fallaron. Roy se acuclilló a mi lado.

—Tenemos que salir de aquí —murmuró, muy cerca de mi oído. Noté que tenía el rostro empapado de lágrimas que ni siquiera había sentido, igual que el suyo.

—Eric... —dije, y levanté la barbilla para intentar ver algo más por encima de la mesa. Pero solo veía cuerpos. Vivos, tumbados, todos llorando y con los rostros pálidos. El negro de la ropa de los intrusos los hacía destacar entre el mar de colores que el bar había sido hacía solo diez minutos—. No le veo, Roy. ¿Dónde...? ¿Dónde se ha...?

—Nessa, vámonos. Ahora —insistió—. Eric tiene razón; tenemos que...

—No podemos irnos sin él —le corté—. Hace un segundo estaba aquí y ahora...

La cascada de disparos volvió a dejarme en silencio. Intenté cubrir a Roy bajo la chaqueta que Eric me había tendido justo cuando un disparo descolgó el estante que teníamos sobre nuestras cabezas. La barra de madera cayó sobre nosotros con un golpe seco y los botes de cristal se hicieron pedazos al estrellarse contra el suelo. Tenía tanta adrenalina en el cuerpo que ni siquiera sentí el ardor de los cortes que se me abrían en la piel.

Roy se acercó más a mí, temblando. Se había creado un muro de personas justo delante de nosotros, que se arrastraban por el suelo para intentar escapar. Una bala atravesó la ventana junto a la que estábamos en cuanto una única persona se atrevió a levantar la cabeza.

Las lágrimas apenas me dejaban ver. El Ruido no me dejaba pensar.

Cogí la mano de Roy.

—Ahora —murmuré.

Le empujé para que se colocara detrás de mí y empecé a arrastrarle a través del bar, los dos encogidos tras el muro de gente que se debatía entre quedarse quietos o echar a correr. Sentía como si mis pies se hundieran en el cemento, incapaces de avanzar todo lo rápido que yo pretendía.

No quería mirar a la multitud. Si no lo veía, no estaba pasando.

Pero mi mirada se fue un segundo al centro del bar, buscando la de Eric.

Solo encontré unos ojos negros como la boca de la pistola que me apuntaba.

—¡Corre! —Me coloqué frente a Roy y los dos echamos a correr con una fuerza que no sabía que teníamos.

Huye.

No veía a Eric, no veía las balas, no escuchaba las voces por encima de los gritos.

Dispararon una vez más. Tropecé con algo —con *alguien*— y caí de bruces al suelo.

Sentí que el fuego me desgarraba la pierna, y luego, nada.

Absolutamente nada. Durante una milésima de segundo estuve otra vez bajo esa piscina de hotel, con la mano de Roy alrededor de mi cintura y la Tierra girando mucho más despacio. Di un paso adelante y caí sobre una rodilla.

Cuando me di la vuelta para mirar por qué mi pierna no respondía, la vi bañada en sangre. Me metí el puño en la boca para no vomitar.

Quería creer que no era mía, pero el dolor me azotó de golpe. La pierna y el corazón me ardían, me faltaba el aire y cada vez me sentía más lejos de allí. Intenté dar otro paso, pero no podía andar. Roy gritaba a mi lado, pero no oía nada de lo que decía. Su Ruido había desaparecido. El suyo y el de la gente viva y el de la gente muerta y el de los dos hombres armados. Todo.

Grité para devolverles la voz.

Y luego me rendí, Lucie. Era un buen día para conocerte.

Huye

No debí estar inconsciente más de un minuto, Lucie (no lo suficiente para verte), porque cuando abrí los ojos el mundo seguía dando vueltas pero el Ruido me ahogaba un poco menos.

Roy seguía de rodillas junto a mí, cogiéndome con fuerza la mano mientras las suyas temblaban. Un corte le sangraba en la mejilla.

Noté el tacto de las esquiras todavía bajo mi cuerpo. Estaba tumbada en el centro del bar, pero ahora había mucha menos gente. Solo las personas que estaban heridas o aquellas que intentaban arrastrarse hacia la salida. No se oían disparos ni gritos, solo gemidos. Solo llantos.

Y no había rastro de los dos hombres, pero sí de Eric.

—*Putain*, ¿dónde...?

—Quizás no te enseñaran esto en el colegio, Nessa, pero no es buena idea moverse cuando uno se está desangrando. —Lo tenía junto a mí, sentado al otro lado, presionando la pierna que no sentía con un paño escarlata y el rostro perlado de sudor—. Tampoco maldecir. Eso está feo siempre.

—*Idiot* —murmuré. A mi lado, Roy emitió algo que oscilaba entre la risa y el gemido. No estaba muy segura.

—¿Ves? —dijo Eric—. Te dije que estaría bien. Estará bien...

Era la primera vez que oía la voz de Eric Price tan cargada de miedo. Y, aunque seguramente él creyera lo contrario, se le daba muy mal disimularlo.

Intenté incorporarme apoyándome sobre los codos, pero un latigazo de dolor me mantuvo quieta en el sitio.

Y lo que más me dolía era no sentir nada. Nada. El ardor de la herida me palpitaba en cada una de las venas, pero no notaba las manos húmedas de Eric presionándome la pierna. Veía la sangre que cubría mi piel como si no me perteneciera.

Las lágrimas volvieron a nublar me la vista.

Empecé a coger aire cada vez con más fuerza, pero no podía respirar, no podía moverme, no podía...

—Roy —dije, y le agarré con fuerza de la manga de su camisa—. Te escuché hablar de un doctor. Antes, en la plaza. Tienes que encontrarlo, tienes que...

Pero Roy rompió a llorar antes de que pudiera acabar la frase.

—No puedo, Ness. —Se le rasgó la voz; parecía que hubiera olvidado cómo respirar y hablar al mismo tiempo—. Él... Él es el hombre que te ha disparado.

Quizás además de perder la pierna también había perdido el oído.

—¿Qué?

—Ya hablaremos de eso más adelante —cortó Eric—. Hay que subirte a la ambulancia, ahora. Vienen más de camino. —Tragó saliva—. No tenemos mucho más tiempo, Roy.

Cuando me incorporaron me di cuenta de que la pierna izquierda actuaba como si ya estuviera muerta. Los bordes del vestido estaban empapados de sangre.

Eso fue todo lo que pude ver antes de que las manchas de tinta negra empezaran a nublarme la vista. Antes de que el corazón se me desbocara y los labios olvidaran cómo coger aire.

Tenía que salir de aquel bar, tenía que limpiarme la sangre (pero había tanta sangre, Lucie, tanta...), tenía que huir, tenía que moverme, pero no podía moverme, Lucie; no podía respirar, no sabía cómo narices respirar ni cómo salir de allí ni cómo acabar con todo el dolor.

Entonces llegaron los paramédicos y a las manos de Eric se le unieron unas cuantas más. Tuve que resistir el dolor hasta que me inyectaron el primer chute de calmantes. Roy y Eric se metieron en la ambulancia conmigo; el primero negándose a que le curaran las heridas y preguntando siempre por mí, sobre todo cuando se me entrecerraron los ojos y la voz se me apagó. El Ruido de los médicos no paraba de chillarme que tenían que darse prisa, que había mucha gente.

Cuando entramos en Santa Rosa, nunca pensé que saldríamos de allí por todo lo alto. Cuando empezó el tiroteo, no pensé que saldríamos vivos.

Quiero pensar que tú tuviste algo que ver con todo esto, Lucie. Ahora necesitaba que lucharas un poco más por mí.

Calla

Lo único que le pedí a los médicos —y todavía más, a Roy— es que no contactaran con mis padres. Al ser mayor de edad no me pusieron pegas. Les di los datos de mi seguro médico y crucé los dedos para que, de alguna forma milagrosa, la información llegara a mis padres cuando yo ya estuviera en condiciones de explicarme. *Maman* hubiera sido capaz de atravesar todo el país solo para vengarse de los hombres que me dispararon.

Ni siquiera sabía qué había sido de ellos. Supuse que una vez encontraron lo que buscaban, fuera el dinero del bar, un sacrificio o un titular en los periódicos de Nuevo México, debieron desaparecer y limpiarse las manos.

El dolor de la pierna no desapareció hasta que los calmantes empezaron a hacer efecto. Pero cuando el médico me desinfectó la herida quise ser yo quien le disparara a él. Todo el dolor que había sentido en las últimas horas se concentró en cuestión de segundos hasta desgarrarme la garganta a gritos.

Miré la herida de bala sobre el blanco de las sábanas, ahora ya limpia.

El orificio de entrada de la bala casi se había cerrado cuando llegamos al hospital, y los médicos se habían encargado de coserme el de salida. Eso dijeron. También dijeron que con la anestesia apenas notaría nada, pero ahí mintieron también.

Aún me parecía un milagro que el disparo no tocara ningún hueso o arteria importante y simplemente se conformara con perforarme el gemelo izquierdo. Para cualquiera hubiera sido un alivio.

Pero nadie quería explicarme todavía por qué apenas podía mover la pierna. Por qué la rodilla cedía a cada paso que intentaba dar. Por qué ya no me respondía si se suponía que era solo una herida, solo eso. Por qué no podía sentir nada y al mismo tiempo lo sentía todo en ella: cada portazo, cada grito, cada latido.

Pasamos la noche en el hospital. Yo era la única que había conseguido habitación, así que tuvimos que pelearnos un poquito con las enfermeras para que me dejaran tener más de una visita. No sabía cómo decirles que la otra

opción que nos quedaba era dormir en el coche. Roy estaba muy inquieto; se había cambiado de ropa e iba abrigado como si así no pudiera darme cuenta de los cortes que las esquiras le habían dejado sobre la piel.

Se marchó a tomar el aire unos minutos antes de que los médicos nos dieran el visto bueno para que Eric también pudiera pasar a verme. Había estado en la sala de espera todo ese tiempo.

—Te dije que echaras a correr —murmuró. Supuse que intentaba bromear, pero el tono le salió un poco más lúgubre de lo esperado.

—Eso hacía, listo. ¿Dónde se supone que estabas tú?

Me dedicó una media sonrisa e hinchó el pecho.

—Distrayéndolos, por supuesto.

—Tú y yo tenemos que hablar de ese complejo de héroe que tienes —dije, tratando de contener una mueca—. *Spiderman* tendría muchas más posibilidades que tú en un tiroteo, Eric, tienes que empezar a aceptarlo.

—Ya. No es que me saliera muy bien la jugada. —Tragó saliva—. Siento mucho todo esto.

Parpadeé. Parecía sincero.

—No hables como si fuera culpa tuya.

Abrió la boca, pero no llegué a escuchar su respuesta. Alguien llamó a la puerta antes de que esta se abriera con un crujido.

—Hola. —Reconocí la voz de Roy antes de que asomara la cabeza. Lo que no esperaba es que me costara tanto tiempo reconocerle a él. El pelo graso se le quedaba pegado a mechones sobre la frente y tenía las mejillas cubiertas de pequeños cortes, uniendo sus lunares como si quisieran imitar las constelaciones. Llevaba una venda en un brazo y un ramo de flores en el otro.

—He encontrado una tienda a la salida del hospital —dijo, acercándose al borde de la cama—. Este era el único que tenía margaritas. Sé que te gustan.

Sonreí.

—Es increíble que hayas tenido que esperar a esto para regalarme flores, Romeo —bromeé, con la voz más ronca de lo que esperaba. No sé cuál de los dos chicos se sonrojó más en aquel momento—. Te lo perdonaré por las margaritas.

Roy dejó el ramo sobre las sábanas. El contraste de colores hizo que me diera cuenta de lo triste que era aquel hospital. El color arena de las paredes me recordaba demasiado a los uniformes de los policías que aún esperaban para interrogarnos en otra habitación. Si me concentraba lo suficiente, podía escuchar briznas de su Ruido. Prefería concentrarme en sus voces y no en las de los que todavía agonizaban en las habitaciones contiguas.

Nadie me había avisado de que la herida no dejaba de doler una vez cerrada. Se suponía que tenías que estar agradecida de seguir viva, sin excusas ni quejas. Otros lo tenían peor, decían. Otros no habían salido de aquel bar.

Intenté levantar la pierna por debajo de la sábana, pero una punzada de dolor me detuvo.

—Perdona que haya tardado en entrar —murmuró Roy, agachando la cabeza—. No me gustan los hospitales.

—¿Estás bien? —Alargué la mano hasta rozarle la venda del brazo.

—No es a mí a quien han disparado, Ness.

Ni siquiera tenía fuerzas para bromear. Quería salir de aquella cama y largarme con los dos en nuestro pequeño Ford a la siguiente ciudad que nos recibiera con los brazos abiertos, como si nada de esto hubiera pasado.

Quería pestañear con la fuerza suficiente como para despertar de lo que parecía el final de una pesadilla.

O el principio.

—Aún no me creo que haya pasado de verdad. —Hice un esfuerzo para contener las lágrimas—. No tendríamos que haber estado allí.

Eric miró hacia otro lado.

—Son *ellos* los que no deberían haber estado en ninguna parte —dijo—. Roy, ¿la policía sigue...?

Asintió antes de que le diera tiempo a acabar la frase.

—Ya he hablado con ellos. Han emitido una orden de busca y captura, pero... —Sacudió la cabeza—. No han dejado ni rastro, no robaron nada, no dijeron nada. Parecía que buscaran matar por matar.

El sonido del disparo volvió a retumbar en mis oídos.

—Quizás deberíamos quedarnos en Santa Rosa un tiempo —dijo Eric—. Hasta que Nessa se encuentre mejor...

—No. No podemos. Te dije que uno de los dos tiradores era...

—Roy, el tío ese tenía más de sesenta años. Estaba prácticamente con un pie en la tumba, no hubiera aguantado un tiroteo sin que le diera un infarto. Es imposible que fuera él quien lo empezara.

—Le vi la alianza, Eric. Era la misma que...

—Oh, así que nuestros asesinos estaban casados. —No pude verlo, pero imaginé cómo ponía los ojos en blanco—. Qué romántico. Seguro que así la policía descartará a un porrón de sospechosos, Roy, bien hecho.

—Era roja, ¿me oyes? ¿Cuántas alianzas rojas has visto en tu vida?

—Sería la sangre.

Roy bufó.

—¿Puedes parar de negarlo todo? Parece que quieras...

—¿Que quiera qué, eh? ¿Dejar de hablar del maldito tiroteo? Pues sí, Roy, llevo más de cuarenta horas sin dormir y todavía no puedo quitarme a esos hombres de la cabeza, así que perdona si por un segundo solo quiero que cierres la boca.

—¡Parad los dos! —grité. Por mis mejillas se deslizaron unas lágrimas que no reconocía. Estaba cansada. Estaba muy cansada, y no sabía cuánto se debía a la medicación y cuánto a las ganas de desaparecer de aquel hospital —. Ya. Por favor. No nos vamos a ir a ningún sitio por ahora; no hasta que los médicos me dejen en paz.

Los dos se volvieron hacia mí con las cejas alzadas. El enfado de Eric parecía haber desaparecido de un plumazo y ahora su mirada se paseaba por la silueta que mi pierna dibujaba bajo las sábanas.

—Esto es una mierda —suspiró Roy. Hundió la cara entre las manos y empezó a llorar.

Al menos nadie intentó negar esa verdad detrás de una broma. Quizás necesitábamos llorar más y fingir menos, como él.

Eric pasó el peso de una pierna a otra, visiblemente incómodo. No sabía si en aquella habitación o en su propia piel.

—En cuanto te digan algo nos largamos de aquí y punto —dijo—. No estamos tan lejos de Albuquerque y estoy seguro de que cuanto más nos alejemos de todo esto antes lo olvidaremos.

Quise arrojarle el ramo a la cara.

—Ese es el problema, Eric. Que no vamos a poder olvidarlo.

Había demasiadas cosas que quería decir y que no podía.

Que cómo era posible que fingiéramos con chistes que aquel hospital era solo un lugar de paso. Que por qué no te duele al sonreír, Eric; por qué sigues andando tan erguido. ¿No tienes pesadillas? En el caso de que duermas, claro. Aquí no duerme nadie, por miedo a que disparen cuando apaguen la luz. Y tú, ¿no tienes miedo cada vez que oyes un portazo? ¿No recuerdas los ojos abiertos de todos esos cuerpos sin vida? ¿Has olvidado ya cómo la gente gritaba hasta desgarrarse la garganta, Eric? Porque puedo recordártelo. No he dejado de oírlos ni un solo instante, como si la herida se hubiera convertido en una máquina del tiempo. Y, ¿sabes? No puedo olvidarme del dolor porque ahora la cabeza de todo el mundo está llena de niebla, y es muy densa, mucho, es casi oscura, como la sangre que aún imagino que me empapa la piel. Y en la niebla se oyen los gritos y los disparos una y otra vez, se siente el

dolor como si te tocaran con hierro ardiendo, como si te estuvieran arrancando el vientre de cuajo. Aún no he llorado, Eric, y si lo he hecho me he dado cuenta demasiado tarde, y estoy muy cansada, y siento que estoy rota. Tengo miedo de salir de aquí porque quizá ni siquiera pueda hacerlo.

No sola. Ya no.

—Dejadme dormir, por favor —dije en su lugar—. Ya pensaremos algo mañana. Es... Es tarde ahora.

En realidad era demasiado pronto. Para hablar, para imaginarnos de nuevo en un coche y no sentir que nos estaban apuntando por la espalda.

Eric ablandó su expresión y se fue hacia la puerta con un suspiro. Se marchó con prisas, e imaginé que si no estuviéramos en un hospital se hubiera despedido con un portazo. Roy se levantó para seguirle, haciendo retumbar los muelles del colchón.

—Roy, no —murmuré. Levantar el brazo fue suficiente para notar un pinchazo en el pecho—. No... Tú no te vayas. Necesito... —empecé, pero las palabras se me quedaron secas en la garganta.

Necesitaba dormir. Necesitaba un cuerpo al que aferrarme cuando no supiera si lo que estaba soñando era un recuerdo o una pesadilla. Necesitaba a alguien que me hiciera creer que aún estaba en casa.

—Necesito que me hagas un favor —dije—. Tienes que traerme unos papeles que hay en el coche, dentro de mi maleta.

Roy apoyó una mano sobre las sábanas como si necesitara algo que lo sostuviera.

—¿Qué?

—Escucha —dije, y alargué la mano todo lo que pude en un intento de rozar la suya. Él puso algo de su parte y se acercó un poco más—. No soy la única que piensa que son demasiadas coincidencias, ¿verdad? Primero ese coche que intenta atropellarnos, luego vamos al bar y... Y el doctor, Roy.

Oí que le llamabas así.

—Es imposible que me oyeras. —Levantó una ceja, pero algo en mi expresión debió delatarme y pasó de la sospecha a la sorpresa—. Ness, me dijiste que no...

—No te *escuché* —dije, haciendo hincapié en la palabra—. No lo hice a propósito, ¿vale? Te recuerdo que acababa de salir de tirarme tres horas leyendo la mente de la gente, es normal que algo se me escapara. Solo fue un roce, algo superficial. Si te hubiera escuchado de verdad, lo habrías notado.

—¿Como Eric?

Arrugué la nariz.

—No me cambies de tema. —Con las pocas fuerzas que me quedaban, le rodeé la muñeca con los dedos y lo animé a sentarse a mi lado, sobre las sábanas—. ¿De verdad piensas que ese hombre pudo ser el que...?

—Ahora tengo dudas. —Sacudió la cabeza—. Eric tiene razón; una alianza no significa nada. Quizás ni siquiera llevara un anillo y solo me pareciera verlo. Quizás solo fuera sangre. —Tragó saliva. Casi podía ver cómo los recuerdos le atravesaban las pupilas, y su Ruido se hizo un poco más fuerte—. Estoy tan empeñado en buscar un culpable para todo esto, en... en cerrar esta pesadilla de una vez, que puede que esté viendo conexiones donde no las hay.

—Pero es que quizás sí que tendría sentido que fuera él. O alguien del pueblo, al menos. Alguien que supiera quiénes somos.

—¿Por qué? ¿Porque vamos por ahí fingiendo que eres vidente?

—No hables tan alto —le chisté. Bajé un poco el tono de voz—. Y no es fingir... No del todo. No sé, Roy, me da miedo que haya alguien detrás de nosotros.

—No te vuelvas paranoica —dijo, y me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. El contacto de su piel me hizo estremecer—. Además —oscureció la mirada—, si de verdad nos quisieran a nosotros no estaríamos aquí.

Quería que no dejara de tocarme y al mismo tiempo quería apartarle de un tirón, porque sus palabras vinieron acompañadas de un torrente de pensamientos que no quería oír. Aparecían desordenados, caóticos, trozos de gritos y de frases y de voces; tantas que no podría distinguir la de Roy ni aunque lo intentara. Pero sabía que estaba recordando cada disparo. Cada caída.

—Aún no sé cómo conseguimos salir de allí.

Roy abrió un poco los ojos, como si mis palabras le sorprendieran. Bajó los dedos siguiendo la línea de mi rostro hasta dar con mi mano.

—Fuiste tú —murmuró.

—¿Qué?

—Fuiste tú. Cuando... Cuando te dispararon. —Tragó saliva—. Vi la sangre y escuché tu grito y después sentí que iba a desmayarme, Ness. Pero no era el único. Quise ponerme delante de ti para que no pudieran dispararte otra vez, pero cuando me volví hacia esos hombres los dos habían soltado las armas. Se quitaron los guantes como si les ardiera la piel y se llevaron las manos a los oídos. Fue ahí cuando vi el anillo o... O la sangre, lo que fuera.

Recogieron las pistolas y se marcharon, arrastrándose, como si los heridos fueran ellos.

Roy cerró los ojos.

—Sigo sin entender qué tengo que ver yo con todo eso.

—Siempre dices que no sabes hasta dónde puedes llegar, ¿no? Quizás esto es tu respuesta.

—No... No toqué a esos hombres. No hice nada, Roy.

Él se encogió de hombros. Lo notaba muy cansado, como si el simple hecho de seguir la conversación le cortara el aire.

—Puede que no te dieras cuenta de lo que hacías.

Suspiré.

—Pues no pienso esperar a que me disparen otra vez para comprobarlo.

Conseguí robarle un atisbo de sonrisa que enseguida se desvaneció.

Ojalá pudiera escuchar lo que surcaba su cabeza, pero parecía demasiado oscuro para intentarlo. Demasiado profundo. Tenía la mirada perdida en los pliegues de las sábanas blancas como si guardaran todos los secretos del universo. Empezó a rozarse la venda del brazo con nerviosismo.

—Esa bala tendría que haberme dado a mí. —La voz se le quebró con la última sílaba y hundió los hombros.

—No digas eso. —Me removí en la cama para incorporarme, intentando que el dolor no me arrancara un grito. Extendí los brazos hacia Roy y él se acercó un poco más. Buscó mis manos con las suyas. Esta vez fui yo la que le apartó un mechón de pelo de la cara—. No digas eso, Roy...

Y luego una lágrima. No sé cuál de las dos cayó primero, si la suya o la mía. Muchas veces sentía que los ojos me lloraban sin mi permiso, como si intentaran limpiar todo lo que habían visto.

No era el caso de Roy. Para él una lágrima fue la señal que necesitaba para acabar de derrumbarse. Noté cómo el peso de todo lo que habíamos vivido caía sobre sus espaldas, cómo todo su cuerpo pareció resquebrajarse en medio segundo. Volvió a ocultar el rostro entre las manos y se acurrucó un poco más hacia mí. Le abracé y él enterró la cara en mi pelo, hasta que las lágrimas empezaron a descender de sus mejillas a mi piel.

Su Ruido se fundió con todos los pequeños ruidos de aquel hospital: el frufrú de las cortinas, el pitido de los monitores resonando en las cabezas de todos los que aguardaban, los latidos de quienes sobrevivían y el taconeo impaciente de las salas de espera.

Me moví hacia un lado de la cama para dejarle hueco. El corazón se me aceleraba cada vez que me movía, como si una fuerza invisible estuviera

abriéndome las heridas de la piel.

—Vamos —murmuré, y di unas palmadas suaves sobre las sábanas—. Deja que te haga la cucharita.

Roy rio. Suave, como si también doliera. Se descalzó con cuidado y esperé a encontrar su cuerpo entre mis brazos, cada vez más débil y pequeño, pero sus labios llegaron primero.

Fue breve, casi una caricia antes que un beso. Una lágrima se coló entre los dos.

Teníamos una noche larga por delante.

La caída de 1973

En algún momento de la noche, Roy empezó a removerse entre mis brazos. Fingí estar dormida mientras él se deshacía de las sábanas. Se puso en pie y me dio un breve beso en la frente antes de desaparecer por la puerta.

La habitación se volvió fría. Se me encogió el corazón al darme cuenta de que no podría levantarme para seguirle ni aunque quisiera.

Maman se hubiera espantado si supiera que estaba utilizando mi telepatía como una forma de huir de todo lo demás. Que quizás estaba agotando el vaso una y otra vez, pero la alternativa me daba demasiado miedo. Prefería jugar a descifrar los pensamientos de gente desconocida a tener que lidiar con los míos. Pero bueno, *maman* se hubiera espantado todavía más si supiera lo del tiroteo. No era momento de pensar en ella.

Cogí aire y cerré los ojos con un poco más de fuerza, lo suficiente para rozar los pensamientos de Roy sin llegar a escucharlos, sin llegar a hacerle daño. Pero no me hizo falta esforzarme mucho, porque le oí tropezarse con una de las sillas del pasillo y maldecir en voz alta. Juraría que fue el propio Eric quien le chistó, justo después de reírse.

Quería escucharle a *él*.

Quería entender por qué costaba tanto.

No me dio tiempo a concentrarme mucho más antes de que el chirrido de la puerta abriéndose de nuevo me sobresaltara. Me aparté el diminuto hilo de sangre que me nacía de la nariz antes de que alguien lo viera.

—¿Ness? —No necesité darme la vuelta para saber que Roy había entrado, con Eric. Se oía su Ruido un poco más de cerca, un poco más tranquilo. Y Eric era un completo vacío ocupándolo todo—. Lo siento, no quería despertarte.

Eric se adelantó, un poco cohibido, hasta dejarse caer en uno de los sillones de la habitación. Roy volvió a mi lado y se puso en cuclillas hasta que nuestras caras quedaron a la misma altura.

—No podía dejar que durmiera en las sillas de la sala de espera. —Se encogió de hombros—. ¿Te molesta si nos quedamos los dos hoy aquí? Hay dos sillones.

El sueño hacía que me pesaran los párpados, pero llegué a acariciarle la cara con los dedos. Roy apoyó la mejilla en mi mano.

—Eres demasiado bueno —murmuré. Él sonrió.

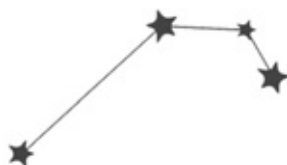
—Supongo que todo se pega.

No quería que se alejara, pero lo hizo. Dio un paso atrás sin soltarme la mano y vi la duda atravesándole los ojos.

—Ness —susurró, cuando los ronquidos de Eric ya inundaban la habitación—. ¿Qué son esos papeles que querías que trajera?

Tragué saliva.

—Eso es lo que intento saber.



A la mañana siguiente me avisaron de que seguramente podría abandonar el hospital aquella misma tarde. Me animaron a salir de la cama e intentar moverme por la habitación, pero no me atreví. No quería recordar dónde estaba ni por qué. No quería recordar que lo que había bajo las vendas de Roy no eran picaduras de mosquito.

Eric subió el desayuno a la habitación y Roy hizo lo mismo con los papeles que le pedí. Si íbamos a pasar el resto de la mañana en el hospital, por lo menos quería algo que nos distrajera de todo lo que acabábamos de vivir. Un rompecabezas.

Roy dejó el montón de recortes de periódico, las fotografías y las cartas que había conseguido rescatar del escondite de mi madre encima de las sábanas, junto a la silueta de la pierna herida. Eric se acercó y arqueó una ceja.

—¿Qué es todo esto? —dijo.

—Es lo que llevo intentando saber desde que nos largamos. —Miré a Roy, un poco cohibida—. Yo... Se lo cogí a mi madre antes de irnos. Me pareció extraño que guardara todo esto y me he cansado de tenerlo escondido como si fuera un secreto de estado.

Aunque quizás lo era, Lucie. Ya no sabía qué pensar. Roy parecía tan confuso como yo.

—Necesito entender qué tiene que ver todo esto con mi madre. No sé por qué lo guarda, no sé qué quiere. Se supone que la futura periodista de la familia soy yo. —Suspiré y fui señalando cada uno de los papeles—. ¿Veis los recortes de periódico? Una esquela que habla del fallecimiento de un hombre francés, y el resto son solo noticias, de aquí, del *New York Times*.

No entiendo qué tienen en común. Luego están las cartas de mi tío en las que le avisa de que... De que algo *sigue aquí*. Y mirad esto. —Señalé uno de los titulares—: «*El presidente Ford emite la primera Orden Ejecutiva sobre Actividades de Inteligencia. A partir de ahora quedará prohibida la experimentación con drogas en humanos, excepto con el consentimiento informado de cada sujeto, por escrito y con el testimonio adjunto de una parte desinteresada, de acuerdo con las directrices emitidas por la Comisión Nacional*». —Levanté la vista y miré a Roy—. ¿No te suena?

Fuiste tú quien me habló de *Camp Hero*. ¿Y qué me dijiste? Que lo cerraron por culpa de una muerte, una *sobredosis*.

Le tendí la portada de una de las primeras noticias que había leído. «*Se reabre la investigación sobre la causa de la muerte en un caso de LSD*».

Abajo podía leerse el nombre del fallecido.

—Frank Olson —dije—. Todo el mundo creyó que fue un suicidio.

—Dios, Nessa, para el carro un segundo, me va a explotar la cabeza. —Eric se llevó las manos a las sienes—. ¿Se puede saber qué es todo esto?

¿Qué...?

—Creo que el hecho de que estuviéramos en ese tiroteo no fue una casualidad, Eric. No con todos estos cabos sueltos persiguiéndome desde que empezó todo esto.

—¿Y no se te ocurrió llamar a casa y preguntarle a tu madre?

Entrecerré los párpados.

—Me largué de casa precisamente porque no quería decirme nada, listo.

Así que decidí investigar por mi cuenta. —Miré a Roy con una media sonrisa—. Roy solo fue un daño colateral.

—Ya, bueno, un daño colateral que no tenía ni idea de esto —dijo, irónico—. ¿Por qué no me dijiste nada...?

Tragué saliva y le miré de reojo. Eric no podía saber lo que me pasaba, era demasiado peligroso. Y si no había metido a Roy en todo aquel lío de telepatías y telequinesias era porque ya tenía bastante con su vida mundana.

Lo que Eric no entendería es que había una razón de más por la que todo eso me preocupaba.

—Pensaba que eran tonterías —dije—. Al menos hasta que llegamos a Santa Rosa.

—Bueno, para mí está bastante claro. —Eric se inclinó hacia delante y ordenó los recortes de periódico—. Todos cuentan lo mismo: el caso de LSD del que hablan es la muerte de Frank Olson, que fue lo que puso en evidencia todas las actividades clandestinas que estaba llevando a cabo la CIA, supuestamente. Pero luego les cerraron el garito. De ahí la nota de prensa sobre el consentimiento y todo ese rollo.

—Entonces explícame qué tiene que ver todo esto con Nicholas Chardin y John Turner. —Con un gruñido, me incliné hacia delante y les acerqué la fotografía del segundo—. Este hombre de aquí. Mi madre tenía más fotos tuyas ahí abajo, estoy segura.

Eric levantó una ceja, pero Roy se acercó para ver mejor la fotografía.

—A este hombre ya lo hemos visto antes, Ness —murmuró—. En el folleto turístico que tu padre tenía sobre *Camp Hero*. O al menos había muchos hombres con bata parecidos a él...

Ladeé la cabeza.

—¿Eso es una bata?

—Podría ser cualquiera —dijo Eric, y chasqueó la lengua—. No sé, chicos, creo que se os está yendo un poco la cabeza. ¿Frank Olson? Ese hombre estaba mal de la cabeza y por eso saltó por la ventana. Abrieron el caso porque sospechaban que todo el LSD que llevaba encima podía ser cosa de un experimento secreto, pero luego lo descartaron. Y no me extraña. Es normal que esté metido en el mundo de las drogas. Todo el mundo lo está hoy en día. —Arrugó la nariz—. No sé de qué te sirve remover esto ahora.

—Vale, pero ¿y si fuera algo más? Ese hombre estaba involucrado en lo que fuera que se estaba haciendo en Montauk.

—MK Ultra. —Roy señaló uno de los recortes de periódicos en el que también se nombraba. Subrayó las palabras con un dedo mientras leía—. Un proyecto que empezó en los años cincuenta. Al parecer pagaban a la gente para que consumieran drogas, psicotrópicos, sobre todo LSD. Y se utilizó el *Camp Hero* como base, donde trabajaba John Turner...

—Exacto. Y mi madre guardaba todo esto por *algo* —dije. Eric levantó una ceja con escepticismo—. ¿No te parece curioso?

—No mucho. Ese tío estuvo involucrado en un rollo *hippy* en su día, ¿y qué?

—No, no era un rollo *hippy*. Eran investigaciones autorizadas por la CIA. Vamos, fíjate. Les drogaban primero y luego hacían experimentos con ellos.

¿Te suena algún movimiento *hippy* que haga eso? Torturas, sueros de la verdad, intentos de superhombres... Lo que fuera con tal de defendernos de una supuesta guerra contra Rusia. —Revolví todos los recortes ante ellos dos, con el inicio de una sonrisa asomando en mis labios—. Tiene sentido.

—Pero, Nessa... Aunque todo esto fuera real, ¿qué más da ahora? Hace años de estas noticias. No tiene nada que ver con nosotros.

—No. No contigo. —Tragué saliva—. Pero ahora entiendo por qué mi madre guardaba todo esto. Ahora... Ahora entiendo por qué todas aquellas mudanzas, todo el miedo a que... —Callé de pronto, consciente de que Roy no era el único que escuchaba. Pero pareció entenderme con solo una mirada—. Creo que mi madre fue una de las personas que contribuyó a la caída de MK Ultra. Fue en 1973. Justo cuando llegué a Mistorne.

El rostro de Roy parecía haber perdido todo el color. Tragó saliva y me acercó una de las cartas de mi tío.

—Pero no terminó de caer, ¿verdad?

1980.

Sigue aquí.

Sendero Turquesa



Intenté apartar todas aquellas incógnitas de mi cabeza hasta que saliéramos del hospital. Eric no le dio demasiada importancia. «Teorías conspirativas hay en todas partes», decía, «lo próximo que dirás es que el hombre no ha pisado la Luna». Me mordí la lengua para no contestarle.

El Ruido de Roy, por otra parte, se había convertido en una maraña de pensamientos luchando por sobreponerse unos a otros. Si de normal parecía una balada de fondo, ahora era un zumbido.

Lo guardamos todo antes de que los médicos llegaran. No les sentó muy bien que no me hubiera esforzado en rehabilitar la pierna, pero ya tenían suficientes pacientes de los que preocuparse en el resto de la planta. Me dieron una palmada en la espalda y me animaron a bajar de la cama para vestirme.

Fue entonces cuando llegó el primer disparo.

O no, porque no lo fue. No había ninguna bala, pero el dolor de un relámpago me atravesó la pierna y la hizo arder como si estuviera otra vez tirada en el suelo de aquel bar. La rodilla cedió como si fuera una muñeca rota, y no me caí de bruces al suelo porque Roy estaba cerca para cogerme.

—Te pondrás bien —susurró, tanto para mí como para él—. Los médicos han dicho que es normal que cojees durante un tiempo, pero...

Me puse en pie aferrándome al brazo de Roy, con tanta fuerza que no me extrañó dejarle la marca de las uñas en la piel. La visión que me encontré al levantar la cabeza era peor que la inutilidad de mi pierna.

«Dejad de mirarme así», gritaba en mi cabeza. «Dejad de mirarme con pena».

Con un suspiro, conseguí erguirme lo suficiente como para que el muro de odio se resquebrajara un poco más. Bailaba entre la pena y el odio a cada paso. Odiaba a los médicos por haberme salvado, a esos hombres por disparar, a mi propia pierna por convertirse en un constante recordatorio de aquel maldito bar.

La pena era solo una consecuencia de odiar tanto.

Con la ayuda de las muletas, Eric y Roy me acompañaron hasta la planta baja del hospital; Roy llevaba un bote de calmantes, gasas y apósitos para desinfectar la herida cada día. El corazón me latía como si estuviera corriendo una maratón y sentía que me faltaba el aire.

Me aparté el indicio de una lágrima con la mano.

—¿Y ahora qué? —dije. Me apoyé sobre el capó de nuestro coche para coger aire.

Roy y Eric se miraron entre ellos. No parecían los mismos chicos que habían entrado en Santa Rosa, como si la tormenta de la carretera se hubiera quedado incrustada en ellos.

Eric fue el primero en hablar.

—Seguimos hasta Haney, ¿no? Ese era el plan. Sigue siendo el plan por mucho que unos locos...

—No —le interrumpió Roy, y le colocó una mano sobre el pecho para detenerle—. No, no podemos... Tienes que volver a casa, Ness. —Suspiró. Sus palabras me sentaron como un golpe en el estómago—. Tienes que hablar con tu madre y...

—Ni de coña. Roy, si mi madre se entera de que sé todo esto me encerrará de por vida. Y mira, si fuera una madre *normal* podría soportarlo, pero tú y yo sabemos...

—Vale, vale. Es solo que siento que estamos dando vueltas en círculos.

Si crees que lo que pasó —dijo, y tragó saliva— tiene algo que ver con esto... No tendría sentido seguir adelante.

—No decidimos ir a Haney por mí. No voy a cambiar de opinión ahora.

Además... Eric tiene razón. —Una chispa de sorpresa se le escapó de los ojos—. No serviría de nada ir detrás de un proyecto fantasma. Al fin y al cabo, es solo una teoría.

Eric esbozó una sonrisa.

—Podría acostumbrarme a oírte decir eso.

Alargué el brazo en un intento de darle en el costado, pero él me esquivó.

—Pero ¿y si no lo fuera? —insistió Roy—. Puede que todas esas cartas significaran eso de verdad. Que Turner o... o alguien, yo qué sé, ese tal Chardin, siguieran con el proyecto de Montauk a espaldas del gobierno. Y que estuvieran intentando vengarse de una de las culpables de que todo se destapara en primer lugar.

—Chardin está muerto, y si el gobierno de verdad les cerró el chiringuito a los demás, seguro que Turner y sus colegas tienen ya mil ojos encima. —

Eric suspiró y colocó una mano sobre el hombro de Roy—. Dejemos todo esto atrás de una vez, chicos. Lo que ha pasado ha sido una putada, pero ya está.

Una putada.

Que tu madre haya estado toda tu vida obligándote a guardar un secreto cuando el suyo era todavía más grande.

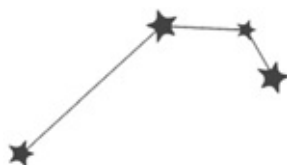
Que de golpe ya no sepas cuánto de tu vida había sido real y cuánto era una paranoia.

Que en los últimos días hayas estado a punto de perder la vida una y otra vez y no sepas si ha sido simple casualidad o si hay alguien detrás de ti.

Que la única persona que te hacía sentir segura a veces se aleje de ti como si ardieras.

Una *putada*.

—Está bien —dije, y me volví para abrir la puerta del coche—. Larguémonos ya de aquí.



Nos alejamos de Santa Rosa sin mirar atrás, con la vista puesta en Albuquerque. Una parte de mí se quedaba tranquila sabiendo que nos dirigíamos a la ciudad más poblada de Nuevo México. A la más segura, también. O eso esperaba.

Eric volvió a acomodarse en los asientos de atrás y trató de distraerse leyendo uno de sus cómics, pero le pillé mirando por encima del hombro más de una vez, con los ojos siempre alerta. Roy, a mi lado, conducía como si no tuviera todos aquellos cortes abriéndole la piel. Yo empezaba a tener costras en los míos, pero los suyos parecían que no iban a curarse nunca.

Apoyé la cabeza en el cristal de la ventana y dejé que el traqueteo del coche me meciera.

Hasta que los disparos volvieron a despertarme.

Volví al coche con el corazón rompiéndome el pecho a latidos y una de las últimas canciones de Creedence Clearwater Revival retumbando desde la radio. Roy bajó el volumen y aprovechó el trayecto para acariciarme la mejilla.

—Eh —susurró—. ¿Estás bien?

En cuanto me erguí me di cuenta de que no era la única que se había quedado dormida. A Eric parecía que se le fuera a caer la baba sobre su preciado cómic en cualquier momento.

—Otra pesadilla.

—Entonces no siento haberte despertado. —Dirigió la vista de nuevo a la carretera—. Mira, estamos atravesando el Sendero Turquesa.

Eché un vistazo afuera. La carretera no se diferenciaba mucho del resto de Nuevo México, con el asfalto perdiéndose en la arena y la silueta azulada de las montañas a lo lejos. El cielo a aquellas horas de la tarde ya empezaba a teñirse de rosa y la luna parecía jugar a perseguirnos.

—No lo dirán por las vistas. Yo lo llamaría más el Sendero Naranja. O Arena. O la carretera 14 de Nuevo México, sin más.

—Porque tú eres una aburrida. Lo de turquesa viene por la piedra, no por el color.

—¿Has vuelto a tragarte una guía turística?

—Se llama atender en las clases de Historia, Ness. —Puso los ojos en blanco—. Este camino es muy conocido por todos los pueblos fantasma que conecta, entre otras cosas. Y se llama así por las minas de turquesa que explotaron los indios durante siglos, mucho antes de que llegaran los españoles y los colonizaran.

—¿Y sigue habiendo minas? Porque no nos vendría mal un poco de dinero extra —bromeé—. Y con la turquesa se pueden hacer joyas bonitas...

Roy echó un vistazo rápido al indicador de la gasolina.

—Por ahora vamos bien. No te preocupes por el dinero.

Suspiré.

—Es que no sé si será buena idea seguir con el *show* circense que nos hemos montado. No si al final resulta que tenemos razón y Turner...

Un quejido del motor del coche me hizo callar. Por un momento pensé que era un pensamiento demasiado afilado que se había escapado de la cabeza de Roy o de los sueños de Eric, pero la forma en la que el segundo sacudió la cabeza al escuchar el chirrido me hizo pensar que era real. Roy tiró del embrague con fuerza, pero el coche fue frenando hasta quedarse varado en medio de la carretera.

Una carretera que además estaba en medio del desierto.

Un desierto que estaba en medio de la nada.

—Tienes que estar de broma —murmuró Roy. Giró la llave de contacto, pero no consiguió que arrancara—. No, no, no...

—No me jodas —dije, pero Roy no me escuchó y salió del coche de un portazo.

Eric acabó de despertarse con un sobresalto.

—¿Hemos llegado ya? —dijo.

Estaba demasiado cansada para creermelo que esto nos estaba pasando de verdad.

—¿Qué haces cuando se te avería el coche en medio de la nada? —pregunté, mientras Roy empezaba a despotricar al otro lado de la puerta.

—No lo sé —dijo Eric—. Nunca me he cargado un coche.

—No nos lo hemos cargado, solo...

Roy dio una patada a una de las ruedas del coche y se mordió la lengua para no maldecir otra vez. Salí del vehículo con un suspiro y Eric me siguió, todavía algo adormilado.

Por más que Roy mirara al viejo Ford con cara de pena, no parecía dispuesto a remontar.

—No sé qué os enseñan ahí en Mistorne, pero en mi vida he visto que un coche se arregle a base de golpes —dijo Eric, mientras se cruzaba de brazos. Se acercó a su amigo y le rozó los brazos con cuidado, como si intentara frenarlo—. No malgastes fuerzas.

—Joder. ¿Se puede saber qué le ha pasado?

Eric contuvo un bostezo.

—Que se ha calado. Y ya está, estas cosas pasan. —Colocó una mano sobre su frente a modo de visera y miró al horizonte—. Mira, ¿ves eso? No estamos perdidos en medio de la nada si ahí hay *algo*.

Abrí la puerta del coche solo para recoger mis gafas y poder ver lo que fuera que Eric señalaba. Se veía el contorno de unos edificios a los lejos, con los colores de sus paredes fundiéndose con el desierto. Si no fuera por Eric y Roy hubiera creído que era parte de un oasis imaginario.

—Con suerte no será uno de los pueblos fantasma de los que hablabas —le dije a Roy, intentando contener la sonrisa—. Vamos, seguro que tendrán algún mecánico. O al menos un teléfono. Si nos damos prisa seguro que llegamos antes de que anochezca y...

—Quieta ahí, *mademoiselle*. —Eric me puso una mano sobre el hombro para detenerme—. Tú no vas a ir a ningún sitio con la pata así. Quedaos los dos aquí con el coche y yo me acercaré; buscaré ayuda en el pueblo ese y volveré con alguien. Pero dejad que me tome uno de los gofres que nos han sobrado antes, anda.

Roy le miraba como si estuviera hablándonos en francés.

—¿Vas a ir tú solo?

—No te preocupes, creo que podré soportarlo. Te recuerdo que llevo años viviendo solo. —Rio, aunque le faltaba chispa en la voz—. Solo os pido que si el coche se recupera milagrosamente, no tengáis el descaro de largaros sin mí.

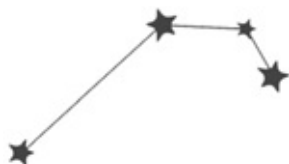
Me miró directamente a mí, con una sonrisa que parecía estar a una palabra de romperse.

—Anda, no tardes mucho —dije—. Empiezo a cansarme de que siempre seas el héroe de la historia.

—Pero nada de largarse, ¿prometido?

Algo pareció brillarle en los ojos.

—Prometido.



Los primeros diez minutos en los que la figura de Eric dejó de verse en el horizonte se me hicieron eternos. Roy estaba cabizbajo; no sabía si porque quería huir del sol o porque seguía culpándose de la avería.

—Si sigues tanto tiempo al sol vas a acabar como la bruja de Oz —comentó, con los párpados entrecerrados por culpa de la luz.

—¿Fea y verde?

—Derretida.

—No sé si quedarnos dentro del coche es mejor idea. Ahí no corre el aire.

Roy abrió las cuatro puertas del coche como si fuera una mariposa a punto de alzar el vuelo. Cogió un parasol del maletero y lo colocó sobre el cristal.

—¿Mejor? —dijo. Se acercó a mí y me sostuvo de la cintura con cuidado.

No quería admitir que aquellos diez minutos de pie se parecían demasiado a tener la pierna atravesada por un millar de astillas. Tener una excusa para dejar de hacerme la valiente delante de él fue un alivio.

Roy me ayudó a acomodarme en el asiento del copiloto. Me quedé con medio cuerpo fuera, como si intentara tomar el sol, y me esforcé por ignorar el dolor que latía en mi pierna. Aún no debía haber hecho efecto la última pastilla.

Era igual que en el hospital: todo lo sentía en aquella herida. La brisa que corría en medio de la carretera desierta, las dudas de Roy, el calor del sol que no tardaría en esconderse.

Mi amigo se acucilló hasta que nuestros rostros quedaron a la misma altura.

—¿Te duele mucho?

Sonreí y señalé la venda de su brazo.

—¿Te duele a ti?

—No es lo mismo. No dejo de pensar en que estuve a un paso de ser yo quien recibiera aquel disparo. Y, ¿sabes? Lo hubiera preferido. Hubiera preferido que me acribillaran hasta dejarme hecho un colador antes que verte así.

No debería reírme, pero no pude evitar pensar en lo espantado que estaría *papa* si escuchara ese símil.

—No digas eso —dije, suave. Me contuve para no acariciarle mejilla con los dedos, por miedo a hacerle daño. Ya no sabía qué era herida y qué era piel—. Hemos salido vivos de esta mierda y eso es todo lo que importa ahora. Bueno, eso y que Eric vuelva sano y salvo. Lo único que faltaba es que esté yendo a un nido de bandidos.

Roy agachó la cabeza otra vez. Ni siquiera me rio la gracia.

—Pero he visto el miedo que tienes a andar, Ness. Como si no te vieras capaz de hacerlo. Eso sí que tiene que ser...

—Una putada —terminé yo por él—. Lo es, es horrible, pero ahora estoy bien. De verdad. —Reí un poquito—. Un poco fastidiada, pero viva.

El médico ya me dijo que si duele es porque se está curando, y quiero...

Quiero creer que luego será como antes. Solo tengo que acostumbrarme, como si fuera un poco más de Ruido. Lo digo de verdad, Roy; estoy bien.

Él suspiró y me pidió que le dejara un hueco a mi lado, en el mismo asiento, para que no le diera el sol. Quedaba poco espacio, pero no me importaba. Hombro con hombro parecía mucho más fácil imitar la calma con la que él respiraba.

El enorme desierto que se extendía frente a nosotros me hacía creer que éramos los últimos humanos en la Tierra. Que todo el mundo se había parado, no solo nuestro coche, y ahora flotábamos en medio de la nada como si volviéramos a estar buscándonos bajo el agua de aquel hotel.

Le vi titubear antes de cogerme la mano y rodeármela.

—Bueno —dije—. Parece que vamos a estar solos un buen rato. Hace mucho desde la última vez.

Él sonrió. Una sonrisa real, de esas que parecían tener el poder de curarlo todo.

—No pienso quejarme.

Lucie, ¿llegaste a conocer esa sensación de vértigo justo cuando estás a punto de dormirte?

Eso es lo que sentí cuando Roy se acercó todavía más a mí, buscando mi rostro con el suyo. El calor de su aliento me hizo cosquillas en la mejilla y me volví para mirarle. Estaba segura de que en cualquier momento se levantaría y se largaría de allí, que volvería a alejarse, que me dejaría con la duda de si todo lo que estábamos viviendo era real para los dos o solo para mí.

Sus labios rozaron los míos, y aún pensé que se echaría atrás.

Pero fue como abrir la caja de Pandora, Lucie, y a veces pienso que es mejor dejarte sin detalles en momentos así. Solo puedo decir que a pesar del calor, de que estábamos perdidos en medio de ninguna parte, de que habíamos salido vivos de un tiroteo tan solo unos días atrás, aquel me pareció un momento perfecto. Uno donde nada más importaba y nada más existía.

Y ese era el problema.

Que todo en lo que pensaba era en él, en lo mucho que quería que esto sucediera, en la suerte de tenerle a mi lado y en que no pensaba dejarle escapar. Era todo lo que quería: a este Roy, en esta vida, en este momento.

Pero no sabía si él quería lo mismo.

—Ahora me duele mucho menos —susurré cuando nos separamos, en apenas un murmullo, y a él se le escapó una risa muy suave—. ¡No te rías!

Es verdad, te lo prometo.

—Entonces debería hacer esto más a menudo —respondió, tímido.

No debería haber sentido ese vértigo, Lucie.

Debería haberme sentido segura.

Supongo que por eso le volví a besar, porque era la única forma de callar mi Ruido.

Mirar adentro

Eric llegó cuando el cielo ya estaba plagado de estrellas y a mi cabeza le había dado tiempo a imaginar las mil y una formas en las que aquel pueblo le había secuestrado. Él, el *sheriff* y el mecánico nos encontraron a Roy y a mí en plena duermevela, con la cabeza de él recostada sobre mis muslos y mi mano a media caricia sobre su piel.

Dejé que ellos se encargaran del coche y me alejé unos pasos. Los justos para que mi pierna no se quejara demasiado. Caminar bajo un techo de estrellas parecía apaciguar el dolor.

Aunque quizás eran las hormonas, que me atontaban un poco.

Eric interrumpió mi ensimismamiento apareciendo como una sombra por detrás de mí.

—*Mademoiselle*, nuestro carruaje está listo para partir.

Me volví hacia él.

—¿Roy va a conducir a estas horas?

—Algo me dice que está más que descansado. —Sonrió, con el brillo tintineándole en los ojos—. Además, me ha dicho que siempre has tenido muchas ganas de ver Albuquerque. Cuanto antes lleguemos, antes lo verás.

—Siempre he tenido ganas de ver cualquier cosa que fuera más allá del centro comercial de Mistorne, en realidad.

—Misión cumplida, entonces. —Me tendió la mano cual princesa en apuros—. ¿Vienes?

Pero mi cabeza seguía lejos. Que la de Eric siguiera en completo silencio, sin ese zumbido que estaba acostumbrada a escuchar cada vez que me acercaba a alguien, hacía que mis miedos fueran en aumento.

—¿Estás bien? —murmuré.

Eric parpadeó.

—Claro que sí. Con un poco de hambre, pero bien. —Frunció el ceño y ladeó la cabeza—. ¿Por qué lo dices...?

Le devolví una sonrisa que escondía la verdad, mientras me concentraba para que mi cabeza volviera a ese limbo perfecto donde atrapar pensamientos

no fuera imposible.

Lo decía por aquel hombre de ojos negros que no aparecía en sus historias. Por el niño que se arrinconaba en una habitación vacía y lloraba porque el dolor era demasiado grande. Por los recuerdos inexistentes de ninguna madre, y por un padre que asusta más que quiere. Porque nada de eso acababa en un piso de treinta metros cuadrados lleno de libros heredados en Catoosa.

—Por nada. —Me encogí de hombros—. Pero que sepas que sigo pensando que estaría bien descansar antes de seguir el viaje a estas horas.

—Eso díselo al verdadero superhéroe —bromeó, aún con la mano tendida.

La acepté y la apreté con fuerza. Eric me rodeó la cintura con el brazo libre para que me apoyara en él. Cerré los ojos y me pareció ver las estrellas al otro lado de mis párpados.

Al principio no noté nada más. Solo el latido de Eric, si me esforzaba lo suficiente, que parecía bombear directamente desde mi propia cabeza.

Pero bastaron dos pasos más para que empezara a oír ecos en la mente de Eric. A diferencia del resto de las personas, no llegaba a escuchar lo que estaba pensando en aquel momento, pero tampoco era lo que me interesaba.

Su mente parecía un laberinto a oscuras lleno de catapultas y trampas y vacíos, pero si me concentraba lo suficiente podía llegar a escuchar esos recuerdos incrustados que sentí la primera vez.

Esta vez el niño que fue Eric no lloraba. La risa se le escapaba entre los labios mientras unas manos ajenas ataban las suyas.

«¿Me lo prometes?», decía, pero solo contestaba el silencio. El niño seguía hablando, casi para contestarse a sí mismo. «Es que quiero ser un superhéroe, papá. Como *Spiderman*, con traje y todo. Salvaré a todo el mundo. A todos. También a ti».

La sonrisa se le quedó congelada en los labios y el recuerdo se emborronó hasta fundirse con el que ya conocía. Dos ojos negros, un llanto, la ausencia, y ese muro invisible en su cabeza que no me permitía ver nada más.

Eric se separó de mí de golpe, tambaleándose.

—Perdona —dijo, llevándose una mano a la sien. La pierna me dolía más que de costumbre, pero intenté que no se me notara—. Me... Me duele un poco la cabeza. Creo que la falta de sueño me está haciendo mella ahora. —Sonrió. No se me escapó que estaba mucho más pálido que antes de que le leyera—. Ven, apóyate otra vez, va. Te prometo que ahora no te soltaré.

Me ofreció una sonrisa que hizo que me preguntara qué era lo que le habían hecho para que acabara aquí. Por qué un juego inocente de niños

seguía tan latente en su cabeza, como una pesadilla o un sueño que se repitiera cada noche.

—Eric —murmuré—. ¿Qué le pasó a tu padre?

Él frunció el ceño.

—Ya te lo dije. Murieron los dos en un accidente de coche.

—¿Estabas tú allí? —Negó con la cabeza—. ¿Y después?

—¿Después qué?

—Debió de ser... Duro.

Sonrió.

—No he dicho que no lo fuera. Pero lamentarme no serviría de nada.

Por eso empecé a fingir que no había pasado nada, que los Delton siempre fueron mi familia y que Catoosa era una ciudad de la leche para vivir. Si me esforzaba lo suficiente al final me lo creería. —Se dio un suave golpe en la sien—. Nada mata más rápido que tu propia mente.

Me contuve para no reír.

—Bueno, Eric, siento ser yo quien te contradiga, pero mi pierna no opina lo mismo.

—No seas exagerada. Esa pistola no te hubiera matado ni en mil años, so boba. Nunca he conocido a nadie más duro de roer que tú.

—¿Esa también es una de las frases que te repites hasta creer que es verdad? —Le piqué, dándole un suave codazo—. Tendré que probar tu técnica a ver si así dejo de tener pesadillas por las noches.

Mi voz sonó mucho más sombría de lo que esperaba. Y Eric no contestó con otra broma que enmascarara el dolor, pero tampoco me dijo que lo veía.

Solo me rodeó la cintura con un poco más de fuerza, como si quisiera mantenerme cerca de él.

Cuando llegamos al coche, Roy estaba encogido en el asiento y se miraba los cortes de los brazos como si en algún momento hubiera olvidado que estaban ahí. Sacudió la cabeza al vernos llegar y se aferró al volante.

Los tres fingimos. Y fingimos. Y fingimos.

Aquella noche fue la primera vez que pensé en cómo estábamos aprendiendo a sanar, Lucie. Quizás no era la mejor manera. Quizás tendríamos que estamparnos contra una pared para darnos cuenta.

Porque pasaban los días y las horas y la oscuridad no dejaba de crecer.

Intentábamos ayudarnos los unos a los otros, con preguntas, con caricias o bromas; mientras, en el fondo, teníamos miedo de estar perdiéndonos. Algo nos impedía hablar del miedo y del dolor como hablábamos del calor y el sueño, así que habíamos escondido todo lo que sentíamos en una caja y ahora

jugábamos a fingir que no necesitábamos abrirla. Que esa caja no existía, que no guardaba nada.

Y cuanto más escondíamos la verdad, más dolía.

Quizás Eric tenía razón. La pistola no me había matado, pero la herida podía acabar haciéndolo. Era muy fácil reconocer el dolor en el Ruido de otros. Era mucho más difícil atreverse a buscarlo en uno mismo.

Tardaría una eternidad en sanarme si no empezaba a mirar adentro.

Viaje de una vida



erré los ojos con fuerza hasta ver chiribitas en los párpados.

Respiré, inspiré, y me esforcé en distinguir alguna frase entre la niebla de pensamientos.

Y nada. Estaba vacía.

Mi propia cabeza estaba vacía, porque solo era capaz de escuchar lo que estaba pensando en aquel preciso momento, como cualquier ser mundano.

Nada de colores y palabras ni de recuerdos incrustados ni pensamientos inconscientes, como pasaba con el resto de la gente.

Suspiré y me recosté en el asiento del copiloto. A mi lado, Roy conducía con los primeros rayos de sol creando sombras sobre su rostro. Si no fuera porque Eric estaba tarareando al son de la canción de la radio y no dormidito como un bebé, no hubiera dudado en hablar con Roy acerca de lo que me pasaba.

De lo que temía.

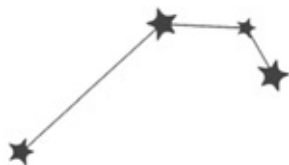
¿Y si todo era una mentira, Lucie? ¿Y si nunca había sido real?

La niebla, el Ruido, los recuerdos, la gente. Nada me aseguraba que fuera fiel a la verdad. Gracias a mi experiencia como pitonisa particular sabía que muchas veces sí lograba llegar a escuchar pensamientos. Los más fáciles, por los menos, los que acaban reflejados en la cara. Pero la mente estaba compuesta de mil capas, cada vez más profundas, cada vez más hiladas y complejas. Y llegaba un punto en el que me preguntaba si no sería yo quien creara esos laberintos.

Eso explicaría que lo que veía en Eric no fuera nada que nos hubiera contado. Porque quizás nunca pasó. Porque quizás no veía recuerdos, sino cuentos o ilusiones o dimensiones paralelas. Por mucho que a *maman* le gustara lo contrario, con todos sus truquillos acerca del control de emociones, la energía y demás, nuestra magia tenía poco de científico. Si no, no tendríamos que ocultarla.

Que siempre se hablara de telepatía no significaba que lo que me pasaba lo fuera. Quizás solo era experta en crear espejismos, Lucie.

Como te creé a ti.



—¡Por fin! —dijo Eric, mientras bajaba la ventanilla del coche y dejaba que el aire le azotara el rostro.

Así llegamos a Albuquerque. Era una de las primeras ciudades que visitábamos y que no parecía un pueblo fantasma, sino todo lo contrario.

Por algo se coronaba como la ciudad más poblada del estado. Aquí las casas de techos bajos y los carteles a medio pintar se sustituían por grandes edificios y asfaltos grises. Casi me sorprendió no encontrar enseguida un sitio para aparcar.

—Si fuera octubre nos hubiéramos encontrado el cielo lleno de globos —dijo Roy, mientras cerraba la puerta del coche. Fue corriendo a sostenerme en cuanto vio que la rodilla cedía al dar el primer paso.

—Lo sé. —Le apreté con fuerza el brazo, con cuidado de no rasgar sus heridas.

Lo tenía a mi lado y lo echaba de menos.

Eric fue el siguiente en bajar del coche. Estiró los brazos por encima de la cabeza y cogió aire, con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—Que sepáis que no voy a admitir ninguna excusa a partir de ahora —dijo mientras levantaba el dedo en un gesto que buscaba ser amenazante—. De aquí vamos directos a un buen hostel y a un buen restaurante mexicano.

No permitiré quejas ni devoluciones. El cuerpo me pide picante.

Roy rio.

—No tienes ni idea de qué es comer mexicano de verdad.

—Eric, yo... —Cogí aire—. Roy y yo no podemos permitirnos un hostel ahora, o no tendremos gasolina suficiente para llegar a Haney. Y no creo que sea una buena idea ponerme el disfraz de vidente, al menos por un tiempo. Para... prevenir.

Eric suspiró.

—Aún no sabes si tiene algo que ver con todo lo que ha pasado.

—No quiero arriesgarme. Y si no voy a conseguir dinero de mi propio bolsillo, no voy a permitir que tú lo pagues todo, Eric. No es justo.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Sabes lo que no sería justo? Que durmieras una noche más en el coche teniendo la pierna como la tienes. Menos quejas y más dejarse mimar, *mademoiselle*. Además, seguro que Roy piensa como yo.

Él ni siquiera me miró.

—Excepto en lo de la comida mexicana.

Eric contuvo la sonrisa y se volvió para mirarme otra vez. Me rodeó una muñeca con su mano.

—Nessa, por favor, déjame ayudaros. Es lo mínimo que puedo hacer. Te recuerdo que si no fuera por vosotros aún estaría llorando a mi abuela en Catoosa. Me habría vuelto loco. Un poco más loco de lo que ya me ha vuelto sobrevivir a todo lo que ha pasado con vosotros. —Muy a mi pesar, consiguió arrancarme una sonrisa.

Quizás fuera el calor o el cansancio o las pocas fuerzas que me quedaban para soportar una noche más con los ronquidos de Eric, pero acabé por aceptar.

—Está bien. —Lancé una mirada breve a Roy—. Pero estoy con él; nada de comida falsamente mexicana en mi plato.

Me respondió su risa.



El hostel no quedaba muy lejos del centro de la ciudad, así que Eric nos prometió que nos daría tiempo a hacer algo de turismo antes de marcharnos.

Después de todo, aquel era el viaje de una vida. Y tenía razón, Lucie, porque sentía que estaba gastando todas las vidas que me quedaban.

Intentábamos ignorar el tiroteo de Santa Rosa como si nunca hubiera existido.

El establecimiento era pequeño, con la recepción pegada al humilde restaurante donde servían el desayuno y cada rincón decorado de estampados tartán. Tras el mostrador se encontraba una señora mayor de revista; el tipo de mujer que plantaría petunias y girasoles en el jardín trasero de su casa. De hecho, juraría que su Ruido se parecía demasiado a una nana.

Levantó la cabeza y, al vernos, la palabra «festival» salió disparada de sus pensamientos. Quizás pensara que veníamos de uno. En su cabeza tampoco había muchos más lugares (que no fueran un chiste) en los que encontraras a

un huérfano americano, un mexicano de segunda generación y una francesa con poco acento, juntos en una misma habitación.

—Buenos días —saludé, con Eric y Roy codo contra codo—. ¿Tienen dos habitaciones disponibles para pasar la noche? Una individual y una doble, a ser posible.

—Claro que sí, cielo, todas las que quieras. Hasta dentro de dos días no creo que esto se llene mucho. Luego empieza el festival y ¡boom! —Hizo el gesto de una bomba estallando entre sus manos y rio su propio chiste—. Una locura. Decíme, ¿es la primera vez que venís a Albuquerque?

Si su boca ya hablaba con tanta vitalidad, no te podías hacer una idea de lo que era su Ruido, Lucie.

—La verdad es que sí —contesté—. En realidad solo estamos de paso.

—Entonces será solo una noche, ¿no? —Chasqueó la lengua—. Una pena, la verdad. Una noche más y pillaríais el festival.

—¿El festival?

—El festival de verano, sí. Este domingo se celebra una cena comunal en la plaza del Olmo, solo a un par de manzanas de aquí. Hay música en directo, buen ambiente y fuegos artificiales. Es una de mis noches favoritas del año. ¡Y no os imagináis lo que lo disfrutaba cuando era joven! —Se llevó ambas manos al pecho, llena de entusiasmo—. Es una pena que os la vayáis a perder, la verdad.

Eric dio unos toques sobre el mostrador, cada vez más impaciente.

—La verdad es que no teníamos pensado... —empezó, pero le detuve agarrándole el brazo y dando otro paso hacia delante. Casi podía escuchar el recuerdo de las risas y los fuegos artificiales silbando desde el Ruido de la anciana.

—¿Y dice que se celebra este domingo? —pregunté.

—Exacto. En dos días notaréis que Albuquerque se llena *todavía* más.

Es un verdadero caos, pero aquí procuramos que nuestros huéspedes se sientan lo más atendidos posible...

Esbocé una sonrisa.

—Pues entonces que sean dos noches, por favor. —Volví a colocarme de nuevo por delante de Eric y le dediqué una rápida mirada de soslayo—. Pago yo.

Él levantó las cejas con una media sonrisa.

—Creía que éramos un equipo, *mademoiselle*.

—Creía que era el viaje de nuestras vidas —repliqué, y le saqué la lengua—. Tú mismo lo dijiste, ¿verdad? En el coche. Y no sabemos si tendremos la

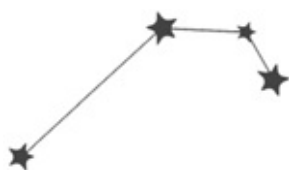
oportunidad de volver a Albuquerque en otra ocasión. En cuyo caso, dudo mucho que además coincidiera con el festival de verano otra vez.

No le dije que estaba cansada de decir que no, cansada de huir hacia ninguna parte y de que el motor del coche se hubiera convertido en mi segundo corazón.

—Así se habla, jovencita —intervino la anciana, como si hubiera olvidado que cuando dos personas susurran entre ellos es porque esperan algo de intimidad. Le contesté con una sonrisa conciliadora:

—Entonces, ¿el desayuno está incluido?

Ni a Eric ni a Roy les dio tiempo a replicar.



Subimos con lo puesto a las habitaciones del hostel, una puerta contigua a la otra. No se me escapó el silencio masivo que Roy arrastraba por las escaleras, pesado como dos cadenas atadas a los tobillos. Parecía estar esperando el momento perfecto para derrumbarse después de tantas horas al volante.

O eso pensaba.

Tuvo la cortesía de dirigirme la palabra justo cuando estaba a punto de hacer girar las llaves de mi habitación.

—No tendrías que haber dicho nada —murmuró. El flequillo le caía sobre los ojos y los oscurecía todavía más—. Se supone que todo este viaje es para ir a Haney, no para hacer turismo por medio país. Dijiste que sería una escapada de unos días, y ya llevamos...

—Bueno, si nos ponemos así, tampoco esperaba que recogiéramos a un chaval en Catoosa y que pasáramos la noche en un hospital perdido en Santa Rosa, pero eso no parece importante tanto. —Me encogí de hombros—. ¿A qué viene tanta prisa ahora?

—No lo entiendes —contestó, mordaz.

Sentí la sangre escalando del estómago a la sien. Y no sabía si la rabia me pertenecía a mí o era el rugido del Ruido de Roy dando golpes contra mi cabeza. Dejé caer la mano con la que intentaba abrir mi habitación y me volví hacia él cruzándome de brazos.

—¿Sabes? Tienes razón, no lo entiendo. No *te* entiendo —solté—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Ni siquiera se dignó a darme una respuesta; se quedó plantado, cabizbajo, como si el que necesitara unas malditas muletas para andar fuera él. Había hecho este viaje por él, para que se olvidara de su familia, para demostrarle que podíamos escaparnos y ser nosotros contra el mundo. Para que conociera su maldito Haney.

Pero aún temblaba por las noches pensando en lo que nos había ocurrido. Llevábamos desde que salimos de Santa Rosa fingiendo que no era para tanto. Que podíamos ser tres chavales normales emborrachándose en un festival de verano. ¿No era eso lo que quería? ¿Fingir que todo iba bien? ¿Fingir que no me daba cuenta de todo lo que hacía?

—Mira, ya paso —bufé—. Estás enfadado ahora pero, quién sabe, quizás pestañeo y de pronto vuelves a estar bien. Quizás de pronto te interesa besarme y no tendrás que preocuparte por nada porque ahí estaré, *monsieur*, toda para ti, aunque luego te pongas a fingir que no ha pasado nada. Absolutamente nada. Actúas como si besar a tu mejor amiga fuera un pasatiempo más o como si todo hubiera sido un sueño, una mentira. Y ya no sé qué esperar de ti, Roy.

En medio minuto había conseguido arrancarle todo el color de la cara.

Parecía tan confuso y roto que por un momento me arrepentí de haber abierto la boca.

Duró lo que tardó él en contestar. En esquivarme de nuevo.

—Nessa, no entiendo a qué viene...

No. No iba a permitir que huyera de esto otra vez.

—No, escúchame tú primero. ¿Te has parado a pensar en mí en algún momento? Te acercas, me ignoras y luego me buscas. ¿Y pretendes que no me haga preguntas? ¿Que me calle, sin más? —Sacudí la cabeza y tuve que hacer un esfuerzo para no llorar. Si seguía alzando la voz pronto nuestros queridos anfitriones se encargarían de que todo Albuquerque se enterara de esto—. Te comportas como si todo esto fuera un juego para ti —seguí, esta vez con más pena que rabia—. A veces pienso que solo soy una nueva forma de lidiar con lo que te pasó. Que buscabas a alguien que te diera todo todo lo que perdiste con Liv y yo fui lo que te pilló más cerca. Que ahora necesitas algo que te aparte a Mark de la cabeza, o a los tíos del tiroteo, yo qué sé. Y de ahí las prisas por irte a Haney, ¿verdad? Pues vete, Roy. Vete.

Porque supongo que en el fondo tienes razón y no lo entiendo, Roy. Creía que lo importante de este viaje éramos nosotros. —Mi voz fue diluyéndose hasta ser un susurro—. Pero supongo que desde que montamos nuestro circo le has cogido el gusto a ponerte un disfraz.

No quería mirarle porque sabía que me rompería el corazón en pedazos, como nunca pensé que él lo haría. Por eso acabé de dar la vuelta a la llave de la habitación y abrí la puerta de un golpe.

—¿De verdad piensas eso? —Roy no se había movido de su sitio, como si se hubiera vuelto piedra. Y yo hice lo mismo—. Nessa, por Dios...

«No le mires, no le mires, no le mires», pensé. «No pienses en lo rota que suena su voz ni en el daño que le estás haciendo».

—Nunca jugaría contigo —siguió, y oí cómo daba un paso hacia mí—. Y no me voy a ir a ninguna parte sin ti, Ness... No quiero darte la espalda y por encima de todo no quiero hacerte más daño, ¿me oyes? Pero no puedo más. —La última palabra se convirtió en un gemido y Roy tuvo que apoyar una mano en la pared para sostenerse—. No puedo más.

Su Ruido rugía y lloraba.

No necesité acercarme para ver que los ecos del tiroteo lo ocupaban todo. Que veía y oía mi grito una y otra vez, repitiéndose como un disco rayado en su cabeza.

—Estuve a punto de perderte, Ness. Y todo porque fui tan idiota de meterte en todo esto. Por culpa de este maldito viaje, de esos... esos locos que casi te matan... —Ni siquiera conseguía llorar, como si la rabia le frenara—. No puedo... No puedo seguir con lo que sea que hemos empezado, Ness. Porque no me lo perdonaría nunca, si te perdiera. No después de todo lo que ha pasado. Y a veces pienso que si seguimos así, que si... Que después de lo que pasó con Liv...

—Así que es eso. Siempre es ella, ¿verdad? —Solo quería que me lo negara, Lucie. Solo quería que, por una vez, no necesitara su Ruido para entender lo que una persona quería de mí—. La buscabas a ella cuando me besabas a mí.

—No, Ness, yo...

Me hubiera reído de mí misma por hablar como una cría de quince años si no fuera porque dolía como quince corazones rotos.

Roy no era un estúpido príncipe azul del que podía prescindir y olvidarme. Era mi mejor amigo, lo había sido siempre, y ahora esas palabras dolían como heridas abiertas.

Porque los amigos no tienen miedo de herirse con cada paso que dan.

—Eh, chicos... —Me dio un vuelco el corazón cuando oí la voz de Eric, como si hiciera siglos desde la última vez que la había escuchado—. ¿Hay algo que queráis contarme?

Eric estaba tieso, mirándonos desde el final de las escaleras que habíamos subido para llegar a las habitaciones. En algún momento se había marchado para ir al baño, pero, a juzgar por la palidez en su cara, hacía ya tiempo que había vuelto.

Ni siquiera me dio tiempo a enfadarme.

Entré en la habitación dando un portazo y solo entonces me di permiso para llorar.

La llamaron la ciudad libre



e dejé caer sobre la cama de aquella habitación perdida en Albuquerque y entonces supe lo que era la soledad.

El vacío que nacía en el estómago y te arrancaba cada entraña. Las dudas que se arremolinaban en mi cabeza como una corona de espinas.

Me preocupaba no saber si alguna vez había llegado a conocer a Roy. Si alguien había llegado a conocerme a mí, de verdad, o solo era un juguete roto que la gente buscaba descifrar. Quizás *maman* intentaba protegerme de todo esto.

Creía que conocía a Roy. Creía que podía ser una más y que él sería mi Gran Excepción para todo: sería la persona que no me haría daño, la persona que no me daría problemas, la persona con la que compartiría el secreto que *maman* me había hecho prometer que me llevaría a la tumba.

Sería la única alma que llegaría a conocer la mía.

Y quizás le había dado demasiado poder.

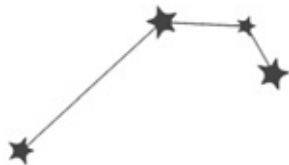
Crecí rodeada de cuentos de hadas y no tardé en descubrir que mi madre formaba parte de ellos. Me creía princesa sin pensar que quizás lo que yo creía un castillo era también una torre, una torre demasiado alta. Seguía a ciegas los cuentos de *papa* cuando con cada mudanza me hablaba de huir de dragones invisibles. A esos los conocí cuando empecé a escuchar las palabras que la gente callaba. Vi el dolor de *maman* al entender que su princesa había caído también en las garras del villano y se creía invencible por culpa de las leyendas. Pero las historias seguían dentro de mí, creciendo como veneno, y hacían eco en cada palabra de lo que llamé Ruido.

Tendría que haberme dado cuenta antes, Lucie. Pero ahí estaba él siempre, la Gran Excepción, la persona con la que olvidaba que el Ruido existía y que los cuentos de los que huía por las noches eran los mismos que había vivido. Él me veía.

Fui una ilusa.

Así es como siempre rompía los cuentos, Lucie. Las personas como yo solo podíamos aspirar a un final como el de *Carrie*.

Me dejé calmar por la caricia de las lágrimas hasta que llamaron a la puerta.



Cuando abrí los ojos todo me daba vueltas. Los últimos rayos del atardecer se escondían tras las cortinas y hacían que cada rincón de la habitación brillara como ámbar fundido. El candelabro sobre la mesita de noche, la lámpara de techo que hacía tintinear sus piedrecitas.

Al principio pensé que lo que me había despertado era el silencio.

Llevaba demasiado tiempo evitando encontrarme a solas con mis propios pensamientos (con mi *Ruido*, en mayúsculas y en minúsculas, porque no había nada más desconocido que lo que nacía de mí) y por eso ahora parecían arder tanto. El silencio al otro lado de la puerta también fue lo que me animó a levantarme.

Con el primer paso, la pierna me recordó que el sueño ya no me protegía de su dolor. Me apoyé en el pie de la cama para erguirme, y de ahí hasta la cómoda con dos pasos torpes. Tenía que morderme el labio para no quejarme. Para que la rabia se quedara dentro.

Abrí la puerta.

—Buenos días, *mademoiselle* —dijo Eric, apoyando una mano en el marco de la puerta como si pretendiera seducirme—. O buenas noches, mejor dicho. ¿Llevas mucho tiempo dormida?

Fue a apartarme un mechón perezoso de la cara, pero le detuve de un manotazo.

—No me obligues a cerrarte la puerta en las narices, Eric —gruñí—. ¿Qué quieres?

Él suspiró.

—Nada, solo me preguntaba si Roy y tú pensáis seguir enfadados mucho más tiempo. Porque verás, la hostelera me ha recomendado un restaurante mexicano brutal donde probar el mejor chile de la ciudad, y sería una pena cenar solito sin nadie que me reprochara que no tengo paladar.

—Así que lo admites.

—Díselo a Roy y lo negaré completamente.

—Ya. —Pestañeé, con la cabeza todavía nublada por el sueño—. ¿Es eso todo lo que tenías que decirme?

—Bueno, yo...

—Genial. —Fui a cerrar la puerta pero su mano fue más rápida.

—¡Oye! ¿Qué te pasa? —La expresión de su cara me recordó a la de un padre viendo a su bebé meter los dedos en el enchufe. Mantuvo la puerta abierta con el brazo—. No sé si es que el sueño te ha dejado un poco desubicada, Nessa, pero no es conmigo con quien te has cabreado. —Bajó la mano con cuidado—. A veces me pregunto si el problema es que estás enfadada con el mundo.

Con un suspiro, me aparté de la puerta y dejé que pasara, pero le di la espalda y fui arrastrándome como pude hasta la cama. No quería que se notara que cada día me levantaba más cansada y con menos esperanzas de que aquella herida se curara.

La de la pierna, la de mi cabeza, la del recuerdo del tiroteo, la que se abría entre Roy y yo. Ya no sabía de qué herida hablaba.

—Tendría mis razones.

—Ya, como todos. Oye... —Se acercó con cuidado hasta sentarse en la cama y pasó la mano sobre la colcha de tartán, como si me invitara a unirme. Como si pudiera permitirme quedarme de pie—. ¿Puedo decir algo? Prométeme que no me volverás a cerrar una puerta imaginaria en las narices. —Puse los ojos en blanco y me dejé caer a su lado—. Siento hacer de mediador en todo esto, pero... Roy y tú me tenéis preocupado. No me gusta que mamá y papá discutan.

Le di una suave torta en el brazo.

—No bromees con esto.

—Perdón, perdón. Es solo que... Antes no he podido evitar escuchar lo que, bueno, lo que prácticamente has soltado a los cuatro vientos, y quizás me estoy metiendo donde no me llaman. —Abrí la boca para asentir, pero Eric siguió hablando sin ni siquiera coger aire—. Hay algo en todo esto que no me cuadra, Nessa. Todo lo que decías, ese tira y afloja... No creo que esa sea la razón por la que te has enfadado. No realmente. No seré un gurú del amor ni nada de eso, pero lo tuyo parece mucho más que un berrinche por un par de besos, ¿verdad? Nadie tiene un berrinche por un par de besos.

Prefería darle la razón que explicarle que detrás de un berrinche estaban todos los cuentos de hadas que me había tragado como si bebiera veneno.

Estaba la sensación de sentirme el espejismo de Liv, un consuelo, un juego, un muñeco roto. Quería estar enfadada con Roy, pero en el fondo no

podía.

Siempre sería mi Gran Excepción.

Eric aguantó en silencio poco más de dos segundos.

—¿Y? —No quise ni mirarle a la cara—. ¿Se va a solucionar? Porque quiero que sepas que tu novio, aunque se enfade contigo y tú con él, es la persona más cabezota del mundo y me ha prometido que me tirará por el Gran Cañón como no le deje pagar el próximo hostel. Y luego ha comentado con mucho cariño que no me perdonaría nunca si llegara a hacerte daño. Que no fuera como él. Que tenía demasiadas deudas que pagarte y no pestañearía ni un segundo si algo pasara. Que no pasará, por supuesto. Con lo atontados que estáis, si os quisiera robar ya haría días que lo hubiera hecho.

Muy a mi pesar, no pude evitar que los labios se me curvaran un poco.

—¿Ves? —Eric soltó una carcajada—. A mí no me engañas. Si es que no sé por qué no lo arregláis de una vez y nos dejáis al resto en paz.

Me quedé mirando el techo de madera de la habitación, aún debatiéndome entre la risa y el llanto.

—No es mi novio —murmuré. La palabra me sabía extraña en los labios—. Y tú no me has hecho daño, Eric.

—Creo que le diría lo mismo a cualquier persona del universo. Solo por si acaso, ¿sabes? Porque es obvio que él se lo repite a sí mismo todos los días.

No podía entrar en su Ruido para comprobarlo.

—Quizás... —empecé, tanteando la pregunta en mi boca—. Quizás deberías irte con Roy a Haney. Sin mí, quiero decir.

—¿Qué?

—¿No es eso lo que queráis los dos? ¿Llegar a esa maldita ciudad? Él porque le prometieron que era una ciudad maravillosa, y parece olvidarse de que la misma chica que se lo prometió era la que después de prometerle una vida juntos se tiró a no sé cuántos más por el camino. —Suspiré, exasperada—. Y tú porque... Porque... Por las vistas, supongo. ¿No estaba cerca del Gran Cañón?

Eric se irguió de golpe y apoyó un codo sobre la colcha para poder mirarme de lado. Tenía una ceja arqueada y la boca entreabierta.

—¿Se puede saber qué te ha contado Roy sobre Haney?

—Bueno... Eso. Que la gente no la conocía mucho pero que era una ciudad joven con muchas oportunidades. En el mundo laboral, supuse —dije, encogiéndome de hombros—. Roy necesitaba salir de su casa cuanto antes así que supongo que pensé que sería buena idea que...

—Ya —me cortó Eric, mucho más nervioso de lo que me esperaba—. Y no te dijo nada sobre el colectivo y el cáncer gay y toda esa mierda.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver...?

—Haney no es ningún paraíso, Nessa. Ni una ciudad idílica ni mierdas en vinagre; es un refugio. O el comienzo de uno. —Acabó de sentarse sobre la cama y me miró—. O sea, no me malinterpretes, porque creo que sí que es una ciudad *oficialmente*, y sí es joven, si tenemos en cuenta que aún no aparece en los mapas, pero no creo que aparezca nunca si quiere seguir cumpliendo lo que promete. —Cogió aire—. La llaman la ciudad libre porque se ha dedicado a acoger a todo aquel que necesitara refugio. Un lugar seguro. Inmigrantes, gente sin recursos... y en los últimos años ha ganado fama por ser el lugar donde mucha gente gay ha ido a... refugiarse.

Escondarse, algunos. Sobre todo desde que empezó todo lo del cáncer gay...

—No lo llares así —murmuré, todavía con la mente enredada en un intento de procesarlo todo.

—Perdona. Es la costumbre. Bueno, la cosa —siguió, sin ni siquiera pararse a respirar— es que Haney va creciendo cada vez más precisamente porque allí va toda esa gente que tiene que huir de sus casas. Y se habla de que ahí pueden tratar el... Bueno, el sida. Que han encontrado la cura pero el gobierno no les dará vía libre para que la hagan extensiva. Por eso tanta gente ha ido a buscar la ciudad, por eso no aparece en los mapas. Pero puede que solo sea un mito. Una nueva campaña de *marketing* que además ahuyenta a los conservadores. No lo sé. —Se encogió de hombros—. No me extrañó que Roy quisiera ir allí después de conocer la historia con su familia. Si necesita un sitio donde no vayan a juzgarle, es ese.

«La gente no va a Haney a buscar una vida mejor, se van a *vivir*», dijo, aquella tarde en el porche.

A eso se refería.

—Pero tú...

—Yo era un chico viviendo solo en una ciudad que cada día se me quedaba más pequeña, Nessa. Lo de ir a ver a mi abuela... Al final no fue más que una excusa. Podría haber cogido el bus. Os habría ahorrado el espectáculo de después... —Chasqueó la lengua—. Lo peor es que no sé si lo que me dolió fue la muerte de mi abuela, una mujer que no se había interesado nunca por mí, que no había movido ni un dedo por cuidarme, o la idea de que tenía que volver a Catoosa mientras vosotros dos seguiríais

vuestro viaje. Y entonces me ofreces la oportunidad de ir a una ciudad que no se sabe si es mito o es verdad, una ciudad llena de gente que no pertenece a ninguna parte, que se ha buscado su sitio en el mundo, y voy de cabeza. —Se encogió de hombros—. Además, lo que no esperaba era encontrar una familia por el camino. Solo he salido ganando.

Me mordí el labio al sonreír, ladeando la cabeza para mirarle.

—No, nada de ñoñerías —siguió, antes de que me diera tiempo a decirle nada—. Soy yo el que va a acabar enfadado si papá y mamá no hacen las paces.

Le atravesé con la mirada.

—Ah, claro, y seguro que pensaste que decirme de sopetón que Roy me ha estado ocultando todo esto desde el principio iba a arreglarlo.

—Vamos, Nessa, no es para tanto. Seguramente lo dio por entendido.

Decirte «oye, sé que tienes una familia maravillosa que te quiere y que para ti irte de Mistorne sería una putada; pero yo estoy cansado de no ser suficiente para nadie y creo que ese es el único lugar donde estaría seguro» era un poco más complicado.

—No lo entiendes.

—Ya sé que él no diría «putada». Fastidio, quizás. ¿La gente sigue diciendo fastidio?

—No, Eric, yo... —Tragué saliva, con las falsas palabras de Eric flotando todavía por mi cabeza. Ahora echaba de menos un Ruido que me alejara de aquella habitación, pero el de Eric seguía encriptado, invisible—. A nosotros no nos pasaba esto. No había secretos ni dejábamos las cosas en el aire. Pero desde que empezamos este maldito viaje siento que cada día que pasa pierdo un poco más de Roy. Y ya no... Ya no...

«Ya no siento que nadie me conozca».

No pude aguantarle la mirada a Eric, que se conformó con buscarme la mano sobre la colcha para cubrirla con la suya. Balanceó las piernas por el borde de la cama como un niño.

—Quizás te esconde cosas para no preocuparte. —Esbozó la sonrisa más triste del mundo—. Viniendo de él, no me extrañaría.

Pero su voz sonó como si no estuviera hablando de Roy.

—¿Te ha dicho algo sobre ese médico?

—¿Eh?

—En Santa Rosa. Roy estaba hablando con un hombre cuando se acercó a la tienda y lo llamó doctor. Y luego lo reconoció en el tiroteo.

—No creo que fuera él quien...

—No es eso lo que pregunto.

Pero dejé que Eric sacara sus propias conclusiones, porque había una pieza del puzzle que él todavía no entendía. Hablaba de no esconder secretos y desde que Eric había llegado a nuestras vidas no había hecho nada más que engañarle. Igual que engañaba a toda esa gente que me tendía las manos pensando que podía leer su futuro y no su mente.

Si le preguntaba la razón por la que creía que Roy se habría acercado a un médico, él le restaría importancia y mencionaría algo acerca del aluvión de mosquitos de la semana pasada.

Yo me preguntaría si no intentaba curarme a mí. Curar a sus amigos.

Volverse otra vez el héroe de las misiones imposibles.

Antes de ella

Mistorne, 31 de diciembre de 1980

En mis dieciocho años sobre la Tierra, Lucie, las doce campanadas de Año Nuevo nunca habían terminado con un beso. Recordaba el negro del cielo tiñéndose de colores, el aroma a pólvora en el aire, los pequeños estallidos que provocaban los fuegos artificiales y cómo el corazón me daba un vuelco con cada «pum», porque aquello era lo más parecido a un disparo que conocía entonces. Era un disparo seguro, una explosión que servía de catarsis y no de herida. Algo que gritaba por encima del Ruido.

Pero la Nochevieja de 1980 la pasé la mitad del tiempo encerrada en el baño y la otra mitad encerrada en mi cabeza.

Habíamos decidido salir a celebrar Año Nuevo a *Spectrum*, un nuevo *pub* recién nacido y supuestamente inocente como un bebé. Liv nos había hablado muy bien de él. A mí me convenció en el momento en el que prometió que saldríamos a celebrar el Año Nuevo a los jardines en lugar de quedarnos apelotonados alrededor del televisor del bar.

—¿Sabías que nunca me han besado en la última cuenta atrás? —Reí para mis adentros—. Menudo desastre de vida amorosa. Nunca sobreviven al invierno.

—Esta es la última conversación que imaginaría tener contigo encerrados en un baño público a las once y pico de la noche, Nessa.

—Eso es porque tienes poca imaginación. —Solo sonreír fue como si me rompieran el cráneo a martillazos, pero me esforcé para que Roy no lo notara.

Ya era bastante vergonzoso que hubiera pasado la última media hora apartándome el sudor de la frente en lugar de estar ahí fuera, con todo el mundo, con toda la gente que podía llamarse normal y no con la chica que a veces no entendía lo que pasaba por su cabeza. Porque pasaba todo, de *todos*.

Voces y voces sobreponiéndose las unas sobre las otras, agudos y graves y gritos y risas y todo explotando al mismo tiempo solo para que yo lo oyera.

Y lo que había empezado como un murmullo y un leve martillazo en la sien, había acabado con una guerra de voces en el interior de mi mente. O, al menos a los ojos de Roy, con un desmayo en medio de la multitud y diez minutos vomitando hasta que lo único que saliera fuera sangre.

Maman lo llamaría el «síndrome ya-te-lo-dije», pero si ella estuviera aquí sabría cómo calmarlo. Eso es lo que más odiaba. Necesitarla.

—Además, cuando era pequeña, en casa no lo celebrábamos así. O sea, mis padres se besaban bajo el muérdago, claro, pero luego crecí y quise hacer lo mismo con mis amigos, pero... —Otra vez esa risa sarcástica que haría que cualquiera pensara que era una borracha más—. Bueno, no hay amigos.

—Quédate quieta, Nessa. Si sigues así te harás más daño.

Ya no sabía a qué daño se refería, dentro o fuera. Cuando creía que el síndrome empezaba a pasarse, la sangre volvía a brotar de mi nariz y Roy se inclinaba enseguida para limpiarla.

—No deberías estar aquí —dije.

No debería estar sentado en el frío y sucio suelo de mármol de aquel baño, el único con el que contaba el local, viendo cómo su mejor amiga se abrazaba al váter cada dos minutos, con su falda formando un arco dorado sobre las baldosas. No me había soltado la mano en ningún momento, y con la que quedaba libre se alternaba entre apartarme los mechones de pelo de la cara y limpiarme la sangre de la nariz.

Pensé que iba a contestar, pero unos golpes en la puerta del baño le dejaron con la palabra en la boca.

—¿Nessa? ¿Seguís ahí?

Roy se puso en cuclillas y estiró el brazo para quitar el pestillo de la puerta.

Lo primero que vi de Liv fue su melena rubia y rizada, con tanto volumen que no me extrañaba que la llamaran leona. Las pulseras de la muñeca tintinearón al cerrar la puerta tras de sí y se agachó para sentarse.

—Te he traído agua. —Me acarició el hombro, tendiéndome el vaso con la otra mano—. ¿Te encuentras mejor? Señor, como me entere de que te han metido algo en la bebida te juro que chapo este sitio.

Le dediqué una débil sonrisa a Roy, que miraba al suelo para no mirarla a ella. Ojalá fuera la bebida, Lucie. Al menos así sabría que podía evitarlo la próxima vez.

Pero si algo tenía este juego de voces es que era impredecible y desconocido, por mucho que *maman* se esforzara en buscarle sentido.

—Estoy mejor —murmuré. Le apreté la mano, pero Liv no parecía muy convencida.

—Hombre, es que ya no te debe de quedar nada en el estómago.

¿Necesitas algo más? He hablado con el dueño y me ha dicho que tiene una salita privada detrás de la barra, que puedes ir y tumbarte un rato si quieres.

Fuera es todo un poco caótico.

No necesitaba que lo dijera; lo oía en su Ruido.

Liv era una de esas personas contracorriente que con cada hora que pasaba tenían un poco más de energía que en la anterior. Y su Ruido le hacía justicia. Si me concentraba lo suficiente oiría la eterna canción que siempre tarareaba en su cabeza, pero distinguir sus pensamientos requeriría tiempo y calma suficiente para poder desenredarlos todos. Era una de esas personas en las que el Ruido se parecía más a un campo de minas que a la niebla a la que estaba acostumbrada.

Estar en su cabeza debía de ser agotador.

—Gracias, Liv. En serio. —Sonreí—. Pero creo que voy a quedarme aquí un ratito más. Solo por si acaso.

Di una palmadita en la base del váter como si fuera un viejo amigo.

—¿Estás segura? En diez minutos empieza la cuenta atrás...

—En diez minutos estaré fuera y fresca como una rosa, prometido. Va, idos, que no soporto fastidiaros así la noche.

Liv suspiró.

—No le estás fastidiando la noche a nadie, Nessa. Ni que hubieras elegido estar así.

—Da igual, id. O empezaré a sentirme peor solo de imaginar toda la fiesta que os vais a perder por mi culpa. —Saqué la lengua con sorna.

Liv se puso en pie y suspiró, con una mano en el hombro de Roy y la otra levantando el dedo índice como si estuviera a punto de regañarme.

—Pero has dicho que en diez minutos estarás fuera, ¿eh? Dos canciones y si no te veo, volveré, que no quiero más sustos. —Dejó caer los hombros, abatida—. Si luego sigues mal, solo dímelo y te llevo a casa; he aparcado el coche aquí al lado. Y bebe agua, por favor...

Hizo el amago de dar media vuelta para irse, no sin antes lanzarle una mirada a Roy, que seguía quieto como una estatua y con los ojos clavados en los míos. Le cogió la mano a Liv y le dio un suave apretón antes de soltarla.

—Ve, yo me quedo un rato más. —Habló sin mirarla.

Liv solo asintió y se agachó para darle un fugaz beso en los labios.

—Está bien —dijo—. Os espero a los dos en la terraza, ¿vale?

Con su marcha llegó el silencio. A diferencia del de Liv, estaba tan acostumbrada al Ruido de Roy que el suave arroyo de pensamientos acababa siendo más una nana que un disparo.

Porque el Ruido era eso, a veces. Eran disparos que venían de ninguna parte y que antes de que me diera cuenta me dejaban la piel llena de heridas invisibles, como aquella noche.

Ojalá hubiera sido la bebida.

—¿Has visto? Tú sí que tendrás alguien a quien besar en Año Nuevo.

Puso los ojos en blanco con una sonrisa.

—No me cambies de tema.

—¿He cambiado de tema?

—¿De verdad estás mejor?

No me hubiera creído si hubiera dicho que sí. Ni siquiera yo me creía a mí misma.

—Ya no me da vueltas todo y soy capaz de verte con bastante nitidez, así que yo diría que sí. Solo me duele un poco la cabeza.

Los ojos le brillaban al mirarme, como si pretendiera encontrar la mentira en los míos.

—Eso dices siempre. Que solo te duele la cabeza, pero no es la primera vez que te desmayas por culpa de... De eso. ¿Y si alguna vez va a más? ¿Y si no es solo dolor de cabeza y...?

—¿Y qué? ¿Te da miedo que sea como uno de esos superhéroes con historias trágicas que se dan cuenta demasiado tarde de que el poder que tenían los estaba matando? —Supuse por la forma en la que palideció que no estaba para bromas—. Roy, yo no...

—No lo sabes. Ese es el problema, Ness, que no lo sabes. —Me cogió las manos—. No hay ningún médico al que puedas contarle lo que te pasa sin que te encierre en un psiquiátrico ni conoces a nadie a quien le pase lo mismo. Una cosa es leer la mente, Ness, pero esto... Esto es algo más.

—Esto es leer la mente cuando tienes un cerebro que aún tiene que pillarle el tranquillo y no perteneces a una raza de superhumanos. Esto es leer la mente en el mundo real, Roy.

—No debería ser así —dijo, y agachó la cabeza.

—Tú no eliges eso. —Con una mueca, me aparté el sudor de la frente y bajé la tapa del váter para apoyarme en ella y ponerme de pie. No, no estaba

mejor; seguía con el martilleo en la cabeza y cada paso que daba me hacía sentir más débil, y el Ruido se oía demasiado fuerte y los fuegos artificiales parecían estar estallándome dentro de la cabeza, pero que Roy perdiera el tiempo conmigo en aquel baño no lo arreglaría—. Vámonos antes de que Liv...

Se levantó al mismo tiempo que yo y me frenó con los brazos.

—¿No lo eliges? —murmuró—. ¿Y si hubiera una forma de curarte, Ness? ¿Y si pudieras olvidarte de todo esto?

Tragué saliva.

—Me curarían como curan a la gente con esquizofrenia, Roy. No como tendría que curarse la telepatía.

—Eso no lo sabes —repitió, y me apretó los brazos con más fuerza—. Puede que haya alguien que...

—Roy, déjalo.

—Es que no soporto verte así. No soporto ver cómo te rompes y no saber qué hacer para evitarlo...

—No estoy rota. —Le bajé los brazos con cuidado—. Y lo que yo no soportaría es que pasaras toda la noche encerrado conmigo en el baño cuando tienes una chica preciosa esperándote fuera.

Sacudió la cabeza, con el ceño fruncido.

—Te prometí que tú irías primero.

—Ya, pero eso no es justo para ella. —Aproveché que Liv estaba lejos para darle un rápido beso en la mejilla, justo por encima de la barba incipiente que había olvidado afeitarse. Roy me cogió la mano con fuerza—. Venga, vamos afuera y finjamos que mi cabeza es tan normal como todas las demás.



Creo que no me volví a desmayar solo porque la mano de Roy agarraba la mía, Lucie. Fue dar un paso hacia la multitud y acordarme de quién había lanzado el primer disparo en aquella batalla de Ruido.

Había sido yo.

Lucie, a veces me pasaba. Y eso era lo que más me asustaba: que a veces pasaba y a veces no. Que a veces encontraba en el barullo de gente una vía de escape, una manera de olvidarme de la telepatía y de creerme que tanto ruido pertenecía solo a la música. Me dejaba caer en brazos ajenos y me fundía

entre la gente, como una más. Pero supongo que no siempre puedes engañar a tu cabeza, Lucie, y mucho menos a una como la mía, y a veces el efecto de la multitud era totalmente el contrario.

Era entonces cuando las personas se volvían una manada.

Apenas recordaba qué había desencadenado ese ataque. Quizás no fuera nada más que estar ahí, o quizás una parte de mí se cansó de fingir que disfrutaba perdiéndose entre manos desconocidas.

Quiero que imagines aquel momento, Lucie. Como si vivieras. Como si mi cuerpo fuera el tuyo. Al principio no sabes cómo has pasado de la entrada a la terraza ni por qué de pronto te ha abofeteado esa ola de miedo ni por qué has sentido que tenías que salir de allí, que había demasiada gente y demasiado Ruido y demasiada vida para ti.

Y entonces te encuentras sola en aquella terraza, con el corazón vacío y el miedo agarrotado, y lo único que quieres es que alguien venga a buscarte.

Que alguien te meza en sus brazos y puedas dejar de contener el llanto. Pero solo eres capaz de ver todos los colores que se escapan a través de las ventanas y el pulso de las canciones que parecen bombearte en la cabeza.

Que parecen una amenaza. Ves a toda esa gente pasándoselo bien sin preocuparse por si el cráneo les va a explotar y te preguntas por qué no puedes ser como ellos, por qué tienes tanto miedo a volver allí, por qué hay algo dentro de ti que hace que aquel momento parezca una pesadilla.

Y crees que quieres estar sola pero cuando huyes, porque no puedes más, te das cuenta de que lo único que quieres es *ser capaz*. Ser capaz de ser la chica que baila sin importarle nada más. Que celebra Año Nuevo con la persona que más quiere y la persona que más quiere él.

Duele un poquito, ¿verdad?

Y si ahora volvieras al momento en el que Roy me llevó a la terraza cogidos de la mano, Lucie, seguro que querrías que dejara de atormentarme con el miedo de preocupar a otros. Puede que lo único que necesitara para sentirme un poco mejor fuera permitirme que el día no saliera como esperaba. Aquella noche no tenía que ser perfecta. No pasaba nada si no lo era.

Al menos había conseguido sobrevivir a ella.

Roy se paró en la terraza de *Spectrum*, donde la gente empezaba a amontonarse para escuchar la cuenta atrás desde los televisores de las casas vecinas. Cogí aire como si fuera la primera vez que respiraba.

Miré hacia el cielo para no ver todo lo demás.

—¿Han tirado ya fuegos artificiales, verdad?

—Hace una hora. —No fue Roy quien contestó, sino Liv, que se había hecho un hueco entre la gente hasta llegar a nosotros. Se colocó hombro con hombro al otro lado de Roy—. Decían que era una forma de celebrar el Año Nuevo en otra parte del mundo, por eso de la franja horaria y tal.

—Es una pena que no se vean las estrellas, la verdad —dijo Roy.

—La pena es que nunca llegaremos a verlas todas. Y seguramente no puedas ni imaginártelas, porque es un número tan grande que no cabe en la cabeza. —Sonreí—. Pero los expertos dicen que en las zonas menos contaminadas y más apartadas de las ciudades, las noches más claras, pueden llegar a verse estrellas a más de treinta mil billones de kilómetros.

Treinta mil billones, Roy.

—¿De dónde sacas todo eso? —preguntó Liv, con la vista clavada en el cielo.

—Siempre he tenido curiosidad.

No estaba siendo sincera, Lucie, al menos no del todo. Pero era mucho más sencillo que explicarle que pensar en las estrellas me hacía sentir un poco más pequeña y algo más importante. Había algo fascinante en el hecho de que el universo no dejara de trabajar a nuestras espaldas, hasta que un día dejara de hacerlo. En cada minúscula molécula que formaba parte de nosotros y que seguía existiendo después de haber nacido millones de años atrás, cuando a la primera estrella le dio por colapsar y morir. En cómo los humanos fuimos inventando leyes para intentar leer el idioma invisible del mundo, pero todavía había demasiadas cosas que se nos escapaban. Aún no podíamos ver todas las estrellas al mismo tiempo ni explicar por qué en medio de una ciudad perdida en Francia, en un continente lejos de aquí, nació una niña con telepatía que todavía no tiene palabras para entenderse.

Como las estrellas, yo también formaba parte de todas esas leyes invisibles que todavía no conocíamos. No del todo.

Pero, bueno, Lucie, también es cierto que siempre he tenido curiosidad.

—Eh, que ya empieza —dijo Liv, y agarró con fuerza la mano de Roy.

Se estiraba como si poniéndose de puntillas pudiera rozar las estrellas. No pude evitar fijarme en cómo todo su cuerpo parecía gritar «fui capitana de las animadoras durante toda secundaria».

Cogí la otra mano de Roy mientras la gente a nuestro alrededor comenzaba a cantar la cuenta atrás.

Gritaron cinco, como las estrellas que formaban la constelación de Casiopea.

Cuatro, como las ciudades a las que había llamado hogar.

Tres, los días que separan la Tierra de la Luna si encuentras el cohete adecuado.

Dos, los segundos que tardaría en cerrar los ojos y pedir que aquel año yo tuviera menos miedo y más valor.

Uno, como la hermana que perdí.

Los fuegos artificiales dieron la bienvenida a 1981 con un estallido de colores que me recordaba al otoño. Fucsia y naranja y dorado y fuego. Me volví a mirar la ilusión y el reflejo de las luces en los ojos de Roy, pero él me sorprendió primero.

Cuando aún sonaba el eco de la cuenta atrás, el reloj dio las doce y Roy se acercó a mí hasta que sus labios rozaron mi mejilla. Antes incluso de que Liv se diera cuenta.

Tiempo suficiente para que a mi estúpido corazón le diera tiempo a dar un vuelco.

—Espero que esto cuente como beso de Año Nuevo, Ness —me dijo al oído, mejilla contra mejilla—. Así no podrás quejarte un año más.

Quise abrazarle y besarle y huir y todo al mismo tiempo, pero solo conseguí reír.

—*Idiot.*

Demasiado

Albuquerque, 1982

Nada de desmayarte en medio de las escaleras —me susurró Eric al oído, justo cuando la mano se escurría por detrás de mi brazo hasta apoyarse en mi espalda. Giré la cabeza para mirarle, pero él estaba concentrado en supervisar cuánto me temblaba la pierna—. Vamos, apóyate en mí. ¿Cómo se te ocurre bajar tú sola? —Suspiró—. Venga, un paso detrás del otro. Ya sabes cómo se hace.

Puse los ojos en blanco, demasiado orgullosa para aceptar que me había equivocado al crearme capaz de andar como antes del disparo. Un paso con una pierna estaba bien, pero al dejar caer el peso sobre la izquierda sentía que me atravesaban la piel con un billón de agujas. De agujas pasaban a cuchillos, de cuchillos pasaba a rendirme.

Miré a Eric otra vez antes de agarrarme con más fuerza alrededor de su cintura.

—Que sepas que estás boicoteando todo mi plan —dije.

—Oh, ¿en serio?

—En serio. Primero me desmayo, me hago puré en estas escaleras, y entonces llega una ambulancia que me lleva sana y salva a casa, lejos de vosotros dos.

—Me parece un plan brillante. —Ahogué una mueca cuando Eric me ayudó a dar un paso hacia el último escalón—. Menos eso de sana y salva, la verdad. No me cuadra después de imaginarte hecha puré.

Su voz fue suficiente para levantarme el ánimo. Por mucho que me resistiera, Eric seguía teniendo ese efecto en mí. Y no era el único.

Quería estar enfadada con Roy, Lucie, de verdad, pero a mi corazón le pareció mejor idea acelerarse en cuanto le vio sentado en uno de los sillones de la recepción del hostel. Y le odié un poquito más por eso.

Eric me apartó el brazo de la espalda y me ayudó a erguirme, ayudándome con la mano.

—Creo que esta vez os dejaré solos —murmuró, mientras nos acercábamos al resto de los sillones—. Os espero en la habitación, ¿vale?

Se despidió con un beso rápido en la mejilla.

Roy se puso en pie al verme, pero tuvo que apoyar una mano en la cabeza del sillón para poder sostenerse. Al menos él tuvo el valor de aguantarme la mirada.

—Nessa, creo que... Creo que te debo una explicación.

Me senté frente a él e intenté que no se notara el alivio que suponía para mi pierna poder descansar. Lo que no le dije es que no sabía si quería una explicación, Lucie. Había explotado, ya está. No sabía si quería entender por qué Roy actuaba así.

Supuse que eran excusas por miedo a la verdad, ¿no?

Él se sentó en el sillón que quedaba más cerca.

—Ayer, cuando soltaste todo eso de golpe, yo... No estaba preparado para escucharlo. No entendía nada. No sabía a qué venía ni qué me pedías.

Pero ahora me doy cuenta de que no estaba escuchándote a ti, Ness, lo único que oía era lo mucho que la había cagado otra vez. Que te había fallado otra vez. —Tragó saliva y levantó los ojos hacia el techo, como si así pudiera evitar que le viera llorar. Volvió a mirarme con un suspiro—. Parece que nunca consigo hacerlo bien. No lo hice con mi madre ni con mis hermanas y ahora mucho menos contigo. Lo único que sé hacer es mirar a otro lado, porque así no veo cómo te duele y no veo cómo te hiero una y otra vez. Porque así puedo seguir fingiendo que somos los mismos de siempre. Pero por mucho que mire a otro lado no estoy ciego, Ness —murmuró, y clavó sus ojos en los míos—. ¿Crees que no me doy cuenta de que te estoy perdiendo?

Mi corazón se saltó un latido cuando le escuchó romperse. Le rocé el brazo con cuidado, con miedo a que todo lo que sentía acabara desencadenando un brote de telepatía.

«No es que no le importe», pensé. «No es que juegue conmigo. Es que no puede soportar la idea de perdernos».

Si me lo repetía lo suficiente, quizás mi rabia empezaría a entenderlo.

—Tienes todo el derecho a enfadarte por lo que te estoy haciendo —siguió él—. Porque tienes razón: finjo que nada ha cambiado porque una parte de mí tiene miedo de... cambiar.

Era la misma historia de siempre.

La que hizo que permaneciera en su casa y no llamara a la policía cuando su padre levantó la mano por primera vez.

La que le llevó a quedarse en Mistorne cuando todo el vecindario le miraba por encima del hombro.

Pero no la que le llevó hasta aquí. Hasta nosotros.

Y eso es lo que más rabia me daba.

—Y yo tengo miedo de que eso signifique que no te importo —dije—. Porque no lo pensaste dos veces antes de largarte de casa de tus padres cuando te diste cuenta de que no podías más, pero esto...

—Esto tiene que ver con nosotros. Con lo único que no quiero perder.

¿No lo entiendes?

—Pues entonces no me hagas falsas promesas y sé claro, Roy. —Me llevé las manos a las sienes—. Ya tengo suficiente ruido en mi cabeza como para que me lías todavía más.

—Sabes que nunca he querido eso.

Acercó su mano a la mía, casi con miedo. Tardé un par de segundos en darme cuenta de que no intentaba sostenerla, sino que me estaba tendiendo la palma de la mano como tantos otros lo habían hecho bajo la lona de la tienda.

—Puedes... Puedes comprobarlo, si quieres —titubeó—. Quizás el Ruido pueda ayudarte a entenderlo un poco mejor que yo.

—No. No, Roy, no pienso hacerte pasar por esto otra vez. —Le aparté la mano con cuidado—. Después de tantos años se supone que deberíamos ser capaces de hablar de esto sin trampas.

Con un suspiro, Roy se reclinó y se hundió un poco más en el sillón.

—Solo quiero que estemos bien otra vez —susurró.

No sabía si se suponía que debía escucharlo. Quizás hablaba para sus adentros. Quizás todo lo que yo te contaba a ti, Lucie, él tenía que contárselo a sí mismo.

Tragué saliva y decidí que quizás teníamos que empezar a compartir secretos.

—Me duele porque me recuerda a mi madre —dije. Y solo una frase bastó para romper mis barreras y obligarme a contener las lágrimas. Me reí de mí misma ante lo absurda que sonaba aquella frase. Freud estaría encantado—. Ella siempre estaba fuera de casa, en exposiciones o ferias o cosas de esas, no lo sé. Pero yo me pasaba los días pegada al teléfono esperando que llamara, y entonces lo hacía, y me decía lo mucho que me quería y lo mucho que me echaba de menos. Y después siempre me repetía que volvería pronto a casa y que iría a recogerme al colegio pero... Nunca lo hizo. —Mis labios se

deslizaron en una sonrisa. La sonrisa más mentirosa del mundo—. Y yo esperaba y esperaba; primero al lado del teléfono y luego en la puerta de casa. Así hasta que me di cuenta de lo estúpida que estaba siendo al pensar que le importaba. —Tragué saliva. Entonces apareciste tú, Lucie, porque estaba cansada de sentirme sola—. Y todo esto se siente igual.

Los ojos de Roy bailaron buscando los míos.

—Pero tú me importas, Ness.

—Lo sé. Igual que sé... Bueno, igual que supongo que a *maman* también le importo o no se pondría tan histérica cada vez que fuera yo la que se largara de casa. Pero es como si tuviera un cortocircuito en la cabeza y saltaran chispas cada vez que me siento abandonada.

Abandonada.

Esa era la palabra.

Sola.

Cada vez que me daba cuenta de que había pasado los últimos diez años confiándole mis secretos a una hermana que nunca conocí y que nunca pudo responderme.

—Y entonces te ayudaría... —dijo Roy, esperando que yo terminara la frase.

—Parar. Esto es... Todo esto está siendo ya demasiado para mí, Roy.

Tragué saliva.

Lo que más me dolía de que todo se resumiera en un «esto es demasiado para mí» es que no significaba que no quisiera estar con él. No significaba que no sintiera lo mismo que él, ese tira y afloja constante entre lo que quieres que pase y lo que necesitas. Un amigo. Un compañero. Alguien que no te vaya a abandonar otra vez.

«Esto es demasiado» era mi forma de decirle que quizás teníamos que parar lo que fuera que habíamos empezado juntos en ese Ford.

Roy tuvo el valor de cogerme la mano.

—Lo siento.

Sacudí la cabeza.

—Prefiero esto que seguir tirándonos los trastos a la cabeza.

—Creía que ese era más el estilo de tu madre.

Me arrancó una sonrisa sin pensarlo.

—*Idiot*.

—Eh, Ness, venga —había dicho Eric en cuanto me vio cruzar el umbral de su habitación. Estaba tirado en la cama con un cómic sobre las piernas y

esperaba, como yo, a que Roy llegara del supermercado con algo para comer —. Estaremos bien. Y *estaréis* bien.

—Eso no lo sabes.

—Eso que oigo no es muy propio de ti, ¿eh? Pero hazme caso, leches.

Solo esta vez. Vamos a llegar a Haney y vamos a ser felices los tres, y Roy y tú *vais a estar bien*. Porque siempre lo estáis. ¿Entendido?

Cogí aire.

—Entendido —contesté, gruñona, pero no tardé en sonreírle.

Ahora solo me faltaba creerle un poquito más.

La conversación con Eric para asegurarle que papá y mamá habían arreglado las cosas (aunque ya no podía volver a llamarnos papá y mamá, porque nos habíamos dado cuenta de que nos estábamos arriesgando a perder algo demasiado importante para los dos. O eso es lo que intentaba repetirme para convencerme. Que Roy tenía miedo de dar un paso en falso, y yo tenía miedo de que Roy fuera *uno más*) fue una de las dos charlas que dejé pendientes para después de hablar con Roy.

La segunda era un poco más dura, Lucie, y en aquel hostel de Albuquerque tú eras la única persona que sabía la razón.

—Cómo vuelvas a tardar más de una semana en contactar conmigo, Nessa, te juro que...

—Ni se te ocurra venir a buscarme ni ninguna locura de esas, *maman*.

He estado ocupada. Pero está todo bien, ¿me oyes? Albuquerque es una ciudad muy bonita. Y nos han invitado a su festival de verano.

Pude imaginármela rechistando al otro lado de la línea.

—Dime que no has tenido nada que ver con el atentado de Santa Rosa.

Tragué saliva.

O sea que así es como lo llamaban. No era solo una pesadilla que se me repitiera en la cabeza, sino que había sido real en el resto del mundo también. Aunque para ellos no fueran más que palabras.

—Te he dicho que estoy *aquí* —repetí, con toda la calma que pude—. En Albuquerque. Sana y salva. Yo también he oído lo de Santa Rosa, pero *mon Dieu, maman*, me duele que de verdad me veas capaz de meterme en líos tan tochos.

Creo que rio, pero apenas la oí. Quizás ella también intentaba apartarse imágenes inventadas de la cabeza.

—¿Todo bien, entonces?

Asentí, hasta que me di cuenta de que no me veía. Apreté con más fuerza el teléfono.

—Roy me cuida —murmuré—. Y no creo que tardemos mucho más en llegar a Haney. La verdad es que no pensé que llegaría hasta aquí sin que hubieras aparecido volando por los aires para recogerme.

—Yo no vuelo, Nessa.

—Ya, bueno, podemos discutir eso.

—Y no soy ninguna señorita Rottenmeier. Ya tuve bastante con tu bisabuela, que en paz descanse. —Suspiró, y por la pausa que hizo supuse que se estaba santiguando—. Entiendo que necesitaras espacio, Nessa, pero somos tus padres y...

—Oye, ¿qué sabes de Haney? —La forma en la que la interrumpí nos sorprendió a las dos, pero no iba a dejar que se escapara.

—¿Haney? ¿No es ahí donde me dijiste que ibas? —No esperó ni un segundo antes de seguir hablando—. Nessa, cómo vuelvas a mentirme...

—Mentirte. Yo. —Bufé, irónica—. Es igual, *maman*. Te dejo antes de que se me enfríe la cena.

No sabía qué respuesta esperaba encontrar de ella, cuando llevaba demasiados años ocultándome todo lo que, según ella, «solo me haría daño». Si supiera lo mismo que Eric sabía acerca de Haney, definitivamente ya hubiera aparecido en medio de la carretera para detenernos. Solo por miedo a que yo también necesitara un lugar como aquel.

Aunque quizás lo necesitaba.

Si era el lugar donde iban a encontrarse todos los rechazados, ¿por qué iban a querer hacerme daño por lo que sabía hacer? Quizás ahí la telepatía solo fuera una herida más. Ahí no tendría que volver a esconderme. Quizás me ayudaran a manejarla mejor, sin brotes ni golpes ni crisis ni Ruido.

Quizás pudieran curarme, también.

Pero *maman* no me lo diría.

Después de despedirme, me fui hasta la habitación de los chicos —esta vez cogí el ascensor— y los encontré sentados con las piernas cruzadas sobre una de las camas, con lo que parecía comida mexicana para llevar.

Eric se volvió hacia mí con una sonrisa de triunfo y me animó a que me uniera.

—Ha sido a cara o cruz —dijo Roy, malhumorado—. Así que nos va a tocar cenar esto.

—No sé si recuerdas que hace menos de un mes nos alimentábamos a base de gofres —dije—. No pienso quejarme por esto.

A las luces de Albuquerque

Eric, Roy y yo nos preparamos para el festival de Albuquerque como si fuéramos tres vecinos más de la ciudad. Las luces de la plaza estuvieron preparadas mucho tiempo antes de que anoheciera, igual que la bebida de nuestros vasos. Vimos cómo colocaban los puestos de comida en las calles y cómo los niños ayudaban a llenar los árboles con guirnaldas de luces. Cuando el cielo se oscureció, el DJ ya estaba esperando su momento tras un escenario de madera y los niños que aún aguantaban despiertos le pedían canciones infantiles. Sus padres les recogieron y les llevaron a la pista de baile. Llenaron las esquinas de farolillos y globos. Reservaron una zona para hacer una pequeña barbacoa y se prepararon para lanzar los primeros fuegos artificiales.

Había algo mágico en ver cómo el tiempo pasaba frente a nuestros ojos.

Con tanto ruido y tanta música que apenas oía la que venía de dentro.

—Creo que los Coleman me quieren adoptar —dijo Eric. Hacía diez minutos que lo habíamos perdido de vista entre la multitud, cuando había tenido el valor de ir a buscar un baño él solito—. Son los dueños del hostel.

Al parecer están encantadísimos de ver caras nuevas por aquí.

—¿Esa es la conclusión a la que has llegado en todo el tiempo que llevas desaparecido? —pregunté.

—Ni diez minutos aguantas ya sin mí, ¿eh, *mademoiselle*? —dijo, arrimando el hombro al mío—. Me los he encontrado cerca del camión ese que vende perritos calientes mientras buscaba el baño y me han cogido por banda. Me han preguntado por nosotros y les he hablado de ti —me dijo, y después le dio un sorbo a su bebida, como si intentara disimular.

—¿De mí...?

—Ya que no me dejaste pagar la noche de más, pensé que lo mínimo sería compensarlo ayudándote a recuperar algo de dinero. Así que les he hablado de tus magníficas habilidades como vidente, algo que, al parecer, siempre le ha interesado mucho a la señora Coleman. Se lee su horóscopo todos los días. De hecho... ¿Ves ese grupito de ahí? —Señaló a través de los miles de

cuerpos que empezaban a moverse de un lado a otro, como luciérnagas perdidas. Sin las gafas puestas ni siquiera me molesté en intentar ver algo—. Los que están al lado de los Coleman, sí. Te están esperando.

Putain.

—Te dije que no era buena idea que...

—Va, por fa. Si no lo haces por el dinero, hazlo por ellos. No te puedes imaginar la ilusión que les hace tener una *verdadera psíquica* en la ciudad. —Sonrió. No sé si lo decía con segundas intenciones, pero cada vez me sentía más atrapada—. Podemos dejar la tienda apartada y así estarás más tranquila. No te llevará más de veinte minutos, prometido.

Busqué consuelo en los ojos de Roy, porque él entendía que no era tan sencillo como inventarse una historia para cada uno y despedirse con una palmadita en la espalda. Y aún no sabía si mi telepatía podría soportar tanto Ruido. Desde el tiroteo ni siquiera estaba segura de si yo podría soportarlo.

Pero ninguna de esas explicaciones serían suficientes para Eric, que seguía mirando hacia los Coleman con chiribitas en los ojos.

—Voy a necesitar una silla —dije, con un suspiro, y me sacudí la falda del vestido para enseñar mejor la pierna.

No levanté la mirada para no ver cómo Roy me recriminaba con los ojos. Solo le oí resoplar, cansado.

A Eric se le iluminó la cara.

—Genial. Estoy seguro de que mañana nos traerán el desayuno a la habitación gracias a esto.

—Así que es por eso, ¿eh? Quizás tú también intentas ganar puntos para que te adopten, pillín. —Le di un pequeño codazo a la altura de las costillas mientras él reía.

—Me adoptasteis vosotros primero. —Se inclinó para darme un beso en la mejilla antes de apartarse de nosotros—. Voy a montar la tienda, entonces. Os busco en cuanto acabe. Y tranquila, Nessa, nada de guirnaldas ni quitasueños; quien pase por ahí cerca se pensará que es un *camping* urbano.

Arqueeé una ceja.

—Un *camping* urbano.

—Efectivamente. Cómo se nota que sois de pueblo. —Se llevó los ojos al cielo y levantó la mano para despedirse. A los dos segundos la multitud ya le había tragado.

Miré a Roy, que aún tenía la vista perdida en el hueco que había dejado Eric.

—Mistorne no es un *pueblo* —gruñó—. Es solo una ciudad pequeña.

—Díselo a los que viven aquí. —Sonreí, y el corazón me dio un vuelco al ver que él sonreía también. A veces aún hacía cosas de esas, por mucho que la razón se interpusiera.

Roy me cogió con cuidado de la muñeca, sin atreverse a rozarme la mano, y dio dos pasos atrás hasta que nos quedamos a la sombra de un árbol. En aquella esquina los altavoces quedaban un poco más lejos y la música no nos taladraba tanto el oído.

Aun así Roy tuvo que acercarse para que le oyera.

—¿Estás segura?

No hacía falta que dijera nada más para entender a qué se refería.

—Ya no tengo nada que perder. —Me encogí de hombros—. Y, ¿sabes?

Le he estado dando más vueltas de las que me gustaría. Y quizás Eric tiene razón y todo son coincidencias desafortunadas y paranoias que se le ocurren a dos adolescentes que se van a la fuga. Con el historial que tenemos, no me extraña que estemos con la guardia alta.

Roy arrugó la nariz e hizo una mueca.

—No sé tú, pero yo hace tiempo que ya no me considero un adolescente.

—Yo pensaba lo mismo hasta que *papa* me empezó a hablar de impuestos. —Pagué un sorbo a la bebida, con aroma a coco—. Sigue diciendo que eres un adolescente todo lo que puedas, Roy. Sirve de excusa.

Él puso los ojos en blanco, pero noté cómo se le escapaba la sonrisa.

—¿Bailas? —pregunté.

No quería que dijera que no. No quería notar cómo la duda cruzaba sus ojos y volvía a preguntarse si esta era una línea que podía cruzar.

—No sé b...

—No me vengas con eso. —Aproveché que aún me tenía cogida de la muñeca para jugar con nuestras manos hasta que se unieran, y lo animé a camuflarnos con el resto de los vecinos de Albuquerque.

El ritmo de la música parecía bombear en cada vértebra de mi cuerpo, en el poso de bebida que quedaba en mi vaso. Roy dejó el suyo en alguna de las mesas que nos cruzamos de camino a la pista de baile.

Nos plantamos en medio de todos y en medio de nadie y me quedé cara a él, conteniendo una sonrisa. Los colores de las luces y los farolillos se reflejaban en su piel igual que lo hacían en *Spectrum*.

Roy me cogió las manos. Nuestras frentes quedaban casi a la misma altura.

—Estás muy guapa, Ness —dijo—. ¿Lo de los ojos es la purpurina de siempre?

—«Guapa» es una palabra muy vaga para describirme, señor periodista.

Oí un «perdón» que no vino de sus labios.

Un «preciosa», y luego risas que no eran su voz, y la palabra «hambre» una y otra vez y el coro de la última canción que había sonado en la cabeza de todos.

«Es ella».

Tuve que soltar las manos de Roy para llevármelas a las sienes.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, despacio. Una sacudida y acabaría desmayada otra vez.

—Es... Es el Ruido. Hoy parece que estoy especialmente sensible.

—¿Tengo que preocuparme?

—No —me erguí y busqué a tientas sus manos—, tienes que bailar.

Sabía que no iba a sacudirle el miedo de encima, pero lo que me sorprendió fue el modo en el que me acercó a él, firme. Me colocó una mano en la espalda y me entrelazó la otra antes de empezar a mecerse conmigo. Mi pierna izquierda tardaba dos segundos más en seguir a la derecha, pero no éramos menos patosos que el resto de los bailarines.

—¿Ves cómo sí que sabes?

Rio.

Se alejó y dejó espacio para que girara sobre mí misma, aún cogida a su mano, con el vestido y el cabello creando círculos de colores a mi alrededor.

Sonreía como si el corazón le pesara un poco menos.

Entonces agachó la cabeza y me besó la comisura de los labios. Y algo dentro de mí gritó que retrocediera, que recordara que así empezaban a caer las piezas de dominó. Ganó la otra parte, la que quiso olvidar y por eso volvió la cara para juntar mis labios con los suyos.

Y así nació el beso más tierno que nos dimos. Fue un beso de anhelo, sí.

Pero también un beso de despedida. Y creo que los dos nos dimos cuenta y por eso quisimos quedarnos ahí, bailando, solo un ratito más.

Supuse que al final no podíamos evitar volver a tropezar con la misma piedra. Desde arriba, Lucie, nos veías encerrarnos en un ciclo constante de dolor y vida, sin pararnos nunca a aprender de él. Cada lección del universo se había repetido billones de veces, en leyendas y cuentos y vidas, pero nunca se nos quedaba.

Quizás era lo mejor, Lucie. Que pasara el tiempo y olvidáramos los recuerdos, buenos y malos. Que ganáramos amnesia suficiente para creer que las cosas todavía podían ir bien.

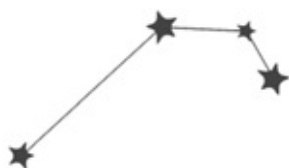
—Este no era nuestro plan —murmuré, separándome solo un poco de él. Y aunque sonreía, no pudo evitar sonrojarse.

—Perdona, yo...

Sacudí la cabeza y fui a callarle con otro beso, pero Eric fue más rápido.

—¡Nessa! —Llegó hasta nosotros con la respiración entrecortada y una mano sobre el corazón. Se apoyó en las rodillas para recuperar el aliento. Enseguida recuperó la sonrisa—. Todo listo. Tienes ya a la clientela haciendo cola.

Qué oportunos eran cuando querían, ¿verdad?



A través de la lona azul, las luces de la pista de baile creaban pequeñas auroras boreales en el interior de la tienda. Y aunque el cansancio de aquel viaje empezara a hacer mella, recibí a cada curioso con una sonrisa, desde la señora Coleman hasta su tercera nieta. Esta última tenía la mente llena de gominolas y de la adrenalina que suponía para ella estar despierta a aquellas horas. Era fácil cogerle las manitas y prometerle un futuro de cuento de hadas cuando sabía que dentro de diez años no se acordaría de mí.

Pasaron más de los veinte minutos que Eric me había prometido como si fueran segundos. La lona se abría y caía, perezosa, y cada brisa de aire entraba acompañada de nuevas palabras y frases y mundos.

Uno de los mejores amigos del señor Coleman entró cabizbajo, ocultando los ojos bajo una gorra. Fue como si todo el ambiente se marchitara con él.

—Buenas noches, ¿señor...?

—Prefiero permanecer en el anonimato, si no le importa.

—Está bien. —Tragué saliva. Mi sexto sentido se había equivocado tantas veces que tenía miedo de hacerle caso aquella vez, pero algo me decía que con aquel señor no bastarían golosinas y cuentos—. ¿Hay algo en concreto que le interese conocer?

Esbozó una sonrisa, oculta entre la barba. Me recordaba al cazador de Caperucita Roja si añadíamos el olor a tabaco y el estampado tartán de su camisa, que parecía ser la última moda en la ciudad.

—Todo lo que pueda decirme.

Alargó el brazo hacia mí y colocó la mano boca arriba. Y lo primero que vi fueron los moratones que recorrían el interior del codo.

No fue difícil atar cabos. El color negro que envolvía su Ruido hablaba por sí solo.

—¿Es usted veterano?

—No debería hacer preguntas, señorita. Se supone que esa es la gracia.

—Le brillaron los ojos, oscuros por debajo de la gorra, como si para él todo esto fuera una broma.

—No hable antes de tiempo —repliqué, siguiéndole el juego—. ¿Me permite?

Con cuidado, cogí la mano de aquel hombre entre las mías. Fue como si un puñal me atravesara la mente, como si chocara con el mismo muro que encontraba en la cabeza de Eric. Solo que esta vez era más permeable.

Podía ver a través todas las emociones y los pensamientos que estaban atrapados detrás. Podía escucharle pedir más droga porque era la única manera en la que conseguía escapar de su propio cuerpo. Era la forma en la que había aprendido a no sentir. Y había hecho todo lo posible para evitar el miedo, el dolor, la pena, la soledad, la rabia, la envidia, y a veces incluso la felicidad. Era más fácil no sentir nada, porque después de perderlo todo, cualquier cosa que llenara ese vacío sería demasiado.

Pero su vacío se interrumpió cuando una voz se escuchó por encima de todo lo demás.

«La tengo».

Cuando abrí los ojos, él ya me estaba mirando. Hizo un movimiento rápido con la muñeca y me atrapó la mano, cogiéndola con fuerza. El miedo escaló hasta mi garganta y me arrastré hacia atrás, buscando deshacerme de él, pero el sonido del seguro de una pistola me detuvo en seco.

No, no, no, no.

Otra vez no.

—Encantada de conocerla por fin, *mademoiselle* Favre. —La pistola había aparecido de la nada, de la espalda de aquel hombre, que ahora lucía la sonrisa más siniestra que había visto nunca. Se quitó la gorra de un manotazo—. Mandaremos recuerdos a su madre de su parte.

Se echó hacia delante y vi la boca de la pistola peligrosamente cerca de la mía. Me agarraba con tanta fuerza que la sangre dejó de llegarme a los dedos y por un momento pensé que aquel sería el final.

Que Roy había tenido su último beso en aquel baile y volvería con dos helados en las manos para encontrarse un cadáver bajo la lona.

Que mi pierna había sobrevivido para nada, para que alguien me arrebatara la vida de cuajo.

Que *papa* y *maman* nunca oirían mi adiós.

Pero los Favre no éramos de los que esperábamos el final con los ojos cerrados. No cuando la adrenalina nos obligaba a desatar *todo* lo que conteníamos dentro.

El corazón empezó a palpitarme en las sienes y la sangre no tardó nada en escapárseme hacia la nariz. Lo suficiente como para que aquel hombre aflojara el pulso un segundo.

Le solté una patada, justo entre sus piernas, y con la mano libre agarré la lona y tiré hacia abajo con fuerza. La tienda se desplomó sobre nosotros y sobre las velas que habían quedado encendidas, hasta que todo se volvió negro. El hombre gritó, me soltó la mano y disparó la pistola al aire.

Me arrastré por el suelo con los ojos cerrados.

No estaba allí.

No estaba en ese bar otra vez.

No podía pasar otra vez.

Olía a tela quemada. A mi alrededor, todo el mundo gritaba. Alguien disparó, la música se ahogó entre el caos, las luces siguieron alumbrando el fuego que se abrió a través de la lona. La herida de la pierna dejó un reguero de sangre en toda la acera.

Ponerme en pie fue como si me arrancaran la piel a tiras. Pero ni siquiera tenía tiempo de atender al dolor de la herida, porque entonces recordaba que aquel hombre me había reconocido, a mí y a *maman*, que había intentado matarme, que estaba detrás de mí, que solo estaba ganando un tiempo que mi pierna me quitaba.

Merde.

Dos brazos me sujetaron por debajo de las axilas. Ni siquiera hicieron preguntas.

—Tenemos que... Salir... —Roy siseó antes de agarrarme con más fuerza de la cintura.

—Calla y corre —gritó Eric, muy cerca de mi oído.

—La tienda...

—¡Vamos!

Y quizás dijera algo más, Lucie. Quizás fuera la voz de aquel hombre o la voz de los señores Coleman viéndonos como demonios, pero tampoco tenía tiempo para escucharles. Todo en lo que podía pensar mientras intentaba correr a través de la plaza era en la cara aséptica de aquel hombre, en el rojo de su Ruido y en todas esas imágenes y palabras y emociones que no quería soltar.

Y en los nombres.

El mío.

El de mi madre.

El de Turner.

Doctor Turner.

Chillé para callar todo lo que oía dentro. El caos ya había barrido todo el festival y la gente que todavía bailaba empezaba a darse cuenta de que algo no iba bien. Eric empezó a correr arrastrándome de la mano, con el brazo de Roy rodeándome la cintura para sostenerme. Los tenía tan cerca que podía escucharlo todo.

El miedo de Roy, y todas las palabras que no decía, tan enredadas las unas con las otras que ni siquiera podía entenderlas. Imágenes llenas de sangre, de manchas en la piel, de heridas abiertas y de disparos y de ojos que no reconocía. El bombeo de sus latidos perforándole el pecho. Y al otro lado, Eric era puro vacío. Como una supernova tan masiva que acaba volviéndose un agujero negro.

Antes de que me diera cuenta, Roy y Eric me metieron con cuidado en los asientos traseros del coche. No tenía fuerzas ni para moverme. Mientras Roy arrancaba y Eric gritaba que saliéramos de allí, asomé la cabeza por la ventana. No vi nada pero escuché demasiado.

Los gritos y los llantos de la gente y aquel hombre alzando la voz por encima de todo, por encima de la música que aún sonaba y de los altavoces rotos y de los disparos que se lanzaban al aire.

Y así dio la Albuquerque la bienvenida al verano.

A espaldas de Albuquerque



ista mental de cosas que perdimos en Albuquerque:

La tienda de campaña que compramos en un puesto de segunda mano cuando apenas teníamos lo suficiente para cenar.

Las guirnaldas de cumpleaños de colores demasiado estrambóticos para el gusto de Roy, y las velas que a Eric le recordaban a un círculo de invocación.

Las gafas que tanto odiaba y que tanto echaría de menos ahora.

La ropa de Roy con la que solía dormir cada noche que se quedaría a la espera del próximo huésped de los Coleman.

La sensación de que todo iría bien. De que estábamos a salvo.

La suerte de creernos inmortales.

Y nos llevamos el doble de miedo en las venas, como *souvenir*.

Roy estuvo conduciendo una eternidad, con la radio apagada para evitar que me explotara la cabeza y el sudor de la huida en la frente. De los tres, Eric era el único que hablaba.

—Tenemos que largarnos a Haney, ya. —Tragó saliva—. Esto parece una maldita broma. Creía que... Que... —Se apoyó en el cristal de la ventana y se mordió la mano; su técnica habitual para evitar llorar—. ¿Creéis que los Coleman...?

—No lo pienses más, Eric.

Mi voz me sonaba ajena, débil. Como si en medio de la carretera alguien nos fuera a escuchar.

—En Haney nos ayudarán —siguió Eric, repitiéndolo una y otra vez como si fuera un rezo—. Les hablaremos de todo esto de una vez y...

No seguí escuchándole, pero tampoco creo que él dijera mucho más.

Intentaba contar las pocas estrellas que se veían en la noche para así olvidar lo que acababa de ocurrir. Otra vez.

Otra vez disparos. Y huidas. Y rostros desconocidos que me conocían demasiado bien. Otra vez el bombeo incesante en mi cabeza y la sensación de que el mínimo esfuerzo acabaría matándome.

Estrellas, Lucie. Tenía que contar estrellas.

Lo hice hasta que me di cuenta de que Roy empezaba a cabecear.

—Tenemos que parar —dije, inclinándome hacia delante—. Llevas mucho tiempo conduciendo y...

—Tenemos que llegar a Haney —replicó.

—Y si sigues así llegaremos muertos. Eric, dile algo. O conduces tú y él duerme o paramos en cualquier hostel. No llegaremos a Haney en una noche, de todas formas.

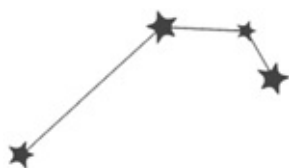
Eric suspiró. Todavía nos manteníamos despiertos a base de pura adrenalina, pero en algún momento seríamos conscientes de todo lo que acababa de pasar.

—Nessa tiene razón.

Roy hundió los hombros y acabó por desistir.

—Saca el mapa de la guantera. Tú eres el que conoce la zona.

Y supuse que aquella era su forma de pedir que buscara el lugar más pequeño, más solitario y más seguro del mundo. Un escondite digno de Bonnie y Clyde.



—Detenido un hombre tras el tiroteo de Albuquerque en el que resultaron heridas más de veinte personas. El supuesto autor de los hechos ha sido posteriormente identificado como Thomas Lashbrook, un químico presuntamente relacionado en el pasado con el proyecto MK Ultra y la operación Artichoke. Ambos programas fueron diseñados y ejecutados por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos para el estudio de nuevos métodos de modificación de la conducta humana, pero en 1973 su actividad fue oficialmente cesada, bajo las órdenes del Congreso y la Comisión Rockefeller. Se sospecha que Lashbrook pudo actuar bajo el efecto de las drogas, pero las autoridades no han podido confirmarlo.

Todavía se desconoce el motivo del tiroteo, pero todo apunta a un ajuste de cuentas.

La presentadora siguió mirando a la cámara con la expresión aséptica, como si estuviera enumerando los ingredientes de una receta y no hablando del hombre que había intentado matarme.

Thomas Lashbrook. John Turner. Más nombres que añadir a la lista.

El brazo de Roy me rodeó el hombro y me atrajo un poco más hacia él.

Estábamos los tres sentados en el suelo sobre cojines, alrededor de la minúscula televisión que ofrecía aquel hostel de carretera en la habitación más equipada. La señal desaparecía de vez en cuando y la imagen se rompía, pero llegamos a ver el rostro de Lashbrook. Como si yo lo pudiera olvidar.

Hacía tiempo que Roy lloraba en un silencio que me parecía inhumano.

Igual que su Ruido. Quizás estaba perdiendo fuerza y por eso llegar a Eric se hacía tan difícil. Quizás me había quedado tan vacía que ni siquiera el abrazo de Roy bastaba para arrancarle las palabras.

Tampoco es que quisiera escucharlas. No ahora.

Eric apagó la televisión en cuanto pasaron a publicidad y soltó una maldición.

—Creo que con esto queda descartada la teoría de que todo sea una teoría —le dije, intentando bromear. Pero no había forma de encontrar humor en esto. Lo único que se intuía en mi voz era miedo.

Eric sacudió la cabeza como si así espantara el suyo.

—Pero... No lo entiendo, Ness, ¿por qué iban a ir detrás de ti?

No le miré a él, sino a Roy. A Roy, que llevaba sabiéndolo todo de mí desde que éramos dos críos. Que había buscado una forma de evitarme el dolor por todos los medios. Que sabía que no era tan sencillo como dos locos persiguiendo a una vidente.

Y Eric, que en tan poco tiempo se había convertido en alguien demasiado importante. Me daba miedo perderlo todo por culpa de la telepatía. Ya había perdido suficiente.

Sabía lo que significaba que nada volviera a ser lo que era después de confesar algo así. Aunque en momentos como aquel, callarme dolía como una puñalada.

—Conocía a mi madre. —Tragué saliva—. Es lo único que sé.

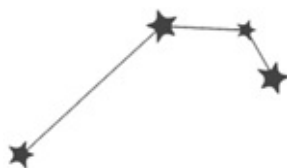
—¿La misma que tiene todos esos papeles de locos escondidos en el coche?

Asentí.

—Estaban en su estudio, en realidad.

Eric suspiró.

—No pensé que sería yo quien lo dijera, pero quizás es un buen momento para echarles un ojo... otra vez.



El hostel estaba perdido en la carretera que dejaba atrás Winslow. Lo habíamos encontrado gracias al cartel con la mitad de las bombillas fundidas que señalizaba el camino de entrada hacia el establecimiento, perdido en medio del pobre bosque de Arizona. El viejo Ford era uno de los tres tristes coches que ocupaban el aparcamiento.

La noche me acarició las mejillas con su brisa. Por un momento la creí capaz de arrancarme con caricias todo lo vivido. De estar en Mistorne aún no me hubiera atrevido a salir de la cama, y *papa* se pasaría los días sentado a los pies del colchón, leyéndome el último capítulo de su próxima novela.

Estaba trabajando en una historia sobre dos hermanas justo antes de que me marchara. Quizás ahí tú eras la protagonista, Lucie.

Roy y Eric se adelantaron mientras yo cogía aire apoyada en la barandilla del porche. Podría pensarse que en los bosques perdidos en medio de ninguna parte solo hay silencio, pero no era cierto. Aparte de los pasos de los chicos, la noche parecía haber despertado alguna especie de ser invisible hecho de gorjeos y crujidos. Perdida en medio de aquella calma sin Ruido, casi se me paró el corazón cuando Roy gritó mi nombre.

—Nessa —repitió—. Creo que tienes que ver esto.

—Me sé cada papelito de memoria —dije, mientras bajaba los escalones del porche con mucho cuidado—, así que si pretendes sorprenderme ahora...

—No es eso —cortó. Eric fue corriendo a ayudarme, pero Roy parecía haberse vuelto de piedra frente al maletero.

Era lo que nos faltaba, Lucie. Porque al llegar a su lado comprobé por qué apenas podía moverse.

No quedaba nada, absolutamente nada. No estaban los papeles ni los periódicos ni las fotografías, y mi maleta estaba abierta y vacía, con toda la ropa arremolinada en el fondo del maletero. No habían robado otra cosa que no fuera un montón de papeles que no llamarían la atención de nadie.

De nadie que no los buscara.

—Pero ¿cómo...?

Roy se encogió de hombros. El maletero no parecía forzado, no había rasguños en el coche; nada. Se habían encargado de ser lo suficientemente sutiles como para quitarnos lo único que podía hacernos llegar a ellos.

—Mañana nos iremos temprano —dijo Eric, antes de darse media vuelta y volver a su habitación.

Matarse a amar

Roy llamó a la puerta de mi habitación bien entrada la noche, y supe que era él porque su Ruido hubiera sido capaz de atravesar las paredes a golpes. Sabía que me llamaba a mí, porque llevaba un buen rato ignorándole y porque mi nombre era lo único que se le escapaba de la cabeza. Lo único que entendía, al menos.

Me arrastré para abrirle la puerta y luego volví a dejarme caer sobre las sábanas.

—¿Ves eso de ahí? —Señalé las botellas de cerveza vacías al pie de la cama—. Es lo único que ha conseguido quitarme el maldito dolor. El de la pierna, digo.

—Ya. El de la pierna —repitió Roy, perspicaz. Cerró la puerta después de entrar.

—Lo he cambiado por el dolor de cabeza.

—Ness...

—No más regañinas, por favor. No eres mi padre.

—No, soy tu amigo. —Bam. Directo al corazón. Se agachó para recoger (o contar, no lo sabía) las botellas en las que no quedaba ni una gota de cerveza—. ¿De dónde has sacado todo esto?

—Soy mayorcita ya, Roy.

—Las personas mayorcitas no se encierran a beber solas. Y menos si tienen telepa...

—No sabes de lo que hablas. —Me incorporé en la cama y me crucé de piernas. No iba a negar que la habitación se tambaleaba un poco, como si llevara una hora dando vueltas sobre mí misma y ahora parara, pero estaba bien. Estaba muy bien, estaba mucho mejor, estaba *bien*—. Te acuerdas de todo el rollo de la energía y eso, ¿verdad? Ondas cerebrales muy raras.

Cuantas más haya, peor es mi control sobre la telepatía. ¿Y sabes lo que he conseguido con estas maravillas? —Señalé las botellas que tenía entre las manos—. Que no haya ninguna. O casi ninguna. Puff. El cerebro se desenchufa. Así que no hables cuando no tienes ni idea de lo que es que tu

cabeza te esté gritando las veinticuatro horas del día y que la mayoría del tiempo esas voces ni siquiera sean tuyas. No sabes lo que es sentirse una intrusa, faltar al respeto, hurgar en los pensamientos de la gente que más quieres sin buscarlo. Y a veces descubres que no te quieren tanto. O que no son tan perfectos ni tan buenos como pensabas. Aprendes a desconfiar. Es una mierda, Roy.

Pensé que Roy se reiría de mí. Que no contestaría o bufaría o se daría media vuelta o me daría la espalda o intentaría alejarse para que él no fuera uno más de mi lista.

Pero se sentó a los pies de mi cama y hundió los hombros, con una mirada cargada de compasión.

—No habías hecho esto antes —dijo.

Porque antes no lo necesitaba.

Antes era dócil, una niña tonta que se creía protagonista de un cuento de hadas. Ya no. Por una vez, quería que la gente tuviera miedo de herirme.

—Me sentía sola. —Tenía que decirlo para arrancármelo del pecho. No era una excusa, lo sabía. Pero era otra razón. Estaba cansada de que solo existiera para ti, Lucie. Para alguien que llevaba veintitrés años muerta.

—Nessa... —Roy me cogió la mano, pero yo sacudí la cabeza.

—No estabas y me sentía sola. Y odio sentirme así porque es lo que he querido todo este tiempo: que me dejaran en paz, que me dejaran elegir, que por una vez no tuviera miedo de cruzar la puerta de casa. Y cuando comenzó todo esto... Lo tenía todo. No teníamos nada y lo tenía todo. —Dejé escapar una sonrisa agria—. Porque estabas tú y con eso bastaba. Pero es como si alguien me hubiera llenado la cabeza de agujeros negros y se hubiera roto la cronología de nuestra vida, porque no entiendo qué ha pasado, dónde estamos, dónde llegamos a estar. —Le miré; bajo el efecto de, quizás, un par de cervezas de más, los ojos le brillaban un poco más de la cuenta—. Y entonces... Entonces llego a esta habitación, con una sola cama, con las cervezas en la mano, y empiezo a reír solo de pensar en cómo empezó todo esto y en cómo estamos ahora. Y es tan gracioso que río hasta que empiezo a llorar. —Me dolían las comisuras todavía, Lucie. Me incliné hacia Roy un poco más—. Y cuando llegan las lágrimas pienso «Ah, sí. Así que a esto sabe estar sola».

Si no hubiera acabado con todo el alcohol, habría dado otro trago para acabar el discurso con más dramatismo. Roy se mordió el labio inferior e hizo un esfuerzo por sostenerme la mirada.

—Nessa, no estás sola. No he dejado de estar aquí en ningún momento y no...

—Te vas, estás, te vas, estás... ¿Vas a quedarte hoy o vuelves a la cama con tu otro amante?

Se esforzó por reír.

—Eric no es...

—¿No? —Arqueeé una ceja y me incliné un poco más hacia él, mirándole por encima del hombro. Jugué a acariciar la mano que cogía la mía—. Demuéstralo.

—¿Qué?

—Demuestra que vas a quedarte. Que no es otro cuento. —Tragué saliva y acabé de acortar los últimos centímetros que separaban nuestra piel. Uní mi brazo a su brazo y mi nariz a la suya, recortando a cada segundo el aire que quedaba entre los dos—. Cuéntame nuestra historia, Roy. Lo que nos pasó, desde que nos conocimos hasta hoy. Quiero oírla de ti. Quiero saber lo que tú viviste.

«Quiero saber si aún recuerdas».

No me dio tiempo a acabar la frase, porque algo entre los dos debió romperse para que Roy me besara. Nuestro supuesto beso de despedida fue sustituido por este, cargado de anhelo. De ganas. Del sabor salado de las lágrimas que habían empezado a brotarme de los ojos sin que yo lo permitiera. Más que un beso, fue una guerra por ver quién echaría más de menos esto.

Tenía la sensación de haber vivido para que llegara aquel momento, Lucie; el momento en el que estaba a punto de acostarme a su lado, en el que sabía que todo se estaba preparando para que sucediera, su piel junto a la mía, su boca en la mía, sus manos en lugares que despiertan corrientes eléctricas y disparan brotes de Ruido. Como si todas las horas de aquel viaje hubieran transcurrido solo a la espera de que llegáramos a aquel instante.

Nos besamos con un poco más de fuerza, con un poco más de ansia, con un poco más de miedo. Nos besamos y solo paramos cuando nos dimos cuenta de que estábamos a un paso de que todo cambiara. Por un segundo pensé que me diría que todavía no, que aquí no, que conmigo no. Pero volvió a buscarme, una y otra vez. Y en su Ruido no había ni rastro de Liv, Lucie. Éramos dos huracanes con nombres humanos que intentaban no destrozar nada más.

En aquel momento no me importaba nada ni nadie más que sentir a Roy conmigo.

Pero él me paró, cogiéndome por los hombros.

—Ness...

—Antes de que preguntes: quiero. —Le di un fugaz beso en los labios. Un brote más de Ruido, del color del atardecer y de los fuegos de cada Año Nuevo en el cielo. Unas palabras que no entiendo y el recuerdo de los besos que nos acabamos de dar, una y otra vez—. *Te quiero*.

El Ruido de Roy empezó a perder color y giró la cabeza.

—Ness, para... —Intentó incorporarse, pero lo tenía difícil teniéndome a horcadas sobre él—. No puedo... No puedo hacerte esto.

No le oía. O no quería oírle, porque nada de lo que decía tenía sentido y no creía que el alcohol hiciera tanto.

—Calla y bésame.

Cuando recibió mi beso estaba llorando, y de alguna forma juntó su cuerpo un poco más al mío y se aferró a mis brazos como si fuera su última noche en la Tierra. Me besaba para no pensar, no como antes. Me besaba para que yo no lo hiciera.

La emoción del momento hizo saltar chispas en mi cabeza. Cayeron todas las barreras y el Ruido se expandió con el silencio y la letalidad de una bomba nuclear. Y la mente de Roy quedó lo suficientemente clara como para que entendiera su miedo.

Quería equivocarme.

Quería tener razón por una vez y que todas esas palabras fueran magia, no ciencia. Que no fueran reales. Que no fueran tuyas. Que fueran como tú, Lucie, una creación en mi cabeza con demasiada vida y verdad.

Pero Roy vio el horror en mis ojos y supe que no mentía.

—No —murmuré, y esta vez fui yo la que me aparté de su cuerpo—. No...

Me hice a un lado y me cubrí los ojos con las manos, aunque temblaran, como si así pudiera deshacer lo que seguía oyendo. Lo que veía: la misma escena una y otra vez, la misma palabra, la desesperanza y el miedo.

—Ness... —Se sentó sobre la cama e hizo el amago de buscar mi mano, pero no me moví.

—¡No! ¡Dime que no es verdad! ¡No puede...! —Cogí aire, pero había empezado a llorar con tanta fuerza que se me cortaba el aire. Al final fue solo un susurro—: No puede ser verdad.

Bajó la mirada.

—Lo has visto.

Quería sacudirle hasta arrancarle esa idea tonta del cuerpo. Pero no era solo una idea, ¿verdad, Lucie? Era una sentencia. Era real. Su cara, tan llena de esperanza a veces y de miedo ahora, me estaba partiendo el corazón.

Veía al niño que conocí en la calle y cómo sus rasgos aún jugaban a asomarse años después. Ahora tenía los mismos rizos colgando sobre los ojos oscuros y la voz un poco más grave.

En aquel momento, Lucie, lo único que podía ver en el cuerpo de Roy eran todas esas heridas que no sanaban y todos esos lugares en los que una bala podía acabar con su vida.

Si esto no lo hacía antes.

Que lo haría.

Lo *haría*.

—¿Cómo...? —No podía respirar. No podía hablar, no podía pensar, y solo quería arrancarme la cabeza para dejar de escuchar esa misma escena, una y otra vez. Miré la piel de Roy como si fuera la primera vez que la veía.

Y vi todas esas pequeñas manchas que hasta entonces habían quedado ocultas bajo su ropa y su abrigo, oscuras.

—Lo siento... Lo siento tanto, Ness, yo... —Se llevó las manos a la cara como si pretendiera desaparecer. A juzgar por la forma en la que sacudía los hombros, no era la única que intentaba no llorar—. No quería que lo supieras así...

—¿Fue Liv? ¿Fue ella o...?

—Nessa, aquí no hay ningún culpable. Liv no... —Tragó saliva y supe que llevaba demasiado tiempo ensayando esta conversación en su cabeza. Pero eso no hacía que decirlo fuera más fácil, y la mitad de las palabras se le ahogaban en la garganta—. Liv no tiene nada que ver con esto. Me aseguré de que no lo supiera y más cuando... Cuando pasó lo de Mark. No entendía por qué me afectaba tanto. —Rio para sí; fue la risa más triste del mundo—. «De eso solo se mueren los gays», decía. «Es una putada, pero nosotros estaremos bien».

Con eso fue suficiente para que el poco llanto que había conseguido contener volviera.

No estaría bien, y lo sabía desde el momento en el que vio morir a Mark, desde el momento en el que se dio cuenta de que todas las ciudades tenían carteles advirtiendo que nadie se acercara a alguien como él.

—Y no me lo contaste.

—No... no podía, Ness. No quería que cambiara nada. No merecías que este viaje fuera un funeral. —Intentó sonreír, pero los labios le traicionaron.

Tanteó las sábanas hasta encontrar su camisa, de la que me había deshecho en un momento que ya ni siquiera recordaba. No sabía si el mareo que sentí de golpe eran las cervezas de más o el abismo que supuso aquella palabra.

Roy tenía sida.

Y ahora el mundo giraba de manera distinta.

—Pero... sigo sin entender cómo... Y por qué tú...

Ni siquiera era capaz de terminar una frase, pero él no lo tenía mucho más fácil.

Roy empezó a abrocharse los botones de la camisa, a pesar de que los dedos le temblaban.

—Liv no fue... No fue la primera. Nunca te hablé de él porque...

—Él.

Roy me lanzó una mirada de soslayo.

—Precisamente por eso.

—Roy, yo nunca...

Juzgarle por ello sería lanzar piedras sobre mi propio tejado, pero Roy seguía mirándome con los ojos vidriosos, como si cada palabra le envenenara.

—Conocí a Mark mucho antes de entrar en la universidad. Él... Él era muy especial para mí, Ness. —Noté cómo se esforzaba por no llorar—. Lo fue durante mucho tiempo. Estuvimos juntos, pero no... No podía contártelo. No sabía cómo reaccionarías. Por Dios, ni siquiera sabía lo que sentía, pero sabía que era algo por lo que mis padres me matarían. Pensé que... Pensé que se me pasaría. Empecé a salir con Liv y las cosas fueron bien. La quería, Nessa, te lo juro. Igual que te quiero a ti. —Tragó saliva. Con cada pausa, sentía que mi cuerpo olvidaba cómo respirar—. Pero también quise a Mark. Por eso... Por eso seguí colaborando en la asociación de la facultad, aunque nunca le dijera a nadie lo que pasó entre nosotros. Yo estaba con Liv y no podía... No podía hacerle eso a ella. ¿Te imaginas lo que le hubieran dicho? ¿Lo que dirían mis padres? Pero entonces... Mark... Fue todo muy rápido.

El silencio cayó en la habitación como una losa. Quería darle espacio para hablar, para pasar un duelo que se había obligado a tragarse. Pero yo tenía otro que no sabía cómo tratar. El duelo de saber que ya nada... Ya nada iba a ser como antes, ¿verdad, Lucie?

—Quise creer que había pasado mucho tiempo, que yo estaba bien.

Había visto lo que le había pasado a Mark y yo... Yo estaba bien. —Tragó saliva—. Busqué alguna clínica en la que hicieran la prueba. Solo por si acaso. —Se apartó las lágrimas con un movimiento rápido de la mano—. Y

cuando me dieron el positivo, lo único que el médico supo decirme fue un «¿y qué esperas que haga yo?». Creo que fue ahí cuando me di cuenta de todo lo que ese positivo significaba. He visto morir a demasiadas personas, Ness. Lo viste. —Me miró de soslayo; me dio la sensación de que estaba reviviendo el funeral de Mark desde sus propios ojos—. En ese momento creí que lo verías todo. Hubiera sido más fácil. —Le tembló la voz con esa última palabra—. Todavía me odio por no poder... no haberte...

Me acerqué a él y le cogí la mano. En aquel momento la sentía mucho más débil, como si en cualquier momento fuera a romperse.

—No voy a permitir que te odies por esto.

Sus labios se curvaron en una sonrisa triste.

—He sido tan cobarde que me he pasado todo el viaje deseando que se te escapara una pizca de telepatía para dejar de callarme. —Tragó saliva—. No me sentía capaz de decirte nada, Ness. Ni siquiera a ti. Mis propios padres me habían echado de casa, ¿qué harías tú? Nada te ata a mí, nada.

De pronto los gritos que escuchaba desde la casa de los Álvarez tenían otro sentido. Siempre pensé que sus padres no habían llevado bien que dejara a Liv porque Liv era la nuera perfecta para unos padres tan católicos y estrictos como los de Roy. Tan católicos y estrictos que vivían las enfermedades como «castigos del Señor».

Como si pudiera escucharme, la voz de la madre de Roy se escapó del barullo de su cabeza.

«Quizás este es el precio a pagar por tu impureza, cariño. La única manera de purgar tu pecado». Ni palabras de consuelo o cariño ni el abrazo que Roy tanto necesitaba. En su casa empezaron a tirar cada cepillo de dientes, cada cuchilla de afeitar, cada vaso en el que Roy bebiera; todo por miedo a contagiarse.

—No quisieron pagar ningún médico. No para mí —dijo Roy. Supuse que una parte de él era consciente de la presencia de mi telepatía, porque parecía que estuviera dejándome cada recuerdo en bandeja—. Sentían asco por lo que había hecho...

—Por eso querías ir a Haney —murmuré.

«La gente no va a Haney a buscar una vida mejor, se van a *vivir*».

A sobrevivir.

—Me prometieron que ahí tenían la cura. Que si el gobierno se enteraba los detendrían porque lo que a ellos les interesa es deshacerse de... de la gente con esto. Por eso se tiene tanto cuidado con que la ciudad se mantenga oculta. No aparece en los mapas, no puede entrar cualquiera...

No puede saberlo cualquiera.

—Solo los afectados.

Él asintió.

—A Mark no le dio tiempo ni a intentarlo. Se enteró tarde. Y en apenas un mes, él... —Las manchas oscuras sobre la piel, los labios pálidos, el temblor de las manos, los pómulos marcados, los vómitos, la sangre, el llanto, «mátame, mátame», la mirada perdida, el grito de una madre, la bolsa de basura que cubrió su cadáver cuando llegaron al hospital—. Se fue.

No puedo permitirme morir antes de llegar a Haney. Es lo único que me queda, Ness.

Quise decirle que no iba a morir.

No *podía* morir. Él no. Él no era un número más en las noticias ni una amenaza descrita en un cartel ni una de esas trágicas historias que suspiraban las ancianas desde las mecedoras de sus porches. Él no era como los demás. Fue solo un amor de verano, fue solo una vez, no tendría que haberse contagiado. No podía morir. No podía...

Y aun así me obligué a callar.

—Supongo que Eric lo sabe —dije, por puro presentimiento. Habían pasados demasiadas noches en hostales como para no compartir algo así.

Asintió.

—Es demasiado espabilado. Él sí que valdría para periodista.

—Y tú también. Porque vas a ser periodista, ¿me oyes? Vas a ser periodista y vas a largarte de Mistorne y vas a hacerle un corte de mangas a tu padre cuando se arrepienta de todo lo que te hizo. Vas a ser una gran persona, Roy, y lo sé porque ya lo eres. Y esto solo te hará más fuerte, lo sé, porque no vas a... —Me quedé sin aire—. No vas a...

Quería decirlo. Esas palabras que aún no nos decíamos. Esas palabras que se repetían en el Ruido y morían en mis labios.

VIH. Sida. *Cáncer gay*. «Una maldita sentencia de muerte».

—Ya he sido fuerte, Ness. Y ya has hecho mucho por mí, no tienes que intentarlo más. —Esbozó una débil sonrisa—. No sabes las veces que he pensado que, quizás, si no hubieras venido a mi casa aquella noche, habría sido demasiado tarde cuando alguien me encontrara. Porque me había quedado sin nada, Ness. Me habían cerrado las puertas de mi casa, cada día me recordaban lo repulsivo que era, Mark ya no estaba y yo... No podía más. No quería soportar nada más. —Cogió aire, despacio—. Pero siempre me has dado una razón para seguir. Y no sé cómo voy a poder devolverte todo esto si...

—Vas a poder devolverme todo lo que quieras porque vamos a llegar a Haney, y una vez allí, yo...

—No, Ness. A eso es a lo que quería llegar —murmuró—. Es... Es genial pensar que todo será tan fácil como ir y curarme, pero no sabemos lo que nos espera ahí. ¿Has oído que alguien se recuperara del VIH? ¿Que alguien se salvara? Quiero... Quiero pensar que no lo sabemos porque Haney se esconde muy bien, pero... Mis padres me matarían también por esto, Ness, pero no creo en los milagros. Y tú tampoco deberías. No depende de ti arreglar todo esto. Lo sabes, ¿verdad?

—Roy...

—Existen las causas perdidas. Y puede que esto sea una. —Una lágrima se deslizó por su mejilla, pero él mantuvo la sonrisa firme, igual que su mano—. Cuando... Cuando pase lo que tenga que pasar... Solo quiero que seas lo suficientemente fuerte como para olvidarte de mí. Para... vivir.

Las palabras salieron de sus labios con pena y las entendí como el mayor imposible que Roy podía pedirme. No podía olvidarlo. No a él. No podía deshacerme de él y de todos los años que habíamos vivido como si fuera un trapo sucio.

A pesar de sus palabras, sabía que Roy aún esperaba que alguien bajara del cielo y le demostrara que sí que podían existir los milagros. Esperaba que alguien hiciera justicia de todos los casos a los que el gobierno estaba dando la espalda. De todas las muertes. De todo el silencio. De toda la culpa...

Y quería que yo también esperara, como él.

Así era como el mundo se dejaba destruir, a la espera de que fuera otro el que alzara voz.

Primero me di cuenta de la violencia con la que sacudía mis hombros, y solo después fui consciente de que no había parado de llorar en ningún momento. Roy se acercó a mí y me rodeó todo el cuerpo con sus brazos.

Hundí el rostro en su pecho y me agarré a su camisa como si estuviéramos al borde de un precipicio. Lloré mientras él trataba de sostenerme con su cabeza sobre la mía. Me acariciaba el pelo con cuidado, como si fuera una niña pequeña con pesadillas.

Pero estábamos viviendo en una.

—Dios. Dios, Roy, no... No puedo creer...

Él siseó para hacerme callar.

—Estaré bien. Estaremos bien, Ness, te lo prometo.

Quise gritarle que no podía prometérmelo. No era justo.

Pero solo supe abrazarle un poco más fuerte y llorar hasta que los dos nos quedamos dormidos.

Atrás

Era 28 de junio y hacía mucho calor, pero eso no parecía frenar a los marchantes. Roy aprovechó la vuelta a casa desde el mercado para curiosear y observar las caras de todos los que levantaban las pancartas del día del Orgullo. Caminaban despacio, gritando sus canciones y sus rimas con la cautela de quien no quiere ser castigado. Había oído hablar de aquella marcha. Sus padres habían preparado su propia pancarta, también.

«Arded en el infierno».

Colgaba desde la ventana de su habitación, la única que daba a la calle.

Cruzó los dedos detrás de la espalda para que los marchantes cambiaran mágicamente de dirección, pero lo único que consiguió fue esquivar el palo de una de las pancartas que rebotó frente a sus narices. Faltó poco para que las naranjas que acababa de comprar salieran rodando de la bolsa.

—¡Perdona! —Un chico se agachó frente a él para cargar con uno de los dos palos que sujetaban el cartel, pero parecía tener las manos resbaladizas. Se apartó el pelo oscuro que le caía por la cara con un suspiro—. Dios, esta cosa pesa una barbaridad.

—¿Te... te ayudo?

Cargó con la bolsa de naranjas al hombro y levantó uno de los palos del suelo. Antes de que le diera tiempo a decir nada más, Roy se vio engullido por la marea de gente que encabezaba la manifestación. No tuvo más remedio que andar hacia delante para no chocar con nadie más.

—¡Muchas gracias, amigo! —dijo el chico desde el otro lado de la pancarta. Le dedicó una sonrisa que hubiera podido alumbrar toda la ciudad—. ¿Es tu primera marcha?

—Bueno, yo... —Tragó saliva—. Algo así.

No sabía qué era peor: si contar medias verdades a un desconocido o no admitírselas a sí mismo. Pero si de algo estaba seguro es de que sostener la pancarta le hacía sentir mucho mejor que ver ondear el cartel de su casa.

—Yo de ti me agacharía un poco, enano —siguió el chico, haciéndose oír por encima del barullo.

—¿Que me aga...?

—¡A tu derecha!

Pero no le dio tiempo ni a mirar ni a agacharse antes de que un pequeño proyectil chocara contra su brazo. El segundo fue en toda la cara.

—Cuidado, enano. Si ven que te asustan te lanzarán más. —Le dedicó una breve sonrisa—. Pero son solo bolas de papel, no hacen mucho daño.

Aquí en Mistorne suelen ser bastante pacíficos.

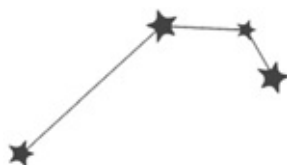
«*Arded en el infierno*».

No quería imaginar cuando no lo fueran.

—Soy Mark, por cierto. —El joven esquivó un par de proyectiles más y aprovechó el momento para acortar la distancia que los separaba. Le tendió la mano con una sonrisa que Roy sabía que recordaría toda su vida, con dos hoyuelos coronándole las comisuras de los labios.

—Roy.

Se dieron la mano treinta y siete días antes de darse su primer beso.



El *Spectrum* hacía honor a su nombre todas las noches que las sombras y las luces jugaban a ver quién podía crear más fantasmas. Dependía de los que habitaran en cada persona, del Ruido que hicieran, del alcohol que llevaran en las venas y de las horas bailadas. Y había un espacio reservado para los que estuvieran cansados de espejismos. Una puerta trasera, un par de contenedores, el rincón donde ibas a fumar o a esconderte.

El rincón donde Roy no esperaba encontrarse a Mark. No así.

Se quedó quieto en la puerta, con Liv todavía apretándole la mano. La sonrisa de los dos se desvaneció en lo que dura una calada.

—Vaya —dijo Liv—. No pensaba que estaría ocupado. Creo que mejor vuelvo dentro...

—Ahora te sigo, ¿vale? Dame un segundo.

Liv asintió y se despidió con un beso. Cuando cerró la puerta después de entrar, el estruendo de la música se cortó para dar paso al silencio.

—Te queda bien. —Mark levantó la mirada desde el suelo, con un cigarro entre los dedos—. La chica, digo. Espero de verdad que te haga feliz.

—Mark...

Roy se agachó a su lado. No hacía falta contar los vasos que acumulaba a su vera para imaginar el tiempo que llevaba ahí fuera, solo.

—¿Necesitas que te lleve a casa? —preguntó.

—¿A casa? No, qué va. Me estoy dando un festín aquí solito. —Hizo temblar el cigarro con su risa y luego suspiró, como si hasta reír le cansara—. Quería despedirme de este sitio también.

—¿Te vas?

—¿Hm?

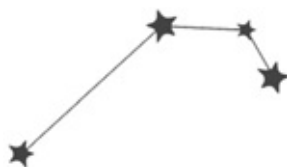
—Sé que... Sé que querías marcharte de Mistorne, hace un tiempo. ¿Es eso? ¿Vas a irte?

Mark apagó el cigarro en el suelo y giró la cara hacia Roy. No sabía si eran las luces lejanas del *Spectrum* jugando a despertar fantasmas, pero Roy hubiera jurado que tenía los ojos vidriosos. Sonrió.

—Algo así. Si algo sé es que voy a echarte mucho de menos, enano. —Colocó la mano sobre la mejilla de Roy, fría, y por un momento pensó que estaba a punto de besarle. Pero lo único que vio fue cómo una lágrima descendía por su mejilla, siguiendo el mismo camino que las pecas que descubrió el día que le conoció—. Eres muy buena persona, Roy. La mejor que he encontrado. Por favor, cuídate mucho, ¿vale? Por favor. Por favor, ten cuidado...

—Mark...

Sé que Roy cogió la mano con la que Mark le acariciaba, que entonces Liv le llamó desde el otro lado de la puerta, que el recuerdo se deshizo como si fuera niebla, que entonces volvimos a estar en un motel perdido en Arizona, y esta vez era yo, Lucie, la que sostenía las manos de alguien que intentaba despedirse.



Roy apartó las manos. Pero no lo hizo como la primera vez que le leí, en un motel un poco menos elegante que este, como si las manos me ardieran y el recuerdo le hubiera abierto heridas en la mente. Me acarició los dedos y permaneció sentado sobre las rodillas, con el pelo cubriéndole los ojos.

Si no hubiera estado llorando como una maldecida, le habría dejado caer que necesitaba un buen corte de pelo.

Roy se acercó un poco más a mí y me abrazó, a riesgo de que la telepatía volviera a dispararse. Lloré sobre su hombro y seguí llorando cuando me limpió la sangre que descendía hasta mis labios.

—Debería ser yo la que estuviera cuidándote a ti —dije, con el pañuelo que sostenía Roy a un centímetro de mi cara. Él sonrió.

—Llevas cuidándome toda la vida, Nessa.

Supongo que por eso dejé que me tapara con una mantita cuando volvimos a tumbarnos sobre la cama, cara a cara. Me quedé mirando a Roy como si fuera a desvanecerse en cualquier momento.

—Gracias por dejarme verlo —murmuré.

Por la forma en la que arrugó la nariz, cualquiera diría que acaba de insultarle. Dejó salir el aire con un suspiro.

—Te he estado ocultando todo esto durante tanto tiempo...

—Puedes contármelo todo ahora. Solo si quieres. —Por mucho que se hubiera ofrecido a que le leyera la mente, los recuerdos no hablaban de cómo él lo había vivido—. Y deja de torturarte por lo que hiciste o no hiciste, por favor. Lo que pasó entre Mark y tú... Es... es normal que tuvieras miedo. —Tragué saliva; estas eran las cosas que él me decía a mí, no al revés—. Y es normal que no quisieras contármelo. No te culpo.

Si en algo éramos expertos los Favre era en tener secretos.

Roy levantó la mirada.

—¿De verdad?

—Roy... Te pasabas los días en la asociación. Sé que ayudarías hasta a la señora Delton si te lo pidiera pero... Esto era distinto. Algo intuía. —En el espacio de dos segundos, el rostro de Roy cogió el color de la tela tartán de mi manta. Me encogí de hombros—. No me hubiera sorprendido, solo eso.

—Pero quise a Liv, Nessa.

—Y también a Mark. Lo sé, de verdad que no tienes que explicarme nada...

—Y estoy enamorándome de ti.

Sentí que el corazón se me rompía en mil pedazos.

Eso tampoco era amor, ¿verdad, Lucie? El amor del que hablaba mi padre en sus novelas no dolía. No parecía una despedida.

—Y luego se te ocurre decirme que tengo que olvidarme de ti. —Le acaricié la mejilla con cuidado—. Eres de verdad el héroe de las misiones imposibles.

Cogió la mano con la que le sostenía y la apretó con fuerza. Estaba agotada, como si me hubiera quedado sin fuerzas para llorar, para sentir su

Ruido, para ser consciente de todos los murmullos que se le escapaban de la cabeza. Demasiado cansada para esquivar la otra parte de la historia que preferíamos no contar.

—Siento mucho que tuvieras que pasar todo lo de Mark... solo.

—No estaba solo. Estabas tú y...

—No perdiste únicamente a un *amigo*, Roy. Y como vuelva a verte avergonzado de lo que sentiste, yo...

—Tú no lo entiendes, Ness...

—¿Que no lo entiendo? Roy, por favor. —Me quedé apoyada sobre un codo y puse los ojos en blanco—. Sé que yo siempre he sido la más avispada de los dos, pero no he podido ser más *obvia*. ¿April Garner? ¿Te suena de algo?

Los ojos de Roy se abrieron como platos, y por un momento me permití olvidarme de todo para poder reír.

—¿Tu amiga de clase...?

—Sí, sí. *Superamigas*. —Levanté las cejas y tumbé la cabeza de nuevo sobre la almohada. Roy me había cogido la mano y había entrelazado sus dedos con los míos—. Supongo que yo tampoco quise ponerle nombre, pero... Sé... Sé lo que es sentir que quizás es algo que tienes que esconder.

Roy miró hacia otro lado con un suspiro.

—Pero tus padres no lo saben.

Chasquéé la lengua.

—O no les importa.

—Yo no he tenido esa suerte, Ness.

Noté ese tinte triste en su voz, como cada vez que recordaba a su madre y sus hermanas. No sabía cómo las pequeñas gemelas habrían reaccionado a todo, pero conocía lo suficiente a la señora Álvarez como para saber que pondría la mano en el fuego por Roy.

O por la versión de Roy que querían mantener en su cabeza.

—No creo que a tu madre le preocupara más con quién te acostaste que lo que te ocurre, Roy.

La imagen de aquel cartel colgando de la habitación de Roy se escapó con un fogonazo de su Ruido. «*Arded en el infierno*».

—Tendré que recitarte un verso de la Biblia para recordarte por qué sí le preocupa, Nessa. Acumulé tantas cosas para decepcionarles que ella... Solo supo decirme que rezaría por mí.

—Supongo que tendrá que añadir «casi se acuesta con una vidente farsante» a su lista de decepciones.

Quería hacerle reír, pero mi risa se rompió a mitad camino y acabé con la vista emborronada por las lágrimas. Tenía un nudo atravesándome el pecho que me dejaba sin aire. Roy debió darse cuenta de que respiraba más rápido, porque me acarició la mejilla con cuidado.

—Estaré bien, Nessa —murmuró. Cualquiera diría que era él el que leía la mente—. Yo... Mark estaba mucho peor.

Cogí la mano con la que me acariciaba y le besé los nudillos. No quería decirle que saber eso no era ningún consuelo. Pero, si tenía que mentirme, prefería un «estaré bien» antes que un «olvídate de mí».

Roy seguía con el ceño fruncido y el Ruido muy alto, como si aún tuviera algo rondándole por la cabeza. Cuando se decidió a decirlo se ruborizó hasta las orejas:

—Y entiende que... antes, aunque tuviera todas las ganas del mundo —hizo una breve pausa para mirarme a los ojos y añadir—: que las *tenía*, no podía arriesgarme a...

—Ya, ya. —Le acallé con un beso que nos pilló por sorpresa a los dos—. En la próxima gasolinera ya sabemos qué hay comprar. Solo por si acaso. Dicen que eso funciona, ¿no?

Su risa se quedó a un centímetro de mis labios.

Descenso



erré los ojos apoyada en el cristal de la ventanilla mientras el Ford se tambaleaba por la carretera como un infante torpe. Ojalá pudiera dormirme, pero la cabeza de Roy seguía llena de frases inconexas y una neblina de palabras que no conseguía —ni quería— entender. Se había empeñado en conducir él, a pesar del cansancio.

Eric se inclinó hacia adelante y me acarició el hombro desde el lateral del asiento. Supo leer en mis ojos todo lo que había pasado en cuanto Roy y yo nos plantamos en su habitación a primera hora de la mañana.

Y no sirvió de mucho que intentara bromear. Quitarle importancia y miedo. Recordarme que estábamos yendo a Haney por una razón. Que él había oído hablar de la gente que se curaba allí, que todo estaría bien. Que si me lo había ocultado era porque estaba tan seguro de que Roy sobreviviría que no le veía sentido a preocuparme por nada.

Pero esto no era *nada*. Era Roy, era su vida, era la verdadera razón de este viaje, era una herida más con la que tenía que lidiar, esa que hacía que un disparo se me antojara una caricia.

Dejamos atrás un cartel que indicaba que el Gran Cañón estaba a menos de doscientos kilómetros.

—Haney y el Gran Cañón están muy cerca —dijo Roy, sin apartar la vista de la carretera—. Algunos incluso dicen que la ciudad se ubica justo en el Gran Cañón, pero no creo que sea verdad, y menos si su intención es pasar mínimamente desapercibidos. Seguro que dentro de poco empezamos a ver las primeras indicaciones.

No le miré. No soportaba que ahora mis ojos siempre buscaran nuevas manchas en su piel o el más mínimo temblor en sus manos. Cualquier señal de que el mundo volvería a derrumbarse.

Y seguramente ahora me diría «Nessa, estoy bien. Está todo bien».

Desde que salimos de la habitación de Winslow los dos nos habíamos sumido en una especie de estado fronterizo, a medio camino entre estar despiertos y estar en plena pesadilla.

—¿Y luego qué? —murmuré. Casi para mí.

En algún momento tendría que hablar con mi madre. Y se suponía que tenía que volver a Mistorne, porque se lo había prometido y porque en el fondo *Madame* me debía de echar de menos. Pero Roy no volvería, ¿verdad? No podía pedirle eso, y menos sabiendo todo el dolor que suponía para él que su familia le hubiera dado la espalda. Que no se habían despedido de él porque ya se lo esperaban muerto.

Tragué saliva.

Si volvía lo echarían a patadas.

Ahora entendía que tanta gente viera Haney como un centro para refugiados. Para todos los que huyeran del odio de otros.

—*Luego* —respondió Eric, quizás para llenar el falso silencio que había sacudido el coche— comprobaremos que Haney tenga al menos una tienda de cómics. Si no la tiene, me sentiré profundamente decepcionado y daré media vuelta. No me parece mal plan.

Roy rio entre dientes.

—«Mi reino por un puñado de cómics» —bromeó, agravando su voz.

Abandoné mi cómoda postura contra la ventanilla para volverme hacia Eric.

—¿A ti también te gustaría quedarte?

Él levantó una ceja, con una sonrisa que oscilaba entre la gracia y la tristeza.

—¿Crees que alguien me espera de vuelta a casa, Nessa? —Se encogió de hombros—. No tengo prisa. Por mí, me pegaría unos cuantos días de vacaciones.

—Yo *tengo* que volver a Mistorne —solté, y sentí de golpe el cortocircuito que pareció romper el Ruido de Roy—. Pero no... No será permanentemente. Y no es por la razón que tú piensas —dije mirando a Roy de una vez.

Meforcé por verle más allá de todos los síntomas, invisibles o no. Meforcé por creer ciegamente en Haney como él quería que hiciera.

Pero no podía.

—Alguien tiene que dar voz a esto —acabé.

—¿A esto? —Eric se inclinó hacia delante.

—De entre todas las cosas que dijiste, la que más me dolió —«Mentira»— fue darme cuenta de que tenías razón, de que la gente se está muriendo y al mundo le importa una mierda. De que hay mucha gente sufriendo y la mitad de la población se encoge de hombros porque eso es lo

que les han enseñado a hacer. Es... Es como si ya diéramos por hecho que la tragedia es el *statu quo* de nuestro país. Hemos sobrevivido a dos putos tiroteos y no voy a permitir que sea una enfermedad desconocida lo que ahora te mate.

Roy palideció. Noté que apretaba con más fuerza el volante, pero no se volvió para mirarme.

—No eres la primera que lo intenta —murmuró—. No soy el primer afectado, Ness. Si no nos han hecho caso antes, no se lo van a hacer ahora a una veinteañera que ni siquiera se ha graduado.

—¿Y por eso tengo que quedarme con los brazos cruzados? —Apreté los puños sin darme cuenta—. Así es como ha funcionado siempre, Roy.

Las víctimas agachan la cabeza, se cogen de la mano y se quedan a la sombra, hasta que la sombra se convierte en una tumba. Y ya has visto demasiadas. —Tragué saliva e hice una breve pausa, pero Roy no podía replicarme—. El dolor y el duelo pueden ser también un grito de batalla. No tiene por qué ser el final. Todas las revoluciones empezaron con dolor, Roy; y esta no va a ser diferente. Pero ya hemos sufrido suficiente, suficiente para empezar a cambiar las cosas. —El corazón me bombeaba con fuerza contra el pecho.

—Pero, Ness...

—No conseguirás que no luche por esto —seguí—. Llamaré a cada maldito periódico hasta que se atrevan a hablar de esto sin prejuicios, hasta que empiecen a tratarlo como una enfermedad y no un castigo. No me hice periodista solo para contar lo que hacen otros.

Quise ser periodista para cambiar las cosas, Lucie. Hui de casa para cambiar. Pero quizás todo era una forma de sentir que pertenecía, de ahuyentar la soledad. Y me daba cuenta ahora, cuando estaba a punto de perderlo todo. No me iba a quedar de brazos cruzados.

Ya tenía suficiente.

Con Montauk y el silencio de mi madre.

Con los hombres anónimos que tenían valor para disparar pero no para ponerse nombre.

Con el Ruido que perforaba mi cabeza.

Y ahora *esto*.

No se atreverían a callarme más.

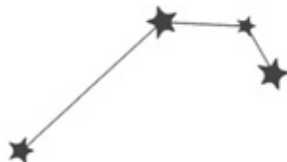
—Pero, vamos a ver, ¿nunca habéis visto un turista o qué? —Eric envolvió mi cuello con un fular azul, a pesar de mis quejas. Hacía tanto calor que podría haberme freído un huevo sobre la piel.

Aun así, no me libré de que me obligara a colocarme una cinta en el pelo y las gafas de sol más horteras que había encontrado en una tienda de *souvenirs*.

—Ojalá te pudiera cortar esa melena.

—Ni lo sueñes.

Le aparté el brazo de un manotazo, juzgándole a través del cristal opaco de las gafas.



Roy nos esperaba recostado sobre el capó del coche, al sol. Eric no parecía tan empeñado en que él pasara desapercibido. Llevaba su chaqueta vaquera, llena de parches de superhéroes y logos de bandas de música *country*, e iba cubierto hasta el cuello con otro de los fulares que utilizaba mi *alter ego* pitonisa. Tenía la frente perlada de sudor y la mirada perdida, otra vez. Apenas había dicho nada desde que llegamos al Gran Cañón.

No sabía si se cubría para ocultar su cuerpo o porque tenía frío a cuarenta grados. Y no sabía cuál de las dos opciones me dolía más.

—Creo que Roy te necesita —murmuré volviéndome hacia Eric. Se estaba arremangando la camisa por encima de los codos, como buen turista londinense—. Lleva mucho rato callado.

Levantó una ceja.

—¿Y por qué piensas que preferiría hablar conmigo?

«Porque me pidió que le olvidara».

Mi sonrisa se tambaleó un segundo.

—Porque a ti se te da mucho mejor fingir que todo está bien —dije.

Eric abrió los ojos, confuso. Supuse que esa no era la respuesta que esperaba y, a juzgar por la forma en la que arrugó el ceño, tampoco una de la que se sintiera orgulloso.

—No se trata de fingir —murmuró, y bajó el tono de voz—. Mi madre decía que quizás no se puede ser feliz siempre, pero a veces no te queda más remedio que ser valiente. Y eso ya es un primer paso. —Se encogió de hombros. En algún momento había dejado de mirarme a mí para mirar a Roy—. Aunque, bueno, quizás no lo decía y es un recuerdo falso, pero no suena demasiado mal.

—No, no suena mal —repetí. Le di un suave apretón en la mano antes de soltársela—. Ve, corre a decírselo. Y luego vuelve a repetirle las razones por las que *Spiderman* es mil veces mejor que...

—Ni lo nombres. Si Roy fuera un verdadero fan no tendría ni que explicárselo.

Consiguió arrancarme una sonrisa; una de las pocas que no tenía ensayadas. El corazón me bombeaba con tanto miedo y tanto agradecimiento que no sabía cómo era capaz de contener todo lo que sentía.

Porque cada vez estábamos más cerca del final de aquel viaje, pero nunca imaginé que acabaríamos así.

Le di un suave beso a Eric en la mejilla.

—Gracias —murmuré junto a su oído.

Se fue dejándome de espaldas al coche y a Roy. Donde un segundo antes estaba Eric, ahora solo podía contar las montañas de arena, el desierto rojizo que se extendía y el único cartel que todavía se sostenía junto al aparcamiento. Tenía los cristales de las gafas de sol tan sucios que todo el paisaje parecía contaminado con pequeñas motas de polvo aquí y allá, como si fuera una de las fotografías antiguas de *maman*. Si este fuera un viaje de verdad, si fuéramos solo tres amigos atravesando los estados en la famosa Ruta 66, tendríamos una foto junto al cartel. Después de todo, era lo que llevábamos buscando desde el principio.

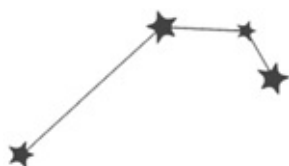
El aparcamiento a la izquierda, un restaurante a 400 metros, el Gran Cañón a una milla, todo recto; Haney en algún lugar al frente, con una flecha señalando la misma dirección del parque nacional.

Pero ahí estaba, con todas sus letras: Haney. Estábamos a nada para encontrarlo.

Roy sospechaba que no sería tan fácil como seguir un camino de baldosas amarillas, y por eso había propuesto que continuáramos a pie.

Seguía pensando que Haney se escondía en algún lugar del Gran Cañón, por improbable que pareciera. Y no había forma de quitarle esa idea de la cabeza.

No quería pensar que Roy veía todo esto como una cuenta atrás.



Cuando era pequeña, me imaginaba cada mudanza como un viaje al espacio. Me pegaba a las ventanillas del viejo Ford, con la nariz casi rozando el cristal, y veía la neblina cambiante en la que se convertían las señales de tráfico, los coches y las personas que íbamos dejando atrás. Solo había dos cosas que se movían sin prisa: la luna y el paisaje. La primera siempre estaba muy quieta, en el cielo, incluso cuando todavía era de día y ni siquiera se veían las estrellas, y por alguna razón siempre lo tomé como la señal de que me estaba esperando. De que un día el coche despegaría igual que lo hacían esas máquinas con alas que podían viajar en el tiempo y llevarte de un lado a otro en un pestañeo. De Francia a Inglaterra. De Inglaterra a Estados Unidos.

La última prueba que necesité para saber que el coche despegaría fue atravesar el país de estado en estado y ver cómo las copas frondosas de los árboles se convertían en polvo y arena. Los cohetes siempre despegaban en el desierto, no en el bosque. Quizás nosotros también lo haríamos.

De ser todavía una niña, hubiera creído que estábamos en Marte. O no, ni siquiera Marte. El Gran Cañón pertenecía a otro mundo.

Por mucho que Eric creyera que unas gafas de sol roñosas podían encubrirme, me las quité en cuanto entramos en el parque. En aquel momento, justo cuando atardecía, el Gran Cañón parecía empezar a despertarse. Los rayos de sol bañaban cada lámina de tierra tallada en la roca, mudando los colores de naranja a rojo y a dorado. Se oía el rugido del río fluyendo cuesta abajo, como si el agua buscara los brazos de un amante.

Pero lo que más me gustó y me asustó al mismo tiempo fue la inmensidad. Cómo todo el mundo parecía demasiado insignificante.

Demasiado frágil. El cañón se alzaba con orgullo y dejaba que el eco de las piedras que caían de sus laderas hablara por él. Los turistas que descendían hacia la base lo hacían por senderos estrechos e irregulares, colocados en fila, como hormigas. Eric, Roy y yo los veíamos desde el otro lado del cañón, la zona más apartada y menos turística.

La gente no solía bajar por aquella ladera, en parte por la falta de guías turísticos y en parte por los desperfectos de esa ruta. Los caminos eran todavía más estrechos y parecía que la roca fuera a derrumbarse a cada paso que dábamos, como si fuera polvo. Pero los carteles hacia Haney seguían apareciendo, ahora escritos a mano sobre tablas de madera. Y seguían señalando las rutas con peor pinta de toda la zona.

—No me hubiera importado dar un rodeo, ¿sabéis? —Me aferré a la pared de roca que quedaba a nuestra izquierda mientras descendíamos. Miraba la

punta de mis zapatillas porque cualquier otra opción me daba vértigo—. No es que este camino me parezca de lo más fiable.

—¿Preferías hacer el camino en mula? —dijo Eric desde atrás—. A los turistas les encanta.

—Si me fío poco de mi equilibrio imagínate cuánto me fío de una mula. —Puse los ojos en blanco—. Roy, por fa, dime que no queda mucho. Tengo calor.

Me pareció ver en sus labios una sonrisa que murió nada más nacer. Él también se aferraba a la roca, pero sus pasos eran mucho más seguros que los míos. Lo suficiente como para darse media vuelta y tenderme una mano.

Titubeó un poco al ver que le temblaban los dedos.

—Vamos —dijo—. Es solo un poco de pendiente.

Suspiré y me agarré a la mano que él me ofrecía. Sabía que el camino era lo suficientemente ancho como para que pudiéramos andar hombro contra hombro, pero no lo parecía. Cuando la gente hablaba del Gran Cañón no mencionaban todos los «¿y si?» que se te pasaban por la cabeza. Esas corazonadas tan irracionales que te asustaban solo de pensarlas.

¿Y si saltaras?

¿Y si alguien tropezara ahora?

¿Y si...?

—Eh —Roy me dio un suave apretón en la mano y se acercó a mi oído—, ¿estás bien?

Tragué saliva. No era justo que me lo preguntara precisamente él.

—Acabo de descubrir que no me gustan las alturas.

—Oh, ¿en serio? —Puso los ojos en blanco—. ¿Y el hecho de que no quisieras subirte a mi casa del árbol nunca te dijo nada?

—Esa casa tiene carencias, Roy. Parece que la construyó un arquitecto borracho.

Se rio conmigo, aunque yo lo dijera sin ninguna gracia. Él seguía al pie de cañón (figuradamente), en su papel de héroe de causas perdidas. Aunque me dijera que se había convertido en una. Seguía cogiéndome la mano y caminando a mi lado y animándome a dar un paso más, a pesar de todo.

Desde que fui yo quien le curó las heridas cuando se cayó de la bici, ocho años atrás, siempre creí que era él quien me necesitaba a mí. Yo era la que le ayudaba a acabar los deberes de ciencias, la que miraba por encima del hombro a cualquiera que se metiera con él o con su familia, la que le abría las puertas de casa cada vez que cerraban las tuyas. Roy me necesitaba y yo necesitaba que lo hiciera. Me aferré a la idea de ser la persona que él quería,

siempre. Alguien importante. Y lo hice sin permitirme que otros cuidaran de mí.

Porque si me devolvían el favor quizás es que ya no me necesitaban.

Ocho años en los que no me había dado cuenta de que la historia se estaba contando al revés. Que Roy acababa reparando todo lo que yo rompía. Besaba cada una de mis heridas como si lo mereciera. Como si no viera que la sangre de mis manos acababa en sus labios.

—Mira. —Roy se detuvo de golpe, con la sonrisa perenne en los labios. Señaló un trazo en la roca, algo desdibujado—. Una «H». Eso es que vamos por buen camino.

—Quizás señala un hospital —dijo Eric—. No me extrañaría que necesitaran más de uno por aquí.

Lanzó una piedra al vacío de una patada.

Por un momento sentí que mi corazón se olvidaba de funcionar. Apreté con más fuerza la mano de Roy mientras él reanudaba la marcha. Le seguí solo después de echar un vistazo al camino vacío que dejaba a mis espaldas.

—Te preocupa que Lashbrook nos esté siguiendo, ¿verdad? —murmuró Roy, sin mirarme.

Bajé el tono de voz.

—Se supone que la que lee la mente soy yo.

—Pero es que me lo pones fácil. —Me colocó una mano en la base de la espalda mientras descendíamos—. No eres la misma desde...

Y era porque mi mejor amigo se moría, Lucie, no por un loco pegando tiros.

—Lo raro sería que no me preocupara —contesté—. Sobre todo porque es imposible que Lashbrook trabaje solo. Nos robaron los papeles en nuestras narices sin dejar ni una maldita señal. ¿Y para qué? —Tragué saliva—. ¿Qué había de valor que no viéramos?

—Quizás todo tenía valor para ellos.

—Esos periódicos pueden encontrarse en cualquier archivo, Roy. Pero las cartas de mi tío...

Tragué saliva. Eran otra incógnita que ahora no habría forma de responder. Mi tío les mandaba fotos de un hombre desde Francia, como si se tratara de un espía. ¿Un espía americano, quizás? ¿Tendría que ver con Montauk y Turner?

Fuera como fuese, aquel hombre ya estaba muerto. O eso decía su esquela.

Luego fue John Turner. De él, al otro lado del continente, solo podía mandar recortes de periódicos, imágenes antiguas y una advertencia: «Sigue aquí». Si había dicho algo más acerca de su paradero o de su relación con Lashbrook, ya no podía saberlo.

«Espero que al menos disfruten al leer los chistes internos de Nate».

—Mi madre me matará cuando se entere de esto —dije, al ver que Roy no respondía. Solo dejó escapar una media sonrisa.

—Ah, claro. Y lo del tiroteo lo dejaremos para otro día.

—Lo del tiroteo no fue culpa mía —gruñí.

—Pero esto tampoco. —Me dio un pequeño codazo, lo suficientemente suave como para que no perdiera el equilibrio. Supe que se había quedado con una pregunta en los labios sin ni siquiera mirarle—. ¿Crees que...? —«Ahí está»—. ¿Crees que ella tiene algo que ver?

Tardé un segundo más de la cuenta en ver que se refería a mi madre.

—¿Con Lashbrook?

—Con Lashbrook. Con el proyecto de Montauk y todos los experimentos que se hicieron en el *Camp Hero*. Con la muerte de Frank Olson y los esfuerzos de la CIA por ocultar lo que estaban haciendo.

Arrugué la nariz. Ojalá pudiera ordenar toda aquella información en mi cabeza y juntarla con cada recuerdo de *maman* almacenado en mi memoria.

Con cada feria de arte de la que no volvía y cada mudanza, cada vez más lejos de Toulouse, del tío Nathan, del hombre de rizos negros apellidado Chardin.

—Eso es lo que me da miedo preguntarle.

Di un cabezazo hacia Eric, obligándonos a callar. Ya era suficiente con haberle metido en el embrollo del tiroteo, la pitonisa y el amigo con VIH, como para contarle que, además, mi madre tenía telequinesia desde que era niña. Me contó que ya habían intentado aprovecharse de ella (y liquidarla, ya de paso) y que por eso tuvieron que marcharse de Francia. Toulouse dejó de ser un lugar seguro porque alguien sabía lo que ella era capaz de hacer.

Quizás fuera Chardin.

Y quizás no vino a América para huir de Francia (o no hubiéramos pasado aquellos años en Inglaterra), sino para perseguir todo esto.

Podría preguntárselo en la próxima llamada, de forma casual, justo después de que me preguntara si comía bien y antes de que pasara a preguntarme por Roy.

—Hacedme un favor —dijo Eric, adelantándose unos pasos hasta llegar a nosotros— y decidme que estamos cerca. Este calor me está matando.

—Eso te pasa por no llevar el sombrero de turista.

—Era muy hortera. —Levanté una ceja hacia él, incrédula, e hice un amago de arrancarme el fular del cuello—. ¿Qué? Es que a ti todo te queda bien, *mademoiselle*. No jugamos en la misma liga.

Sacudí la cabeza, con una sonrisa que aún parecía intrusa en mi boca.

Antes de que me diera cuenta, habíamos llegado a la base del cañón. El cielo empezaba a oscurecerse y los turistas que no estaban en la cima, esperando para hacer una fotografía al atardecer, andaban en dirección contraria a la nuestra, de vuelta a sus coches. Tuvimos que caminar con cuidado de no meter el pie en uno de los pequeños arroyos que gorgoteaban sobre la roca hacia el río. Parecía que el agua se deslizara con prisa. Como nosotros.

La última «H» señalizaba hacia un sendero entre las rocas, más ancho y mucho más oscuro que aquel por el que habíamos descendido. El Ruido de Roy cada vez parecía más enrevesado, más negro, más tenso. Casi podía escuchar el bombeo de sus latidos a través de él. Con cada paso que daba se le cortaba la respiración, y ya no sabía si eran los nervios o era la enfermedad.

Porque quizás estábamos a dos pasos de que todo fuera solo una pesadilla. O quizás estábamos a dos pasos de perder a Roy. Necesitaba, ahora más que nunca, que por una vez se nos diera el lugar seguro que se nos había prometido.

El sendero se fue ensanchando hasta abrir paso a un enorme valle entre montañas. Nos detuvimos los tres en seco. Roy me agarró la mano con fuerza, pero el temblor le obligó a soltarme.

Cayó de rodillas al suelo.

Habíamos llegado a Haney.

Caída

El grito de Roy le desgarró la garganta. Podía imaginar cómo se partía en dos, la garganta y el corazón, con la facilidad con la que el filo de una cuchilla atravesaba el papel.

Y después solo vino el silencio. Se calló su Ruido y el mío, y se hizo todavía más evidente que lo único que escucharía el grito de Roy sería su propio eco entre las montañas.

Sentía que tenía los tobillos anclados al suelo. Eric fue el primero en espabilarse; se acercó a Roy y le puso una mano sobre el hombro, cauto.

—Creo que... Bueno, puede que nos hayamos equivocado, ¿no? —Alzó la mirada hacia el cartel de madera podrida que daba la bienvenida a la «brillante y libre ciudad de Haney», con los bordes mordidos por las aves y la pintura desvaída. Abajo alguien había escrito «GILIPOLLAS» con espray morado, y no sabía si se refería a quien fuera que montara aquel falso Haney o a los que llegábamos buscándolo.

Porque detrás del cartel clavado en el suelo no había nada.

Nada.

Solo un par de latas de cerveza, un círculo de piedras que algún día debió contener una hoguera, y una tienda de campaña vieja, raída y sucia tirada sobre la arena. Todo lo demás era tierra, arbustos secos y una inmensa llanura entre montañas que se podría haber convertido en el lugar perfecto para erigir una ciudad.

Ahora todo aquel vacío parecía reírse de nosotros.

—Tiene que ser un error —dije. Y de verdad lo creía—. Si miramos por aquí cerca puede que encontremos alguna pista que nos diga dónde está Haney realmente. Tiene sentido, ¿no? Querían mantenerse ocultos. Esto tiene que significar algo.

Quería creerlo porque la otra alternativa era demasiado cruel. Porque me dolía pensar que alguien había creado un falso refugio solo para deshacerse de quien lo buscara.

Como darle queso a un ratón antes de matarlo.

Di un paso hacia la pared rocosa, con el corazón en un puño. Tenía que haber otra «H», otra flecha, otra salida.

Roy tiró del bajo de mi vestido antes de que siguiera caminando.

—Nessa, para. —Sonaba abatido, como si este último golpe le hubiera dejado sin aire. Se apoyó en el hombro que Eric le tendía—. No... No hay nada. No lo intentes.

Todo su cuerpo temblaba. La sangre había huido de su rostro, tenía los labios pálidos y parecía que fuera a romperse en cualquier momento.

—No, escucha —insistí. Mi mente se había acelerado tanto que solo oía zumbidos—. Seguro que tienen una entrada secreta por alguna parte.

Quizás... —Señalé los restos del campamento—. Quizás eso significa algo, y solo tenemos que buscar un mapa, una señal o...

Roy fue a replicarme, pero no le dejé. Cerré la mente lo suficiente para que lo único que pudiera escuchar fuera mi propio Ruido; una mezcla inconexa de lo que pensaba, lo que te decía, lo que no me permitía pensar, lo que no quería ver. Si me esforzaba lo suficiente podría deshacerme de todo.

—Nessa... —Para cuando Roy se acercó a mí yo ya estaba de rodillas y excavando con las manos llenas de mugre. Puede que hubiera algo debajo de la arena. Algo entre los cristales rotos de una botella, algo en la lista de ingredientes de aquel refresco—. Nessa, para, te vas a hacer daño.

—Los mapas siempre están enterrados en la arena, ¿no? O en los cofres. Puede que alguien haya llegado primero, pero no... No... —Me detuve en seco al darme cuenta del frío que había empezado a recorrer mis mejillas.

Las lágrimas me nublaron la vista.

—Nessa, vamos... —Eric me cogió de debajo de las axilas para levantarme, pero le aparté con un gesto brusco.

—No, no nos vamos a ir a ninguna parte. No después del pateo que nos hemos pegado para llegar hasta aquí. *Putain*. —Me puse en pie con tanta fuerza que por un momento me vi devolviendo ahí mismo. El mundo daba vueltas y con suerte con el último giro todo volvería a tener sentido—. Yo me quedo. Y pienso escarbar cada centímetro de tierra si hace falta hasta encontrar algo que nos diga cómo llegar a esa dichosa ciudad. Porque vamos a encontrar Haney y van a curarte, ¿me oyes? —Levanté un dedo hacia Roy que pretendía ser amenazante, pero todo se fue al garete en cuanto empecé a llorar—. Van a curarte. Ahí pueden curarte y entonces...

Entonces...

Las lágrimas me ahogaron la voz, pero no quería callarme. No podía dejar de pensar en Haney, en Roy, en el sida y en la ciudad que me habían

prometido que salvaría a mi mejor amigo; no podía dejar de llorar ni dejar de sentir, y sobre todo no podía seguir quieta, de brazos cruzados en medio de esa inmensa nada. No podía rendirme.

Pero Roy ya lo había hecho, ¿verdad, Lucie? Por eso lloraba en silencio, por eso había gritado hasta quedarse sin voz y por eso ahora era él quien me miraba con pena.

—El doctor con el que hablé en Santa Rosa me mintió, Nessa —dijo, con la voz muy débil—. Lo encontré en la plaza, mientras Eric y tú acababais de montar la tienda. Me tendió un vaso de agua porque me dijo que me veía muy débil y no quería que me diera un golpe de calor. Le bastaron dos segundos para darse cuenta de lo que me pasaba realmente. —Esbozó una sonrisa que murió nada más nacer—. Había visto muchos como yo, dijo. No, ninguna mujer. Eso no podía pasar. Así que al menos Liv tenía razón en algo, ¿no? Quizás también tuviera razón en Haney. —Cogió aire y se contuvo para no seguir llorando—. Y el doctor me dijo que sí, que conocía Haney, que había mandado ahí a todos los tipos que se había encontrado en la ciudad. «No queda muy lejos ya. Tenían la base en el Gran Cañón, ¿verdad? Una ubicación muy poética, si me permites decirlo». —Apretó los puños. Eric debía saber lo que venía ahora, porque no tardó en pasarle un brazo por el hombro y acercarse más a él—. Me mintió para deshacerse de mí también. Como habían hecho con el resto.

—No... —Miré a mi alrededor y busqué cualquier indicación que lo desmintiera. Aún esperaba que dos ángeles bajaran una ciudad del cielo—. Eric, por favor, dime que tú también piensas que se equivoca. No pueden inventarse una ciudad de la nada. No pueden ser tan... Tan...

Cruelles.

Esa era la palabra.

Eric agachó la cabeza.

—Bueno —dijo—. Sabía que esto era una posibilidad.

—¿Qué? —Reí por no llorar—. ¿Que sabías que...?

—Vamos, Ness. —Hablabaja bajito, cansado, como si estuviera repitiéndole a un niño por vigésima vez que las hadas no existían—. Todo el mundo hablaba de Haney pero nadie la había visto. Nadie conocía a alguien que hubiera estado allí, solo a alguien que también había oído hablar de ella. Una ciudad utópica, como si las personas de verdad fuéramos capaces de algo así. —Rio, pero la risa murió al segundo—. Me pareció interesante buscarla precisamente por eso, para ver si alguien me demostraba que estaba equivocado. Pero siempre supe que existía la posibilidad de que todo fuera

mentira. Porque, si tanta gente había ido a Haney, ¿por qué nadie aparecía de vuelta? Ni que fuera el área 51.

—Al menos el área 51 sí existe —bufó Roy.

Quería decirles que se equivocaban, que eran unos derrotistas y que lo raro sería que todo estuviera a plena vista.

Pero, en el fondo, sabía que lo raro hubiera sido que América permitiera que existiera un lugar así. Donde pudiera ser libre la gente a la que medio país odiaba solo por amar.

El cartel tenía razón. Habíamos sido unos gilipollas. O quizás solo lo era yo, la única imbécil que aún escarbaba en la arena pensando que encontraría el mapa del tesoro.

«Existen las causas perdidas. Y puede que esto sea una».

Roy se había rendido mucho antes de que pisáramos Arizona.

—Puede que Haney sí que existiera —susurré, mientras me volvía hacia ellos arrastrando los pies—. Y la gente vino y se curó y encontró un refugio, pero entonces... —Le di una patada a una lata de conservas vacía que vi en el suelo y suspiré—. Quizás solo hayamos llegado un poco tarde.

Creía que decirlo en voz alta traería algo de consuelo, pero solo trajo silencio.

Un silencio en el que Roy oía una condena.

Hija de fuego



ruzamos el Cañón de vuelta hacia el coche, con el atardecer a nuestras espaldas y la mirada mucho más oscura que el miedo. Y lo hicimos en un silencio que me asustó más que cualquier ciudad fantasma. En aquel momento solo pensaba en extirparme la telepatía del cuerpo, estuviera donde estuviera, para no sentir la negrura que pesaba sobre Roy. Era como si me tocara cargar con todo el duelo del mundo y estaba cansada, Lucie. Estaba cansada de sentir tanto.

Eric buscó un motel cerca del Gran Cañón en las guías de la guantera, y me guio desde el asiento del copiloto hacia un pueblo que había en los alrededores, Tusayan. Señaló un edificio apartado de la carretera, rodeado de un enorme descampado y las ventanas cuadradas totalmente equidistantes sobre las paredes de piedra blanca. Un enorme cartel iluminado señalaba hacia el aparcamiento y bautizaba el lugar como «Albergue Pluma Roja».

Aparcamos el coche. Cuando estiré los brazos y las piernas me sentí como si llevara una eternidad conduciendo y hubiera cumplido ochenta años por el camino.

Roy y Eric se adelantaron para pedir una habitación (una para tres, porque ya nadie se atrevía a quedarse a solas) y yo les pedí a ellos un momento para mí. Fui cojeando hasta la recepción, donde me indicaron la ubicación de un teléfono de pago desde donde podía llamar.

Algo en el aire de aquel albergue me recordaba demasiado a la casa de Toulouse. Era muy pequeña cuando nos fuimos, así que la mayoría de recuerdos los había robado de las fotografías y los cuentos que *papa* escribía para mí. Pero estaba segura de que el olor a canela y a bizcocho recién horneado fue el mismo en la cocina de Toulouse que en la de Dartford o Mistorne.

Sentí una punzada en el corazón. Se suponía que el propósito de aquel viaje también era demostrarles a mis padres que ya no les necesitaba. Que ya era toda una adulta, que si me metía en líos podía resolverlos yo solita y que

ya no hacía falta que nadie me dejara cuentos bajo la almohada. Que hacía tiempo que había dejado de creer en ellos.

Y, sin embargo, lo único que quería en ese momento era encogerme hasta tener ocho años otra vez. Quería ser lo suficientemente pequeña como para que *maman* volviera a envolverme en sus brazos hasta que los monstruos desaparecieran. Quería volver a casa.

Casi pude imaginarme a mis padres en el salón de Mistorne, segundos antes de que *maman* descolgara el teléfono. Ella estaría sentada en el sofá, con una sonrisa en los labios y acariciando con los dedos los rizos en la nuca de *papa*. Él estaría con un libro entre las manos y la cabeza apoyada sobre las piernas de ella y, de alguna forma, el mundo parecería un poco más seguro.

Y entonces sonaría el teléfono, *maman* se levantaría sobresaltada y el corazón le daría un vuelco cuando lo primero que escuchara fuera a su hija llorar.

—¿Nessa? ¿Nessa, cariño, qué ha pasado?

Lucie, te voy a ahorrar el espectáculo. Pero en algún momento entre cada «lo siento» y cada «tenías razón» llegué a contarle a *maman* todo lo que quizás debería haber sabido un poquito antes. Di gracias al teléfono por impedirme llegar al Ruido de mi madre, porque no me apetecía revivir toda la historia desde sus ojos. Le hablé de Santa Rosa, del primer tiroteo, de aquel hombre que animó a Roy a seguir viajando, del coche que parecía querer atropellarnos y de Lashbrook y el atentado en Albuquerque. *Maman* se aguantó el llanto cuando le hablé de Roy y la verdadera razón por la que había huido de casa. Y conociéndola, también algo dentro de ella se rompería al darse cuenta de que había sido un viaje en vano y no había ni Haney ni cura que pudiera arreglar todo aquello.

Lo que me extrañó es que acabara de escucharme y se mantuviera tan entera.

Tragué saliva y apreté con más fuerza el teléfono, como si fuera su mano.

—Me hubiera encantado poder pedirte esto en persona, *maman* —dije, con una pausa más cargada de miedo que de dudas—. Pero necesito que me hables de Montauk. No quiero más secretos.

Por el taconeo de sus dedos cerca del teléfono, deduje que mi pregunta no le hizo ninguna gracia. Casi podía imaginármela lanzando miradas de socorro a mi padre, mordiéndose el labio y con la cabeza llena de todas las razones por las que tenía que dejarlo todo y venir a recogerme. Solo son dos días en coche, diría. Quizás tres.

Tenía que aguantar, pero el mundo se me caía encima.

Al menos conseguí quitarle la idea de la cabeza prometiéndole que volvería a Mistorne. Que no sabía ni cómo ni cuándo, pero ahora mismo no teníamos ningún otro lugar al que ir.

—Nessa, no creo que... —Aún se le rompía la voz, como si la mitad de todo lo que había escuchado se hubiera quedado incrustado en su garganta.

—No me pongas excusas, *maman*, por favor. Y ni se te ocurra salir ahora con un «no creo que sea bueno decírtelo» porque callarte ya me ha metido en muchos líos.

Pensé que replicaría, pero solo suspiró.

—Es solo que no quiero involucrarte en todo esto. No te haces una idea de lo que...

—Ya estoy involucrada —le corté—. Por favor. No puedo... No puedo seguir así, *maman*, esa gente va detrás de mí. Va detrás de mí, ¿verdad? —Repetí, porque aún esperaba que todo fuera una horrible casualidad.

Pero todavía quedaba otra opción. Quizás en su lista solo había una pelirroja con acento francés.

—O detrás de ti —murmuré.

Mi madre cogió aire.

—El proyecto MK Ultra lleva sancionado desde el año 53 y hace nueve años que mandaron destruir todo lo que quedara de él, Nessa. Turner, Lashbrook y todos los demás... Estaban bajo la custodia del gobierno.

—Pero hace unos días teníamos a uno de ellos disparando a lo loco en Albuquerque. No creo que el gobierno se esté luciendo mucho con eso de mantenerlos a raya, ¿eh? —Si mi madre pudiera, hubiera gruñido—. ¿Qué tiene que ver esto contigo?

—Bueno, yo... —Su suspiro zumbó al otro lado del teléfono—. El proyecto MK Ultra se dedicaba a perfeccionar un supuesto programa de control mental con el que buscaban desarrollar nuevas técnicas para utilizar en interrogatorios y torturas. Intentaban empezar una especie de... guerra biológica, así lo llamaban, contra Rusia. —Tuve ganas de decirle «la historia me la sé, *maman*, eres tú la pieza que me falta», pero callé. Se notaba por el tono de su voz lo mucho que le costaba contarme todo esto—. Pero no fue hasta los setenta cuando empezaron a filtrarse testimonios de personas que decían haber escapado de allí. Cuando todo empezó eran solo niños, Ness, niños a los que explotaban, drogaban y torturaban para ver si eran capaces de levantar un lápiz del suelo. —Hizo una breve pausa, como si estuviera recordando a la niña que ella sí fue—. La noticia se volvió internacional,

sobre todo cuando se destapó que la muerte de un científico muy reconocido en la comunidad había sido por culpa de las drogas que le administraban.

—Frank Olson —confirmé—. Tenías el recorte de periódico...

—Exacto. —Aún sonaba como si tuviera un cuchillo al cuello—. La cuestión es que la noticia llegó hasta Francia. Y ahí teníamos un grupo de... pirados —casi escupió la palabra— que llevaban años detrás de cualquier «experiencia parapsicológica». Yo supe de Montauk mucho antes de que el gobierno lo destapara. Tu padre y yo nos marchamos a Toulouse porque esa gente pretendía acabar conmigo. O estudiarme, no lo sé. Me veían como una amenaza para la humanidad, pero supongo que cuando vieron lo que estaba pasando en América sus intereses cambiaron. Podían venderme al mejor postor como si no fuera más que una rata de laboratorio. Pero para eso tenían que encontrarme primero. —Lo dijo con la tranquilidad con la que me hablaría del tiempo, cosa que me asustó todavía más—. Y cuando me di cuenta de que tú... de que tú también eras diferente, Ness, supe que tenía que hacer lo que hiciera falta para protegerte. De ellos y de MK Ultra.

No sabía si toda esa información me estaba ahogando o me estaba librando de un peso sobre los hombros que no sabía que tenía. El corazón me latía cada vez con más fuerza, y lo que más quería en aquel momento era estar en la otra punta del país, en casa, en mi cama, con *papa* sentado sobre las sábanas y *maman* a su lado contándome una historia más para prevenirme.

Para que no me acercara a desconocidos.

Para que ocultara lo que me pasaba.

Para que nadie me hiciera el daño que les hicieron a ellos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —murmuré. No pude evitar que me temblara la voz.

—Porque se suponía que hacía tiempo que nos habían perdido la pista, Ness. Nate estaba pendiente de uno de ellos.

—Chardin.

Ella chasqueó la lengua.

—Entre otros. Chardin murió al poco de mudarnos a Dartford, pero supongo que de eso también te enteraste. —Me imaginé que sonreía, aunque no podía verla—. Así que *papa* y yo decidimos que era el mejor momento para viajar a Estados Unidos. Que la mejor forma de acabar con el proyecto y el miedo no era escondiéndonos, sino haciéndole ver al resto del mundo todo lo que hacía.

—Y entonces nos fuimos a Camden.

—Hasta que conseguí contactar con el gobierno. Me había pasado los últimos años reuniendo pruebas y testimonios acerca de las barbaridades que se estaban cometiendo en Montauk y conseguí que destruyeran todos los registros acerca del proyecto y les cerraran el grifo financiero. Turner, Price y Lashbrook formaban parte del comité del MK Ultra en el 73, pero en los registros de la operación aparecen en paradero desconocido.

—Pero han encontrado a Lashbrook...

—Eso me temo. No pude hacer mucho más después de eso, Nessa, así que nos marchamos a Mistorne. Nadie nos buscaría allí.

Maman suspiró. Casi podía imaginarme a una Arielle no mucho mayor que yo, con el mismo rubor sobre la nariz y el pelo cobrizo, cruzándose medio país para que el gobierno se atreviera a escuchar a una cría. Lo raro era que lo hubiera conseguido.

—¿Supo el gobierno algo sobre tu...? Ya sabes. —Me mordí la lengua.

Si nos escuchaban a través del teléfono ya era demasiado tarde.

—No, *mon Dieu*. No te puedes fiar de esa gente, *ma chérie*. Si me hicieron caso fue porque tu padre tiene contactos, por mucho que la gente crea que un escritor de éxito se limita a asistir a clubes de lectura.

No se me escapó el tono de orgullo en su voz.

—Guau —conseguí decir—. Mis padres llevan viviendo una doble vida en secreto todo este tiempo y no me he dado cuenta hasta ahora.

—Si lo hubiera escondido mejor, ahora mismo estarías en casa. Siempre supe que eras muy espabilada y que no podría tener secretos contigo, pero esto... —La oí suspirar—. Se suponía que era un caso cerrado. Se suponía que daba igual lo que supieras o no, porque esos imbéciles no te encontrarían nunca.

—Lo siento mucho. —Me mordí la lengua para no explotar, pero era demasiado tarde—. *Putain*, he sido estúpida, *maman*; nunca debí...

No pude acabar la frase, porque en mi cabeza se removían demasiados «no debiste».

No debí empezar ese estúpido circo que llamó la atención de la gente.

No debí usar mi poder con ellos sin saber cómo podía repercutirles. No debí confiar en que una ciudad utópica salvaría a Roy.

—Cariño...

—Tengo mucho miedo, *maman* —la corté—. Sé que te dije que podía con todo esto sola, pero...

Me apreté los ojos con la mano. Durante todo el viaje había conseguido que mis padres no se preocuparan por mí, que no me vieran llorar ni sangrar,

me había escudado en las bromas y el sarcasmo para no tener que darles explicaciones sobre lo perdida que me sentía. Y de repente, como si *maman* acabara de derribar una muralla, todo mi mundo se había hecho añicos y lo único que quedaba bajo las ruinas era una niña aterrorizada que ni siquiera podía pensar por culpa del miedo.

—Nadie salva a nadie, Nessa. Pero nadie se salva solo —susurró mi madre—. Y antes de que digas nada, la frase no es mía.

No pude evitar reír.

—Ya decía yo que me sonaba demasiado elocuente para ti. ¿Es esa tu manera de pedirme que vuelva a casa?

—¿No era esta llamada tu manera de pedírmelo a mí?

Lo que empezó como una pequeña risa fue el gatillo para que se escapara todo lo demás. Las lágrimas brotaron de los ojos hasta que mi sonrisa se rompió y se convirtió en un gemido.

Mi aspecto debía inspirar tanta pena que Roy, nada más bajar el último escalón que daba a la recepción, se quedó tieso al verme. Incluyó las cejas y se fue acercando a donde yo estaba, despacio, como si acabara de encontrarse con un animalillo asustado.

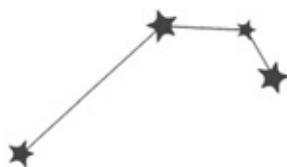
Al otro lado del teléfono, *maman* susurró un «cariño, cariño, tranquila», antes de que su voz también se rompiera. Quizás no éramos tan distintas como yo pensaba. Ella no era la señorita Rottenmeier que no dejaba que su hija jugara en el parque, y yo no era la joven rebelde que fingía que nada la ataba, que nada le dolía.

Quizás había estado equivocada demasiado tiempo y el amor era ese punto medio entre los cuentos de hadas y los cuentos de mi padre. Había intentado vivir de los dos, del amor desenfrenado e independiente en el que se es libre y no importa nada, y del amor romántico en el que necesitas vivir del aire que el otro respira.

Ahora la persona a la que más quería estaba perdiendo vida —y sentía que yo la perdía con él— y el único lugar al que quería volver era a los brazos de mi madre.

Puede que eso fuera amor, también. Darse cuenta de que querer a alguien no debería ponerte cadenas.

—Solo una cosa más —susurré, con una mano en el teléfono y la otra sobre el corazón—. Puede que necesitemos una cama de más en el sótano. —Sonreí—. Al menos por un tiempo.



Colgué el teléfono pensando que ya no me quedaban más lágrimas dentro, pero me equivoqué. Roy me llevó a la habitación rodeándome la cintura con un brazo, como si fuera él el que tuviera que sostenerme a mí. La herida de la pierna se me había infectado un poco en el cañón y me dolía todavía más al andar, pero ya apenas me importaba.

Una vez en nuestra habitación, con las ventanas abiertas para que corriera algo de brisa y las luces encendidas, Roy buscó un botiquín en el baño y fue a desinfectarme la herida. Eric dejó caer sobre la cama todo lo que llevábamos en el maletero del coche y se entretuvo jugando a ponerse la mitad de mi *atrezzo*.

—Una pena que quieras tirar todo esto, Nessa —dijo, haciendo tintinear sus pulseras—. ¿También esa cosa llena de plumas? ¿Dónde le veías el rollo de vidente a eso?

Roy sonrió, con un algodón en la mano y la mirada clavada en mi herida. La mía estaba clavada en sus heridas. Cada día contaba una nueva, y quería pensar que me lo estaba imaginando, que no podía ir tan rápido, que aún me quedaba mucho tiempo con él.

Pero ya sabía que no sería para siempre.

Todos íbamos a morir, sí. Pero no tendríamos por qué saberlo. No así.

Me mordí el labio.

—No juzgues mi pésimo gusto para la moda, por favor —bromeé—. Y menos si no has visto el ejemplo que me daban en Mistorne. Allí siguen estancados en el movimiento *hippy*, te lo juro.

Me encogí y ahugué una mueca en cuanto el alcohol rozó mi pierna.

Roy se ruborizó y susurró un «perdona», como si tuviera la culpa.

—¿Así que ese es nuestro plan ahora? —dijo Eric desenrollando el fular de su cuello—. ¿Vais a volver a Mistorne?

—No se me ocurre otra opción. —Me encogí de hombros, con una sonrisa que no tenía ni pizca de gracia—. Pero una vez allí buscaré el mejor médico que haya en Illinois y entonces...

—Ness, no creo... —me interrumpió Roy, pero le costó seguir hablando. Evitaba mirarme y el rubor había tardado menos de un segundo en abandonar su rostro—. No creo que sea buena idea. Mis padres...

—He hablado con los míos —le corté, sin darle tiempo a replicar—. Te quedas en mi casa y luego nos recorreremos todo el país si hace falta hasta que encontremos a alguien que pueda tratarte, ¿me oyes?

—¿Le has contado a tu madre que yo...?

Tragué saliva.

—Ya lo sabía. Tus padres... —No hizo falta que terminara la frase; Roy agachó la cabeza como si esas dos palabras fueran una puñalada. Podía imaginar perfectamente cómo sus padres se habían deshecho de los rumores aludiendo que habían echado a Roy de casa por paria. En el fondo no mentían. No costaba imaginar a su padre, tieso como un coronel, dando la noticia mientras su madre y sus hermanas se tragaban las lágrimas para evitar los golpes—. Pero no quiero que pienses que eso cambia nada. Por muy... Por muy asustados que estemos, sigues siendo Roy y no vamos a darte la espalda, ¿me oyes? Además... —Bajé la mirada, cohibida—. Mi padre conoce a gente muy importante. Pueden ayudarnos...

—Sí, tu padre conoce a gente muy importante que cuenta historias, como él. Pero esto no es...

—Y también a gente involucrada en esconder el proyecto Montauk, por lo que parece. —Roy arqueó una ceja—. No subestimes la influencia de los que cuentan historias. Después de que se destapara la muerte de Frank Olson, hubo mucha gente interesada en publicar su testimonio y muchos escritores fantasma involucrados. —Le dediqué una media sonrisa—. Y mi padre siempre ha sido un enamorado de las historias parapsicológicas, ya lo sabes. Reales o no.

—¿Estás diciendo que tu padre estuvo involucrado en toda esta mierda y no te dijo nada? —dijo Eric.

—Supongo que con once años escuchar las historias de niños torturados y drogados era la última de mis prioridades —repliqué—. Si me lo contaron no lo recuerdo, Eric. —Por la mirada que me echó Roy, supuse que él intuía que no estaba siendo del todo sincera. Puede que nunca mencionaran el proyecto Montauk ni a esos niños, pero llevaban repitiéndome desde que tenía uso de razón que guardara la telepatía para mí. Que volviera pronto a casa. Y otras cuatro normas más que los años fueron borrando—. Lo importante de todo esto es que mi madre me ha contado mucho más sobre Turner y MK Ultra, y por fin todo esto empieza a tener un poco más de sentido.

Roy estiró la espalda, sentado con las piernas cruzadas sobre la colcha de la cama. Hacía un rato que el alcohol se había secado en el algodón. Eric

también había dejado de jugar con todos los accesorios de pitonisa que habían sobrevivido a Albuquerque, y me miraba con el ceño y los labios fruncidos.

—Se supone que el gobierno chapó el proyecto Montauk en el año 73, ¿no? Pero al parecer se tomaron sus licencias para que los responsables salieran impunes. Los mantuvieron ocultos para no manchar su imagen y a muchos de ellos se les dio por perdidos... Hasta ahora. —Tragué saliva—. Mi madre sospecha que MK Ultra nunca llegó a sancionarse, solo se ocultó.

Que de alguna manera se las ingeniaron para seguir con los experimentos en alguna otra parte, lejos de la mirada pública. Con otro nombre, quizás.

Ya sabemos que MK Ultra no es ni el primer ni el último experimento humano de la CIA. —Mientras hablaba, en un intento por huir de la mirada apagada de Roy, me subí el calcetín de la pierna mala hasta que casi ocultó la herida de bala—. Cuando empezamos con todo el espectáculo circense, la voz se corrió enseguida... No me extraña que llegara a sus oídos. Una niñata que va por ahí «leyendo» mentes es un caramelito para ellos, así que se acercaron a investigar.

Eric bufó.

—¿Y tenían que hacerlo poniéndose a disparar como locos delante de todo el mundo? —Frunció el ceño—. No sé, Nessa, si llevan todo este tiempo trabajando clandestinamente no me parece muy coherente que se vuelvan locos de la noche a la mañana.

Roy rio para sus adentros.

—Ya lo estaban —murmuró.

—Bueno, supongo que después de lo que pasó con todos los voluntarios a los que drogaron hasta las cejas, decidieron dejar de lado la vía burocrática. —Me encogí de hombros—. Además, a ti tampoco te importaría disparar a medio planeta si supieras que el gobierno está de tu parte. Si ya les exculparon una vez, lo harán todas las veces que hagan falta.

—Así que somos oficialmente fugitivos perseguidos por el gobierno. —Roy chasqueó la lengua. Hablaba en un tono neutral, infantil, como si así pudiera protegerse de la verdad que había detrás de todo esto—. Guau.

—Pero, Nessa, hay algo que no entiendo —dijo Eric, con el ceño fruncido—. Si todo lo que dices es cierto y te buscan por tus «poderes» —marcó las comillas con los dedos—, ¿por qué no encuentras una forma de hacerles llegar que no eres ninguna vidente y ya está? No creo que les intereseamos igual cuando vean que solo somos tres veinteañeros perdidos.

Tragué saliva.

Sabía que Roy me estaba mirando sin necesidad de verlo, como si notara la desazón que le envolvía también a él. Ojalá fuera tan fácil, Lucie.

Pero no podía contarle a Eric la verdad. No ahora, no allí. No sabía cómo podía reaccionar a algo así después de todo lo que habíamos pasado.

Lo único que podía darle era la seguridad de que estábamos a salvo.

Aunque fuera una mentira.

—Ya —murmuré, esquivando su mirada—. Supongo que no quiero arriesgarme a que me disparen antes de abrir la boca.

Eric puso los ojos en blanco.

—No les sirves de nada muerta —dijo.

—No quiero arriesgarme —repetí.

—¿Arriesgarte? Solo tienes que plantarte delante de una cámara o en la radio o donde sea y decirle a todo el mundo que no...

—Eric, basta. —Me llevé las manos a las sienes, cansada—. Ya está. Lo único que quiero es olvidarme de todo esto de una vez. En cuanto se den cuenta de que la vidente ya no está dando vueltas por ahí, se cansarán de buscarnos.

El chico suspiró, abatido. No estaba acostumbrada a verlo así de cansado.

—Así que prefieres ir a Mistorne —murmuró.

—Sé que allí no nos buscarán.

Mis padres lo eligieron por algo.

—En verdad no me sorprende que quieras volver —siguió Eric, esbozando una pequeña sonrisa—. La familia es la familia, ¿verdad? Y cuando el mundo nos asusta siempre buscamos que papá y mamá nos cuiden, nos quieran y nos saquen de aquí. —El Ruido de Roy tembló como si acabaran de darle una puñalada—. Tienes suerte, Nessa. Espero que no te pase lo mismo que a mí.

Intuí que no se refería solo al accidente de coche.

—Pensaba que tenías a los Delton esperándote de vuelta en Catoosa... —dijo Roy, muy bajito. Como si estuviera pidiendo permiso.

—Ya, bueno. Tampoco es una relación tan estrecha. —Sonrió—. A veces pienso que vosotros habéis sido más familia para mí de lo que jamás lo fueron ellos.

—Algunos lo llamarían trauma compartido —murmuré, con una sonrisa. Porque en el fondo me asustaba pensar que Eric podía llegar a sentirse así. Habíamos vivido mucho en muy poco tiempo; cosas que un joven de nuestra edad no tendría por qué vivir. Había días en los que me levantaba y sentía que él y Roy eran las únicas personas en el mundo que podían llegar a

comprenderme, y días en los que me descubría arreglando los huecos rotos en el muro que se erigía entre Eric y yo. Él callaba la historia del hombre de los ojos negros y yo la de mi telepatía.

Si fuéramos familia no necesitaríamos mentirnos.

—Pero para que te quedes tranquilo —dijo Eric, dirigiéndose a Roy—, no creo que los Delton estén muy preocupados por mí. Siempre fui «el hijo de pega», aunque en el fondo se esforzaban mucho para que no lo notara. Y la señora Delton no se acuerda ni de que su nieta se fue de Catoosa hace unos años, imagínate lo que se acordará de mí. Es solo que... —Frunció el ceño e hizo una pequeña pausa, como si necesitara espacio para ordenar las ideas en su cabeza. Incluso entonces, todo lo que oía de él era silencio—. Lo que envidia es que ni siquiera cuando mi padre vivía me sentía en familia, ¿sabes? Y, no sé, quizás vuelves a Mistorne y no encuentras lo que buscas, Nessa. —Suspiró, volviéndose hacia mí—. Porque sí, cuando te sientes perdido lo primero que te sale es volver a casa; buscas a esa familia y ese lugar que te hacía sentir seguro. Es lo primero que hice después del accidente de mis padres. —Sonrió para sus adentros, pero su expresión cambió enseguida—. Y ese fue el problema: que esa casa ya no la sentía ni mía ni segura. No era lo mismo. Era como si me encontrara con un completo extraño disfrazado de amigo. Como si algo me dijera que ya no pertenecía a aquel lugar, que las cosas no podían volver a ser como eran antes.

Quizás fuera el anochecer haciéndose hueco a través de la ventana, pero sentí que el rostro de Eric se ensombrecía.

—Lo siento —murmuré.

—Está bien. —Sus labios se curvaron en una sonrisa que vivió una milésima de segundo—. Es simplemente que no quiero que pongas en riesgo a la familia que tienes solo porque te dé miedo decirle al mundo que tu circo era un fraude. No sería justo.

Cada vez tenía más ganas de gritarle la verdad a la cara. De dejar de esconderme y hacerle entender de una vez que esto no era ninguna niñería.

—Aunque lo dijera, no creo que Turner y los demás me creyeran por las buenas —dije, cruzándome de brazos. Eric levantó la mirada—. Tú no lo harías, ¿verdad?

El chico abrió los labios para contestar, pero de su boca no salió ningún sonido. Roy nos interrumpió antes de que el tema escalara todavía más.

—Lo que está claro es que si seguimos aquí solo vamos a perder el tiempo. —Habló con un desaliento en la voz que me recordó de golpe la razón por la que habíamos acabado en una habitación de motel—. Sea como

sea, mañana tenemos que marcharnos de aquí. Intentemos acabar bien esta noche, por favor.

Se echó hacia atrás con un suspiro, pero le cogí de las muñecas antes de que se tumbara.

—Del uno al diez, ¿cuánto echas de menos nuestras noches en *Spectrum*?

—pregunté, con una media sonrisa.

—¿Qué?

—Todo es una mierda, lo sé. —Eric abrió los ojos al escucharme, en una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la diversión—. Es una mierda que unos locos paranoicos se hayan recorrido medio país persiguiendo a una falsa vidente y sí, sobre todo, es una grandísima mierda que Haney no fuera más que un cuento para engañar a los ilusos. Pero tú mismo lo has dicho: lo único que nos queda es acabar bien la noche. Pues bien, hagámoslo. Vámonos a un *pub* cualquiera y olvidémonos de todo esto. De *todo*.

Roy seguía con los ojos como platos cuando Eric se levantó con una carcajada y le dio una amistosa palmada en la espalda.

—Bueno, no seré yo quien diga que no me parece muy responsable ahogar las penas en alcohol —dijo—. Pero nadie conduce y una noche es una noche. Habrá que celebrar que todo es una mierda, ¿no?

El último baile

El *pub* de aquella noche tenía toda la vida que podía esperarse en un pueblo de quinientos habitantes; que en plena temporada alta ascendía a un par de turistas españoles con las mejillas quemadas y dos o tres lugartenientes con sendas cervezas en la mano. Las primeras notas de «*Tainted love*» empezaron a retumbar por los altavoces del bar y mis hombros no tardaron en seguirles el ritmo.

Me había tomado muy en serio celebrar nuestra última noche como ilusos que perseguían una ciudad imaginaria. Lo suficiente como para embadurnarme los brazos, las mejillas y las clavículas de la purpurina morada que me sirvió de *atrezzo*; lucir el vestido amarillo con el que empezó todo y bailar con los pendientes de aro tintineándome en el oído.

Eric nos invitó a un par de bebidas en la barra del bar, tan decidido como yo a olvidar todo lo malo de un plumazo. Le vi entrar en el bar con nerviosismo, como si una parte de él se negara a fingir. Después de todo, estábamos intentando ahogar demasiadas penas de un trago. Él no solo tenía que despedirse de Haney, sino también de nosotros. Quizás por eso se deshizo de sus miedos con un cubata de más.

Ya nos arrepentiríamos mañana.

Eric y yo fuimos los primeros en arrasar la pista, si es que podíamos llamar «pista» al pequeño espacio entre las mesas del bar y la barra, donde las luces jugaban a perseguirnos sobre el suelo de mármol. Roy se terminó su bebida sentado sobre un taburete, con su cazadora vaquera sobre los hombros y la mirada sombría.

Cuando el cubata me subió lo suficiente como para que el resto del mundo dejara de importarme, le llamé con una sonrisa y un chillido. Por suerte, la música y el Ruido en español de aquellos turistas lo ahogó un poco.

—La última vez que bebí estabas mucho más divertido —dije, alargando la «u». Tuve que sentarme en la barra a su lado para que me oyera. Arrugué la nariz—. Al menos antes de que me dijeras eso.

Susurré la palabra por miedo a que cualquiera se levantara y le pegara una paliza. Lo había visto en demasiadas discotecas, en universidades y detrás de los bares, pero nunca creí que Roy sería una de las víctimas.

—¿No vas a bailar? —pregunté, al ver que su única respuesta había sido una media sonrisa.

Hizo una pequeña mueca, con la mirada aún clavada en lo que le quedaba de bebida.

—Si te soy sincero, no me encuentro muy bien.

Esa frase me quitó la poca borrachera que llevaba encima de un plumazo.

—¿Es el ruido?

—Es todo. Estar aquí y no en Haney. Querer bailar y que me duela cada maldito hueso. No saber si es solo un dolor de cabeza o algo peor. —Se encogió de hombros—. Pero se me pasará. Siempre se me pasa. Va, ve y baila con Eric antes de que se largue con alguna española. Las he oído cuchichear y hablaban de él. —Muy a mi pesar, sonreí.

—Tienes que enseñarme más español —dije, antes de darle un suave codazo—. Llevas prometiendo que me enseñarás cómo ligar desde secundaria y aquí sigo, viendo cómo Eric se las lleva a todas.

—Tampoco creo que él necesite saber español para eso.

Como si nos hubiera escuchado, Eric avanzó meneando las caderas hacia el grupo de turistas, que no dejaban de compartir risitas entre ellas.

Me empezaron a doler las comisuras de los labios de lo extraño que se me hacía encontrar una sonrisa.

Roy le miraba con los ojos brillantes y la respiración entrecortada. Se estremecía con cada golpe de percusión que sonara por los altavoces, como si fueran balas y no notas. Con cuidado, deslicé mis dedos sobre los suyos.

—Roy, si no te encuentras bien podemos volver al hostal —dije antes de apretarle la mano.

Sacudió la cabeza.

—No importa —se apresuró a contestar, aunque el modo en el que tensó la mandíbula me hizo saber que en realidad sí importaba. Quizás demasiado.

La música fue difuminando la voz de Philip Oakey hasta que solo se oyeron las primeras notas de un piano. Eric recibió su primera negativa por parte de una de las chicas.

—¿Y si te animas a bailar una balada conmigo? —sugerí. Acerqué mi hombro al suyo hasta que parte de la purpurina voló sobre su camisa—. Me quedé con ganas de acabar la de Albuquerque.

La sonrisa se le crispó un segundo al recordar todo lo que pudo haber sido aquella noche y no fue. La recuperó para cogerme la mano.

—Vale, pero solo una canción. ¿Prometido?

Deseo que fuera la canción más larga del mundo.

—Prometido.

Hizo el esfuerzo de ponerse en pie, pero se tambaleó un segundo y tuvo que apoyarse de nuevo en el taburete. Le pasé el brazo por detrás de la espalda y le animé a que se recostara sobre mí. Si yo era capaz de olvidar el dolor de la bala en la pierna, no quería imaginar qué estaría sintiendo Roy para no ser capaz de hacer lo mismo. Quería arrancarle cada herida del cuerpo aunque eso supusiera hacérmelas a mí.

Pero Roy se plantó frente a mí y me puso las manos en la cintura, con una sonrisa de hierro que escondía mucho más de lo que contaba. Hice un esfuerzo por no pensar en ello. Para que el Ruido se fundiera con la música y solo fueran uno. Me acerqué un poco más a él y conté todas las veces que su piel cambiaba de color bajo las luces del bar.

La sala entera desapareció como lo hizo Haney. Y de nuevo todo era efímero, igual que aquella noche en la piscina, y nos deslizábamos con la sensación de estar andando siempre a dos centímetros del suelo.

Pero algo era diferente, también. Y no me refería al reloj de arena que veía en los ojos de Roy cada vez que recordaba por qué vinimos hasta aquí.

Era esa sensación de que no necesitaba nada más que quedarme con lo que ya tenía y no había sabido ver. Era suficiente con que siguiera a mi lado, que siguiera aquí, que viviera y se riera de mí y de mis tonterías, que no pasara un día en el que no me recordara lo quejica que era y pusiera los ojos en blanco cuando viera las luces de Navidad todavía sobre la cabecera de mi cama. Que pasáramos más noches viendo películas de miedo en mi salón después de una visita fallida al *Spectrum* y nos quedáramos dormidos antes de que acabaran.

Roy me hizo girar sobre mí misma, sin soltarme la mano.

Y entonces entendí a qué se refería Eric cuando dijo que las cosas ya nunca serían como eran antes.

Acabó el verso de la canción y me incliné hacia Roy para que nuestras mejillas se encontraran. Me sentía como si hubiera bajado de una montaña rusa en medio segundo, con el alcohol abriéndose camino por mi garganta y las lágrimas esforzándose por mantenerse en casa.

—No quiero que te pase nada —murmuré, muy bajito. No esperaba que me oyera, pero enseguida noté cómo su cuerpo se tensaba y me abrazaba más

fuerte contra él.

—Eh, tranquila. No me voy a morir de un segundo a otro. Lo sabes, ¿verdad? No funciona así. —Se separó lo suficiente para que pudiera mirarle a los ojos—. Lo único preocupante ahora es pensar en la cantidad de abrigo que voy a necesitar este invierno. La ropa no está precisamente barata.

—*Idiot*. —Di un suave golpe sobre su pecho—. ¿Cómo puedes bromear sobre algo así?

—Ness —hizo una pausa, como si necesitara recoger todo el valor del mundo para seguir hablando—, esto... Esto no es algo nuevo para mí. He tenido tiempo de sobra para pasar por todas las fases del duelo, una y otra vez. —Se encogió de hombros—. Me negué y me rebelé y me odié y luego lo repetí todo al mismo tiempo.

—Pero yo no lo vi.

—Quizás no querías verlo. No te culparía.

Volví a esconder la cabeza en el hueco junto a su mejilla. Al cerrar los ojos lo único que veía eran todos esos carteles en Catoosa que le habían dejado con el corazón en un puño, todos los funerales en los que había llorado su muerte y la de otros, todos los días en los que el *walkie-talkie* de mi habitación había vibrado y nadie había dado respuesta, todas las noches que vi desde mi ventana cómo se escondía en el garaje de su casa. Siempre pensé que Liv le había roto el corazón. Y hubiera preferido que eso fuera lo único que tuviéramos que curar.

—Parejita, la balada ha terminado hace un minuto por lo menos. —Eric se acercó con una sonrisa que sería capaz de alumbrar la sala entera. Andaba despacio, con cuidado de no derramar el contenido de los vasos que llevaba en sendas manos—. Pero, eh, yo no soy nadie para deciros cómo bailar. Al menos vosotros sabéis hacerlo. —Nos ofreció las bebidas que llevaba—. ¿Queréis? Es suave.

Cogí uno de los vasos y me la bebí de un trago. Porque estaba cansada y quería dejar de estarlo. Porque quizás así los recuerdos del dolor de Roy se desdibujarían más rápido.

Saqué la lengua al acabar e hice una mueca.

—¿Suave? —dije—. Tú y yo tenemos una definición bastante distinta de lo que es suave. ¿Qué lleva?

Él se encogió de hombros. Por mucho que intentara evitarlo, seguía notando la pena escondida en su media sonrisa y en sus ganas de bailar.

—Es ron con cola.

—Con una cantidad ingente de ron, deduzco.

—Yo mejor me lo tomaré en la barra —dijo Roy, justo después de agarrar el otro vaso. Quizás fuera un efecto de las luces, pero todo su rostro palideció de golpe. Había empezado a levantarse el cuello de la cazadora para intentar ocultar aún más las manchas de la piel.

—¿Quieres que te acompañe al hostel o...? —Me interrumpió antes de que se me ocurriera una alternativa.

—Nessa, la de la pierna mala eres tú. Estaré bien.

«Estaremos bien».

Cogí aire.

Eric ni siquiera esperó a que Roy volviera a la barra para animarme a bailar con él. Me sorprendió el gesto hasta que me di cuenta de que el grupo de turistas había desaparecido del local.

Le dediqué una media sonrisa.

—No tengo muchas ganas de bailar —me disculpé.

—¿Tan rápido se te acaba la batería? No te creía de esas.

—Es por Roy. —Era una mentira a medias, porque quizá no debía haberme bebido el ron con cola de un trago, pero el local no dejaba de dar vueltas y el mundo se volvía pequeño y todo había dejado de hacerme gracia —. Tiene mala cara y estoy un poco preocupada...

Eric le lanzó una mirada rápida mientras Roy se sentaba de nuevo en el taburete, con el ceño fruncido y la sensación de que cargaba el peso del mundo sobre sus hombros.

—Ha sido un día de mierda —dijo volviéndose hacia mí—. Lo que me sorprendería es que estuviera feliz como una perdiz. Aun así... —Se mordió el labio un segundo, como si no estuviera muy seguro de lo que iba a decir—, no te preocupes demasiado, ¿vale? Preocuparse no cambiará nada.

Nada. Mañana nos largaremos de aquí y ya está.

—Pero marcharse tampoco cambiará nada.

Suspiré con la agonía de quien era consciente de que en cualquier momento podía dejar de hacerlo. Eric me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él con un achuchón.

—Siento llevarte la contraria, pero mi vida sería muy distinta si me hubiera quedado en Catoosa. —Chasqueó la lengua, y algo sus ojos me dijo que se estaba guardando la mitad de todo lo que quería decir. Con el alcohol que llevaba dentro debería haber sido mucho más fácil acceder a su mente. Lo hubiera hecho casi por accidente. Pero seguía encontrándome ese muro de paredes negras. Ese *vacío*—. Nunca pensé que podía llegar a conocer tanto a una persona en tan poco tiempo.

Me abrazó un poco más.

—Trauma compartido —murmuré, pero ya no le encontraba la gracia—. Aún me sorprende que vieras lo que le pasaba a Roy mucho antes que yo.

—Eh, no soy tan tonto como te piensas. —Hizo un amago de reír, pero a él también le pareció forzado—. Si no te dije nada fue porque él me lo pidió. Lo sabes, ¿verdad? Esto es lo que intentaba evitar.

—¿Esto? —Fruncí el ceño.

—Que sufieras. Que te doliera. Que con cada paso que él diera tuvieras miedo de verle caer.

—Ya lo tenía antes —bromeé—. Roy no ha sido nunca el chico más atlético del mundo, precisamente.

—Y que pasaras por lo mismo que tuvo que pasar él. —Tragó saliva—. No le culpo por querer protegerte de esto.

—Iba a pasarlo de todas formas. —De pronto la música parecía sonar menos fuerte, la gente bailaba más despacio y el tiempo parecía tan denso como el fondo de un bote de mantequilla de cacahuete. Respirar costaba un poco más. Pensar también—. Lo que no hubiera soportado es que me mintiera. Y tengo miedo de que lo vaya a hacer ahora.

Los dos nos volvimos hacia él, casi inconscientemente, pero nos había dado la espalda para mirar a la barra y ahora escondía la cabeza entre las manos.

—No quiero más mentiras piadosas —seguí. Tuve que apoyarme un poco más en Eric, que todavía me sostenía con un brazo—. No quiero trampas, no quiero juegos estúpidos, no quiero que nos escondamos más.

Solo somos nosotros tres ahora, Eric. No quiero que nos engañemos. Quiero poder confiar otra vez.

En el mundo, en mí, en ellos, en que cuando alguien prometía que todo estaría bien, Dios le escuchaba. Cuando miré a Eric le pillé intentando deshacerse de una lágrima, pero recobró la sonrisa en medio segundo. Ni siquiera tenía fuerzas para preguntarle por ello.

Porque si no hubiera mentiras ni juegos ni engaños, no haría falta que lo hiciera.

—Me voy a la barra. —Me tropecé conmigo misma nada más dar el primer paso, pero Eric me sujetó por los codos a tiempo de evitar que me diera con los huesos en el suelo.

Me quedé más tiempo del necesario con la cabeza gacha, con miedo a levantarla por si todo volvía a darme vueltas. Ahí dentro, entre las cortinas anaranjadas que creaba mi pelo, lo único que llegaba eran los colores tenues

de las luces y el silencio de todas las personas que habían abandonado el local.

De pronto me pareció demasiado.

Apenas había Ruido, y era la primera vez en toda la noche que la música sonaba por encima de las voces.

Levanté la cabeza, con la mirada nublada. No había nadie más en el local que nosotros tres y el barista dándonos la espalda, pero aun así notaba cientos de ojos tras mi espalda. Los suficientes como para no atreverme a darme la vuelta.

—Eric, no me encuentro... —Me faltaba el aire—. No me encuentro muy bien...

El vértigo se me quitó de un plumazo cuando me di cuenta de que el cuerpo de Roy estaba apoyado sobre la barra, con la cabeza vuelta hacia un lado. Como si alguien hubiera cortado los hilos de una marioneta y la hubiera dejado caer.

Cerré los ojos para que fuera mentira. Para que no fuera real.

Pero ni la música ni las luces ni el silencio cesaron. Solo él.

«No».

«No, no, aún no».

—Roy. —Mi voz me sonó ajena, casi un gemido. Me zafé de los brazos de Eric y corrí hacia la barra—. ¡Roy!

Tenía los ojos cerrados y el pelo sobre la frente, como si se hubiera quedado dormido. Pero conocía el rostro de un Roy dormido y era muy diferente a este. Le cogí de los hombros y le zarandeeé, intentando despertarle, pero cada vez tenía menos fuerza y la habitación cada vez era más pequeña y el suelo se inclinaba y el techo me engullía y Roy no respiraba, no respiraba, no...

—¡Roy! —Lo agité una última vez, pero tenía tantas lágrimas en los ojos que se hubiera movido y yo no lo hubiese visto. Me di media vuelta, todavía con las manos sobre su abrigo—. ¡Ayuda! ¡Por favor, que alguien llame a urgencias! Roy, Roy, por Dios... —Me volví hacia Eric, que seguía quieto como una estatua en medio de la sala. Parecía lo único quieto porque todo lo demás se movía, se fundía con las luces y se difuminaba como si nunca hubiera existido. El barista salió de detrás de una puerta y me planté frente a él, presa del miedo—. Por favor, necesito llamar a una ambulancia, mi amigo... Él...

Pero no dejó de frotar con el trapo la misma copa, una y otra vez. Le supliqué con la mirada hasta que él me devolvió la suya. No tardé más de dos

segundos en reconocerle.

Ya había visto esos ojos negros antes.

Igual de oscuros. Igual de letales. Encerrados en la mente de Eric.

Empecé a caminar hacia atrás hasta que mi espalda volvió a encontrar los brazos de Eric. Me volví hacia él, y por un momento ya no supe si estaba llorando tanto que empezaba a verle doble, la misma figura detrás de él repitiéndose una y otra vez como un calidoscopio, o si de pronto había entrado una bandada de hombres por la puerta, hombres sin Ruido que ahora se acercaban hacia nosotros como sombras.

Y Eric lloraba.

—Eric...

Su nombre era una súplica, una pregunta, un «sácame de aquí», un «qué está pasando», un «no puedo más».

Él agachó la cabeza.

—Lo siento —dijo.

Y antes de que entendiera qué era lo que sentía, los hombres que estaban detrás de él se abalanzaron sobre mí y alguien me tapó la boca con un paño, ahogando mi grito. Pegué una patada al aire pero ellos fueron más rápidos. En medio segundo, una zancadilla me hizo caer de espaldas contra el suelo y uno de los hombres aprovechó para clavarme su bota en la pierna, sobre la herida. Si no fuera porque cada vez veía menos, sentía menos y oía menos, el dolor que recorrió todas mis venas me hubiera mantenido despierta toda la noche.

Pero lo último que vi antes de que me devorara el negro fue la silueta de Eric, mirándome con lágrimas desdibujadas en la piel. Tenía un puntero rojo marcándole la frente y las manos le temblaban, pero él estaba libre. Era el único que lo estaba. Podía correr y pedir ayuda. Podía gritar. Podía zarandearme con furia para impedir que cerrara los ojos, pero no hizo nada.

Nadie hizo nada.

Como Medusa



arecía que los Favre teníamos la maldita costumbre de despertar en los lugares más tétricos del mundo, Lucie. Me hubiera gustado no seguir la tradición.

Lo primero que me despertó no fue ni la vista ni el sonido; fue el dolor.

Sentí un pinchazo en la pierna que pasó a ser un estallido, como si la herida de Albuquerque estirara miles de brazos para extenderse por mi piel. Como arrastrar veneno en las venas.

Me incorporé como pude. La vista aún me fallaba y me costaba distinguir dónde terminaba mi cuerpo y dónde empezaba el suelo. Parpadeé hasta enfocar la mirada en mi pierna, donde se había abierto la herida otra vez y sangraba como si nunca hubiera sanado. Me daba la sensación de que volvía a ser un agujero perforándome la piel, de lado a lado, solo que ahora ese dolor se extendía por todo el cuerpo.

Si no fuera por el corazón que me bombeaba a través de la ropa, hubiera creído que esto era estar muerta. Una mezcla extraña entre sentir demasiado y no sentir nada.

Pero todavía tenía purpurina violeta en los brazos y encima de lo que quedaba de mi vestido. El bajo de la falda estaba destrozado, y los muertos no rompían sus vestidos, ¿verdad? Alguien me había arrastrado hasta aquí.

Fuera lo que fuera esto.

—Agh. —Me llevé las manos a la sien, pero incluso así sentí vértigo.

Con la purpurina y el tintineo de los pendientes (solo me quedaba uno) empezaron a llegar imágenes a mi cabeza, del bar y del albergue y del Gran Cañón y de la sonrisa sincera de Eric y de los párpados cerrados de Roy y de los ojos negros que se repetían, una y otra vez.

Me hice un ovillo hasta que el mareo se alivió un poco y solo entonces fui consciente de dónde estaba.

Una celda.

Con el espacio suficiente para que respirara pero el ahogo todavía en mi garganta, las baldosas verdes recubriendo todo el suelo, como si fuera un

hospital, y las barras de metal ocupando lo que sería una cuarta pared. El espacio entre los barrotes era tan estrecho que apenas pasarían mis dedos.

Más allá de las barras solo veía una neblina borrosa. Nunca en mi vida había echado tanto de menos mis gafas.

—¿Nessa?

El corazón me dio un vuelco al escuchar su voz.

Quizás sí que estaba muerta después de todo y esto era algo parecido al purgatorio, donde las heridas aún dolían y la miopía se conservaba.

Me arrastré a cuatro patas hacia los barrotes, dejando un reguero de sangre sobre el suelo. Tuve que entrecerrar los ojos para ver mejor. Las lámparas de luz blanca solo alumbraban el pasillo, con el resto de las celdas al otro lado, enfiladas como si fueran cajas para animales. Entre el goteo lejano de alguna tubería y el verde que reflejaba la luz, aquel lugar parecía una ciénaga.

Miré a través de los barrotes de la celda de enfrente hasta que una silueta se arrastró hacia la luz.

—¿Ness? —Los ojos verdosos de Roy me miraron desde el otro lado del pasillo—. Ness, ¿estás...?

De repente me abandonó la voz. Lo único que escuché salir de mis labios fue un gemido, como si me hubieran golpeado en la boca del estómago. Me aferré a los barrotes con tanta fuerza que los nudillos se me volvieron blancos.

—Pensé que estabas muerto —murmuré.

Y quizás fue verbalizar ese miedo lo que acabó abriendo la puerta a las lágrimas. A que el dolor ya no lo ocupara todo y me permitiera ver las heridas sobre las mejillas de Roy, oler el aroma a salitre de aquella habitación y escuchar nuestros latidos reverberando en las paredes de mi propio Ruido.

Roy se apartó el sudor de la frente antes de arrastrarse un poco más cerca de sus propios barrotes. Parecíamos animales en una perrera y, aun así, el chico se las ingenió para sonreírme desde su jaula.

—Te dije que no me iba a morir, Ness. —Sabía que intentaba sonar tranquilo, pero era difícil seguirle el rollo dada la situación en la que nos encontrábamos—. Creo... Creo que alguien nos drogó para traernos aquí.

¿Estás bien?

Sacudí la cabeza, aún confusa. Quería aferrarme al Ruido de Roy como si fuera un oasis en medio del desierto.

—¿Drogarnos? Pero si no... No tomé...

—Seguramente fue algo en la bebida, a menos que se las ingeniaran para colarse en el restaurante del albergue justo antes de que saliéramos. Ya no me extrañaría. —Sacudió la cabeza y se incorporó hasta sentarse sobre las

rodillas. No llevaba su cazadora y si no fuera por mi miopía juraría que tenía toda la piel de gallina, cada día con más manchas oscuras. Eran peores que la marca de una bala—. Después de ese ron con cola, empecé a sentirme un poco mal y no... No sé hasta qué punto fue cosa del alcohol. —Tragó saliva—. Solo por si acaso, ni se te ocurra comer nada de lo que te traigan. Han venido un par de veces desde que estoy despierto, pero...

No quise preguntarle cuánto llevaba consciente. No podía imaginar el miedo que le habría invadido al encontrarse tan débil, tan perdido; ni cómo habría reaccionado al ver mi cuerpo tirado al otro del pasillo, inmóvil. Igual que lo había estado el suyo en el bar. No sabía cuántos gritos habían desgarrado su garganta ni cuántas lágrimas habían caído para que ahora se mantuviera tan firme.

Yo aún me sentía a medio camino entre la realidad y la pesadilla.

—¿Quiénes, Roy? ¿Quiénes han venido? —tanteé—. ¿Dónde...?

—Eran los mismos que aparecieron en el tiroteo. La misma alianza...

—MK Ultra —terminé. Quería que me mintiera, que me dijera que no, que esto era tráfico de personas, la mafia, lo que sé. No sabía qué alterativa me daba más miedo—. No puede ser. —Las palabras se deslizaron por mis labios temblorosos. Como mis manos. Como todo mi cuerpo—. Ellos no...

No... No estamos en Montauk. No lo estamos, ¿verdad? Está muy lejos.

Estábamos muy lejos de ellos...

Roy movió los labios.

—No creo que se quedaran en el mismo lugar donde los destaparon, Ness.

Supuse que una parte de mí no acababa de creerse que todo lo que *maman* me había contado fuera real, Lucie. Era una historia de locos y secuestros, de esas que escucharías cómodamente desde el sofá de tu casa.

Una historia en la que mi madre se disfrazaba de agente secreto y vencía a los malos, hasta que ellos me encontraban.

Ni a *papa* se le hubiera ocurrido algo tan macabro. Era propio de los cuentos y las películas, pero no podía estar pasándome a mí. Y menos ahora. Se suponía que iba a volver a abrazar a mi madre e íbamos a cuidar de Roy hasta que se curara y entonces estaríamos bien, todo estaría bien.

—Eric —murmuré, encajando las últimas piezas del puzzle. Solo con oír su nombre se me humedecieron los ojos—. Él nos dio las bebidas, nos llevó hasta el bar. Ha sido él todo este tiempo.

—¿Qué?

—¿Cómo se apellidaba?

Roy me miraba como si acabara de decirle que la Tierra era plana.

—Eh... —Parpadeó—. Sé que lo dijo al principio pero no lo recuerdo muy bien. Eric Prince o algo así. Pero Ness, no creo que...

—Price —le interrumpí—. Eric Price. —Tragué saliva y escondí las manos entre los pliegues de la falda, abatida. No sabía si me dolía más la herida o el miedo—. Mi madre me habló de los altos mandos de Montauk en el año 73, antes de que se disolviera y uno de ellos... —Cerré los ojos. Me sentía estúpida—. Uno de ellos se apellidaba Price. No sé cómo no até cabos antes.

Roy echó un vistazo a ambos lados del pasillo, como si esperara que en cualquier momento llegara Eric a desmentirlo. Veía en sus ojos que él tampoco quería creérselo. Que aún necesitaba tiempo para asimilar dónde estábamos, y no era el momento de ponerse a pensar en el porqué. O por quién.

—Ness, Eric no... —Sacudió la cabeza y se mordió la lengua, como si estuviera buscando otra forma de decirlo—. Hay miles de Price en el mundo y no significa que Eric esté relacionado con todos ellos. Un apellido no significa que...

—¿Entonces por qué no está aquí también?

Roy agachó la cabeza como un animalillo asustado.

—No quiero saber qué le habrán hecho, Ness. Ya he estado bastante ocupado pensando en qué te harían a ti.

Su voz se quebró con la última palabra.

—Tenemos que salir de aquí —dije, y apreté con más fuerza los barrotes, ahí donde el metal todavía brillaba de las veces que alguien se habían aferrado a ellos. Quise coger fuerza para ponerme de pie, pero el dolor parecía mantenerme pegada al suelo.

—Nessa, no... No lo intentes. —La forma en la que habló, como si se hubiera rendido mucho antes de intentarlo, solo sirvió para avivar más mi rabia. Sentí que el estómago me hervía, como cada vez que la telepatía se me iba de las manos. La magia se volvía fuego y me ardía en las venas, quemándome desde dentro. Pero ahora no serviría de nada.

Maman hubiera sido capaz de romper todas las jaulas con un grito, hubiera hecho sonar las alarmas y habría derrumbado paredes hasta sacarnos de aquí. Pero yo no era ella. Nunca sería capaz de hacer nada más que beber de la mente de la gente.

Nunca sería ella.

Di un golpe contra el suelo.

Si esto era un cuento, quería ser la chica con cuchillas en los ojos. Tan peligrosa como los de Montauk creían que era, tan poderosa como lo fue mi madre. Sería una especie de Medusa, capaz de convertir mi mirada en la última que nadie viera.

—Escucha —dijo Roy, y acercó la cabeza un poco más a las barras. Tenía el rostro perlado de sudor, pero todavía temblaba—. No ha pasado nadie por aquí desde hace muchas horas, pero no creo que tarden. —Tragó saliva—. No soy yo quien les interesa.

Señaló con el mentón algún punto tras mi espalda.

Me di la vuelta despacio. Desde que había despertado, no había tenido tiempo para mirar nada más allá de Roy y las baldosas verdes. Mi celda era un poco más grande de lo que me había parecido en un principio, y en lo más alto de la pared contraria al pasillo había un espejo sucio en el que ni siquiera llegaba a reflejarme. Reparé en el catre y en las sábanas blancas, en la mesa de metal pegada al suelo. Y luego seguí la mirada de Roy hasta encontrar las cámaras que me enfocaban desde cada esquina de la habitación, entre los barrotes más altos de la celda y por encima de aquel espejo. Una de ellas tenía una pequeña bombilla de luz roja a su lado que no dejaba de parpadear.

—Lleva así desde que te has despertado —escuché decir a Roy, todavía dándole la espalda—. Y ahora está parpadeando más fuerte si cabe, Ness.

Me bastó que Roy callara para escuchar el suave pitido de aquel aparato, como si marcara los latidos del corazón de un enfermo. Los pensamientos que venían de Roy se habían convertido en ruido de fondo, como de costumbre, pero de pronto me di cuenta de que su voz no era la única que oía. Otro murmullo entorpecía el suyo. Uno que estaba mucho más cerca.

Me apoyé en los barrotes para ponerme de pie y me acerqué a la pared arrastrando el pie. El espejo me quedaba a la altura de la cabeza, cortando el reflejo justo por el cuello, pero estaba tan sucio y tan empañado que entre las motas de mugre apenas conseguía verme. Conforme me acerqué, reparé en mis ojos todavía marcados por el rímel y el brillo violeta. No parecían reconocermme.

El Ruido venía de los ojos que había al otro lado, y sabía que no eran los míos. Apoyé la mano sobre la superficie del cristal, pero no llegué a tocar mi reflejo. Lo que no tardó en aparecer fue el Ruido de aquella gente, rojo y negro y lleno de palabras que no llegaba a entender porque se deslizaban muy rápido, unas sobre otras, como un cortocircuito que apaga un vecindario entero en cuestión de segundos.

—*Putain de connards* —dije entre dientes. Miré a través de mis ojos, como si también pudiera ver los suyos, y di un golpe con el puño cerrado en el cristal—. ¿Me habéis oído? ¡Sois unos hijos de puta! ¡Idiotas! —Otro golpe, como si las manos no me temblaran. El aparato situado junto a las cámaras empezó a pitar con más fuerza—. Os creéis muy listos por haber montado todo esto, ¿verdad? Y luego vais y encerráis a la chica equivocada.

Seguís jugando a buscar una raza mágica de hombres, como si eso existiera, y os creéis capaces de crearla toqueteando un par de drogas. Sois unos monstruos. Unos monstruos tan imbéciles que se creen los cuentos que hablan de pitonisas.

Desvié la mirada solo un segundo, cuando las cámaras se movieron al unísono y se escuchó el golpe metálico de una puerta al abrirse.

—Permítame dudarlo, señorita Favre. ¿O prefiere que la llame *mademoiselle*?

Pegué la espalda a la pared casi al mismo tiempo que Roy se recogía en la oscuridad de su celda. Un hombre cruzó la puerta de metal que daba entrada a esta especie de sala de celdas.

No llevaba ni la bata blanca de laboratorio ni el pelo tan engominado, pero no tardé en reconocer el rostro del recorte de periódico que *maman* guardaba bajo el baúl. El mismísimo John Turner, con unas cuantas canas de más y una sonrisa enfermiza en los labios.

Pero lo que más me asustó fue mirarle a los ojos por primera vez, no a través de un papel ni con el peso de la droga en mi cuerpo, y reconocer el iris oscuro de la mirada que perseguía la mente de Eric. El chico apareció detrás de él, cabizbajo. Sin cadenas. Sin heridas.

Me mordí el labio para no llorar.

—Dijiste que éramos tu *familia*, hijo de la gran...

Turner se volvió hacia él, como si acabara de darse cuenta de que no había entrado solo, y le pasó una mano por detrás de la espalda. Eric seguía con la mirada clavada en el suelo.

—Siento decepcionarla, *mademoiselle*, pero me temo que la única familia de Eric es la aquí presente. —Le dedicó una última sonrisa antes de volverse hacia mí—. Su padre fue una figura muy relevante en este proyecto. Es una pena que no se encuentre hoy entre nosotros para disfrutar de un momento tan importante. —La forma en la que lo dijo daba a entender que no podía importarle menos—. Pero, bueno, esa historia ya la conoce, ¿verdad? No hará falta explicarle nada a estas alturas.

Como si estuviera hablándome directamente desde su cabeza, de pronto su Ruido se hizo más nítido. No estaba acostumbrada a eso. Se suponía que la mente de las personas era caos, una cascada de pensamientos que ni siquiera el budista más experimentado sería capaz de controlar. Llegar a entender algo entre el coro de voces requería tiempo y esfuerzo, pero parecía que Turner me estuviera colocando su recuerdo en bandeja.

Encontré al padre de Eric. Y supe que era él porque Turner tenía miles de recuerdos superpuestos de una misma persona, como si el señor Price de veinte años y el de cincuenta vivieran al mismo tiempo. Escuché conversaciones que habían tenido lugar hacía muchos años, en el sótano de alguna casa, llamadas de teléfonos y batas blancas. Las imágenes se deslizaban por delante de mí como mariposas buscando que las atrapara.

¿A qué estaba jugando?

Sostuve la mirada de Turner. A esas alturas era más que obvio que aquel hombre estaba haciendo el esfuerzo de abrir ese trocito de su mente para mí, convencido de que yo lo escucharía.

Lo que aún no sabía es que me había dado vía libre para escarbar un poco más allá, en los recuerdos que mantenía escondidos.

El rostro de Price se hizo cada vez más joven hasta convertirse en otro niño. Un niño que miraba a través de los cristales hacia una sala donde un hombre se balanceaba, adelante y atrás, una y otra vez, mientras mandaban la orden de inyectar más droga. Un niño que vio cómo su padre se metía al otro lado de aquella burbuja, rodeado de máquinas grandes y grises, de palabras que él no entendía. Peligro radiactivo. Rayos alfa, beta, delta, gamma. Síndrome por radiación aguda.

No tuvo una madre a la que abrazar cuando su padre empezó a enfermar. Se quedó mirándole desde el otro lado del catre, con cuidado de no tocarle, con miedo a apartar la mirada por si dejaba de respirar. Vi cómo el niño lloraba, cómo un Turner mucho más joven intentaba consolarlo, cómo él prometía convertirse en el héroe que salvara a su padre. Le creció un poco más el pelo y le quedaron pequeñas las camisas cuando empezó a ser él el que mirara a través de los cristales, el que experimentara para ganar fuerza, para ganar dones, para convertirse en ese héroe que Turner había prometido que sería.

Oí la voz de Turner explicándole que ahí fuera había gente capaz de matar con un chasquido, que podían mover objetos con la mente y torturar a su antojo. Su padre se había sacrificado para encontrar a esa gente y usarla a nuestro favor. La Unión Soviética se nos adelantaría si no nos dábamos prisa.

Ese niño era Eric. Eric encerrado en una habitación oscura, gimiendo; Eric aguantando el dolor de un golpe para que Turner pudiera medirlo, Eric intentando crear la fórmula perfecta que encontraría a los monstruos por los que había muerto su padre.

Monstruos como yo.

—Nessa, para. —La voz de Eric me devolvió al presente, aunque por encima de tanto Ruido su grito me pareció solo un susurro. Había dado un paso hacia delante y me miraba, con las cejas inclinadas. Su tono se deslizaba entre la amenaza y el miedo—. Por favor.

Miró de reojo a mi espalda. No sabía en qué momento había empezado a sudar tanto, pero al darme la vuelta sentí que el último aliento de energía se escapaba de entre mis labios.

El aparato con la luz parpadeante había aumentado su potencia, y ahora los pitidos se escuchaban mucho más seguidos. El rojo se reflejaba en la pared con más intensidad.

—Eso que ves ahí, señorita Favre —dijo Turner mientras daba un paso adelante—, es un sensor capaz de detectar el nivel de energía *psi* en la sala.

Cuanto más cerca esté el foco, más parpadeará. —Deslizó los labios en una sonrisa—. No sé si tu madre te habrá familiarizado con el concepto, pero así es cómo llamamos a las ondas gamma que vienen de su cerebro; las responsables, efectivamente, de que estemos al tanto de tus habilidades como *vidente*. Así es como te gusta llamarte, ¿no?

Apreté los puños con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo.

Estaba tan cansada que apenas tenía fuerzas para contestarle. Con el rabillo del ojo llegué a ver cómo Roy se encogía sobre sí mismo, pero Turner parecía no poder quitarme los ojos de encima. Me miraba con una mezcla de lujuria y sed que me provocaba escalofríos.

Conforme recuperaba el aliento, los pitidos disminuían. No tenía forma de esconder eso.

—Escúchame, Nessa. ¿Puedo llamarte así? —No esperó a que contestara y se sentó en cuclillas junto a los barrotes, cambiando su expresión por otra mucho más dulce—. Esto... Esto es todo un espectáculo —abrió un brazo para señalar las celdas que nos rodeaban—, un escenario perfecto para dar miedo. Pero no tenemos que hacer esto por las malas, ¿entiendes? No queremos hacerte daño. Si fuera así, Eric ya se hubiera encargado de ello. —Aquel comentario me sentó como una patada en el estómago, pero no me atreví a mirarle. Turner se sacó del bolsillo las llaves de mi celda y las hizo tintinear—. Así que lo mejor será que colabores con nosotros, Nessa. Lo que

te ocurre es... una experiencia extraordinaria. Una habilidad de la cual solo conoces una mínima parte. Con nosotros, ese poder podría expandirse hasta límites insospechados. Y podría ayudar mucho a este país, querida, muchísimo. —Algo en su expresión se volvió más dulce. Y lo que más me asustó fue ver en su Ruido que no había malas intenciones detrás de sus palabras, que estaba siendo sincero. Tenía la mente demasiado en calma para estar mintiendo—. Podrías salvar vidas.

Familias enteras. Borrar recuerdos que atormentan a los que más sufren, dar paz. Es lo que llevamos intentando desde siempre: traer la paz, facilitar las cosas. Podrías evitar mucho dolor, si tan solo...

Pero no llegó a terminar la frase.

Eric se abalanzó sobre él con un rugido. Sus manos buscaron las de Turner mientras su cuerpo entero le aplacaba, dejando caer todo su peso sobre él. Le rodeó el cuello con el brazo y apretó los dientes. En sus ojos no había odio ni rabia; solo miedo. Quise gritar que saliera de allí, que no iba a conseguir nada, pero una parte de mí todavía lloraba por el Eric que había perdido. No sabía si esto formaba parte de su actuación, igual que lo fue aquella conversación en el bar mientras me drogaba, o si era su manera de redimirse.

Tampoco me dio tiempo a pensarlo. En el momento en el que Eric levantó la rodilla para pegar un golpe, Turner encontró espacio suficiente para alzar el brazo y clavarle algo en la piel. Eric se separó de él al instante, desgarrándose la garganta en un grito, mientras todo su cuerpo se encogía con la descarga. No dejó de convulsionar en todo el tiempo que le llevó a Turner volver a ponerse en pie. Su puño aferraba lo que parecía un arma de electrochoque, pequeña y cuadrada, como una pila, y no esperó ni un suspiro antes de volver a apuntarla hacia Eric.

—¡No! —grité—. ¡Para, déjale en paz!

Algo en mi grito pareció hacerle gracia, porque los labios de Turner se deslizaron en una sonrisa.

—Puedes estar tranquila. Eric sabe lo que pasa cuando desobedece. —Cogió aire antes de seguir hablando, mientras Eric seguía gimiendo en el suelo—. Lamentablemente, estaba preparado para esto.

Agarró el cuello de la camisa de Eric y le obligó a arrastrarse. Las lágrimas se me atragantaron en la garganta mientras Turner tiraba de mi amigo como si fuera una marioneta rota, hasta lanzarlo al interior de la celda que quedaba a mi derecha. Eric se quedó hecho un ovillo. Fue recobrando el aliento conforme Turner cerraba la puerta frente a él, con el tintineo de las

llaves haciendo eco en toda la sala. Nada en su expresión había cambiado, como si no le impresionara lo más mínimo que Eric hubiera intentado traicionarle.

Porque quizás era un teatro, después de todo. Igual que lo había sido aquel viaje. Cada velada riendo anécdotas que quizás nunca ocurrieron, cada confesión que quizás ya no lo era. Cada vez que intentar entenderlo había sido como encontrarse con un muro de piedras negras. Roy parecía tan paralizado como yo, en ese punto medio entre lo que era real y lo que parecía una pesadilla.

—¡Me mentiste! —Eric recobró las fuerzas suficientes para gritar, aferrarse a los barrotes y agitarlos con rabia. Tenía los ojos clavados en los de Turner como si pudiera hacerlos arder. En los suyos solo había lágrimas, pero todo su cuerpo parecía temblar al intentar contenerlas—. Me mentiste.

Se suponía que solo ibas a recoger información, no a convertirla en un sujeto más. Esto no era lo que hablamos, Turner. Me has estado utilizando todo este tiempo y ahora...

—No hubiese tenido que hacerlo si hubieras tenido la lealtad al proyecto que se esperaba de ti. —Habló con calma, mientras se guardaba el arma de nuevo en el bolsillo—. Si hubieras demostrado algo de aptitud, algo más de inteligencia, esto hubiera sido mucho más fácil. Pero supongo que fue estúpido por mi parte confiar en un chaval con las hormonas alteradas.

—No soy... —empezó Eric, pero calló en cuanto Turner se acuclilló frente a él con una mano preparada en su bolsillo.

—Sé lo que vas a decir. Que tú no eres como los demás, que no lo entiendo. Que después de más de treinta años de investigación, yo soy el que no lo entiende. —Sacudió la cabeza, con una media sonrisa—. Y dirás todo eso porque les has cogido cariño, ¿me equivoco? Me hubieras traicionado una y otra vez. Parece que hacer amiguitos es de pronto mucho más importante que seguir el legado de tu padre. —Se puso en pie. Me pareció escuchar un quejido desde la celda de Roy, pero a aquellas alturas ya no sabía qué parte pertenecía al Ruido y qué murmullo era real—. Eres de verdad un desagradecido.

Eric intentó agitar las barras, lleno de rabia, pero solo consiguió hacerse más daño en las manos.

—Me dijiste que no les harías daño —dijo. Intentaba sonar seguro, pero las lágrimas se le escapaban entre palabras—. No los quieres muertos, Turner. Tragué saliva.

No hacía tanto que él había intentado tranquilizarme con esas mismas palabras.

—A ella no —contestó Turner mientras se deslizaba sobre sus tobillos hasta darme la espalda. Un escalofrío me recorrió la espalda al ver hacia dónde miraba—. Él me importa menos.

—¡No! —Me lancé hacia delante, hacia los barrotes, como si de alguna forma pudiera cubrir el cuerpo de Roy con el mío. Turner se volvió hacia mí otra vez, con tanta calma que asustaba—. Por favor, no le hagas daño.

Por favor. —Tragué saliva—. Haré todo lo que pidas, de verdad, pero déjalos libres. A los dos. No los necesitas.

Vi con el rabillo del ojo cómo Eric se volvía hacia mí, incrédulo. Negó con la cabeza hasta que el llanto le impidió moverse más.

Turner se limitó a reír.

—Ah, Nessa, no hará falta negociar nada. Vas a colaborar con nosotros de todas formas. No te queda otra. —Se encogió de hombros—. Sería bastante estúpido por mi parte dejar que estos dos idiotas se dedicaran a ventilar rumores por el país, y más después de lo que nos costó que el mundo nos dejara en paz la primera vez. Hemos aprendido muchas lecciones en los últimos años. —Sonrió—. Considéralo un seguro, Nessa, no un castigo. No os vamos a matar de hambre. De hecho —dio varios pasos atrás, hacia la puerta, sin dejar de mirarnos—, no me importa dejaros espacio para algo de intimidad. Sentíos como en casa, pedid lo que queráis.

En un rato llegará un buen colega mío con el que podrás hablar de todo un poco. Lleva interesado en ti mucho tiempo. —Torció los labios en una sonrisa tirante antes de despedirse con una inclinación de cabeza—. Y que no te sorprenda si se refiere a tu madre como Fénix.

Seré un océano

El ruido metálico de la puerta cerrándose al salir quedó ahogado por los gritos de Eric, que había empezado a dar golpes contra las barras con la rabia de un animal enjaulado.

—¡Te odio! —Le gritó a la nada—. ¡Os odio, os odio a todos!

Se dejó caer de rodillas, abatido, antes de que otra oleada de llanto y rabia le hiciera esconder la cabeza entre las manos.

—Eres un cabrón. —La voz de Roy rompió el silencio, afilada como un cuchillo. Se había acercado más a la luz del pasillo, con la mejilla apoyada en los barrotes, y tenía la mirada más oscura y vacía que le había visto nunca.

Ni siquiera cuando Liv le engañó. Cuando sus padres le dieron la espalda. Cuando Haney se convirtió en humo delante de nuestras narices.

—Te creímos —siguió, sin apartar la vista de Eric—. Te creímos, joder, todo este tiempo, y tú...

—¡Intenté evitarlo! —Eric apretó con fuerza los puños—. Quise desviar su atención, que nos perdieran la pista... Se suponía que volveríais a Mistorne. Yo me quedaría aquí o en Catoosa o donde me dejarais y entonces... Entonces no os encontrarían. —Tragó saliva y se volvió hacia mí—. Los vi nada más entrar en aquel *pub*, Ness, pero ya era tarde. Me dijeron que si os sacaba de allí, os matarían sin pensárselo dos veces. Y sé que son capaces. Solo hay que ver cómo dejaron a Dolores, la señora Delton...

—Y te pareció mucho mejor esto. —Roy rio, pero no había ni un ápice de humor en su voz; solo cansancio—. Dices que intentaste evitarlo, ¿eh?

¿Igual que cuando nos robaron todos los papeles sin ni siquiera forzar el maletero? ¿Cuando nos siguieron de Santa Rosa a Albuquerque? —Dio un golpe contra el suelo, lleno de rabia—. Si tanto querías evitarlo, te hubieras ahorrado mucho contándonos que eres un puto traidor.

Eric agachó la cabeza.

—No quería perderos.

Y algo en su voz acabó por romperme a mí también. Estaba encogido, igual que el niño que había visto en la mente de Turner; el niño que había

soportado días enteros sin ver la luz, hambre y festines, que había sentido lo que era la caricia de un cortocircuito antes de escuchar un «te quiero» de la boca de su padre. El niño que había creído en superhéroes y que solo quería encontrar una forma de recuperar a su familia.

—Te vi —dije mientras me acercaba a gatas hacia su celda, contigua a la mía—. En los recuerdos de Turner.

Ahogó una risa.

—Posiblemente viste mucho más de lo que yo recuerdo. Ellos... No sé qué hicieron exactamente, pero...

—Deja de hacerte la víctima.

—Roy, para. —Suspiré. Sentía el dolor de la traición tiñendo de negro su Ruido—. ¿Recuerdas cuando te dije que era imposible entrar en la mente de Eric? ¿Que era como si estuviera... vacío?

—Vaya, gracias —murmuró él.

—No creo que fuera casualidad —seguí. Incluso ahora, mi Ruido y el de Roy y el murmullo sutil detrás del espejo ocupaban toda la habitación, haciendo que el pitido del aparato no dejara de sonar en ningún momento. Pero alrededor de Eric se extendía una nube de silencio—. Pero no lo sé, nunca... Nunca había estado con alguien a quien le hubieran intentado borrar la memoria.

—Pero ¿qué dices? —saltó Roy—. A Eric no le han borrado nada, sabía perfectamente lo que hacía. Estos locos conocían nuestro paradero en todo momento solo porque él...

—Mi padre murió por querer encontrar a alguien como Nessa —cortó él. Parecía que se estuviera arrancando cada palabra de la piel, como si fueran veneno. Ni siquiera me miró. Tragó saliva y se acurrucó en su celda—. Me dijeron... Me dijeron que esta sería la definitiva. Que todas las pruebas y los proyectos que él había puesto en marcha por fin tendrían respuesta porque tú... Tú eras la pieza que faltaba. Se supone que todo este proyecto se inició para lograr desarrollar capacidades mentales sobrehumanas en toda la población, para que el mundo fuera un poco más fácil. —No sabía qué tenía de fácil tener telepatía, pero no me costaba imaginar las mentiras con las que inundaron la cabeza de Eric desde niño—. Querían controlar su mente y la de otros a su antojo, jugar con la conciencia y la culpa. Sabían que tu madre escondía algo, que por eso hizo caer el proyecto. Hacerse con ella hubiera sido demasiado peligroso y no sabíamos qué era capaz de hacer. Pero quizás, si... si conseguían acercar a su hija... —Tragó saliva—. O tu madre vendría o tú nos pondrías las respuestas en bandeja.

El recuerdo de la advertencia de mi madre se hizo presente como un puñetazo en el estómago. «No sabes lo que hay ahí fuera, Nessa».

—Sabíamos todo de ti —siguió Eric, con el ansia de quien necesita arrancarse la piel a tiras—. Cuánto tiempo llevabas en Mistorne, qué estudiabas... Quién era Roy, qué le pasaba. Por eso me pidieron que me encargara de que corriera el rumor de Haney, que captara vuestra atención.

Tardó más de lo esperado. —Sacudió la cabeza—. Pero cuando supieron que estabais en camino... Los Delton llevan años involucrados en el proyecto y nos ofrecieron su casa. O los forzaron a prestármela, no lo sé.

Tenía que encontrarte y traerte hasta aquí, eso era todo. Tenía que recordar que por culpa de gente como tú mi padre había muerto, y asegurarme de que no eras un fraude. Me habían metido en la cabeza tantas historias acerca de lo que eras, Nessa, del peligro que suponías, que nunca esperé... —Suspiró una vez más, y echó la cabeza hacia atrás—. Todo hubiera sido más fácil si hubieras sido el monstruo del que me hablaban.

Sacudí la cabeza y me acerqué un poco más a él.

—Tu padre no murió por culpa de... No murió por «gente como yo» —dije, con toda la suavidad que pude—. Fue un envenenamiento por radiación. Seguramente hubo algún accidente en los laboratorios, algún escape... No sé muy bien cómo funciona eso. Pero nadie metió esa radiación en el cuerpo de tu padre. No sé qué te habrán contado, pero...

—Tú no estuviste allí —cortó él.

—¿Y tú recuerdas haber estado?

Parecía tener guardada una respuesta, pero reculó en el último momento. Agachó la cabeza. En aquel momento, abrazándose las rodillas y con el rostro rojo de tanto llorar, vi mejor que nunca al niño que estaba encerrado dentro de su Ruido. El que tanto miedo tenía de los mismos ojos negros que le habían encerrado.

—Lo siento —murmuró—. De verdad que lo siento.

—Si de verdad lo sientes, sácanos de aquí. —Roy hizo un amago de ponerse en pie, pero una mueca de dolor le atravesó el rostro antes incluso de plantar la rodilla en el suelo—. Se supone que... Tienes que saber cómo salir de aquí, ¿verdad? Llevas toda la vida en este sitio, dudo mucho que no te dieran unas llaves de repuesto.

Eric ahogó una risa.

—Exactamente, Roy. Llevo *toda* la puta vida aquí. —Señaló la celda con ambas manos antes de dejarlas caer de nuevo—. Turner no es tan idiota como para encerrarme con las llaves en el bolsillo, ¿sabes?

—Deja de hablar como si siguieras estando de nuestra parte.

—Roy, para —le supliqué, con más pena que rabia—. Los reproches no nos servirán de nada ahora.

Él se volvió a sentar sobre los talones, resignado. Si no existieran estas rejas le hubiera abrazado hasta que solo le salieran risas y no lágrimas.

Estaba lejos; pero aún lograba captar trozos inconexos de su Ruido. Ni siquiera distinguía las palabras, pero si hubiera podido convertirlo en niebla nos habría ahogado a todos en aquella habitación.

El pitido del dichoso aparato se intensificó, cortando mis pensamientos.

Parecía un bicho asustado.

—Tenemos que salir de aquí —repetí, mirándolo con furia.

Pero lo que quería decir era un «tengo que sacaros de aquí».

Porque Roy estaba aquí por mi culpa, porque Eric había llegado hasta nosotros por mi culpa. Si no hubiera sido tan estúpida de montar mi propio circo ambulante, si no me hubiera llevado los papeles de *maman*, si hubiera dejado de fingir que sabía lo que hacía, quizás las cosas fueran distintas.

Miré con fiereza a la luz carmín que parpadeaba desde la bombilla y apreté los puños. Sentía la telepatía burbujeando desde la punta de mis dedos, buscando una nueva cabeza en la que meterse. Si fuera como *maman*, esa bombilla ya estaría hecha añicos.

Quizás tenía que esforzarme un poco más. Sacar más fuerza, más valor, más rabia; hacer que la corriente de poder que me dejaba sin aire y sin voz saliera de mi cabeza y empezara a destruir, no solo a invadir. No quería leer más mentes, ni escuchar las voces de los muertos en los recuerdos ni leer colores ni sentir murmullos; quería tener la fuerza de mi madre para ser capaz de destruir aquellos barrotes y aquella bombilla y a todo el que se atreviera a hacerme daño.

La bombilla parpadeó con tanta fuerza que por un momento pensé que sería capaz de romperla.

—¡Nessa!

El grito de Eric me hizo apartar la mirada. Se había encogido todavía más sobre sí mismo, a solo unos metros de mí, y se apretaba con fuerza las sienes. Parecía que le faltara el aire.

Roy, desde el otro lado del pasillo, también me pidió que parara.

Me arrastré hacia atrás y esperé a que el aparato se calmara. Ni se había roto ni se habían abierto las puertas. No había hecho nada más que regalar dolores de cabeza sin ton ni son.

Me agarré la tela de la falda con rabia.

«No eres ninguna heroína», escuché en mi Ruido. «Esto no es un cuento. Te has escudado tanto en las historias que te contaban que has acabado creando la tuya propia. Pero Lucie ni existe ni te escucha y aquí no hay ningún príncipe que vaya a venir a rescatarte. Aquí no eres la heroína que todo el mundo espera que rompa cadenas. Solo las creas».

Di un golpe cargado de rabia contra los barrotes, que apenas vibraron.

—Nessa... —La voz de Roy sonó suave desde su celda, pero no le dio tiempo de terminar la frase. Las puertas de la sala se abrieron con un chirrido mecánico y un hombre vestido con bata entró caminando con paso firme.

A diferencia de Turner, este parecía bastante más joven. Bastante más grande, también, con los hombros tan anchos que parecía que la bata le fuera a estallar. El nombre y el apellido estaban bordados en la bata como si fuera un párvulo; Robert Cox. Bastó con que se acercara un par de pasos más para darme cuenta de que en su cabeza no había Ruido, solo silencio.

Como en la mente de Eric.

El hombre fue directo a mí, con lo que pretendía ser una sonrisa conciliadora en los labios y las llaves de la celda en las manos. A mis espaldas, el aparato no dejaba de pitar. Cada vez más fuerte, como si fuera a romperse.

—Buenas tardes, señorita Favre —dijo mientras abría la celda, con falsa cortesía. Me tendió una mano, la otra todavía sujetaba el pomo—. ¿Me permite que la acompañe? La requieren en los laboratorios. Solo serán unos minutos.

Lo único que recibió por respuesta fue el escupitajo que lancé a sus pies. Manché sus perfectas botas de sangre, y no sé quién de los dos se asustó más. Su expresión cambió en medio segundo y se abalanzó sobre mí hasta agarrarme del antebrazo, con tanta fuerza que sentí como si los huesos se me rompieran.

—¡Suéltame! —grité, y di una patada al aire que no le costó nada esquivar.

—Solo le pido que me acompañe, señorita.

Pero su voz se había convertido en un susurro por encima del pitido de aquel aparato. El corazón empezó a latirme en las sienes y, para sorpresa de aquel hombre, le agarré el brazo con la mano libre mientras me arrastraba fuera de la celda. Apreté las manos y la mandíbula e hice lo mismo que hubiera hecho bajo la tienda de campaña, cualquier noche perdida en la carretera: tratar de extirparle cada secreto, cada miedo y cada suspiro a través de la piel.

—He dicho —murmuré, muy despacio, mientras le clavaba las uñas en el brazo y empezaba a arañar el vacío de su cabeza— que me sueltes.

Fue como la primera vez que intenté ver dentro de la mente de Eric.

Una especie de resistencia que me echaba para atrás, un mundo tan oscuro que parecía que la niebla me ahogaba. El bombeo de mis latidos expandiéndose por cada uno de mis huesos, y esa corriente de energía a la que Turner había puesto nombre recorriéndome la piel hasta llegar a la del otro. Hasta entrar en el otro, como un invitado que no llama a la puerta.

No perdí el tiempo intentando desenredar la maraña de pensamientos que convivían en su cabeza. Fui más adentro, a lo más oscuro, a lo intocable. A lo que quizás podía hacer daño.

Maman me lo había advertido bien: si mi magia era agua, no podía permitir que el vaso se quedara vacío. No podía ir tan lejos.

¿Pero y si mi magia era un océano entero, *maman*?

El hombre hizo un último esfuerzo por arrastrarme fuera de la celda antes de que su cuerpo se doblara en dos con un alarido. Se llevó una mano a la sien, pero le cogí el otro brazo con fuerza. Seguí clavándole los dedos en la piel en un intento de que sintiera todo lo que yo sentía; todo el Ruido y todo el caos y toda la niebla y todas esas frases deshiladas y todas las emociones perdidas y todos los rincones oscuros con los que había convivido desde que era niña. Si no me habían destruido a mí, podían destruirle a él.

—¡Ness, para! —gritó Roy, pero por encima de tanto Ruido apenas fue un susurro—. ¡Vas a matarlo!

El hombre fue perdiendo cada vez más fuerza; sentía cómo la mano se le iba aflojando en mi brazo. Quería ser un océano. Quería dejarle sin nada.

El sonido de una arcada me hizo frenar en seco.

Solté el brazo de aquel hombre, que cayó al suelo de golpe. Las llaves se le resbalaron de las manos. El Ruido seguía chillando, dentro y fuera de mi cabeza, en los pitidos del aparato y en la niebla que rodeaba la mente de Roy. Pero mi mirada fue directa a Eric, que había palidecido de golpe y se agarraba el estómago con fuerza. La arcada venía de él.

—Eric, ¿qué...?

—¿Qué nos estabas haciendo? —dijo, con mucha dificultad. Tenía los ojos humedecidos y la mano en la boca—. ¿Qué has hecho?

No supe qué contestar. Mi atacante estaba en el suelo, inmóvil. Me arrodillé junto a él y le coloqué dos dedos en el cuello. Muy a mi pesar, sentí una oleada de alivio al notar sus latidos, aunque eran débiles.

—Sigue vivo —dije mientras le apartaba la bata de un manotazo.

Guardé las llaves con una mano y con la otra rebusqué en los bolsillos de su pantalón hasta dar con una pistola en la parte trasera. Bastó con sentir el peso del arma para que todo mi cuerpo se decidiera a temblar. Me la puse en el cinturón del vestido, con cuidado de que no se disparara. Con una herida de bala tenía suficiente.

Alguien vomitó, pero no fue Eric. Me volví hacia Roy, que se había dado media vuelta para que no viéramos la sangre que le salía por la boca.

Se limpió los labios con la mano antes de volverse de nuevo hacia mí. De pronto parecía haber perdido diez años de vida.

—Ness, ¿qué has hecho? —repitió.

No supe qué decir.

Al otro lado de la puerta de metal comenzaron a sonar unas sirenas que no podían significar nada bueno.

—*Merde* —murmuré para mí. Me puse en pie y pasé por encima del cuerpo de aquel hombre hasta llegar a la celda de Roy. Las piernas se me movían, cargadas de una extraña mezcla de adrenalina y energía, como si la telepatía se hubiera convertido en el motor de mi propio cuerpo.

—Vamos a salir de aquí —dije al abrir la puerta de Roy. Él consiguió arrastrarse hasta mí con mucha dificultad—. ¿Estás bien?

Sacudió la cabeza.

—Pregúntamelo cuando estemos fuera.

Le cogí de la muñeca para ayudarle a levantarse. Oía el tictac de un reloj invisible en mi cabeza, llevando la cuenta atrás hasta que vinieran los refuerzos. Cogí a Roy por debajo del brazo y me acerqué a Eric, llaves en mano, pero él se arrastró hacia atrás. Tampoco tenía buena cara.

—Idos —dijo, casi sin aire—. No vayáis por la puerta principal; es un circuito cerrado. Si seguís el pasillo a la izquierda y llegáis al final, entonces...

—Calla —le interrumpí mientras abría su puerta—. Tú te vienes con nosotros y entonces puedes hacernos de guía tanto como quieras.

—Nessa, no...

—No pienso dejarte aquí, ¿me oyes? —Le agarré del brazo y le obligué a levantarse. Él por lo menos podía andar—. Ahora larguémonos antes de que llegue alguien.

El hombre con bata gruñó desde el suelo. Con una fuerza que no pensé que tendría, Roy estiró la pierna y le dio una patada en la mandíbula que volvió a dejarle K. O.

—O antes de que alguien despierte —dijo.

Rojo

Eric nos condujo hasta el final del pasillo, lleno de celdas vacías en las que no faltaban marcas sobre el cemento de las paredes ni el eco de toda la gente que debió esperar allí dentro. Sentía la pistola en la cintura mucho más pesada que el propio cuerpo de Roy, que apenas podía caminar sin apoyarse en mí.

Estaba más pálido y débil que nunca. Y una parte de mí temió que lo que fuera que había dejado inconsciente al hombre con bata le hubiera afectado a él también. Después de todo, si el océano se desborda nunca mira cuántas vidas se traga por el camino.

Aparté aquella imagen de mi cabeza.

Eric siguió guiándonos fuera de la sala de las celdas. Giramos bruscamente a la derecha, hacia lo que parecían unas escaleras de emergencia, y empezamos a subirlas con el martilleo de las sirenas haciendo eco en nuestros oídos. Ignoré el dolor que sentía en la pierna e hice un esfuerzo por correr lo más rápido posible, Eric me llevaba cogida por el otro lado para evitar que me cayera. Una parte de mí aún temía que todo fuera una trampa, que estuviera llevándonos de nuevo hacia ellos.

A medio camino se detuvo de golpe, deshaciéndose de mí.

—No puedo seguir. —Dio dos pasos atrás y se llevó las manos a las sienes.

—¿Qué? Vamos, Eric, ahora no es momento de...

—Siento que me va a estallar la cabeza y ni siquiera me estás tocando.

Me contuve para no suspirar; no tenía tiempo para darle una clase magistral acerca del efecto que mi telepatía tenía en los demás. Porque ya no lo sabía. Había dejado inconsciente a aquel hombre, en las celdas, y aún no sabía qué precio habíamos tenido que pagar por ello.

—Ya, lo siento, pero ya tendremos tiempo de entenderlo cuando...

—Yo ya lo entiendo. —De pronto su voz parecía haberse teñido de rabia. Se encogió más sobre sí mismo hasta hacerse un ovillo contra la pared—. Eso es lo que me asusta. Que al final haces todo lo que me dijeron que harías y yo

no... No... —Tragó saliva y se apretó los puños contra la cabeza—. Idos, pero no contéis conmigo.

—Eric, por Dios... —Di un paso hacia él, pero su grito me dejó de piedra en el sitio.

—¡Cállate! —chilló—. ¡Para! Joder. No sé qué coño estás haciendo pero, por lo que más quieras —bajó la mirada al suelo, encogiéndose como un animal asustado—, no me toques.

Si hubiera conseguido atravesar las murallas tras las que protegía su Ruido, habría visto la retahíla de imágenes que Turner se había asegurado que viera. Pero a través de los ojos del mismo niño que ahora parecía incapaz de mirarme.

—No puedo dejarte aquí...

—Ness... —dijo Roy, sujetándome del brazo. No le dio tiempo a decirme nada más antes de que Eric volviera a hablar:

—Me dijeron que eras un monstruo. Que hacías daño. Pero solo te vi sacar sonrisas a la gente que entraba en la maldita tienda y luego quejarte de dolor de cabeza. Pero ahora... No sé... No sé qué pensar.

—No soy un monstruo —murmuré. En el fondo creo que también intentaba convencerme a mí misma, Lucie—. Eric, por favor... Soy tan humana como tú. Me has visto llorar y reír y sentir y solo... Solo te pido que ahora confíes en mí. Por favor. Que confíes cuando te digo que me encantaría poder extirparme todo lo que llevo dentro, te lo juro, pero si ahora es lo único que tenemos para salir de aquí... No dudaré en usarlo.

—Y usarlo te matará. Sé cómo funcionan las ondas *psi*, Nessa. Pero en el fondo no pensé que tú... que pudieras...

—Nessa, van a encontrarnos —dijo Roy, con un pie ya por delante del otro. Pero algo en las palabras de Eric me había dejado anclada al suelo.

—Soy tan monstruo como el hombre que se atreve a llamarte hijo y luego te encarcela. —Apreté los puños—. Y no te pido que lo aceptes ahora, pero sí que confíes en que yo nunca... yo nunca te haría daño, Eric.

Fueron esos experimentos los que mataron a tu padre, Eric, no yo. ¿Cuántas muertes más vas a ver si sigues aquí? Porque yo ya tuve suficiente con el tiroteo, tuve suficiente con esto, y solo quiero... —Me acerqué un poco más a él, que se encogió con más fuerza. El corazón me bombeaba con tanto ímpetu que sentía que iba a partirme el pecho en dos—. Solo quiero que salgamos vivos de esta y poder volver a casa. Por favor. —Noté cómo se me humedecían los ojos—. Por favor, déjanos volver a casa.

Eric relajó los hombros, pero no se movió.

—Te dije que volverías y nada sería lo mismo.

—Tampoco lo ha sido para ti volver aquí, ¿verdad?

Levantó la mirada.

Me dio la sensación de ver en sus ojos al niño al que le arrebataron todo. A mí me hicieron creer en falsos cuentos de hadas, a él le dijeron que tenía que vencer a todos los villanos. Mis cuentos me llevaron a esconder miedos y secretos, sí; pero los suyos le corrompieron, le torturaron, le dejaron con la piel en carne viva y él siguió creyendo que eso era amor.

No sé cuántos años soñó con escapar de allí, pero quizás nunca le enseñaron que existía algo mejor. Hasta que llegamos nosotros, los supuestos villanos. Las personas que teníamos que hacerle daño y a las que él tenía que dañar antes de que eso sucediera.

Tragué saliva. Eric no dejaba de lanzar miradas furtivas a Roy, que respiraba cada vez con más dificultad.

—No soy un monstruo... —dije con un suspiro. Eric se puso en pie a duras penas, intentando esconder que él también lloraba—. Por favor, no...

No me tengas miedo.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza para pensar en eso ahora, Nessa. Lo único que sé es que... ahora mismo estamos mejor fuera de aquí que dentro. Turner no me perdonaría esto. —Tragó saliva y parpadeó, como si quisiera sacudirse los miedos—. Si vamos por aquí llegaremos a los antiguos laboratorios —dijo—. No se usan desde hace muchos años, desde que crearon los nuevos, así que ahora mismo solo se utilizan para guardar viejos archivos.

—Se supone que eliminaron todos los documentos en el año 77 —murmuré, sin dejar de moverme. Cada escalón dolía como si caminara sobre fuego.

—Ya, se supone. También se supone que cerraron todas las sedes.

—¿Dónde estamos, entonces? Montauk está...

—No, esta no es la sede de Montauk. —Eric cogió la mano de Roy y le ayudó a subir los últimos escalones. El sonido de las alarmas tapaba sus jadeos—. Estamos bajo tierra, en unos terrenos a las afueras de Williams, Arizona. No está tan lejos de Tusayan...

—Ni del supuesto Haney. —Tragué saliva—. Supongo que no somos los primeros en buscarlo, ¿verdad? Ni los primeros a los que se les vende una cura milagrosa.

Eric miró de reojo a Roy.

—La gente... La gente enferma haría cualquier cosa por intentar curarse. Turner lo sabía. Hay una razón por la que nadie ha vuelto de Haney para

contar lo bonita que es. —La expresión en su mirada se oscureció.

Habíamos llegado a los laboratorios de los que Eric hablaba. El pasillo tenía habitaciones acristaladas a ambos lados, todas a oscuras y con miles de ficheros cogiendo polvo sobre las mesas y en las estanterías. La única luz que alumbraba el camino eran las señales de emergencia.

Me detuve de golpe en cuanto Roy se dobló por la mitad. Se dio media vuelta para toser, con miedo a que viéramos la sangre que le brotaba por la boca.

—Roy...

—Vamos —me cortó él, haciendo un esfuerzo por mantener la espalda recta. Tuvo que carraspear antes de hablar de nuevo—. No hay tiempo ahora, Ness.

Asentí y me aferré al hombro de Eric para que nos guiara. Por mucho que Roy intentara no preocuparme, aquello me recordaba demasiado a la primera vez que le leí la mente, en el único motel que podíamos permitirnos entonces. Le había dejado temblando, débil, con el rostro perlado de sudor.

Ahora el efecto parecía haberse multiplicado por mil, aunque ni siquiera le había tocado.

No le había tocado.

No podía ser yo.

En mis recuerdos, *maman* tiraba el vaso sobre la mesa y dejaba que el agua se desbordara.

«Esto es lo que pasa cuando juegas demasiado, *ma chérie*» le decía a una niña que aún no le ponía nombre al Ruido. «Tú te quedas vacía, sin fuerzas, pero todo lo demás se extiende, ¿lo ves? Y a veces no eres un vasito de agua. A veces puedes ser un tsunami».

—Pero qué... —Una voz desconocida nos hizo detenernos de golpe. De uno de los cubículos salió un hombre pequeño y encorvado, con las manos cargadas de ficheros, que entrecerraba los ojos detrás de las gafas para intentar ver algo más allá de la oscuridad—. ¿Se puede saber qué está pasando? Vosotros, ¿sabéis...?

No le di tiempo a reconocernos. Me coloqué por delante de Eric y Roy y saqué el arma, aferrando la empuñadura con ambas manos.

—Ni se le ocurra dar un paso más —dije.

El hombre tiró todos los ficheros al suelo y levantó las manos con un gemido. Estaba temblando.

Notaba la empuñadura fría de aquella arma resbalándose por el sudor de mis manos, pero me esforcé por mantenerme firme.

—¡He dicho que no se mueva! —grité.

El hombre cayó de rodillas al suelo y agachó la cabeza. Me pareció escucharle suplicar algo, pero no supe si venía de su boca o de su Ruido.

Todo se enredaba en mi cabeza como la telaraña más letal del mundo.

—Nessa, tranquila... —Oí a Roy muy cerca de mi oído, pero el eco de las alarmas y de la mente de aquel hombre sonaba tan alto que su voz me pareció solo un susurro.

Porque lo único en lo que podía pensar mientras alzaba la pistola un poco más, con las manos más firmes y la mirada más fiera, era en todas las veces en las que no había podido salvarle, en el eco de cada bala que había escuchado por mi culpa, en cómo mi estúpida telepatía no había hecho más que daño, en las lágrimas de *maman* cada vez que me oía contestar al silencio, en la ausencia de Lucie, en el miedo infundado con el que Eric me miró la primera vez que escuché su Ruido.

Los labios de aquel hombre temblaron al hablar:

—Señorita, por favor, yo...

—¡He dicho quieto!

—Nessa, para. —Esa vez fue Eric el que me habló.

Pero entonces algo escapó del Ruido de aquel hombre, por encima del miedo y del barullo de imágenes a los que intentaba aferrarse para no perder los nervios. Nos vi a nosotros tres reflejados en su Ruido, a Roy a un lado con los labios cortados y una gota de sangre todavía en los dedos, a Eric con el flequillo sobre la frente y un hematoma tiñéndole la mejilla.

Y entonces lo oí, claro, como si estuviera aferrándome a su piel: tenía un busca en el bolsillo y pensaba en bajar la mano, rápido, pulsar un botón y que nos encontraran. Se movió un poco. Solo un poco.

Pero antes de que le diera tiempo a avisar a nadie, le apunté a la pierna y disparé.

El grito ahogado de Roy y las sirenas parecieron callar por un segundo, ellas y mi Ruido y el suyo y el del Roy y el de la Tierra entera; pero entonces todo el sonido regresó de golpe, mucho más fuerte que antes, y el hombre soltó el aullido más terrible del mundo, y su bata blanca se tiñó del rojo más oscuro que había visto nunca, como si una flor estuviera creciéndole bajo las costillas.

Pero yo no le había dado ahí, ¿verdad? Había apuntado a la pierna, no al vientre. Solo quería inmovilizarlo, hacerle sentir lo mismo que me hicieron a mí, demostrarle que no me daba miedo disparar.

Mentía.

El hombre se desplomó en el suelo, pero su Ruido seguía gritando, lleno de dolor y de miedo y del recuerdo de mi disparo, repitiéndose en su cabeza una y otra vez. Me habían temblado las manos.

Se llevó las manos a la herida hasta que sus gemidos cesaron. Su Ruido se apagó.

Pero yo no quería esto.

No quería esto.

Bajé el arma y me miré las manos como si esperara encontrarlas llenas de sangre. Pero no había nada, y eso era lo que más me asustaba, que aquel hombre estaba lleno de sangre y el suelo estaba lleno de sangre y nadie se movía, nadie hacía nada.

Nadie fue hacia el hombre que yo había matado.

Escuché cómo Roy ahogaba un gemido y cuando me volví para mirarle le encontré apoyado en la pared. Miraba por encima de mi hombro, con los ojos humedecidos y el Ruido lleno de palabras y de miedo.

—Nos iba a delatar —dije, casi sin aire—. No lo entendéis... Iba a llamar a más hombres con el busca que tiene en el bolsillo y entonces vendrían y yo solo quería pararle, quería darle en la pierna, Roy, te lo juro, quería...

Pero las palabras se me quedaron ahogadas en la garganta con la primera arcada. Me eché hacia delante y vi el cuerpo tendido y la bata escarlata y toda la sangre que empezaba a deslizarse por las juntas que separaban las baldosas del suelo.

No me dio tiempo ni a cubrirme la boca antes de vomitar. Y después de esa primera arcada vino otra, y otra, y vi que Roy me ayudaba a tenerme en pie y que los dos temblábamos, pero no pude parar de devolver hasta quedarme vacía.

De Eric no oí más que su silencio.

—Nos habría delatado —dije, con la garganta seca y los ojos cerrados; aún mirando el suelo.

Nadie dijo nada. Roy me sostenía aunque en su Ruido no viera nada más allá del rojo. El mundo parecía haberse reducido a eso: a un mismo disparo repitiéndose una y otra vez, a las sirenas gritando a nuestras espaldas y a mis manos manchadas de la sangre que solo veía yo.

—Nos habría delatado... Yo no quería esto, no quería matarle, os juro que no... —Se me quebró la voz y llegaron las lágrimas—. No soy lo que piensas, Eric.

—Yo hubiera hecho lo mismo —murmuró. Hablaba con el tono lúgubre en la voz de quien estaba acostumbrado a ver demasiados disparos. Parecían

asustarle menos que lo que era capaz de hacer mi cabeza—. Tenemos que salir de aquí.

Eric me cogió de la muñeca y encabezó la marcha por el laberinto de pasillos. Roy tuvo que apoyarse en mí para poder andar.

Pero cuando intentamos retomar la huida, ya era tarde. La puerta por la que habíamos llegado hasta aquellos laboratorios se abrió con un golpe y el sonido de los seguros de las pistolas nos hizo detenernos en seco, volviéndonos estatuas.

Negro

Deténganse y no dispararemos. —Escuché la voz con mucha más claridad a mis espaldas que en el Ruido.

Nos dimos la vuelta despacio, cinco manos alzadas y la sexta, la de Roy, apoyada sobre mi hombro. Oía nuestros latidos retumbando contra las paredes, contra nuestro pecho y nuestras sienes; mientras media docena de hombres levantaban las armas hacia nosotros.

Tragué saliva. Lejos de los octogenarios con bata que esperaba encontrarme trabajando con Turner, aquellos hombres parecían recién salidos del ejército, con pasamontañas sobre el rostro y chalecos antibalas que les hacían parecer todavía más corpulentos. A ellos no les temblaban las manos al apuntarnos. No les temblaba la voz. En su Ruido no había más que colores oscuros y órdenes y nombres y palabras desordenadas que no llegaba a entender.

Ahogué un gemido y di un paso hacia adelante. Al unísono, como si fueran títeres movidos por un mismo hilo, todos los hombres se tensaron.

—Iré con vosotros si les dejáis marchar —dije, dando un cabezazo en dirección a los chicos—. Lo he hablado con Turner. Soy yo la que le interesa, no ellos.

Eric se aferró a mi brazo. Su mano fue deslizándose hasta mi cintura, donde guardaba la pistola. Alrededor de su cabeza seguía existiendo ese muro inquebrantable que no me dejaba escucharle, pero no me costó adivinar lo que quería hacer:

—No va a funcionar —me susurró al oído.

Quizás no fuera un susurro. Quizás fuera un grito, no lo sabía. En mi cabeza solo veía el cadáver lleno de sangre y mis manos pálidas y la mirada desolada de Roy y aquellos hombres que nos apuntaban y que dispararían, dispararían como yo lo había hecho, se convertirían en el monstruo que yo era. Y el Ruido no paraba de gritar, no paraba de agrandarse, y había demasiada gente, demasiado dolor, demasiada sangre.

Eric agarró el arma y ellos fueron más rápidos.

—¡ALTO!

Dos disparos.

El cuerpo de Roy cayó sobre mí y me tiró al suelo, cubriéndome como un manto. Vi con el rabillo del ojo cómo Eric también se agachaba, con el arma por delante y la bala rompiendo el techo. Quise gritarles que pararan, que parara todo. El mundo y el Ruido y los disparos. Pero de repente me abandonó la voz. Una gota de sangre se deslizó al suelo, muy cerca de mis manos. Me di la vuelta para incorporarme y me dio la sensación de estar mirando la suma de un montón de fragmentos inconexos.

Ese hombro no podía ser el de Roy, con la herida de una bala abriéndose camino sobre su piel. Ese grito no podía ser el suyo y esos cuerpos que se arrastraban por el suelo no podían ser los nuestros. Esos hombres que no dudaban en dispararnos no podían tener tanta sangre fría, y el cadáver en el suelo no podía ser por mi culpa.

Y en medio de todos esos fragmentos, el Ruido se encargaba de gritarme al oído lo inútil que era. Que no servía para nada; que lo único que hacía era cargar mi mente con el peso de todas las demás. Todo: cada recuerdo, cada palabra, cada pensamiento que cruzara por las cabezas de los otros. Todo desembocaba en mí y no servía para nada.

Chillé y me llevé las manos a las sienes, con el mármol frío bajo la mejilla y los gritos de Roy taladrándome la mente.

No dejaría que le hicieran más daño.

Me incorporé lo suficiente como para mirar a los ojos de aquellos mercenarios. Quería que fuera lo único que vieran. Quería entrar en sus mentes y llenarlas de pesadillas, llenarlas del color de la sangre negra que lo teñía todo; quería obligarles a dejar caer las armas y que no se atrevieran a acercarse a nosotros.

Encontré su Ruido. Lo arañé, lo arranqué, lo destrocé. Busqué hacer daño donde antes solo había buscado voces.

Fueron cayendo uno detrás de otro. Las manos en la cabeza. La mueca de dolor en el rostro. Había visto esa expresión muchas veces, cuando mi telepatía iba demasiado lejos y me obligaba a cortarla. Solo que esta vez hice todo lo contrario.

Esta vez busqué hacer arder cada recuerdo.

Miré a Eric un solo segundo, esperando que pudiera leerme la disculpa en los labios.

«Lo siento», diría. «Pero si esta es la única forma de protegernos, no tendré miedo».

La explosión de Ruido fue haciéndose cada vez más fuerte; sonaba cada vez alto, los gritos, las voces, las sirenas, los disparos, todo. Mis latidos también.

Hasta que dejaron de sonar.

A dos centímetros del suelo



mi padre nunca dejaba una luz encendida.

Cuando yo tenía miedo, se acercaba a mi ventana y abría las cortinas. Subía la persiana y dejaba que la brisa corriera. Luego se sentaba a mi lado, sobre el colchón, y me pasaba con cuidado un mechón de pelo por detrás de la oreja. Me decía que mirara las estrellas, que ellas no se apagarían. Tenía que dejar de tenerle miedo a la noche, decía. Porque no existían las noches negras. «No mientras brillen nuestras estrellas, *princesse*».

Quizás por eso no encontré luces al final de ningún túnel, pero tampoco el negro del abismo. Solo vi estrellas, Casiopea con su espejo por un lado, el brillo de Sirio por el otro, y todas esas estrellas binarias que se sostienen, juntas, como dos amantes perfectos.

Me desperté por culpa del silencio. Si es que podía llamar a eso estar despierta, porque me sentía a medio camino entre la vigilia y el sueño, como si todo mi cuerpo flotara a dos centímetros del suelo.

Las sirenas se habían callado. Los hombres también. Parecía que estuviéramos en otro lugar, en otro mundo, y por un momento creí que si estiraba lo suficiente la mano encontraría la de *maman*. Me acurrucaría a su lado, entre ella y mi padre, y vería el amanecer desde su cama, donde no llegaban las pesadillas.

Pero seguíamos en los mismos laboratorios, en el mismo mundo.

¿O no?

Mi mundo nunca había sido tan silencioso, Lucie. Quizás estuviera cruzando hacia el tuyo.

Un gemido a mi espalda me hizo volverme. Parecía que estuviera recobrando los sentidos uno tras otro, primero la vista y luego el olfato y luego el tacto frío del mármol bajo mis manos. El dolor de cabeza llegó con un latigazo.

—¿Nessa? —A mi lado, Eric también empezaba a recuperarse. Se apoyó con un codo en el suelo y levantó la cabeza, mirando a su alrededor como si acabara de caer del cielo—. ¿Qué has hecho...?

Abrí la boca para contestar, pero tenía la garganta tan seca que no fui capaz de articular ni una palabra. Alcé la cabeza y la ausencia del Ruido me dijo que todos aquellos guardias armados, ahora tirados en el suelo como ángeles caídos, aún estaban inconscientes.

O muertos.

No quería pensarlo.

Eric se levantó el primero. Su rostro palideció todavía más cuando miró más allá de mi hombro. Y de repente todas esas piezas fragmentadas de mundo, los olores y la vista y el tacto, volvieron a diluirse en el momento en el que me di cuenta de que el peso que notaba en la espalda era el brazo de Roy.

Me incorporé deprisa y cogí el cuerpo de Roy entre mis brazos hasta colocarle la cabeza sobre mis piernas. Quise escuchar algo de su Ruido, aunque fuera un susurro, un hilo de vida, pero todo lo que cabía en mi cabeza eran los gritos que mi garganta no soltaba.

—No, no, no, no, por favor, no... —La vista se me empañó por culpa de las lágrimas. Roy tenía los ojos cerrados, como un niño dormido, los labios pálidos y entreabiertos y aquellas malditas manchas bajándole por el cuello. Tenía el hombro cubierto de sangre como si fuera un manto—. ¡No! ¡Roy, no, no puedes...!

Morirte.

Fue la palabra que no llegué a pronunciar, pero que escuché demasiado clara como para ser solo un pensamiento. Cogí a Roy por el hombro sano y lo agité con fuerza, a medio camino entre la desesperanza y la rabia.

—Nessa... —Eric se acercó por detrás, con los ojos empañados.

—Está vivo. He oído su Ruido, Eric, te lo juro... No voy a dejar que se vaya.

Él frunció los labios. Por un momento pareció haberse rendido también.

Pero yo lo había oído.

—Hay mucha sangre, Nessa.

—No es suya —dije, intentando convencerme a mí también—. La bala solo le ha rozado... Lo que más me preocupa es que se le infecte la herida.

Tenemos que sacarle de aquí y que lo vea un médico, ahora mismo. —Miré de reojo hacia los guardias—. Antes de que ellos también despierten.

No quería decir en voz alta lo que los dos pensábamos: que aún existía la posibilidad de que, incluso llegando a tiempo, nos encontráramos con un médico que se negara a tocar a un infectado con VIH por miedo a contagiarse. Que había escuchado demasiadas veces en el Ruido de Roy que lo único que

podía hacer era prepararse para morir, como habían hecho tantos de sus amigos y compañeros antes que él.

Pero no iba a morir. No quise quedarme de brazos cruzados cuando escuché la palabra «sida», y no lo haría ahora. Roy no iba a morir, porque aún tenía que demostrarle al mundo que él era el héroe de las causas perdidas.

Escuché un gemido naciendo de sus labios cuando le incorporé, cogiéndole por debajo del hombro. Rompí a llorar como si fuera el llanto de un recién nacido.

Eric no tardó en colocarse al otro lado de Roy, que empezó a parpadear, muy despacio. Fue recuperando la conciencia conforme le levantábamos, con el pelo cayéndole por la frente y una mueca de dolor en el rostro.

Sentir dolor era mejor que no sentir nada.

—Dios, Roy, no vuelvas a darme estos sustos. —Coloqué su frente contra la mía, con la sonrisa más cansada del mundo—. Creía que...

Él sacudió la cabeza y se incorporó del todo antes de que yo pudiera seguir hablando.

—Todavía no —murmuró. Me pareció verle un atisbo de sonrisa en los labios, pero enseguida mudó en una mueca de dolor.

Eric había roto parte de su camisa de un tirón y había empezado a envolver el hombro de Roy con ella. No sabía cuánto tiempo habíamos estado inconscientes pero, a juzgar por el silencio de los pasillos, debían haber sido solo unos minutos.

Unos minutos que en la noche habían parecido eternos. Como el tiempo que había tardado en volver a escuchar a Roy.

Di un paso adelante sintiéndome un poco más ligera. El Ruido había vuelto a su sitio y lo empezaba a llenar todo como si fuera niebla.

—Eric, por lo que más quieras, dinos cómo salir de aquí —murmuré mientras él sostenía a Roy desde el otro lado.

Asintió y encabezó la marcha otra vez, por unos pasillos todavía más oscuros y silenciosos que los primeros. Intentábamos andar lo más rápido posible, pero mi pierna y la herida de Roy no nos lo ponían fácil. Me dolía cada músculo y empezaba a sospechar que la telepatía tenía más culpa que el secuestro.

Había visto la pregunta muda en los ojos de Eric cuando había despertado. Esa mezcla de miedo y desconcierto con el que *maman* me miró la primera vez que me vio jugar con el Ruido. Hacía mucho tiempo que había dejado de ser un juego.

Y lo que más me asustaba era no tener una respuesta. «No, no sé lo que he hecho, Eric. No sé si esos hombres están inconscientes o están muertos, no sé si les he arrancado el Ruido como quien arranca un corazón o si solo les he dejado dormidos. No sé hasta dónde ha llegado. No sé por qué nadie ha venido a por nosotros todavía, ni por qué las sirenas se han apagado, pero sospecho que todo esto tiene que ver con lo que Turner quería saber de mí. Pero no lo sé, Eric, no sé qué acabo de hacer y no sé si seré capaz de volver a hacerlo y no sé si el cansancio que nos pesa y el aire que nos falta también son culpa mía».

—Es por aquí. —Eric se detuvo al final del pasillo, donde unas escaleras verticales contra la pared ascendían a través del techo. Me recordaba al sistema de alcantarillas por el que debían colarse los ladrones en la ciudad.

Eric se aferró a los primeros escalones y subió un pie, ahogando un quejido. Sentí que se me revolvía el estómago otra vez.

¿Ya estaba? ¿Así acababa todo? Me costaba creer que la entrada secreta a una organización clandestina fuera algo tan... simple. Hubiera esperado más guardias armados, controles de seguridad y maquinarias que no llegarían a manos del gobierno hasta acabado el siglo.

Y, sin embargo, Eric parecía muy seguro.

—Espera —murmuré, y tiré de su camisa para detenerle—. Esto me da muy mala espina, Eric. —No quería decirle la verdad: que una parte de mí temía que aquello fuera una traición más, una trampa más. La otra estaba cansada de no poder confiar. Solo quería salir de allí—. ¿Dónde se supone que está Turner? ¿Y Lashbrook? La última vez que le vimos no dudó en dispararnos. Y sospecho que no se habrá quedado de brazos cruzados al oír que hemos huido.

Eric rio para sí.

—Lashbrook se pasa la mitad del tiempo drogado y la otra mitad dormido.

—¿Y Turner? —insistí—. A estas alturas debería habernos encontrado.

Las cámaras, las alarmas...

—¿Dices las cámaras que has quemado o...?

—¿Qué?

Eric bajó de nuevo al suelo para mirarme directamente a los ojos.

—Creo que no eres consciente de lo que acabas de hacer, Nessa. Has apagado la base entera, como si se hubiera cortado la luz. Aún me parece un milagro que estemos despiertos y los demás no.

Creí haberle oído mal.

—No, yo no...

—Hay tiempo para discutir todo esto fuera, chicos —dijo Roy, casi sin aliento. Se apoyó un poco más sobre mi hombro e hizo una mueca cuando la herida volvió a rozar en la tela—. La cabeza me va a explotar, y creo que no soy el único.

Tragué saliva. Al menos intuía que aquello sí que podía ser culpa mía.

El Ruido de Roy había dejado de ser ese susurro de fondo, como una película a la que no prestas atención, para convertirse en una tormenta de imágenes y palabras que ni siquiera lograba separar.

Eric asintió y dio media vuelta hacia las escaleras. Comenzó a trepar por ellas con la agilidad de un chaval de catorce años. Quizás aquella había sido su única vía de escape durante todo el tiempo que había pasado aquí. A veces olvidaba que el Eric adoptado por los Delton y con casa en Catoosa no era real. El niño que había visto encerrado en sus pesadillas sí.

Acerqué a Roy a la escalera y le ayudé a colocar las manos sobre los peldaños. Tenía los nudillos pálidos y la piel seca, y por un momento dudé que tuviera la fuerza suficiente para escalar.

Me mordí el labio. Si fuera como *maman*, le haría flotar. Si fuera como *maman*, hubiera podido protegerles. En cambio estaba viendo los efectos de haber llegado demasiado lejos dentro de sus mentes a cada segundo que pasaba: el sudor frío, el dolor de cabeza, el martilleo en las sienes del que no conseguía deshacerme.

No quería imaginar todo el dolor que suponía, sumado al estado de Roy.

—Lo siento —murmuré.

Roy se volvió hacia mí y alzó una ceja.

—No me has disparado tú, Ness. Deja de disculparte por todo, por favor.

En mi familia teníamos ya un historial bastante largo de pedirle perdón al universo y nunca perdonarnos a nosotros mismos. No iba a perder la tradición.

—No me refiero a eso —insistí—. Pero si estás aquí es por mi culpa. Si estamos huyendo de unos locos con bata es porque yo...

—Ness, el universo no está contra ti, lo sabes, ¿verdad? —Me acarició la mejilla con cuidado, erizándose la piel. No me pasó desapercibido cómo sus dedos no dejaban de temblar—. Créeme, sabía dónde me metía cuando me enteré de que mi mejor amiga tenía magia. No esperaba que todo fuera un cuento de hadas.

Hubiera estallado en una carcajada si no fuera por el cansancio.

—¿A esto lo llamas magia? ¿Dar dolores de cabeza y escuchar los secretos más turbios de la gente? Conozco a muchas vecinas en Mistorne que

pueden hacer exactamente lo mismo.

Los labios de Roy se torcieron en una sonrisa.

—Magia también es ser uno de los pocos en la historia de América que verá a los malos de Montauk con sus propios ojos. Haber atravesado el país con gofres fríos y serpentinatas y acabar en una ciudad invisible. Vivir una aventura así, de esas que solo lees en los periódicos cuando ya lo han arreglado todo. —Volvió a sonreír, con los ojos brillantes—. Y ser uno de los pocos afortunados que pueden decir que besaron a Nessa Favre antes de morir.

Arrugué la nariz con sorna, incapaz de contener la sonrisa y las lágrimas.

—No digas eso. No vas a irte a ninguna parte, *idiot*.

—No, si no me ayudas a subir esta maldita escalera, eso seguro. —Hizo una mueca cuando levantó el pie hacia el primer escalón—. Eric ya nos lleva ventaja.

Consiguió arrancarme otra sonrisa. Las comisuras de los labios me dolían como me dolía cada músculo, cada centímetro de la piel, pero la venda empapada de sangre en el hombro de Roy me recordó que tendría tiempo para quejarme cuando estuviéramos a salvo. Eric había dicho que estábamos cerca de Williams. Con suerte estaríamos lo suficientemente cerca como para encontrar alguna cabina de teléfono, algún bar, algo.

Pero primero teníamos que salir.

Empujé a Roy desde abajo, cogiéndole de la cintura. Un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta de que podría contar cada una de sus costillas, incluso por encima de su camisa. No sabía en qué momento la enfermedad había hecho desaparecer los trazos de Roy. Y no quería pensar que quizás llevaba mucho tiempo así, más del que yo creía, y que había estado demasiado ocupada sintiéndome el centro del mundo como para verlo.

«No vas a irte a ninguna parte».

Subimos con la lentitud de un anciano, pero, como Eric había dicho, toda la base parecía haberse apagado. Y aun así, la adrenalina seguía siendo el motor que me mantenía con vida.

Miré hacia arriba, al cuerpo de Roy, cada vez más débil y pequeño, que ascendía por la escalera como si del Cielo se tratara.

Solo cuando me aseguré de que él no caería me atreví a agarrarme del primer peldaño. De un salto, volví a estar a dos centímetros del suelo.

Solo nosotros



Como sospechaba, el final de aquel túnel ascendente no desembocaba directamente en la ciudad. La salida daba al interior de una amplia cueva, con el techo plagado de estalactitas y pequeñas gotas de agua golpeando el suelo. Algunas de las paredes de piedra estaban recubiertas de paneles de metal, como si hubieran dejado la construcción de aquel lugar a medias, y las raíces de los árboles se estiraban entre las grietas hasta aferrarse a los bloques.

Eric nos esperaba recostado contra una roca, con las manos sobre las rodillas. A su derecha la cueva continuaba formando un túnel ascendente.

—Os presento mi patio de juegos. —Abrió los brazos—. Os haría un *tour*, pero deduzco que preferiréis salir de aquí.

—Creía que a ti nunca te dejaron.

—Pero siempre fui muy espabilado, Nessa. —Se acercó a nosotros de una zancada y se colocó al otro lado de Roy para ayudarme a sostenerlo entre los dos. Jadeaba como si acabara de correr una maratón—. Hay una salida por aquel túnel; me las apañé para romper la cerradura a los catorce años. —Le miré con las cejas alzadas—. Tenía mucho tiempo libre.

Tragué saliva.

—¿Saldremos a Williams?

—Cerca. Estamos en una zona montañosa, a las afueras, pero no tendríamos que tardar más de veinte minutos en llegar a la ciudad. —Fruncí los labios; no sabía si contábamos con tanto tiempo—. Me parece que hay una gasolinera a medio camino.

Asentí y cogí a Roy por debajo del hombro.

—Eres tú la de la pierna mala —dijo él, intentando sonar burlón.

—Cállate y anda.

Le di un beso en la mejilla a Roy antes de entrar en el túnel. En aquella zona el suelo estaba mucho menos pulido y tenía que hacer un esfuerzo para esquivar todas las estalagmitas y pequeñas piedras que entorpecían el camino. Eric, al otro lado de Roy, también ayudó a aliviar el peso que recaía sobre mi

pierna. Me parecía absurdo que una herida pudiera seguir doliendo así, como si me arañara cada nervio, después de todo el dolor que había visto en el Ruido de los demás. Ojalá una herida en la pierna fuera lo único que me preocupara.

Al poco tiempo de entrar en el túnel nos llegaron los primeros haces de luz solar que se colaban entre las grietas. Hasta entonces lo único que nos había permitido ver habían sido las luces de emergencia y costó un poco volver a acostumbrarse a la luz. A mi lado, Roy gimió y cerró los ojos. El resto del camino lo hizo prácticamente a rastras.

La entrada a la cueva era muy estrecha, pero lo suficientemente grande como para atravesarla si nos arrastrábamos de uno en uno. No parecía muy estable.

Eric fue el primero en cruzar. Una vez fuera, asomó la cabeza por el agujero y le tendió la mano a Roy.

—Vamos —dijo—. Ya estamos fuera, chicos.

Quizás fue ese tono de esperanza, con el Ruido de Roy haciéndose cada vez más leve y el silencio de Eric abrazándome como un viejo amigo, lo que me ayudó a dar el último salto hacia la salida.

Una vez fuera sentí que se me había olvidado respirar. El cielo me parecía demasiado lejano, el aire demasiado frío, el mundo demasiado desierto.

Como Eric nos había dicho, la entrada se encontraba en la ladera de una pequeña montaña, con las láminas rojas y ámbar enfiladas unas sobre otras, igual que en el Gran Cañón. Una carretera local atravesaba el paisaje, y la brisa levantaba la arena como si nos invitara a bailar. Por lo demás, todo lo que se veía era el paisaje propio de Arizona: cactus desperdigados, acacias y matorrales secos. Y si seguía la estela de la carretera podía llegar a ver una neblina de colores que, a juzgar por mi miopía, quizás se correspondiera con los edificios a la entrada de Williams.

Sentí que me quedaba sin aire. Puede que aquella fuera la única forma en la que mi cuerpo lloraba ahora que había agotado las lágrimas.

Eric se plantó frente a nosotros y puso los brazos en jarras.

—Tenemos que avisar a la policía —dijo—. Williams no está muy lejos, y en cuanto la gente sepa de esto, ellos ya no...

Un pensamiento me cruzó la mente como un relámpago.

—Eric, espera. Turner sigue ahí dentro... —Él apretó la mandíbula y asintió. No se me escapó la forma en la que cerraba los puños, como si así pudiera arrancarse de cuajo todo lo que sentía—. Sabes que te delatará. Que dirá que tú también estás involucrado en todo esto...

—Me he pasado media vida moviéndome por miedo, Nessa. Ya no me importa. Cuando eres niño es fácil creer que alguien te quiere, pero Turner... —Se quebró en el último momento—. Después de todo lo que hizo cuando MK Ultra seguía activo, después de lo que me hizo *a mí* cuando mi padre se quitó de en medio... Después de todo lo que supe que quería repetir contigo, Nessa; me niego a que siga escondiéndose como un puto ratón. No me importan las consecuencias que tenga para mí. El gobierno no puede seguir permitiendo esto.

No quise decirle que había permitido cosas muchos peores.

Eric se cruzó de brazos. Por mucho que intentara ser de hierro, no se me escapó la lágrima que le resbaló por la mejilla.

—Está bien. —Cogí aire y me enderecé—. Larguémonos de aquí de una vez.

Di un paso hacia adelante, pero Eric me detuvo.

—Echa la cueva abajo, Nessa.

—¿Qué?

—Tú misma lo has dicho: Turner sigue ahí, y por muy potente que fuera tu poder dudo que siga durmiendo como un bebé. Es cuestión de tiempo que encuentre esta salida. Pero si pudieras... hacer caer las rocas o bloquear la salida, quizás...

Sacudí la cabeza.

—Eric, no soy... No puedo hacer eso. Lo que ha pasado ahí dentro es una cosa pero esto...

—¿Lo has intentado alguna vez? —Levantó una ceja—. Quizás es que todavía no sabes que sí puedes hacerlo, Nessa. Ahí dentro llevan años estudiando la energía *psi*, la que sustenta tu poder, y una de las teorías más prevalentes es su capacidad para... —barajó un par de palabras en su boca— canalizarse de distintas formas. La energía *psi* es solo eso, energía, y que tú puedas canalizarla a través de tu mente no significa que no puedas hacerlo de otro modo. Proyectándola hacia fuera, por ejemplo.

Como *maman*.

Tragué saliva. Eso es lo que ella llevaba haciendo desde que yo era una cría: podía mover lo que quisiera con solo pensarlo, con la facilidad con la que alguien se desharía de una pelusa. La había visto pintar cuadros sin mancharse las manos y romper cristales cuando se enfadaba de más.

Pero ella no escuchaba el Ruido. Se suponía que eso era lo que nos diferenciaba.

Quizás ella no lo escuchara porque lo movía. Quizás todo fuera la misma energía de la que Eric hablaba, percibida con sentidos distintos. Ella el tacto, yo el oído.

Di media vuelta hacia la entrada de la cueva.

—Deduzco que también sabrás lo que tengo que hacer.

Vi su sombra acercándose a mí.

—Todo lo que probaron conmigo. Lo que no recuerdo. —Se colocó a mi lado, hombro contra hombro, y me tendió la mano. Tenía las manos sucias, llenas de tierra y arena, y las arrugas de los dedos parecían haber envejecido diez años de golpe—. Quizás esto te ayude.

Con una mirada supe lo que de verdad quería decir.

Que enterraba el hacha de guerra. Que no quería volver a ocultarme nada.

«No quiero trampas», había dicho en el bar, «no quiero juegos estúpidos, no quiero que nos escondamos más. Solo somos nosotros tres ahora, Eric».

Le apreté con fuerza la mano y cerré los ojos.

«Solo somos nosotros ahora, Eric».

Volví a escuchar la misma cacofonía de la última vez, en Santa Rosa, con todos esos sonidos intensificados que parecían hacer eco contra las paredes de la mente de Eric. Su cabeza parecía otro desierto, uno mucho más oscuro y rodeado de paredes de metal. Uno con arenas movedizas en el suelo que me obligaban a arrastrarme hasta encontrar algo de sentido.

Se oía mucho más leve de lo que oiría el Ruido de cualquier otra persona, pero sabía que estaba ahí. Los ojos negros que ahora sabía que pertenecían a Turner y todas las noches que había pasado encerrado en una habitación diminuta, con un pequeño vaso en medio del suelo.

«No te daremos agua hasta que lo hagas añicos».

Veía las manos de un niño llenas de sangre porque su mente no fue lo suficientemente fuerte como para romper el cristal.

Los recuerdos saltaban unos tras otros, colándose entre algunos de los más recientes. Los que no habían intentado borrar. Eric nos veía entrar en Catoosa y nos seguía, con la mente llena de todas esas órdenes que le habían indicado que cumpliera: *«Por gente como ellos tu padre ya no está aquí. Gánate su confianza, hazles ver que estás de su parte... Nosotros nos encargaremos del resto».*

Los días fueron deslizándose ante mí y empecé a ver cómo la máscara de Eric se disolvía. Volví a vernos a los tres encerrados en el coche, en medio de la tormenta, y esta vez entendí su miedo. Había pasado muchas noches así,

iluminado por los rayos que se suponía que tenían que hacerle más fuerte. Lo único que crearon fueron agujeros negros en su memoria.

«Solo somos nosotros».

Cuando me separé de él, Eric empezó a toser como si alguien acabara de salvarlo de ahogarse. Se recompuso con un golpe en el pecho, pero aún tenía todo el cuerpo frío y empapado por el sudor.

—Lo siento —murmuré. Él sacudió la cabeza—. ¿Quieres saber lo que he visto?

Trató de recuperar el aliento antes de negar otra vez. Levantó el dedo con dificultad y señaló hacia la cueva.

—Quiero que lo hagas.

Asentí y carraspeé para que no se notara que aún me costaba mantenerme en pie. Intenté verme como una versión mucho más joven de nuestra madre, Lucie, pero ella hubiera llevado una falda de tul hasta las rodillas, una diadema en el pelo y los labios pintados de carmín. Se colocaría con una pierna por delante de la otra, se apartaría los tirabuzones rojizos de las mejillas y miraría la cueva con una fiereza en los ojos que nunca encontrarías en los míos.

Eso hice.

Miré y apreté los puños. Intenté centrarme en las rocas y obviar el Ruido del mundo a mis espaldas, pero desde que había salido de los laboratorios el dolor de cabeza iba cada vez a más. Me pitaban los oídos, me ardía la garganta. Pronto dejé de ver rocas y lo único que vino a mi mente fue el eco de las sirenas en los pasillos, el sudor en mi frente y la sangre en mis manos; sangre que ya no sabía si era mía o del hombre al que había matado.

No quería matarle. Nunca quise matarle. Y, sin embargo, no podía parar de pensar en cómo el arma me había temblado entre los dedos, la misma pistola que aún guardaba en la cintura, en cómo su cuerpo había caído al suelo y en cómo su grito había sido lo último que ocupara su Ruido. En cómo la sangre había empapado el suelo, cada vez más oscura y pegajosa.

Una arcada me hizo doblarme hacia delante. Me llevé una mano a la boca y la otra al estómago; pero el golpe que escuché a mis espaldas no fue la caída de ninguna roca.

«Idiot», me dije a mí misma antes de darme la vuelta.

El golpe venía de Roy; se sentó en el suelo de forma tan rápida y brusca que fue como si cayera. No tenía buena cara.

Eric me agarró del hombro. El sudor no había desaparecido de su frente desde que había entrado en su Ruido, y dudaba que fuera a causa del calor.

Sabía que era por mi culpa. Su dolor, el de Roy, el de los hombres a los que había dejado sin aliento en los pasillos. No podía mover rocas con la mente pero al parecer no me costaba nada destrozarlas.

—Cambio de plan —dijo Eric a mi lado, sin apartar la mirada de Roy—. Creo que... Tendríamos que haber ensayado esto antes.

—¿Antes del tiroteo en Albuquerque, dices, o del secuestro en el *pub*? Perdona si he tenido la agenda un poco ocupada. —Puse los ojos en blanco, pero no me dio tiempo a bromear mucho más. Yo tampoco me sentía con fuerzas.

Eric chasqueó la lengua.

—Quédate con Roy —dijo—. Creo lo mejor será que yo corra hacia Williams y avise a alguien para que venga a ayudarnos. Si vamos en coche, tardaremos menos de cinco minutos. Y los tres no podemos ir, pero si yo me doy prisa quizás...

—Corre, ve —le corté. Por mucho que temiera quedarme aquí, entre mi pierna coja y la herida de Roy tardaríamos demasiado en llegar—. No pierdas el tiempo.

Eric frunció los labios. Dio un paso hacia atrás, pero antes de echar a correr dijo:

—Dudo mucho que nos busquen en esta salida pero, si lo hicieran, mantenedlos aquí hasta que vuelva. Te quieren viva, Nessa, y eso es algo a tu favor. —Tragó saliva—. En diez minutos estoy en la ciudad. No tardaré, lo prometo.

Diez minutos podían parecer siglos cuando estabas esperando.

Eric echó a correr y me hizo preguntarme de dónde sacaba las fuerzas para poner un pie por delante del otro. Cuando su figura no fue más que una hormiga entre la arena, me volví hacia Roy.

La última vez que Eric nos había dejado solos en medio de la carretera todo fue muy distinto. Parecía que hubieran pasado siglos.

Roy seguía en el suelo, con los codos apoyados sobre las rodillas y la cabeza entre las manos. Parecía que le costara respirar. La luz dorada del atardecer le bañaba la piel, cada vez más oscura conforme mi sombra se acercaba.

—¿Roy? —dije mientras me agachaba a su lado.

—Estamos fuera.

—Sí. —Él suspiró y cubrí una de sus manos con las mías—. Estamos fuera.

Y él estaba frío como un témpano.

Sus pensamientos se deslizaban a la velocidad de un cometa, llenos de susurros y colores y mensajes tan distintos que parecía que su cabeza se estuviera partiendo en millones de fragmentos.

—Saldremos de aquí —murmuré—. Solo tenemos que esperar un poco más, pero Eric llegará con la policía y entonces...

De repente empezó a temblar, pero no como si fuera a llorar; el temblor de las manos empezó a sacudirle también los brazos, las piernas y los hombros, cada vez más fuerte. Le rodeé todo el cuerpo en un abrazo y apoyé mi barbilla sobre su pelo.

Si lo único que podía darle era calor, quería intentarlo. El problema era no saber si estaba aliviando el daño o lo estaba provocando.

Roy no dijo nada en lo que me pareció una eternidad, y vi en su Ruido el recuerdo difuminado de la sangre.

La sangre de su hombro cuando le dispararon, primero, y luego la de mi herida en Santa Rosa, cuando no había llegado la ambulancia y sus manos se tiñeron de rojo; la del hombre que había matado corriendo por el suelo y la de Mark ya seca en sus labios cuando lo vio morir; la sangre de los pañuelos que llevó a su funeral cada vez que tosía y la sangre de los amigos que compartían condena y todavía no entendían la razón.

Roy seguía temblando y me daba la sensación de que la luz se escapaba del cielo y el calor de su cuerpo.

—Vamos, Roy —dije, en un intento de que me mirara—. Lo primero que haremos al salir de aquí será buscar un buen restaurante mexicano e hincharnos a tacos, ¿te parece? Y no le daremos a Eric la opción de elegir sitio.

Me apretó la mano con suavidad, lo que interpreté como un sí. Mis dedos temblaban entre los suyos, aunque ya no sabía quién hacía temblar a quién.

—Va, intenta levantarte. Podemos acercarnos un poco a Williams mientras esperamos. ¿Crees que puedes?

Asintió, muy despacio. Con una mueca en los labios, se apoyó en mí y logró ponerse de pie, aunque con cada paso que dábamos parecía arrastrar un saco de piedras tras de él.

—Lo siento —murmuró—. No me encuentro muy bien.

—Lo sé.

«Y temo que sea por mi culpa».

Empecé a llorar, incluso cuando creía que ya no sabía hacerlo.

—Eh. —Roy hizo un esfuerzo por mantenerse erguido—. Eh, tranquila... Me aparté una lágrima con rabia.

—Perdona. Es que... —Pero no pude acabar la frase. Solté un suspiro de alivio al darme cuenta de que Roy ya no temblaba tanto—. Es todo.

—Lo sé.

Cogí aire y miré más allá de la carretera, donde no podía esperar a ver la silueta de Eric volviendo hacia nosotros.

Dimos dos pasos más.

—Oye —la voz de Roy sonaba débil, pero se las ingenió para sonreír—, ¿ese golpe en la mejilla es parte del maquillaje?

Me llevé la mano libre a la cara.

—Vaya, gracias. No me dolía hasta que lo has mencionado.

Otro paso más.

—Estás guapa igual.

«“Guapa” es una palabra muy vaga para describirme, señor periodista».

Y otro.

Aquella vez su voz fue solo un murmullo. Cuando le miré, no pude evitar que mis ojos fueran directos a su hombro, donde el trozo de tela estaba bañado en sangre.

—¿Tú cómo estás?

—He estado mejor —respondió—. Pero sobreviviré.

Por un momento le creí. Me olvidé del maldito virus y de la forma en la que mi telepatía le había dañado y solo vi al mismo chico torpe que venía buscando tiritas a mi jardín. Mi poder nunca había matado a nadie y no lo haría ahora. Eric estaba a diez minutos. Puede que menos. Íbamos a volver a casa e íbamos a sobrevivir.

Mañana despertaríamos y sería el comienzo de algo distinto. Algo bueno, con suerte. Solo hacía falta que nos levantáramos de nuevo, que un paso siguiera al otro, para que el mundo pusiera en marcha toda una cadena de caóticos y pequeños milagros.

Tres pasos más.

—No lo dudaba —dije, y le di un rápido beso en la frente—. Para mí siempre fuiste el héroe de lo imposible, ¿lo sabías? Si volviera a escribir, escribiría sobre ti.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

Y entonces el eco de un disparo reverberó en el Ruido que nos envolvía y vi cómo Roy se estremecía y soltaba un pequeño suspiro.

Seguí su mirada mientras él la descendía.

La sangre le empapaba la camisa.

Su sangre.

Salía por un pequeño orificio justo al lado del ombligo. Tan pequeño que no entendía cómo podía sangrar tanto. Me soltó para llevarse las manos al abdomen, empapándose los dedos de rojo.

—¿Ness...?

Se derrumbó hacia delante. Le cogí antes de que cayera al suelo, tambaleándome por culpa del peso, y no pasó ni un segundo antes de que sintiera el calor de la sangre bañándome los brazos.

Miré hacia atrás.

Turner no había terminado de salir de la cueva, con la camisa cubierta de mugre y tierra, pero mantenía la pistola en alto apuntando en nuestra dirección. Roy se dejó caer contra mi pecho con un jadeo.

Aquella vez fui más rápida. Saqué el arma y apunté hacia él, intentando controlar el temblor de mis manos.

—Ni se te ocurra —amenacé—. Te juro... Te juro que esto no es ninguna bravuconada, Turner, un movimiento más y te vuelo la cabeza.

Me escuché a mí misma con mucha más confianza de la que sentía.

—Descuida, Nessa. —Quise escupirle en la cara por la forma en la que sonreía—. Nadie está tomándose lo a broma. Nos has demostrado de sobra que eres capaz de matar. —Chasqueó la lengua y vi cómo trasladaba la mirada a Roy—. Aunque me temo que no eres la única.

El odio me dejó sin tiempo a reaccionar y disparé antes de que a Turner le diera tiempo a coger aire. Disparé sin importar dónde diera y dónde acabara la bala, sin importar si lo mataba. Una nube de polvo cayó sobre él cuando los primeros disparos dieron contra la roca, pero no dejé de disparar.

Con el eco de cada golpe me daba la sensación de que el mundo se volvía más claro y más doloroso, como si alguien estuviera echándome sal sobre las heridas. Roy se aferró a mí con más fuerza y su Ruido se juntó con el mío y con el de la pistola, como un enjambre de gritos y golpes y sangre.

—*Fils de pute* —murmuré. Tenía la visión empañada por las lágrimas.

No supe que había disparado la última bala hasta que el Ruido se calmó.

No quería que se calmara. No quería que se apagara.

Turner estaba tendido sobre la tierra, con las piernas todavía en el interior de la cueva. Un par de rocas le habían caído sobre la cabeza sin llegar a hacerle mucho daño, pero tenía la mano con la que había empuñado la pistola en carne viva. Otra bala le había dado en el hombro. El resto debían de haberse perdido entre las piedras. Sabía que seguía vivo porque sus gritos se escucharían de aquí a Mistorne.

Pero no tenía tiempo para ocuparme de él.

Roy seguía apoyado en mi pecho, pero entonces las rodillas le cedieron y resbaló hasta el suelo. La sangre le había borrado el color de las mejillas y los labios para dársele al rojo que teñía su camisa.

Demasiado rojo. Demasiada sangre.

Apoyé su cabeza en mi regazo y le ayudé a taponar la herida con las manos, las suyas y las mías. Estaba frío, la sangre cálida. Estaba muy frío.

—Eh —murmuré. Había empezado a mecerle, moviéndome adelante y atrás como había hecho tan solo unos minutos antes, pero esta vez tenía la mirada tan empañada por las lágrimas que me costaba distinguir mis manos de las suyas—. Tranquilo, Roy, Eric está viniendo, ¿me oyes? —Se me hizo un nudo en la garganta—. Está a punto de venir, y traerá a un médico y...

Me pareció que sacudía la cabeza. Como si negara.

Su Ruido habló por él.

—Aguanta —le dije. Me mordí el labio inferior—. Solo aguanta un poco más, Roy. No te vas a morir, ¿me estás oyendo? No vas a irte a ninguna parte. Hoy no.

No tenía que ser hoy.

—Aguanta, Roy, por favor. —Mi voz se rompió con la última palabra.

Él lo intentaba. Intentaba mantener los ojos abiertos, aunque fuera muy poco, y se apretaba la herida, aunque ardiera, con la poca fuerza que le quedaba.

Pero oía más fuerte el Ruido de Turner a nuestras espaldas, gritando de dolor, que el de Roy entre mis brazos.

—Por favor. —Me incliné hacia delante, rozando mi frente con la suya. Le estaba empapando las mejillas con mis lágrimas—. Por favor, Roy, *hoy no*.

Quise gritarle al mundo que se parara, que necesitábamos ayuda, que llegara alguien. Que alguien nos sacara de allí.

Pero no había nadie, nadie más que un loco moribundo en la entrada de una cueva, una pistola sin balas y remolinos de arena creándose en medio del desierto.

No había nadie.

Y Roy cada vez sangraba más.

Había demasiada sangre. Demasiada...

—Hoy no... —dije, aunque el dolor no me dejara hablar.

«Por favor, por favor, por favor, por favor, no te mueras. No tenías que morirte. Me dijiste que todavía no, me dijiste que sobrevivirías... No te mueras, Roy. Aguanta. Por favor, aguanta».

Sentí cómo sus manos se aflojaban.

«*Por favor*».

Colocó una mano sobre la mía. Había tanta sangre en medio que apenas sentía su piel. Demasiada sangre.

—Ness... —Apenas podía mantener los párpados alzados—. Duele...

Duele mucho...

Si me quedaba algo de corazón, sus palabras se habían encargado de partirlo.

—Por favor —dijo. Y escuché el resto de su súplica en su Ruido, en medio de la agonía y el rojo escarlata.

«Por favor, haz que esto acabe».

—No... Roy, no puedo...

Me apretó la mano con suavidad. Era una invitación para que entrara en su Ruido, por mucho daño que pudiera hacerle. Un Ruido que ahora estaba cargado de sangre, de recuerdos que se abalanzaban unos sobre otros, deslizándose como libélulas, de los gritos que no salían de su garganta y de un dolor tan profundo que me dejaba sin aire. Lloraba con tanta fuerza que no podía dejar de temblar, pero Roy cada vez estaba más quieto.

Y seguíamos solos.

Eric no llegaría a tiempo.

El dolor de Roy no iría a menos.

Con el corazón en un puño y mi frente todavía sobre la suya, cerré los ojos y me esforcé por llegar a cada rincón de su mente. A los más oscuros, a los que más dolían. Como si le cantara una nana, fui apagándolos uno a uno.

Era casi lo contrario a lo que había ocurrido abajo, con los guardias. Ahí había buscado destruir, no dormir. La rabia lo había consumido todo. Ahora, con Roy entre mis brazos, lo único que quería era que él sintiera calma. Que no doliera más.

Que no se marchara.

Me hizo un regalo justo antes de despedirse.

Lo primero que vi entre la niebla de sus recuerdos fue a una niña pelirroja que jugaba saltando por las baldosas de la acera justo un segundo antes de que las manitas de Roy perdieran el control de su bici. Vi cómo la niña dejaba de ser tan niña, cómo las meriendas en el viejo Joe se transformaban en citas improvisadas a las tantas de la madrugada, cuando tenía que descalzarme por debajo de la mesa para que los pies dejaran de dolerme de tanto bailar. Vi la timidez con la que Roy me cogía la mano, a veces, como si fuera lo único que pudiera anclarle a la tierra. Escuché nuestras risas y nuestra voz a través de

los *walkie-talkies* y nuestros pasos rápidos corriendo por los pasillos de la facultad porque llegábamos tarde.

Volví a encontrarme dentro de aquella piscina, como una sirena con el cabello en llamas, un segundo antes de que Roy me besara. Le vi buscando constelaciones desde la ventana de su casa, pensando cuál de ellas llevaría mi nombre. Vi cada noche en el viejo Ford, en los moteles, en nuestras casas, en el *Spectrum*, en medio de la nada, en medio del bosque, en medio de la multitud, bajo las luces y bajo el agua, vi cada abrazo y cada risa y cada beso con el que prometimos despedirnos.

Me dio tiempo a darle el último antes de que su aliento dejara de acariciarme la mejilla.

No así

Entonces llegó el dolor, punzante como una bala en el costado. La mano de Roy se resbaló de la mía. Y por primera vez en más de ocho años, no sentí la compañía de su Ruido. El silencio dolía como si me acuchillaran con él. Necesitaba aire y necesitaba olvidar que esto estaba ocurriendo y necesitaba arrancarme esta segunda piel que parecía arder sobre la mía.

El dolor se volvió odio cuando el único Ruido que quedó en aquel desierto fue el de un Turner moribundo.

Con los ojos cargados de unas lágrimas que pensaba que no me abandonarían nunca, me puse en pie y caminé arrastrando la pierna hacia donde estaba Turner. Seguía tumbado, boca abajo, pero había conseguido arrastrarse a pesar de las heridas y ahora alargaba la mano buena hacia su pistola, que estaba tirada en el suelo. La misma pistola que había matado a Roy.

Le pisé la mano antes de que pudiera alcanzarla y agarré el arma mientras él soltaba un alarido.

Las manos ya no me temblaban cuando le apunté directamente a la cabeza.

—Es todo por tu culpa —gruñí.

Se retorció como un gusano sobre la arena hasta encontrar mi mirada.

Aún tuvo la sangre fría de sonreírme.

—Ya estaba muerto antes de que yo llegara, Nessa...

—¡Cállate! —grité tan fuerte que me hice daño en la garganta—. ¡Él no tenía que morir, maldita sea, él no...!

«No hoy».

«No *así*».

Unos brazos me rodearon la cintura desde atrás, obligándome a soltar el arma. Cayó al suelo con el eco de los disparos que no había dado atrapados en mi Ruido.

—Nessa, déjalo...

Era la voz de Eric. El chico me obligó a dar dos pasos hacia atrás y entonces me soltó, dejándome sin aire. Dos hombres uniformados salieron desde detrás y se agacharon junto a Turner; oí el sonido de unas esposas y mil voces hablando, todas al mismo tiempo. Escuchaba todos los Ruidos del mundo menos uno. Menos el suyo.

Eric siguió sosteniéndome entre sus brazos. Había más gente con él; un grupo de policías cerca de la cueva, otro donde estaba Roy. Una furgoneta aparcada.

Habían llegado.

Habían llegado y ni siquiera me había dado cuenta.

Eric me obligó a mirarle a los ojos. Él también temblaba; o quizás era yo, que veía el mundo a través de unos ojos que no podían dejar de llorar.

—Está muerto —murmuré—. Eric, Roy está...

Pero no me dio tiempo a decir nada más antes de hundirme contra su pecho.

Lo último que recuerdo es que intenté perderme en un abrazo que no nos alivió a ninguno de los dos.

Él

Y así es como le perdí.

Trece siglos

Maman también llegó tarde. Fueron solo unas horas, que a mí me parecieron siglos. Siglos desde que había despertado en aquella prisión fría, siglos desde que había pisado el viejo Ford por última vez. *Maman* cumplió su promesa y dos minutos después de colgarme, alquiló un coche y viajó hasta Arizona, dejando a mi padre atrás porque «seguramente estaré de vuelta enseguida». Lo que ella no esperaba era que, una vez llegara al albergue en Tusayan desde donde yo la había llamado, los recepcionistas la informaran de que los huéspedes que buscaba —dos de tres— se hallaban en el hospital general de Williams, a una hora de allí.

La policía quiso hacerme una revisión médica completa, a pesar de la factura que aquello supondría para mis padres. Ya iba a ser suficiente con el susto de Santa Rosa. Quise decirles que no me pasaba nada, que toda esa sangre no era mía, que podían amputarme la pierna si con eso se quedaban más tranquilos. Ya no la necesitaba.

Tampoco se esforzaron en escucharme.

Pasé todo el tiempo que Eric estuvo en comisaría, respondiendo preguntas y pasando polígrafos que decidirían su condena o su libertad, en un estado de sedación donde el mundo dejaba de gritar y empezaba a susurrarme. Hubiera preferido que me durmieran. Así ya no me haría preguntas.

Entre las más recurrentes estaba cómo Eric iba a salir de allí sin mencionar mi telepatía. O si lo haría. Si le creerían. Cómo llevaría el cadáver de Roy hasta la puerta de sus padres. Cómo reaccionarían. Quizás me tocara enterrarlo con mis propias manos.

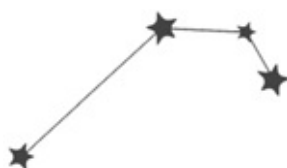
Cómo volvería a vivir si él no estaba.

No quise levantarme de la cama ni cuando *maman* apareció por la puerta de la habitación, con el pelo recogido, un fular en el cuello y unas gafas de sol que me impedían ver cómo lloraba. Cuando me abrazó, solo sentí vacío. Y miedo. No quería que me tocara. No sabía si Roy había muerto por culpa de aquella bala o, como había dicho Turner, yo me había encargado de matarlo mucho antes. A cuentagotas, como si le inyectara veneno. Rompiendo su

Ruido hasta quedarse sin fuerzas. Hubo un momento, en la base subterránea, en el que dejé de tener el control sobre lo que hacía; si mi telepatía era un vaso, lo había hecho añicos, lo había desbordado, y ni siquiera me había dado cuenta de que nos estábamos ahogando en el agua. Quizás lo había matado con cada roce, con cada beso.

Cuando *maman* me preguntó si necesitaba hablar, me negué. Me conformaba con ver pasar las horas en las sombras del techo mientras las visitas iban y venían, los médicos y los policías y los periodistas, sin soltar ni una palabra hasta que todos desistieron y me dejaron en paz.

Excepto ella.



—He conseguido librarme de los periodistas. Son todos unos morbosos —dijo mi madre mientras dejaba la bandeja con el desayuno a mis pies—. Bueno, no todos, perdona. Solo los de esa estúpida revista local del corazón que parece empeñada en retrataros a ti y a Eric como los trágicos amantes de Williams. —Soltó un bufido y se sentó a mi lado sobre las sábanas—. Tengo buenas noticias, si quieres oírlas.

Me contuve para no reír. Veía todo demasiado negro como para que de verdad existieran buenas noticias.

Mi madre interpretó el silencio como un sí.

—Turner y Lashbrook fueron detenidos anoche. —Movié los labios en un amago de sonrisa—. Y esta vez me he encargado personalmente de que el gobierno no haga ninguno de sus trucos. La gente ha empezado a denunciar los abusos como pasó hace unos años, cuando se destapó la muerte de Olson. Entre eso y la cantidad de drogas y de... máquinas y aparatos que se encontraron en la base, estamos a nada de que la ONU intervenga. —Colocó una mano sobre la mía. Al lado de mi piel, la suya parecía hecha de porcelana—. Además —continuó—, Eric consta como una víctima más de la organización. No le caerá ningún cargo. —Supuse que esperaba al menos un gesto de alivio por mi parte, pero ella no lo entendía. No entendía lo que era no poder sentir nada más—. Ahora mismo está...

Creo que está esperando abajo. Me ha preguntado si podía subir en un rato.

Asentí, muy despacio. Cualquiera diría que tenía el cuerpo cubierto de heridas.

—¿Y qué va a hacer ahora?

Hasta yo misma me sorprendí al escuchar mi voz. Un poco más quebrada y grave de lo normal, como si mis cuerdas vocales hubieran olvidado cómo funcionar, pero aún mía.

Mi mente buscó ella sola una respuesta antes de que a *maman* le diera tiempo a abrir la boca.

Roy, Eric y yo íbamos a volver a casa. Íbamos a volver a Mistorne y ahí encontraríamos una forma de descansar. Era un plan incierto, pero en aquel momento parecía que así la muerte no llegaría hasta nosotros. Y entonces había llegado ese disparo, ese maldito disparo, y todo se había roto y Roy estaba muerto y nada tenía sentido.

La pregunta correcta hubiera sido «¿qué vamos a hacer ahora?», pero tampoco encontraba la respuesta. De pronto me sentía una imbécil que no sabía nada del mundo y que todavía se esperaba un final digno de sus cuentos.

Una vez llegué al hospital, dejé de llorar. No derramé ni una lágrima más por Roy y eso me hizo sentirme todavía peor. Pero es que ni aunque quisiera ceder al llanto hubiera podido. No, no tenía sentido. No tenía sentido que nada de esto nos estuviera pasando.

—Bueno... —No me di cuenta de que *maman* había empezado a hablar—. Su madre está en paradero desconocido desde hace años; sospechan que seguramente también fue una de las víctimas de Turner. Él no sabe nada.

No tiene parientes y no creo que los servicios sociales vayan a echarle una mano con la edad que tiene. —Suspiró—. He pensado... Dijiste que preparara una cama de más, ¿verdad? Quizás pueda quedarse con nosotros un tiempo. Mientras busca trabajo. —Se acercó un poco más a mí y me apretó la mano—. Siempre y cuando tú te sientas cómoda.

Sentí un pinchazo en el corazón.

Esa cama también habría sido para Roy.

—Está bien —murmuré.

Mi madre sonrió. Con un suspiro, se incorporó y se volvió hacia la bandeja del desayuno.

—¿Qué tal si intentas comer un poco? Te sentará bien, cariño. Les he pedido que te trajeran doble de mermelada de melocotón.

Sacudí la cabeza.

—No tengo hambre.

—Ness...

—Tendría que haberme disparado a mí —le corté de golpe. Si a mi madre le había impresionado el cambio brusco de conversación, no lo demostró. Dejó caer los hombros y soltó aquel absurdo botecito de mermelada—. Turner. Tendría que haberme disparado a mí, no a Roy. No lo hizo porque me necesitaba. Eso es lo que repetía Eric todo el tiempo, que me necesitaba viva y eso era una ventaja. —Apreté los puños—. Pero es que yo lo necesitaba vivo a él. —Quería llorar. Quería llorar y quería sentir y quería que mi voz dejara de parecerme la de un desconocido—. No me disparó, pero supo que habría algo que me dolería más que cualquiera herida que me hiciera. No... No es justo, *maman*. No tenía que morir por mi culpa.

—No fue por tu culpa, Nessa...

—Eso díselo a la telepatía.

Fue solo un susurro. No me había atrevido a mencionarla en ningún momento; en parte porque no conseguía que desapareciera esa sensación de que todas las paredes tenían oídos. Tampoco desaparecía el miedo. Miedo a que todo fuera mentira, otra vez, como lo fue para *maman*. A que la caída del 82 no fuera más que un juego, como lo fue la caída del 73. Quizás aún quedaba alguien. Irían tras de mí. Se encargarían de matar a todo aquel que estuviera a mi lado.

El Ruido estaba sedado también, como mi cabeza, y volvía a estar en ese punto en el que no era más que un molesto zumbido al que apenas prestaba atención. Ya no quería atrapar palabras ni escuchar canciones en mentes ajenas, por miedo a destruirlas.

—Sé lo que es tenerle miedo a lo que eres capaz de hacer, cariño —murmuró mi madre. Se inclinó hacia delante, sin soltarme la mano, y me acarició la mejilla con la que tenía libre. Me miraba como miraba a la niña que intentaba dormir cada noche—. Pero el miedo no tiene que ser culpa.

No tiene que ser odio. —Me dio un suave beso en la frente—. Puedes vivir sin todo eso, *ma chérie*.

Por un momento dudé si podía.

Vivir sin escuchar el Ruido. Sin el peso de todas las cosas que no llegué a decir. Sin las cadenas del odio en los tobillos. Sin el demonio de la culpa.

Ese que se quedaba incrustado en mi pecho, que revivía en cada pesadilla, que intentaba arrancarme de la piel y apartar de las sábanas.

No sabía cómo *maman* había podido hacerlo.

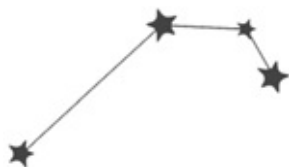
—Todo irá bien —murmuró, su aliento contra mi frente.

No lo dijo como lo haría una vidente de pacotilla. Fueron las mismas palabras que le había escuchado cada noche a mi padre, en un susurro, las

mismas que me decía cada vez que me acunaba, de niña, al despertar de una pesadilla; cada vez que me ponía una tirita sobre las heridas.

No significaba que no doliera. No significa que dejara de tener miedo.

Era una promesa, un «sigues aquí, Nessa; y esto es lo que significa sobrevivir».



Había perdido la conciencia del tiempo. A veces parecía un regalo, como si con cada segundo que pasara el duelo se quedara un poco más atrás. Y otras veces, cuando me quedaba atrapada en el mismo día una y otra vez, incapaz de escapar, parecía que un trocito del infierno había bajado a hacerme compañía.

Al final resultaría que la señora Delton tenía razón y sí que había acabado en el caldero del diablo, Lucie. O quizás esa parte de la historia también era mentira. Quizás la señora Delton ni siquiera se llamara señora Delton. Ya no podía fiarme de lo que recordaba.

En uno de esos días que parecían repetirse en un bucle infinito, encontré a Eric mirando el atardecer en el pequeño parque para pacientes que había detrás del hospital. Solía pasear por allí, por recomendación médica y por insistencia de *maman*, con muletas y una enfermera con el ojo siempre encima mirándome desde de la ventana. Solía encontrarme a Eric allí. Solo.

Solíamos ignorarnos.

Ese día rompí el bucle y me acerqué a él.

Estaba sentado en el suelo, sobre el césped, abrazándose las rodillas.

Los últimos rayos de sol se escaqueaban entre las ramas hasta llegar a su piel, llena de las mismas heridas y rasguños que marcaban la mía.

—Hola —murmuré, sentándome a su lado con toda la gracia que las muletas me permitían. Parecía sorprendido de que le hablara.

No negaría que aún echaba de menos la compañía de Eric, a veces, solo porque estar a su lado era lo más parecido a estar en silencio que había sentido desde que se fue Roy. Actuaba como un agujero negro que se tragaba todo el Ruido. Incluido el mío.

—¿Qué hace una chica como tú en un sitio como este? —Se apartó el flequillo de la cara. Casi parecíamos dos chicos normales en un sitio normal que hablaban de cosas normales.

—Necesitaba que me diera un poco el sol.

—No quiero ser yo quien te dé la mala noticia, pero llegas un poco tarde.

Miré hacia el cielo, que en cuestión de segundos se había vuelto tan rosa como el algodón de azúcar. Sentí un pinchazo en el corazón al recordar de golpe que ese atardecer lo veíamos solo dos, no tres.

—Odio que seas así —murmuré.

Eric no parecía ofendido.

—No es la primera vez que me lo dices. ¿Así, cómo?

—Así de fácil. Que a veces me hables y se me olvide todo, todo lo que ha pasado y todo lo que hiciste. —Hice una pausa, pero Eric no parecía tener fuerzas para replicar nada. Era en momentos como ese cuando su silencio dejaba de ser agradable y empezaba a arder. Notaba una misma pregunta repitiéndose en mi cabeza, una y otra vez, con más desesperación que duda—. ¿Puedo confiar en ti, Eric? ¿Después de todo...? Porque no lo sé. No sé lo que siento, no sé qué es lo que debería sentir y cómo debería actuar. Solo sé que, a pesar de todo, te he visto desde la habitación y he querido bajar a estar contigo. Y aún no sé si es una idea estúpida, si lo hago porque me importas o porque en el fondo sigo creyendo que eres el único que puede entenderme ahora. El único que estuvo ahí cuando... cuando...

Apretar los párpados no sirvió para dejar de llorar. La retahíla de imágenes que me acompañaba cada noche volvió a pasearse por mi cabeza como una marcha fúnebre.

—Trauma compartido, ¿eh? —murmuró Eric, tan bajito que por un momento pensé que lo había imaginado. Muy a mi pesar, consiguió arrancarme una sonrisa.

—Trauma compartido.

—Entendería que no quisieras volver a verme, aun así —siguió Eric, esta vez con un tono mucho más apagado en su voz. Escondió las manos en las mangas de su chaqueta—. Soy el primero que sabe lo que es sentirse traicionado.

—¿Lo dices por Turner?

Él asintió.

—Él y mi padre pasaban mucho tiempo juntos, tanto que a veces les confundía cuando estaban de espaldas. —Rio para sus adentros—. Los dos eran igual de fríos. Calculadores. Pero daba igual, yo les quería, porque en el fondo era el único amor que conocía. Amor por la ciencia, por el avance, por el país. Teníamos que ser los primeros en controlar la mente humana, antes de que la Unión Soviética se adelantara, y así dar servicio a nuestra patria. No

me extrañaría que esas hubieran sido las últimas palabras de mi padre. —Bajó la mirada—. Crecí sabiendo que si estaba en la base era para ayudarles. Todo por la causa, decían, aunque yo fuera demasiado pequeño para entender a qué se referían. —Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. Y demasiado imbécil para darme cuenta de que «por la causa», Turner también sería capaz de darme la espalda cuando le conviniera. Me dijeron que tú eras el monstruo, Nessa. Y me odio por haberles creído. Me odio por haber pensado durante tanto tiempo que esa causa por la que luchaban también podía ser la mía.

Estiré las piernas y me eché hacia atrás.

—Al final sí que consiguieron controlar la mente, ¿no? —Tensé los labios en un amago de sonrisa—. Al menos lo hicieron contigo. Te creí desde el primer día... Te veía tan sincero. Tan genuino, tan... solo. —Tragué saliva—. Si todo fue teatro, tengo que darte la enhorabuena.

—Actúo bien bajo presión, qué se le va a hacer. Sentir una pistola en la nuca todo el tiempo es bastante efectivo. —Aún no entendía de dónde sacaba el ingenio para bromear, pero era difícil no darse cuenta del poso de verdad que había detrás de lo que decía—. No significa que esté orgulloso de lo que hice.

—Yo tampoco. —Aún recordaba la forma en la que Eric me había mirado, cuando despertamos en medio de los laboratorios. La rosa de sangre que empapaba la camisa, los charcos en el suelo. La rabia con la que no me importó disparar a nadie—. Pero creo que si estuvieras actuando, eso es precisamente lo que dirías.

—Me temo que no te queda otra que vivir con la duda, Ness. —Se encogió de hombros, a medio camino entre la risa y el llanto—. También me odio por eso, ¿sabes? No... Nunca pensé que las cosas acabarían así.

Después de todo el espectáculo de Clovis... Cuando me ofreciste ir a Haney quise gritarte que no, que volvierais a casa, que me dejarais en paz. Pero Lashbrook ya estaba allí. El coche que nos persiguió lo hizo para meterme miedo a mí, no a vosotros. Sabía que no les costaría nada deshacerse de mí si con eso te tenían a ti, y por un momento pensé que... Que quizás estaba equivocado, que de verdad eras una chica más, que si seguías con tu circo ambulante se darían cuenta y dejarían que os marcharais. Quería que estuvieran equivocados, de verdad.

Tragué saliva.

—Pero entonces intenté leerte. Y lo notaste, ¿verdad?

—No eres precisamente sutil...

—Y tu mente no es precisamente fácil.

—¿Eso es un cumplido? —Rio, pero la sonrisa se marchitó de golpe—. Tampoco es agradable saber que tienes años enteros de tu vida en negro, la verdad. No sé qué me obligaron a hacer en esa época.

Parecía que le importaba más lo que hizo él que lo que hicieran *con* él.

No sabía si contarle lo que había visto en los recuerdos de Turner le ayudaría. No sabía si querría saberlo.

Era solo un niño...

—Lo siento mucho... —dije solamente, porque parecía lo más seguro y lo más sincero que podía decir en aquel momento.

Eric sonrió con una pena que me hizo sospechar que era la primera vez que lo escuchaba.

—Por eso, en el fondo, me alegro de poder recordar todo lo que ha pasado, Ness. Lo bueno y lo malo. Porque todo fue real. Porque al menos puedo decir que fueron mis manos y fueron mis palabras y... —La voz se le cortó de golpe y se obligó a coger aire—. Vaya a donde vaya, esto no me abandonará nunca.

Y ahí estaba, la sensación de que podrían pasar los años y nadie más sabría lo que habíamos vivido nosotros dos.

—Eso es lo que más miedo me da —confesé. Y quizás fuera la cercanía de ese momento, o mis ganas de aferrarme a su silencio, pero mi mano fue a buscar la suya hasta entrelazar con fuerza nuestros dedos—. Puedes venirte a Mistorne, ¿sabes? Empezar de cero. Quizás allí... Quizás allí aprenda a confiar otra vez. A malas, en el momento en el que hagas algo sospechoso, sé que puedo provocarte el peor dolor de cabeza de tu vida. Y luego llamar a la policía, claro.

Eric sonrió.

—Me parece un buen trato.

Se quedó mirando la forma en la que mi mano parecía hacerse más pequeña entre las suyas.

—¿Tú también lo echas de menos? —pregunté. No hizo falta que dijera nada más.

—Todos los días. Echo de menos a alguien que me insulte por mi pobre paladar y mis horribles gustos culturales. —Sonrió—. Era muy buena persona, Ness. Se notaba a kilómetros lo mucho que te quería.

Esa única frase fue suficiente para que rompiera a llorar.

—Nunca llegué a decirle que yo también le *quería*. —Dolía todavía más cuando lo decía en voz alta. Apreté con más fuerza la mano de Eric, como si

fuera lo único que me quedara—. No sin una litrona de cerveza de por medio, al menos. Eso no cuenta.

—No creo que necesitara escucharlo para saberlo, Nessa.

—Quizás sí. No lo sé. Aún no me creo que no pueda ir y preguntárselo, ¿sabes? —Me mordí la lengua—. Aún... Aún espero que me esté esperando en Mistorne cuando volvamos. Pero una parte de mí se asusta cuando piensa que, al final, Roy hubiera muerto igual. Que no me iba a librar de esto de ninguna forma. Y no es justo, Eric, él...

No fui capaz de continuar. Me encorvé hacia delante para apartarme las lágrimas con la mano que tenía libre. Eric se había quedado con la mirada clavada en el cielo y el ceño fruncido, como si algo de lo que había dicho le chirriara. Chasqueó la lengua antes de decir:

—Voy a sonar un poco bestia —dijo— pero creo que si pudieras preguntárselo a Roy, él no hubiera preferido otra forma de marcharse.

Porque fue contigo. —Abrí la boca para replicar, pero Eric siguió hablando—. Ya sabes las pesadillas que tenía cada noche con la muerte de Mark, todo lo que le atormentaba. No tuvo tiempo de despedirse ni de prepararse.

No tuvo tiempo de vivir esos últimos días con él. Pero tú, Nessa... Roy estuvo despidiéndose de ti desde el primer día, aunque no lo vieras. Y siento que, a pesar de todo el dolor, eso le ayudó a marcharse con un poco más de paz. —Se le humedecieron los ojos y apartó la mirada—. No cambia que no lo mereciera. No cambia que esto sea una puta mierda, en verdad. El problema con los muertos es siempre la gente que se queda atrás.

—Suenas a algo que diría él.

—Es porque todo se pega.

Y fue esa dichosa frase la que hizo que mi sonrisa acabara de romperse.

Una sacudida me azotó todo el cuerpo y me obligó a encogerme un poco más, justo antes de que llegaran las lágrimas. El tiempo parecía haberse congelado otra vez, como esos días de bucles infinitos, porque el atardecer no se acababa nunca.

Cuando lo hizo, Eric todavía me abrazaba. Me dolían los ojos de tanto llorar.

—Tenemos que seguir adelante, Nessa.

—Lo sé.

Herencias

Legar a Mistorne cuando las primeras hojas empezaban a bailar hasta al suelo y los árboles se habían teñido del color de atardecer, con Eric en la parte trasera de un coche que no era nuestro, me recordó demasiado a las palabras que él dijo trece siglos atrás.

Que a veces volvías a casa y ya no la sentías ni tuya ni segura. Como si cada pared te gritara que, por mucho que te esforzaras, las cosas ya no serían como antes.

Tiré el *walkie-talkie*, di la vuelta a las fotos y a los pósteres, mantuve las persianas bajadas día y noche para no volver a ver la casa al final de la calle. Me pasé la mayoría del tiempo en el sótano, donde un sofá cama y un armario sin polvo lo habían transformado en la nueva habitación de Eric y en el rincón favorito de *Madame* para esconderse.

Y un día me levanté decidida a visitar a los Álvarez.

Gracias a las muletas era perfectamente consciente de cómo el temblor de las manos me traicionaba. Me planté frente a la puerta de la casa de Roy y llamé al timbre, con la mirada clavada en el felpudo. Si miraba arriba quizás vería el estampado infantil de sus cortinas, o las persianas totalmente bajadas y el alféizar cogiendo polvo, y no sabía cuál de las dos imágenes me rompería más.

—Nessa, cariño... —murmuró la señora Álvarez nada más abrir la puerta. Abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero el padre de Roy se adelantó a ella:

—¿Quién es?

Asomó la cabeza por el rellano y frunció el ceño nada más verme.

Escuché a las hermanas pequeñas de Roy berrear de fondo y pelearse por lo que parecían las últimas natillas.

—Buenas tardes, señor Álvarez —dije en cuanto se colocó junto a su esposa—. Solo... Solo venía a darles el pésame.

La madre de Roy se llevó la mano a la boca para no llorar, pero su marido se mantuvo impasible.

—Mi hijo murió el día que huyó de esta casa como un cobarde. ¿Algo más? —espetó.

La crueldad en sus palabras me pilló por sorpresa. Eric había definido a su padre como alguien frío, calculador, pero supuse que no hacía falta ser un científico loco en un laboratorio secreto para serlo. A veces las personas más dañinas eran las que te saludaban desde el jardín cuando bajabas a coger el periódico.

—Me sorprende que hable de cobardía cuando nunca he conocido a nadie con más valor que Roy, señor Álvarez. Me pregunto si usted podría marcharse con la mente en paz ahora. Si tendría la conciencia tranquila. —Cogí aire y me vi con fuerzas suficientes para sostenerle la mirada. En aquel momento nada me rompía más que darme cuenta de que, a pesar de todo, el color de los ojos lo había heredado de él—. Si puedo asegurarles algo es que al menos Roy se marchó al lado de la gente a la que quería —seguí, intentando controlar el temblor en mi voz—. Y fue... Él siempre fue el más valiente de los tres. No tengo ninguna duda. Así que, antes de que se atreva a decir cualquier otra barbaridad sobre su hijo, que sepa que en mi casa Roy tiene una familia que le recordará siempre como la persona más buena, valiente y generosa que conoceremos jamás. Puede considerarse afortunado si en algún momento de su vida se acerca mínimamente a parecerse a él.

Sentía el ardor en la garganta de querer soltarle todo lo que sentía. Que no entendía cómo podía ser tan inhumano. Que no entendía cómo podía importarle tan poco. Que Roy no merecía que lo trataran así.

Pero casi podía escucharle a él decirme desde arriba —casi de la forma en la que tú me hablabas a veces, Lucie— que daba igual, que no importaba. Que había luchas mejores en las que implicarse.

El Ruido del señor Álvarez parecía rugir. Se mantuvo firme e hinchó el pecho antes de decir:

—¿Algo más? —Tenía la mirada de hierro. Con un suspiro, dio un paso atrás—. Entonces me parece que esta conversación ha terminado.

Luego se marchó, dejándonos a mí y a la señora Álvarez temblando en la puerta como si acabara de sacudirnos un terremoto. Noté la caricia fría de las lágrimas sobre la piel. Habían tardado mucho en volver.

Antes de que me diera tiempo a despedirme, la madre de Roy se abalanzó sobre mí para abrazarme. Hundió la cara en mi hombro mientras las dos llorábamos, y ya no había manera de saber quién sostenía a quién.

—Gracias. Gracias de corazón, Nessa, mi niña... —Logró decir—. Que Dios te bendiga...

—Señora Álvarez, si alguna vez necesita cualquier cosa...

—Voy a marcharme. —Se aferró a mis hombros y me miró a los ojos para seguir hablándome, en voz baja—. Rafael y yo vamos a separarnos, yo me iré con las niñas a casa de mi madre, en Nueva México y... —Tragó saliva—. Cuida de mi niño, por favor.

Habían enterrado a Roy en el pequeño cementerio de Mistorne. Él llegó aquí mucho antes de que nosotros saliéramos del hospital, y sus padres habían recibido la noticia del «ajuste de cuentas en Williams» con toda la discreción de la que eran capaces. No sabía si la idea de separarse del señor Álvarez llevaba cuajándose un tiempo, pero casi podía sentir el alivio de Roy desde ahí. Él siempre quiso protegerlas.

—Lo haré —dije, y volví a abrazarla. Le hablé sin separarme de ella, con miedo a que el señor Álvarez la arrancara de mis brazos como ya había hecho antes con Roy—. Pero, por favor, si alguna vez tiene miedo, si Rafael se... Si Rafael vuelve a ponerle un dedo encima o a amenazarla, no dude en llamarnos. Por favor...

Ella sonrió y se alejó un paso de mí.

—Descuida, cariño. Mi hijo tuvo que sacar todo su valor de alguna parte. Y las dos sabemos que no fue cosa de su padre.

Se despidió con un apretón de manos y un beso en mis nudillos que parecía prometer que vendrían días mejores.

La constelación

Había algo de magia y algo de dolor en que el mundo siguiera girando, con o sin él. Cambiarían las estaciones y los pájaros volarían al sur, la luna se haría pequeña, las dalias y las hortensias crecerían desde el jardín de sus padres y llegarían los días que él tendría que haber vivido; pero la Tierra no pararía para nadie.

Me di cuenta cuando llegó el primer día de frío. No era un frío que helara, pero se parecía demasiado a las noches de verano, en moteles perdidos y antes de que todo se perdiera, cuando el frío me obligaba a hacerme un ovillo y lo único que lo hacía un poco más fácil era alargar la mano y encontrar la suya al otro lado.

Eric llamó a la puerta de mi habitación antes de entrar.

—¿Jersey nuevo?

Crucé los brazos y dejé que los dedos se hundieran en la lana. La habitación estaba a oscuras, como de costumbre, con las persianas bajadas, y lo único que alumbraba mi cara era el flexo que apuntaba hacia el espejo de la pared. Mantuve la mirada fija en el reflejo, como si me hubiera quedado anclada en un sueño, incluso cuando Eric apareció por detrás.

—En realidad es de mi madre —murmuré—. Me... Me viene un poco grande. De todas formas hace todavía demasiado calor para llevar esto.

Sacudí la cabeza e intenté sacar los brazos de la manga del jersey, llena de rabia. No me había dado cuenta de que los ojos se me habían humedecido, pero Eric sí.

—Eh, eh. —Me puso las manos sobre los brazos y me ayudó a quitarme el jersey, con mucho más cuidado del que yo había tenido—, ¿estás bien?

Tenía que hacer calor.

Tenía que quedarme en el verano del 82 porque si no, no sería justo.

Sería injusto que llegara el invierno y Roy no lo viera. Sería injusto que siguieran pasando los días, que todo el mundo siguiera con sus vidas y yo aún no hubiera podido quitármelo de la cabeza.

—No, no estoy bien —dije, un poco más alto de lo que esperaba—. Pero es estúpido. Soy una estúpida.

—Nessa...

Dejé de mirar a la Nessa del espejo y le di la espalda a Eric, volviéndome hacia mi cama. Me quedé a un segundo de dejarme caer sobre ella.

—Es estúpido —murmuré— que siga repitiendo en mi cabeza los mismos cuatro recuerdos como si tuviera miedo de olvidarlos. Y ni siquiera son grandes recuerdos. —Me mordí el labio con tanta fuerza que casi llegó a sangrar. Eran pequeños momentos, como la mañana que me desperté con una manta sobre los hombros cuando hacía demasiado frío o la primera vez que le pillé mirándome en el patio del colegio, con las mejillas rosadas y un libro en las manos; o la noche que le ayudé a hacer de niñera de sus hermanas pequeñas y toda la familia Álvarez acabó enseñándome a hacer trenzas en el pelo, con la risa de Roy como banda sonora—. Y una voz en mi cabeza no deja de repetirme que ya es suficiente, que tengo que dejarlo marchar de una vez.

«Pero tengo miedo. Miedo a no reconocer su voz entre todas las de mi cabeza, miedo a su ausencia, miedo a olvidar a los muertos —él, el hombre, los amigos, Lucie—, miedo a mis manos, miedo a mi Ruido, miedo a vivir con miedo».

Eric se sentó sobre la cama con un suspiro.

—No veo nada de estúpido en eso —dijo, y dio una palmada sobre la colcha para que lo acompañara—. Creo que esa vocecita en tu cabeza se olvida de decirte que lo que has pasado no ha sido nada fácil, ¿sabes? Lo raro sería que fueras sincera cuando dices que estás bien.

—Pero hay días buenos.

Al momento me sentí culpable por admitir que no todos eran malos, no todos eran así. A veces, algo me pillaba desprevenida (un programa en la tele, el café avainillado que *papa* dejaba preparado en la cocina, un comentario ingenioso de Eric) y sonreía como si no hubiera pasado nada.

Había mañanas que me levantaba y hacía la cama, a oscuras, mientras tarareaba una canción. Incluso bajaba a comprar el pan, lo que suponía vestirme y peinarme y por un momento engañar a mi cabeza y hacerle creer que solo era una chica normal que daba un paseo.

—Yo llevaba mucho tiempo sin estar bien cuando me conociste, Nessa —dijo Eric, con una mano sobre mi rodilla—. Y se me dio extraordinariamente bien tener días buenos. No dejaré que te sientas culpable por seguir adelante, ¿me oyes? O porque todavía duela. Pase lo que pase, estará bien, Nessa.

Sonreí para mis adentros.

—Cómo se nota que ya has pasado demasiado tiempo con mis padres.

Se te pega la esperanza.

—No veo que a ellos les haya ido demasiado mal.

Suspiré con tanta fuerza que por un momento sentí que no me quedaba más aire dentro.

—Mi padre me ha dicho que quizás sería buena idea retomar las clases la semana que viene. Que me mantendría con la cabeza ocupada. —Me encogí un poco más en mí misma—. Pero no se me ocurre cómo voy a poder volver a la facultad sin fijarme en ese asiento vacío. Sin recordarme cada vez que me cruce con alguien que no debería estar ahí, no después de todo lo que ha pasado; que he visto más sangre en un año de la que pensé que vería nunca.

—Bueno, nadie te pide que no lo recuerdes. —Eric se encogió de hombros—. Solo que no dejes que eso te frene para siempre. ¿Qué diría la gente si te leyerá la mente, eh?

Arrugué la nariz.

—No es muy agradable.

—Pues hazla agradable, Nessa. Solo la vas a escuchar tú. —Con un suspiro, se dejó caer hacia atrás hasta tumbarse sobre la cama. Miraba las estrellas de mi techo como si fueran reales—. Y como alguien con media memoria perdida que soy, créeme que a veces se agradece saber de dónde vienes. Porque así sabes que pudiste sobrevivir a ello.

—No tienes «media memoria perdida». Yo la encontré. Solo está un poco más escondida de lo normal.

—¿Sigues haciendo... eso? —Eric se llevó un dedo a la sien y dio un par de golpecitos—. Ya sabes, leer o... escuchar a la gente. Sé que soy un caso especial, pero...

—Oír no es lo mismo que escuchar. No todo lo que la gente piensa es interesante, créeme, y no tengo tiempo para ir buscando secretos. —Puse los ojos en blanco—. Tampoco es que quiera. Me arrancaría todo esto de cuajo si pudiera.

—¿Lo harías? ¿Podrías vivir sin Ruido? —No quería contestar a su pregunta. Era como preguntar a un ciego de nacimiento si echaba de menos ver.

—No lo sé. No soy la primera que se lo pregunta, de eso estoy segura.

Maman había decidido que encontrarme con una organización secreta de la CIA encargada de controlar la mente parecía requisito suficiente para empezar a desmantelar secretos. Habían hecho falta veinte años para que mi

madre me hablara de la joven que ella también fue, del miedo que tuvo, de las dudas. Del daño que hizo y cómo aprendió a perdonarse y sobrevivirlo.

De los días en los que pensó que quizás merecía arriesgar su vida si podía arrancarse aquello que llevábamos dentro.

Y de las noches en las que se dio cuenta de que quizás podía aprender a vivir con ello.

De pronto ya no me sentía tan sola.

—Además... —Seguí—. Puede que me volviera loca con tanto silencio.

Ya tengo suficiente con soportar el tuyo, bicho raro.

Eric rio.

—Ah, esa es la Nessa que conozco. —Me pellizcó una mejilla con una sonrisa—. Echaba de menos tu ironía.

La sonrisa se rompió un poco en mis labios, y Eric cambió de expresión al instante. Se incorporó sobre el colchón hasta que su cabeza quedó a la altura de la mía.

—Eh, sé lo que estás pensando. Que no deberías reír sin él. Que no deberías seguir a tus anchas como si nada, que no está bien. ¿Me equivoco? —Negué con la cabeza, pero una oleada de dolor me dejó muda de golpe—. Escucha, Nessa: no creo que te ayude en nada machacarte ahora por lo que sientas o dejes de sentir.

—Eric, da igual, yo...

—Déjame acabar. —Me apretó la mano con cuidado—. Después de todo lo que ha pasado, Ness... El dolor no va a tener una fecha de caducidad, ¿sabes? Y habrá días en los que no podrás elegir que te deje en paz. Me da igual que tu cabeza te diga lo contrario. Otros días es posible que por un momento se te olvide todo, y eso también está bien. —Cogió aire—. No te enfades contigo misma si todavía duele y, por lo que más quieras, no te enfades los días que tampoco te duela.

Creo que a los dos nos pilló por sorpresa la forma en la que, tras unos segundos de silencio en los que casi sentí que Roy seguía con nosotros, abracé a Eric con tanta fuerza que le dejé sin aire. Él tardó un poco más en alzar los brazos y rodear mi espalda, pero no me aparté ni un solo momento del hueco en su hombro que parecía llevar mi nombre.

Llevaba semanas con demasiado miedo a abrazar así. Miedo a que el roce funcionara como una avería que dejara escapar un gas letal y yo ni siquiera me diera cuenta. Y sentía que con ello me había roto un poco más, que había perdido un trozo más de mí entre la sangre derramada en Williams.

Papa había dejado una nota bajo mi almohada, hacía solo dos días.

Quizás se refería a esto.

«Cuando eras pequeña le tenías muchísimo miedo a la noche. Tuve que convencerte de que en el mismo lugar donde vivían las estrellas no podían vivir los monstruos, ¿te acuerdas?»

Quizás es momento de perder el miedo otra vez, princesse».

O puede que hablara de Roy. Quizás él fuera como una constelación; destinado solo a tocar la Tierra durante una temporada y luego desaparecer.

Ahora lo verían desde otra parte del mundo, pero seguiría ahí, en la noche que no me atrevía a mirar. Seguiría aunque llegara el invierno.

Aspiré el perfume de vainilla de la camisa de Eric y le hablé, sin dejar de abrazarle:

—No sé en qué momento te volviste un hombre sabio, pero gracias.

—Yo siempre he sido un hombre sabio. Que mi belleza no te engañe, *mademoiselle*. —Una sonrisa murió en mis labios nada más nacer. Le apreté más fuerte contra mí, pensando que quizás así evitaría llorar.

Ni siquiera sabía por qué lloraba.

Eric se separó con cuidado al sentir una lágrima en su piel. Me miró, me apartó otra lágrima de la mejilla y alzó la mirada hacia el techo.

—Solo una última cosa —dijo.

—Sorpréndeme.

—Todo esto era mi manera de decirte que sí, yo de ti sí que volvería a la universidad, y cuanto antes mejor. Lo de ser periodista y contar historias es también parte de tu encanto. —Sonrió—. Ah, y también: tu padre quería que subiera para avisarte de que la cena está lista. Ahora seguramente esté lista y fría. Si preguntan por qué hemos tardado tanto en bajar, asumiré toda la culpa.

Página en blanco



o te enfades si todavía duele».

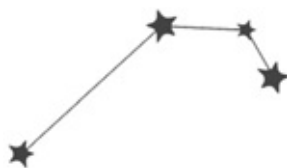
Porque dolía cuando me despertaba. Cuando intentaba dormir. Cuando volví a pisar el suelo de la facultad sin la compañía del ruido de las botas desgastadas de un amigo a mi lado. Cuando el señor Álvarez colocó el cartel de «VENDIDO» en las ventanas de su casa y vi cómo talaba el árbol que había sostenido la que muchas veces había sido la única casa de Roy.

«No te enfades si todavía duele».

Cuando recordaba que todo habría sido muy distinto si aquella noche no hubiera arrancado el coche.

«No te enfades si todavía duele».

Y sobre todo, cuando aún me sorprendía dejándome arrullar por el murmullo de Ruidos que ya no eran los suyos. Cuando dejé de tenerles miedo. Cuando el recuerdo de su vida empezó a ser un poco más fuerte que el de su muerte, y los niños en bici que cruzaban el barrio ya no me hicieron llorar.



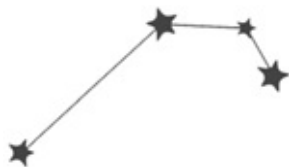
Papa no perdió la tradición de dejarme capítulos bajo la almohada, aunque cada vez se me acumulaban más. Se convirtieron en la medida que utilicé para saber si el día acababa siendo un poco mejor: cuantas más frases leía, más trocitos de mí volvían a su sitio. *Papa* me daba la oportunidad de perderme durante un tiempo en cuentos que no daban tanto miedo como el que había vivido. Dejaba muchos de los capítulos a medias y empezaba uno nuevo cada noche, sin importar lo que me hubiera perdido por el camino.

Quería pensar que la vida también podía ser así, que podías quedarte con los comienzos y esperar uno nuevo cada día.

Hasta que una noche solo recibí una página en blanco.

Sonreí. Aquello solo podía significar dos cosas: que había terminado la novela, o que era mi turno de escribir una nueva.

Y ya había pasado demasiado tiempo huyendo de las palabras que guardaba dentro.



Odiado perdón:

Hoy he venido a buscarte.

Primero te busqué bajo mis párpados, donde todavía vive la culpa. Y bajo mi piel, donde habré luchado mil guerras y perdido la mitad. Te he buscado en unos labios que han olvidado el sabor de los suyos pero que recuerdan cada palabra que no llegó a salir de ellos.

Y no estabas ahí.

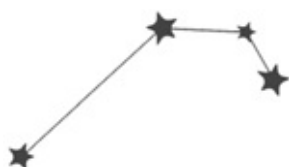
Solo encontré culpa y vacío. Un dolor tan profundo que no me veía con fuerzas de extirpar. Se había extendido como lodo en mi pecho, había deshecho cada hueso. Creó un espacio perfecto para acabar conmigo, donde todo el Ruido del mundo parecía un ronroneo comparado con mis gritos.

Odiado y querido perdón, quizás tengamos que buscar un punto donde encontrarnos. Porque parece que en los últimos años nos hemos vuelto unos desconocidos. Y quizás sea culpa mía (¿ves? A ella no me cuesta nada encontrarla) porque cada vez que me abrías los brazos yo te daba la espalda.

Pero ahora... Ahora estoy preparada. Quiero hacer las paces con todo lo que ha pasado y dejar esta carta bajo la almohada. Dejar ahí también todo el dolor que encierra. Es lo más parecido a subir las persianas de una vez, abrir las ventanas y dejar que corra el aire. El polvo no va a desaparecer, pero quizás mi corazón pueda permitirse volver a sentir si deja de tener miedo a que el dolor lo ahogue.

Así que he dejado que entre el aire para ver si tú te acercas también.

Querido perdón: si aprendo a perdonarme después de todo lo que soy, después de todo lo que he hecho... No habrá nada que pueda romperme otra vez.



Eric sujetó el papel entre sus manos como si fuera una probeta de laboratorio.

—Estoy un poco oxidada, creo. He perdido mucha práctica...

—¿En serio? A mí me gusta. Es muy... poético.

Me contuve para no reír.

—Dicho así suena como un insulto... —Sonreí y me gané un codazo de su parte.

—Estoy acostumbrado a historias de superhéroes, Nessa, no me pidas más. El otro día pedían colaboradores en una revista, por cierto. Podrías probar suerte.

—¿En una revista de superhéroes, dices?

—Es un comienzo. ¿Dónde te gustaría verte?

Le sonreí al techo de constelaciones que nos acompañaba aquella noche, con la hierba haciendo cosquillas a nuestras espaldas.

—No es dónde quiero verme. Es lo que quiero contar.

De eso no tenía ninguna duda.

Epílogo



Si esta historia formara parte de una de las novelas de *papa*, Lucie, acabaría con un «y vivieron felices y comieron perdices», pero no me apetece que mi historia se acabe antes de tiempo.

Puede que añadiera algo del tipo «Nessa Favre se graduó dos años después y fundó una asociación, en memoria de Roy Álvarez, para recaudar fondos en la lucha contra el sida. En sus ratos libres, investigaba tanto los nuevos avances acerca del virus como la historia del proyecto MK Ultra, la vida detrás de Turner, Lashbrook y todas las personas anónimas —ahora ya no tanto— que sufrieron sus experimentos. En el fondo, aunque no lo admitiera, guardaba la esperanza de encontrar a alguien como ella. Alguien como su madre. Alguien que tuviera el mismo miedo, las mismas dudas, que hubiera encontrado la respuesta a su: “¿Será siempre así?”. Y también seguía hablándole a su hermana en su diario, porque siempre fue un animal de costumbres y porque su padre sonreía cada vez que la veía con las manos sobre la máquina de escribir».

Sí, *papa* escribiría algo así.

Yo terminaría con ese primer artículo publicado, en el pequeño y humilde periódico local de Mistorne, porque algo empezó a cambiar a partir de ese momento.

Y porque nunca fui de las que siguen la corriente, Lucie. Pero eso ya lo sabías, ¿verdad?

Donde no haya niebla Nessa L. Favre 17 de septiembre de 1984.

Antes de morir, Cesare Pavese, un gran poeta italiano, escribió: «No recordamos días, recordamos momentos». Me gusta pensar que un gran amigo mío, de haber tenido la oportunidad de escribir también sus últimas palabras, hubiera utilizado las mismas.

Hace ya más de dos años que Roy Álvarez abandonó el mundo. Lo hizo bajo la condena de una enfermedad que hoy en día ya empezamos a llamar sida. No es GRID, no es el «cáncer gay», no es un castigo. Es un grito de

alarma a una sociedad que da la espalda a todas las personas que a día de hoy siguen muriendo solas.

Cuando Roy me confesó que había dado positivo en VIH, lo único que pensé en aquel momento es que necesitaba protegerle. No tanto del virus como de lo que se encontrara fuera: del estigma, del miedo, del rechazo, de la desesperanza. Todo ese odio añadido a su sufrimiento hacía que sus días se oscurecieran, se volvieran nublados y le ahogaran todavía más en su enfermedad. Le prometieron un lugar donde no habría niebla, donde le permitirían vivir con la dignidad que ningún diagnóstico debería quitarle.

Pero mi amigo no murió por culpa del sida. Le mató un disparo.

No recuerdo mucho de aquel día ni de las noches que lo siguieron. Sé que he tardado mucho tiempo en sentirme mejor y que todavía hay una parte de mí que nunca dejará de estar en duelo.

Pero me prometí que recordaría instantes, no días.

Sabía que se iba a ir. Y dio igual. Nada te prepara para el momento en el que alguien se va. He pasado una eternidad gritando en mi cabeza que por qué yo seguía viva y él no, por qué no pude protegerle aquella noche.

Pero quiero recordar momentos. Los momentos que pude vivir y que nadie podrá arrebatarme nunca.

Recuerdo que de niños corríamos por el barrio y llegábamos a un vivero de flores. Recuerdo su sonrisa y su risa como si nunca hubiera dejado de escucharla. Recuerdo su mano en la mía, incluso cuando era su mundo el que se derrumbaba, y la sensación de que al menos quedaríamos nosotros.

Recuerdo que pensé que no habría nada más mágico que descubrir una constelación y ponerle su nombre.

Así que si podéis hacer algo hoy, que sea vivir. Vivid y luchad para que otra gente también lo haga, para que nadie vuelva a morir solo, para que un médico no sea quien te dé la espalda, para que una factura no sea la que te impida vivir, para que una enfermedad no sea una condena, para que un disparo no lo rompa todo.

Porque se lo debemos a la gente que se va a ir demasiado pronto.

Encontraremos razones hasta en la oscuridad más absoluta y milagros en los días más inesperados. Las personas no somos eternas, pero sí lo serán los momentos que creemos, las palabras que escribamos, las guerras que elijamos luchar y el amor que hagamos crecer en los demás.

Cuando todo se oscurezca, encontrad nuevas constelaciones a las que ponerles nombre.

Fin

Nota final

Donde no haya niebla sigue a Nessa, Roy y Eric en 1982, en los primeros años de lo que se conoce como la pandemia del VIH. Históricamente, no fue hasta 1986 cuando se descubrió el virus del VIH como agente causante de lo que se conocía como Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (sida), anteriormente GRID. Pero en esta ocasión se ha optado por mantener en la novela la terminología que existe hoy en día. A fecha de publicación de *Donde no haya niebla* y según la OMS, en 2018 había treinta y siete millones de personas viviendo con VIH, de las cuales el 62 % estaban en tratamiento con antirretrovirales. A día de hoy existen tratamientos que hacen que la presencia del VIH en sangre sea indetectable y, por tanto, intransmisible. Es importante que no se olvide esta parte de nuestra historia y que no nos relajemos: siguen existiendo casos de transmisión de VIH, y por eso hay que insistir en el uso de preservativos y en la realización de test.

Para más información, aquí tienes varios conceptos relacionados con el VIH y el sida, y varias asociaciones y sitios web donde puede aprender más sobre la realidad de muchas personas.

VIH: El Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH) es un virus que afecta y deteriora el sistema inmunitario. Con el tiempo, el virus usa células del sistema inmunitario para debilitarlo y reproducirse. La persona es vulnerable a muchas infecciones que no se desarrollarían si no tuvieran el virus. Algunas personas con infección por VIH no tienen ningún síntoma, otros presentan problemas menores de salud y algunas personas desarrollan el Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (sida). Cuando se dice que es transmisible, quiere decir que está causada por un agente infeccioso que sobrevive fuera del cuerpo humano muy pocos minutos, lo que hace prácticamente imposible que infecte a otras personas a través del medio ambiente, agua, alimentos o animales portadores.

Sida: El Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida (sida) es la etapa final de la infección por VIH. Esta fase de la infección, el sida, significa que el sistema inmunológico está dañado. Pueden pasar hasta diez años o más desde el momento inicial de la infección por VIH hasta llegar a ser diagnosticado con sida debido a que no desarrollen problemas a causa de la presencia del virus.

Intransmisible = Indetectable: Con tratamientos actuales las personas con VIH pueden llegar a reducir su carga vírica hasta ser indetectables, es decir, no dar positivo siquiera en una prueba de VIH. Cuando una persona con VIH tiene carga viral indetectable, su estado es intransmisible, es decir, no puede transmitir el virus. Cabe añadir que es importante seguir usando vías de protección como el preservativo y el uso de tests con frecuencia, pero que este avance ha supuesto todo un cambio para las personas con VIH.

Sitios web y asociaciones:

Apoyo Positivo: <https://apoyopositivo.org/>

Cesida: <https://www.cesida.org/>

Infosida: <https://www.infosida.es/>

Agradecimientos

Hubo un momento, mientras comentaba con mi editora ciertos aspectos sobre la historia, en la que ella se refirió a esta novela como «una carta de despedida». Me pareció una metáfora muy bonita, así que aquí estoy ahora, despidiéndome de mi carta de despedida.

Quiero darle las gracias ante todo a Aintzane, porque creo que si Nessa necesitara una madrina sería indudablemente su tía Aintz. Porque la vio crecer en aquellas mañanas de moños, cereales y melocotones y la acompañó con sus propias historias, como lleva haciendo desde hace ya cuatro años. Porque nunca ha dejado de creer en mí y yo nunca dejaré de creer en ella.

Gracias también a los tres mártires —mi madre, mi hermana y Sevi— que tienen que soportar mis dudas aleatorias, preguntas que espantan un poco («oye, Patri, ¿cómo reaccionarías si te dijeran que tu hijo...?») y todos esos momentos de desesperación y de ilusión que se van intercalando cuando escribes una historia así. Y gracias especialmente a Sevi, aunque se piense que ya no tengo razones, por todas las veces en las que me ha dejado delirar y hablarle de teorías conspirativas hasta las tantas, sin quejarse. Y por quererme y apoyarme por encima de todo y a pesar de todo, también.

Esta novela tampoco sería la que es si no fuera gracias a Maribel. Nadie me carga de ilusión y de ideas como ella lo hace. Gracias por cada escapada entre clases y cada café de avellana y todas las palabras que han sabido sostenerme cuando más las necesitaba. Tengo mucha suerte.

Gracias también a Cris, Ana e Iker, porque la broma de ser familia empieza a ser real y no sé dónde estaría ahora si no fuera por vosotros.

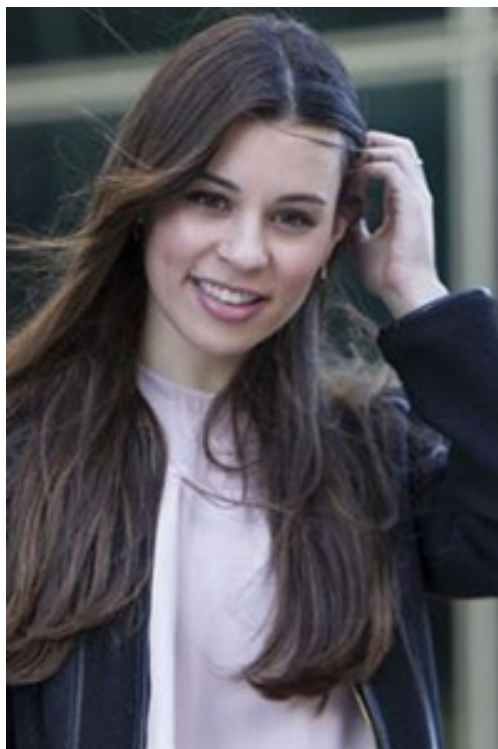
Gracias también a Adriana, mi Pucapina, y a Mairena, mi Mai. Gracias por dejarme ver esta historia a través de vuestros ojos y estar ahí siempre para ayudarme.

Gracias a David Orión por hacer una valoración tan cuidada y con tanta sensibilidad acerca de los temas centrales de esta novela.

Muchísimas gracias a Anna, de corazón, porque creo que lo mejor que ha podido pasarle a *Donde no haya niebla* es contar con una editora tan maravillosa y con tanta sensibilidad, que ha estado ahí para ayudarme y apoyarme siempre. Esto solo es el comienzo, de eso estoy segura. Y tengo que darle también las gracias a Alena. No se me olvida que nada de esto hubiera sido posible si tú no hubieras creído en mí y en la historia de Arielle con la pasión con la que lo hiciste. Con la pasión con la que vives todo y con la que me has enseñado tanto.

Y por último, a las más importantes y quienes hacen todo esto posible: a todas mis lectoras y lectores, que le han dado vida a estas historias, que siempre tienen unas palabras de apoyo, que tienen un corazón de oro.

Siento que he gastado toda mi suerte en encontrar una comunidad con gente tan buena. Gracias por leerme, por elegir esta historia entre todas las de la estantería. Un trocito de mí se queda siempre con vosotras.



BEATRIZ ESTEBAN nació en Valencia en 1997 y en 2019 se graduó en Psicología en la Universidad de Valencia. Compagina los estudios de un Máster de Psicología, con su carrera de escritora, y su trabajo como lectora editorial, además de impartir charlas sobre literatura y salud mental tanto en institutos como en universidades.

En 2017 publicó su primera novela, *Seré frágil*, que dos años antes había resultado finalista en el Premio Literario Jordi Sierra i Fabra para Jóvenes. En 2018 ganó la segunda convocatoria del Premio Ripley de Ciencia Ficción y Terror con el relato *Niña caducada*.